MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

MERIDA
LA HERMÉTICA

COMPILACIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS
RAFAEL ANGEL RIVAS DUGARTE

Edición homenaje
Gobernación del Estado Mérida
Instituto de Acción Cultural (IDAC)
Mérida / Venezuela / 1997

© RAFAEL ANGEL RIVAS
Homenaje de la Gobernación del Estado Mérida a la memoria de Mario Briceño–Iragorry en el Centenario de su nacimiento.
Instituto de Acción Cultural del Estado Mérida (IDAC)
Impreso en los Talleres Gráficos de la Nación
Digitalización y cuidado de la edición:
Gladys García Riera
Mérida/Caracas/Venezuela/1997

ISBN 980–291–125–9

0049

MARIO BRICEÑO IRAGORRY

MERIDA
LA HERMETICA

COMPILACION, INTRODUCCION Y NOTAS
RAFAEL ANGEL RIVAS DUGARTE

INSTITUTO AUTÓNOMO BIBLIOTECA NACIONAL Y DE SERVICIOS DE BIBLIOTECAS
DEPOSITO LEGAL

Gobernación del Estado Mérida
Instituto de Acción Cultural (IDAC)
Comisión Presidencial para el Centenario
del Nacimiento de Mario Briceño-Iragorry
Mérida / Caracas / Venezuela / 1997

BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS - VENEZUELA

PRESENTACION

La Gobernación del Estado Mérida siente particular complacencia en auspiciar la edición de la presente obra, a través del Instituto de Acción Cultural, para adherirnos así, entusiastas, a los eventos y publicaciones programados por la Comisión Presidencial del Centenario del Nacimiento de Mario Briceño Iragorry, en homenaje a la memoria de uno de los más ilustres venezolanos de nuestra centuria.

Mérida la hermética, contiene los escritos de Don Mario de carácter histórico, crítico, biográfico, anecdótico o ficcional concernientes a la región, con la que tuvo una vinculación muy directa y diversa dados los lazos familiares, intelectuales, universitarios y afectivos que instituyó desde su primera venida a Mérida en 1918, cuando, para continuar estudios de Derecho y ampliar los horizontes literarios, se avecindó por cuatro años en esta ciudad, de la que recibió influencias imperecederas como hombre y como escritor. Don Mario no sólo se limitó a empaparse de nuevos conocimientos y nuevas teorías, sino que encontró libros y autores que conmocionaron las creencias que había tenido desde su niñez y se convirtieron en reto importante a su espiritualidad. Con todo ello contribuyó a crear un ambiente en el que las audacias juveniles suyas y de otras inquietas mentalidades como las de Mario Picón Salas, Tulio Gonzalo Salas, Alberto Adriani y en entonces Rector de la Ilustre Universidad de Los Andes, Dr. Diego Carbonell, permitieron poner en marcha una renovación ideológica, de búsqueda de nuevos derroteros del pensamiento, expresados en sus inquietudes sociales y religiosas que rompían el letargo de la Mérida intolerante que se veía sacudida al ver cuestionadas sus viejas creencias, costumbres y tradiciones.

La lectura de este libro nos permite aproximarnos a diferentes períodos de la historia y la cultura emeritense, y a un mayor conocimiento de individualidades que han tenido relevancia en variados aspectos de la vida nacional y continental, algunos de ellos obviados por los historiadores, investigadores y cronistas, así como también a algunas manifestaciones tradicionales y elementos culturales autóctonos. Ese acercamiento a nuestro pasado, a nuestras profundas raíces, es el camino que nos conduce al conocimiento de nosotros mismos y al afianzamiento de los valores de nuestra patria, pues bien lo expresó Don Mario en su libro **Aviso a los Navegantes**: "La patria, más que el suelo, es el proceso antiguo de las generaciones que, en el orden material, edificaron pueblos y caminos y crearon la riqueza, y que en el orden moral fijaron los recios muros y las amplias vías, ellos dejaron sus pensamientos y sus afectos como patrimonio de mayor calidad".

Por eso creemos que, al publicar Mérida la hermética, el Ejecutivo del Estado rinde muy merecido tributo a Don Mario al contribuir a la difusión a sus ideas y reflexiones sobre la patria, la cultura, la historia y las tradiciones del país, y al buscar hacer valer su prédica sobre la importancia del conocimiento de la historia y valores regionales como hechos que han de redundar en un mayor amor por lo nacional, en el mejor y amplio sentido de Patria.

WILLIAM DAVILA BARRIOS
GOBERNADOR

Mérida, 15 de septiembre de 1997

INTRODUCCION

MARIO BRICEÑO IRAGORRY y *MERIDA LA HERMETICA*

Por Rafael Angel Rivas Dugarte

"Para mí no habría dicha mayor que llegar a pasar mis últimos años en Mérida, a la que quiero tanto, no sólo a sus muros sino a sus habitantes, aun a aquellos mismos que no me quieren"

MBI.

Un día de 1918 llega Mario Briceño Iragorry a Mérida para continuar los estudios de Derecho iniciados en Trujillo bajo el sistema de estudios abiertos, gracias a una reforma de la Ley de Educación que permitía esta modalidad. El viaje de dos días a caballo por el páramo, de Timotes a Mérida, será inolvidable, las imágenes de los maravilloso paisajes que ofrece la ruta en sus diversos escenarios se suceden e impresionan poderosamente la mente de aquel joven que venía demostrando ser poseedor de un alto grado de sensibilidad estética en sus escritos. Le impresionan y ocurre de tal modo que se reflejará en las descripciones hechas en distintas épocas y diferentes momentos de su obra, especialmente en la novela que escribiera en los últimos años de su exilio y de su vida.

Briceño Iragorry cursó sus estudios de Leyes en la Universidad de Los Andes hasta graduarse en 1920. En 1917 y 1918 fue invitado por el Rector Diego Carbonell a participar en dos ciclos de conferencias universitarias, con la intervención de las más conspicuas personalidades del orbe social e intelectual emeritense de aquel momento. Esas actividades estaban dirigidas exclusivamente a reunir fondos para la construcción de un Hospital Infantil que el rector se propuso levantar en la ciudad. A la primera de esas Conferencias no asistió Don Mario, pero remitió el texto "Los libros y el verdadero concepto modernista" para ser leído por Mariano Picón Salas, amigo con quien había iniciado cordial amistad pocos meses antes. En la segunda leyó: "Los orígenes del arte", calificada como "completamente heterodoxa"[1], años más tarde en una carta por Picón Salas .

A los pocos días de su llegada, conoce por intermedio de Mariano a una prima de este, Josefina Picón Gabaldón. Briceño Iragorry prontamente se enamora y logra vencer después de algún tiempo la natural oposición -para esa sociedad y esa época- que ofrecía el entorno familiar a que "la niña Josefita" tuviese amores con alguien no perteneciente a los círculos sociales de la ciudad. En 1923, habiendo concluido sus estudios y después de haber viajado a la capital de la República, contrae matrimonio con Josefina Picón, Doña Pepita, quien lo acompañará durante toda su vida, "la musa fiel" que le dará ocho hijos y la tranquilidad hogareña propicia al trabajo de pensador y escritor de un Briceño Iragorry en plena madurez intelectual y física. Años más tarde, algunos de sus hijos se casarán con merideñas, o se radicarán allí y le darán nietos merideños.

Su permanencia en Mérida fue más bien breve, pues para 1920 había concluido sus estudios; poco después va a Trujillo para iniciar su carrera de Abogado y enseguida es llamado a Caracas por su tío político, el Presidente de la República, Dr. Victorino Márquez Bustillos[2], quien lo destina al Ministerio de Relaciones Exteriores en la Dirección de Política Exterior.

---

[1]"Carta a M. Briceño Iragorry del 4-4-1940", **Obras Completas**. Caracas: Congreso de la República, 1988-. v. 23. En prensa.

[2]La información la da el mismo M. Briceño I. en carta a su muy cercano amigo Víctor Manuel Pérez Perozo fechada en Panamá el 7-2-1940, **Obras Completas**, v. 22, p. 521.

Por aquellos años se formaba en Mérida un grupo de jóvenes que llegarían a ser de las mentalidades más representativas del país, ellos marcarían rumbos y dejarían huella profunda en las diferentes áreas en las cuales desarrollaron su acción: la economía, la historia, la literatura, el pensamiento, la antropología, la diplomacia, el derecho, la religión o la educación. Bastaría sólo mencionar algunos para dar cabal imagen de su representatividad: Caracciolo Parra Pérez, Alberto Adriani, Mariano Picón Salas, Caracciolo Parra León, Julio César Salas, Humberto Tejera, Ulises Picón Rivas, Antonio Spinetti Dini o José Humberto Quintero. Rápidamente estableció estrechas y enriquecedoras relaciones con todos ellos y con otros destacados escritores de la región: Julio Sardi, Emilio Menotti Sposito, Eduardo y Roberto Picón Lares, Tulio y Juan Antonio Gonzalo Salas, Diego Carbonell y Raúl Chuecos Picón, entre otros. De estos años quedará para toda la vida una sólida amistad basada en vínculos intelectuales y afectivos con casi todas estas personalidades entre las que Caracciolo Parra León, Roberto Picón Lares, José Humberto Quintero y Mariano Picón Salas[3] llegarán a ser los más leales y constantes amigos y con quienes mantendrá una abundante y valiosa relación epistolar, en donde se reflejan, además de los fuertes lazos de su amistad, las diversas etapas vitales, intelectuales y espirituales de Briceño Iragorry.

Sobre cada uno de ellos ha dejado Don Mario importantes trabajos biográficos, discursos y prólogos que testimonian la admiración y el cariño que los uniera y la ascendencia ejercida por ellos en su formación intelectual o espiritual.

En esos años Don Mario colaboró con bastante asiduidad en diversas publicaciones periódicas de la región: **Arístides Rojas**, **Ecos Andinos**, **Albores**, **Veinte Años**, **Horizontes**, **La Semana** y **Luz**. Quedaron en aquellas páginas cerca de medio centenar de trabajos, afortunadamente recogidos todos en las **Obras Completas** que auspiciadas por el Congreso de la República se vienen publicando desde 1988.

---

[3]Las cartas cruzadas entre estos personajes se hallan recogidas en los volúmenes 22 y 23 de las **Obras Completas** de M. Briceño Iragorry (de muy próxima aparición).

En Mérida realizó también otras actividades, se inició como docente en el Liceo Libertador (1919) que funcionaba adscrito a la Universidad de Los Andes y ejerció el cargo de Director de Política y Encargado de la Secretaría del Estado Mérida (1919).

La pequeña ciudad de Mérida, con no más de 5.000 habitantes, de creencias y costumbres muy arraigadas y tradicionalistas ofrecía en su ambiente físico, religioso y humano algunas similitudes con su nativa Trujillo; mas no así en lo intelectual, pues había allí además de la universidad, un movimiento de pensadores y estudiosos mucho más provocador, enriquecedor y reconfortante para el desarrollo del joven e inquieto escritor que llegaba colmado de ansias juveniles y proyectos, así como de una personalidad orgullosa, envanecida, y presumida[4], sustentada en la prosapia de un apellido cuyos orígenes se remontan hasta los años de la Conquista y colonización, con cierto prestigio de escritor y poeta extendido sobre todo por el ámbito andino, y también sustentada seguramente en la fama que le proporcionaba la irreligiosidad de que venía haciendo gala desde 1915 cuando comenzó a publicar algunos textos ataviados de herejía e iconoclasta.

La actitud antirreligiosa asumida en esos años de juventud es el resultado, además de la natural rebeldía juvenil contra las creencias de sus mayores, de la influencia de su tío paterno el historiador Américo Briceño Valero, y sobre todo de las lecturas de autores que habían impresionado grandemente su sensibilidad, entre ellos el filósofo alemán Friedrich Wilhelm Nietzsche quien propugnaba el culto al predominio de la naturaleza sobre la voluntad humana, y la predica de un "superhombre" cuya actuación está por más allá del bien y del mal, ideas que Briceño Iragorry venía utilizando como camino para la búsqueda de la verdad, y difundiendo desde 1915 a través de su círculo de amigos escritores en Trujillo, y en la prensa[5] en artículos que habían creado bastantes resquemores en el ambiente religioso de su ciudad.

---

[4]Una muestra de esa personalidad la vemos en la respuesta que Briceño Iragorry diera al Br. Manuel V. Nucete, quien en la revista **Los Andes** hizo referencia a un error cometido por aquél al citar un libro suyo en el **Elogio del Dr. Eloy Paredes**. Briceño, utilizando palabras de Renán le contesta en carta pública: "*sólo no yerran Dios y los imbéciles*".

[5]Véase por ejemplo: "Los libros de Nietzsche y la época actual", **Ariel**. Trujillo, [s.d.-1915]; **Obras completas**, v. 13, pp. 168-171.

Muy importante es el influjo recibido en esos años de parte de Monseñor Enrique María Dubuc, entonces Rector del Seminario Conciliar, quien -al decir de Don Mario- "representaba a la vez la izquierda liberal"; de allí que pudo servir de intermediario en el conflicto suscitado en la ciudad por el enfrentamiento entre la Iglesia y un grupo de irreverentes escritores y universitarios acogidos bajo la poderosa autoridad intelectual del Rector la Universidad de Los Andes, Dr.Diego Carbonell. Todos ellos acuerpan un movimiento de impiedad y blasfemia que, llegado a los extremos, obligará al Obispo Antonio Ramón Silva a la excomunión del Rector. Este obispo y otros sacerdotes como José Clemente Mejía representaban, junto "con el Padre Caputti, el ala extrema de la derecha clerical"[6] y tenían a su lado, como es lógico, la opinión pública conservadora dominada por la fuerte personalidad de Monseñor Silva, el Arzobispo.

El citado Dubuc, junto a Caracciolo Parra León y Roberto Picón Lares ejercerá particular autoridad sobre Mario Briceño, y logrará persuadirlo para el regreso al seno de las creencias religiosas, después de haber mantenido durante cinco años posiciones heréticas e iconoclastas expresadas constantemente en sus escritos de esta época, entre ellos "La falsa traición de Judas".

Briceño Iragorry regresará a Mérida en varias oportunidades, en una de ellas, en 1952, para dictar la Conferencia **Bello, maestro de civismo**, en el Paraninfo de la Universidad de Los Andes. De esa visita es también su artículo "Los judíos de La Punta". En mayo de 1958, a su retorno de España y pocos días antes de su muerte, para desandar sus pasos después de visitar su Trujillo nativo vuelve a Mérida, y de este último viaje nos dejó su artículo "Tierra".

Los años merideños fueron tan intensos, tan colmados de impresiones, relaciones, estudios, amistades, lecturas y situaciones como para dejar impronta definitiva en su vida espiritual, afectiva e intelectual. De allí que haya producido una multiplicidad de textos relacionados con la ciudad, su ambiente, su historia o sus personajes.

---

[6]Véase en este mismo volumen "Monseñor José Clemente Mejía".

Estos materiales han sido agrupados en esta obra y clasificados de acuerdo a su temática en varias secciones.

MERIDA PRECOLOMBINA: es la primera; aquí hemos insertado cuatro trabajos donde estudia la cultura Timoto-Cuycas propia de los pueblos aborígenes que ocuparon los territorios conocidos hoy como los estados Mérida y Trujillo. Ellos son: "Ornamentos fúnebres de los aborígenes del occidente de Venezuela", "Notas sobre arqueología venezolana", "Procedencia y cultura de los Timoto-Cuyca" y "Sistema monetario de los Timoto-Cuycas". Estos trabajos contienen -para el momento de su publicación- amplia y novedosa información sobre el origen, cultura y costumbres de un mundo indígena hasta ese momento muy poco estudiado, y que tampoco habían sido incorporadas a los estudios de la historia, cuya etapa precolombina se mantenía ignorada o por desarrollarse.

EL PAISAJE MERIDEÑO, la segunda, abarca un par de textos que si bien no están dedicados enteramente al paisaje emeritense, sí lo refleja por momentos. "Primera lección para mis nietas desterradas" es un ensayo escrito en forma epistolar durante el exilio español de Briceño Iragorry para sus nietas merideñas, hijas de Miguel Angel Burelli Rivas y María Briceño Picón, la mayor de sus dos hijas. Las nietas, nacidas en Mérida, habían sido llevadas al destierro por las actividades políticas del padre. A ellas describe con nostalgia y muy poéticamente el paisaje de la urbe andina que ha quedado en su recuerdo. En "El olor de la tierruca", la referencia al paisaje natural es en realidad muy breve, queda en cambio descrito el paisaje humano, los seres que le rodeaban y la impresión que éstos le producían junto a la añoranza de su terruño.

La tercera sección, **MERIDA HISTORICA**, comprende un solo trabajo, "El Capitán conquistador Miguel de Trexo", fundador de la ciudad junto a Juan Rodríguez Suárez, personaje por momentos casi mítico por lo extraordinario de sus acciones, quien tuvo amplia participación en el proceso de pacificación de la Provincia de Mérida y fue Alcalde Ordinario y Regidor de la ciudad. Obtuvo del Rey un repartimiento en Gibraltar, puerto merideño sobre el lago de Maracaibo y estuvo casado con la merideña María de la Parra, también descendiente de Conquistadores.

En **MERIDA INTELECTUAL**, hemos acumulado diecinueve escritos donde exalta la obra, la vida y la personalidad de indivualidades que, venidas de otras regiones, desarrollaron una labor intelectual y académica destacada en la ciudad, es el caso de los Dres. Caracciolo Parra Olmedo o Diego Carbonell[7], ambos rectores de la Universidad de los Andes.Este último -entre 1917 y 1921- fue "uno de los hombres más eminentes e ilustres que hayan regado su sabiduría y sus esfuerzos en la antes llamada Universidad de San Buenaventura de los Caballeros de Mérida"[8]. También de los ilustres merideños Adolfo Briceño Picón, Caracciolo Parra Pérez, Eloy Paredes, Caracciolo Parra León, Juan Antonio Gonzalo Salas y su hermano Tulio Gonzalo Salas, Julio Sardi, José Humberto Quintero, Raúl Chuecos Picón, Roberto Picón Lares y Mariano Picón Salas, de quien hace un breve comentario en torno a su conferencia "Las nuevas corrientes del arte" dictada en ese ciclo al cual antes hicimos referencia. Por otro lado, resalta las personalidades de Tulio Febres Cordero y Monseñor Antonio Ramón Silva a quienes se refiere el escrito "Mérida la hermética" cuyo título hemos utilizado para el presente volumen.

En la sección **MERIDA RELIGIOSA** hay tres textos: "Bentham y el Padre Dubuc", "Monseñor José Clemente Mejía" y "Las soluciones del Obispo Silva" a través de los cuales el lector podrá enterarse de algunos pormenores del mundo religioso que conformaba el ambiente propio de los años de permanencia Briceño Iragorry en Mérida, de las difíciles relaciones -por momentos- entre el mundo universitario y el religioso, o del poder ejercido por los clérigos sobre la ciudad.

MERIDA NOVELADA que refleja todo ese multifacético y difícil mundo merideño tan lleno de prejuicios y creencias arraigadas que fue retratado por Briceño en su novela **Los Riberas**, cuyos primeros capítulos se desarrollan en la ciudad y sus alrededores.

En **CONFERENCIAS Y DISCURSOS**, penúltima sección, se encuentran los textos que Don Mario preparara para aquellas conferencias universitarias convocadas por el Dr. Carbonell: "Los libros y el

---

[7]El Dr. Carbonell también estaba ligado a la ciudad por nexos familiares, pues contrajo matrimonio en 1920 con la hija del Vice-presidente de la República, Caracciolo Parra Picón; y era también nieta y sobrina de ex rectores de la Universidad de Los Andes.

[8]"La actuación del Dr. Carbonell en Mérida", **Obras Completas**, v. 13, p. 246..

verdadero concepto modernista" y "Los orígenes del arte"; otra disertación, "Americanismo, no hispanismo" leída el 12 de octubre de 1919 en la Universidad de Los Andes, notable por cuanto en ella expresa ideas y conceptos que serán contradichos en el resto de su obra, caracterizada por la exaltación y el rescate de los valores hispánicos de nuestra cultura, base fundamental de nuestra nacionalidad. También va incluida la antes citada conferencia **Bello, maestro de civismo** que inicia haciendo memoria de sus días universitarios en Mérida. Además, el fragmento de otra conferencia, "En elogio de María y de todas las mujeres", en donde asoma ya la posición feminista de quien siempre estuvo presto a ofrecer su palabra en defensa de los derechos de la mujer y propugnar que se reconocieran algunos cuando le eran conculcados.

La última sección, **OTROS TEXTOS**, la conforman: una Carta al Br. Manuel Vicente Nucete; un artículo escrito en torno a la personalidad de Alberto Carnevali, quien fuese su amigo y cuyos restos mortales se preocupa por visitar en el Cementerio de El Espejo, Mérida, en su viaje de mediados de mayo del 58; un trabajo titulado "Tierra" en donde, a propósito de la fiesta religiosa dedicada a San Isidro Labrador, comenta el abandono del hombre rural y de la producción agrícola para privilegiar las grandes edificaciones de concreto realizadas en las ciudades durante el período de la dictadura perezjimenista; el texto "La falsa traición de Judas" que tantos dolores de cabeza produjo a las autoridades eclesiásticas y a la beatería de la región, alarmados ante lo que hoy vemos como una actitud eminentemente jurídica de preocupación por la justicia que tenía el abogado en ciernes. En "Los judíos de La Punta", de 1952, destaca los eventos que tienen lugar en La Parroquia durante la Semana Santa con la participación de una comparsa de "locos" dividida entre "judíos y "cívicos", explica las raíces medievales de tales caracterizaciones y su importancia como elemento de la cultura popular de la región; el texto autobiográfico, "Yo", donde entrelíneas se puede ver al orgulloso escritor manifestando que no es mucho lo que intelectualmente ha hecho en su vida, pero consciente de que aún esta por realizar lo suyo -"*aún hay sol en las bardas*"-. Fue esa sensación de la obra por venir que lo llevó, a archivar copias de la abultada correspondencia mantenida; costumbre que sostendrá durante toda su vida[9]. Esta sección cierra con "El Hospital de Niños", con el cual Don Mario busca llegar al co-

razón de los merideños pudientes para obtener su colaboración económica que permitiese avanzar en la construcción del Hospital Infantil.

Esta obra que hoy presentamos, **Mérida la hermética**, proporciona una nueva visión acerca del papel nutricio que tuvo la ciudad, su universidad, su ambiente y alguna de sus más connotadas individualidades en la formación académica, y en la vida familiar, espiritual e intelectual de Don Mario Briceño Iragorry. Por otra parte, se aspira a dar mayor difusión a la obra, en el año en que conmemoramos el Centenario del nacimiento de uno de los venezolanos de mayor trascendencia intelectual del presente siglo, cuyo vigente mensaje está a la espera de las mentes y las manos que han de poner por obra su prédicas de educación, moralidad, honestidad, ética y nacionalismo.

Este venezolano honesto, digno e íntegro es ejemplo para las actuales generaciones tan necesitadas de modelos de quienes han sabido honrar los más altos valores de nuestro gentilicio. Su valentía en la defensa de los elementos que a través del tiempo han venido conformando los puntales en los cuales se asienta el concepto de la nación venezolana, ha llevado a considerarlo paradigma de nacionalismo y adalid en el rescate de la dignidad, la cultura, la historia y los valores auténticos de la venezolanidad.

Caracas, julio de 1997.

---

[9]Importante selección de esa correspondencia conforma los volúmenes 20 al 25 de las **Obras Completas**.

MERIDA PRECOLOMBINA

ORNAMENTOS FUNEBRES DE LOS ABORIGENES DEL OCCIDENTE DE VENEZUELA

(CONTRIBUCION AL ESTUDIO DE LA ARQUEOLOGIA PRECOLOMBINA DE VENEZUELA)

Al eminente etnólogo
Doctor Pedro M. Arcaya,
Ministro de Relaciones Interiores y
Director de la Academia Nacional de la Historia.
Homenaje de M.B.I.

Se han hallado en la vasta extensión ocupada en el Occidente de Venezuela para la época de la Conquista por la familia *Timotocuycas*[1], numerosas cavernas, unas cerradas, otras a medio abrir (Santo Domingo, Carache; la Teta de Niquitao, Boconó; la Cueva de Los Muñecos, Escuque; Los Tiestos, Betijoque; Tuñame, Urdaneta; Las Piedras, Timotes; Mucuchíes; Mérida, etc.), en las cuales se han encontrado diferentes objetos de cerámica procedentes de los aborígenes precolombianos. Difieren los autores sobre el origen mismo de aquellas cavernas suponen unos que fueron adoratorios o *mintoyes* del indio primitivo, algunos que se trata de subterráneos para fines agrícolas (Maldonado), otros que sólo eran las *huacas* o cuevas se-

pulcrales, y algunos otros que son simplemente lugares donde el indígena ocultó sus artefactos e ídolos a la hora de la aparición del español (Hno. Nectario). Todas las hipótesis se concilian y lo que en un principio fue sitio de devoción o enterramiento, y aun agrícola (Jahn, Salas, Febres Cordero, Briceño Valero) bien pudo servir en el momento de la conquista para guarecer objetos destinados a permanecer en los caneyes y bohíos.

Entre la cerámica hallada en dichos sitios, a más de las figuras que representan, ora personajes difuntos (Fonseca), ora dioses de una menguada teogonía (Ernst, Rojas, Spinden, Jahn, Febres Cordero, Salas, Alvarado, Oramas), vasijas, candelabros, lámparas, artefactos de labranza, útiles domésticos, se han encontrado ciertas láminas talladas en nefrita, pizarra, serpentina y otras variedades minerales o en conchas de caracoles (*Strombus gigas*) que tienen generalmente el aspecto de dos alas abiertas, en cuyo punto central se halla un pequeño trapezoide, en el cual algunas veces se observan dos taladros horizontales[2].

Primero en describir estas curiosas placas fue en 1888 el Prof. Sievers, quien llevó algunos ejemplares a Alemania después de su jira por los Andes venezolanos, y es de suponer que las obtenidas por Sievers en Mérida hubiesen estado todas perforadas para establecer, como lo copia Alvarado, que tales placas "*tenían un objeto ornamental y que eran llevadas por los indígenas colgadas del cuello*". Semejante es la opinión que merecieron de Joyce al describir éste algunos ejemplares enviados al *British Museum*[3].

El Prof. Giglioli, de Florencia, describe varias placas obtenidas por Ernst de "*una caverna sepulcral de la Cordillera de Mérida*" y otras provenientes de una subasta realizada en Londres en 1904, y que según la opinión de Jahn, deben corresponder a la colección de don Arístides Rojas, enviada sin catalogar a su hermano el Marqués, radicado en París. Sugiere Giglioli que dichas placas representan más o menos convencionalmente un vampiro con las alas abiertas[4].

Tal es hoy la opinión de Salas al mismo respecto, conocedor como el que más de orígenes precolombianos de Venezuela. Agrega Salas, de acuerdo con Joyce, que dichas placas son a su vez insignias de capitanes, y aún más: que las rayas que se advierten en algu-

nas, como la figura 1, Lám. I, (Colección Rojas) figura a, Lám. II (Colección Alvarado, Lám. VI (Colección Briceño-Iragorry) señalan los triunfos obtenidos por los capitanes a quienes pertenecieron[5].

En sus **Décadas de la Historia de Mérida**, Febres Cordero establece que dichas placas representan el *totem* o símbolo sagrado de los aborígenes de los Andes, y agrega que sirvieron de moneda a ciertas tribus de la costa sur del Lago de Maracaibo, términos coloniales de Mérida, y que simbolizan un águila con las alas extendidas. Aunque las tribus andinas tuvieron estrechas relaciones con los muiscas o chibchas del Altiplano, entre los cuales existió una organización totémica[6] ésta no fue característica de los *Timotocuycas* en sus relaciones sociales, de manera que el mismo Febres Cordero, en otra página de su citado estudio, califica dicho símbolo como "*totem primitivo*" de aquella raza. La organización totémica para un grupo racial tan extendido como el de los *Timotocuycas* hace suponer la necesidad de símbolos varios que distinguiesen tan numerosas parcialidades los Guajiros para 1884 se componían de veinticinco grupos con sus blasones diferenciados-[7] en cambio estas placas tanto han aparecido en Mucuchíes como en Carache y la Teta de Niquitao. El mismo Febres Cordero asienta que fue una de estas placas de oro, en forma de alas, la que sirvió de moneda para la compra de Francisco Martín, esto sobre la cita de un cronista desconocedor de dichas águilas. Salas en **Tierra Firme**, habla de este sistema de moneda entre los aborígenes occidentales, pero sin dar ningún valor simbólico a las placas de oro de que se habla. El carácter de "*totem sagrado*" y de moneda son condiciones que se excluyen en el presente caso, y si bien la representación de este símbolo alado debe tener cualidad de primitivo entre la gente *Timoto-cuycas*, por obedecer a una creencia generalizada, el hecho de que fuese introducido su uso por la familia que inicialmente se estableció en los riscos andinos, no indica que estuviese vinculado a una determinada organización totémica. Halla fuerza también Febres Cordero en la cita que hace de Fernández Guardia, quien refiriéndose a los aborígenes de Costa Rica dice que "*conocían el modo de trabajar el oro en forma de aguililas que se colgaban al cuello*"[8], pero esto no excluye los paralelismos que pueden establecer a la luz de otras conclusiones.

A nosotros nos ha parecido la más aceptable la opinión del Prof. Giglioli en cuanto sugiere que dichas láminas pudieran repre-

sentar un vampiro, lo que a su vez presta un punto de apoyo a la hipótesis que ve lazos de afinidad posible entre nuestro aborigen del Occidente y los pobladores de Centro América, donde era adorado el Dios Murciélago por algunas tribus Mayas. A la luz de la cerámica, Ernst creyó hallar posibles puntos de contacto entre nuestros primitivos pobladores andinos y los indios de Costa Rica, contacto sospechado por Uhle entre los Chibchas del Altiplano y los indígenas centroa-mericanos[9]. Salas, al referirse a la cerámica hallada en Trujillo, escribe: "*por nuestra parte creemos muy parecidos unos y otros utensilios a los de los Toltecas y Mayas de Centro América*"[10]. Spinden advierte también ciertos lazos de afinidad entre la cultura antigua del Occidente de Venezuela y la de la América Central[11]. Acaso la arqueología preste una conclusión tan eficaz como la lingüística para apreciar el desconocido contacto que tuvieron entre sí los antiguos pobladores de América. Por nuestra parte también hemos sorprendido una semejanza notable, que nos obliga a aceptar afinidades posibles, ora migratorias, ora familiares, entre los habitantes de Centro América y los *Timoto-cuycas*, al comparar una vasija en forma de cocodrilo obtenida de la Cueva de Santo Domingo (Carache) con una pipa de cabeza de pato hallada por los arqueólogos de la Institución Carnegie en el Templo de los Guerreros, en Chichen Itza (Yucatán). Unos restos cerámicos procedentes de "Los Tiestos" (Betijoque), sirven también para hacer sospechar posibles afinidades con la cultura de los Mayas, tomando en cuenta el estilo del decorado que ostentan1[2]. Jahn, al mismo tiempo, sugiere un probable contacto entre los pobladores occidentales de Venezuela y los indios de Centro América.

Si tomamos, pues, como base de estudio una posible unión entre nuestro aborigen del Occidente y los pobladores precolombianos de la región media americana, no sería difícil aceptar de lleno la sugestión del Prof. Giglioli y considerar las placas encontradas, no sólo en Mérida y Trujillo, sino también en algunas cavernas del Estado Lara (Alvarado) y aún a orillas del Lago de Valencia (Jahn) como representativas de la misma ideología mítica de los Mayas[13].

Parece sí, como lo diríamos anteriormente, que no sólo Sievers, Joyce y Giglioli, sino que también Jahn, hubieran tenido apenas a su alcance placas como las de la Lám. IV de nuestra colección y como las de las Colecciones Rojas y Alvarado, pues no hacen referencia a las placas sin perforar como a las diez y ocho de la Lám. III.

Tal circunstancia indica, como muy bien lo advierte Alvarado, que no sólo estaban destinadas a servir de ornamentos pectorales, sino que debieran tener otro fin[14].

Necesario es hallar en consecuencia para dichas placas una explicación que extienda su significado más allá de la reducida comprensión de "*pectorales*". Sobre el concepto de "*emblemas de capitanes*" que le merecen a Joyce y aún sobre el de "*totem sagrado y emblema mítico*" que les dan Febres Cordero y Giglioli, se precisa un concepto que abarque y califique integralmente el uso que les dio el aborigen.

La placa superior del grabado III nos ofrece un dato precioso sobre el verdadero simbolismo de estos objetos. Carece de taladros y se halló rudamente atada a la parte posterior de un cráneo exhumado en Carache (Trujillo). Esta circunstancia, unida al simbolismo espiritual que los animales alados han tenido en mitología y especialmente tomando en cuenta el significado lúgubre de los noctívagos (pues indudablemente las placas representan dos alas en actitud de vuelo), nos lleva a considerarlas como destinadas a una función relacionada con el acto del enterramiento y unido su propósito evocador al concepto de inmortalidad que fue patrimonio del aborigen. "*Los indios,* dice Arcaya, *no admitían que con la muerte termina todo. Creían que el alma sobrevivía, y atribuyéndole un estado material, suponían que al separarse del cuerpo se quedaba junto a él, ora en la misma sepultura o revoloteando alrededor de ella o de la choza donde había ocurrido el fallecimiento, ora recorriendo el bosque o la sabana donde está la choza, por lo menos durante algún tiempo*"[15] y agrega Salas: "*creían los indios en la trasmigración de las almas, con lo que se palpará más las extrañas similitudes que en materia religiosa existen entre los aborígenes de América y muchos pueblos asiáticos*"[16].

Lefévre al referirse a la significación de las aves en las teogonías primitivas reduce su potencia simbólica al valor de las alas: "*Estas concepciones fecundas en mitos reposan únicamente sobre la cualidad general y típica del pájaro: su privilegio de estar alado*"[17] y el vampiro, para el aborigen, entraba en la categoría de ave. Giglioli para sugerir que las placas posiblemente representasen un vampiro, especializó este animal, no porque lo imaginase al recuerdo del culto de los Mayas, sino basándose en placas como la *b* de la Lám. II (Colec-

ción Alvarado) en la que se define con precisión la anatomía de un murciélago (Un emblema semejante hemos visto en la Colección Etnográfica del Dr. Julio C. Salas, obtenido en una cueva de Mérida). Y se halla conforme con las leyes generales de la evolución de las artes plásticas el hecho significado de ser electas las alas, haciéndose abstracción de cualquiera otra parte del animal, para la representación del mito venerado. "*El atributo que era desde luego más importante en la concepción particular de donde se había derivado cada divinidad, da claramente la idea de imprimir a la representación del dios un carácter conforme a la significación misma del atributo, que se encuentra también algunas veces duplicado*"[18]. Para el aborigen, en su concepción simbólica, las alas encerraban la idea divina de Dios, cuyo vuelo propicio esperaban a la hora final, a fin de alzarse con él más allá de la inmovilidad de la materia. En su creencia, el alma para trasmigrar a su nuevo destino, necesitaba la ayuda del animal venerado, huésped de las cavernas sepulcrales e hijo de la noche, hermana de la muerte, y aún más: llevados por una tendencia antropomórfica, como lo hicieron asirios y egipcios, dieron al mito una nueva valorización, y creyéndolo no sólo portador de almas sino animado por estas mismas, humanizaron su figura, y sobre las alas voladoras aparecieron cabezas humanas. (Colección Rojas, Lám. I. Colección Alvarado, Lám, II. Colección Briceño-Iragorry. Lám. VI)[19].

En nuestra colección poseemos una lámina de nefrita, de 715 mm. de longitud (las mayores llevadas por Sievers a Alemania alcanzan a 550 mm., las de la Colección Rojas a 300 mm. y las de la Colección Jahn a 410 mm.), la cual fue hallada en una cueva del Distrito Urdaneta (Trujillo) y nos la obsequió el Dr. Víctor García, de Jajó. Dicha placa tiene las perforaciones clásicas y la suponemos destinada a servir de ornamento sacerdotal para las ceremonias mortuorias o de emblema fúnebre-religioso en los adoratorios o cavernas sepulcrales en los cuales acaso pudo prestar el mismo servicio ornamental que desempeñan las grandes cruces en los portales de los cementerios cristianos.

Tal hipótesis, robustecida a su vez por la procedencia original de estos objetos, hallados en las huacas o cementerios indígenas, de donde también obtuvo Ernst las placas que estudió Giglioli[20] explica de una manera clara e integral el destino que el aborigen hubo de darles. Si se aceptase que fueran emblemas pectorales, quedarían

sin explicación precisa las innumerables placas que carecen del perforado que les da tal carácter ornamental, y aún más: surgiría una dificultad al buscar objeto a las mismas placas perforadas pero de ínfimo tamaño, como la número 25 de la Lám. IV, de sólo 28 mm. y algunas de la Lám. VII, pues siendo emblemas, necesariamente estarían destinadas a señalar a quien las portase, y apenas si se harían visibles. Bajo el concepto de ornamentos fúnebres bien puede explicares su uso como atavío infantil. El hecho de estar unas y otras no perforadas, define la indistinta significación que tuviera el colocarlas o no al cuello del difunto, pero sin destruir su simbolismo fúnebre-religioso, pero en cambio sí el concepto genérico de "*pectorales*".

A la luz de la sociología comparada, Spencer nos presta un punto de apoyo para aceptar esta ideología: "*En una de las pinturas murales que Wilkinson nos ha dado a conocer, se ve sobre el cadáver, un ave con cabeza de hombre dispuesta a volar, y llevando consigo el signo de la vida y el símbolo de la trasmigración. A lo que se puede agregar que, en los lugares destinados a conservar las momias, dicho pueblo (Egipto) representaba unas veces a un ave con alas desplegadas, otras con cabeza de hombre o bien un símbolo dotado de alas*"[21]. Aunque esta cita no conduzca a establecer paralelismos que pudieran justificar un punto céntrico para ambos mitos, tan distantes, vale como una prueba de lógica para la creencia que pudo alentar nuestro aborigen en sus ideas sobre la muerte y la vida futura, y nos permite afianzarnos aún más en nuestro concepto de considerar tales placas destinadas a una función fúnebre-religiosa, y no emblemas de guerra como lo sugieren Joyce y Salas, *totem sagrado* como lo supone Febres Cordero, ni menos aun instrumentos musicales como lo deja entrever Jahn[22], y a su vez el mito *Timoto-cuycas* de un Dios Murciélago, da claridad a los nexos sospechados con los aborígenes de Centroamérica.

NOTAS

[1]Conforme a la clasificación lingüística de Jahn, nos parece lógico llamar Timoto-cuycas la gran familia aborigen que cubría el territorio de los Estados Trujillo y Mérida, pues si se toma simplemente una de las dos denominaciones, Timotíes o Cuycas, se presta de primera vista a posibles confusiones. Briceño Valero, Lares, Febres Cordero y Fonseca hablan de los Timotíes y los Cuyas con el mismo tenor que Aguado y Simón, considerándoles grupos distintos. Fonseca ha llamado "Dialecto Cuicas" el material lingüístico recogido por Urrecheaga en la Mesa de Esnujaque, centro de la parcialidad timotíes propiamente dicha, y que ha servido de base a Jahn para su vocabulario de "Lengua Timote". Oramas habla de los Timotos y los Cuycas corno familias diferentes, poseedoras de distintos dialectos. Cfr. Dr. A. Jahn. **Los Aborígenes del Occidente de Venezuela**. Caracas, 1927. Briceño Valero: **Geografía del Estado Trujillo**. Caracas, 1920. Fonseca: "Orígenes Trujillanos", **Cultura Venezolana**. Caracas, **N°s**. 72 y 79. Oramas: **Etnografía Venezolana**. Caracas, 1920. Febres Cordero: "Procedencia y Lengua de los Aborígenes", **Historia de los Andes**. Mérida, 1921. José Ignacio Lares: "Etnografía del Estado Mérida", **Ciencias**. Caracas, N° 7, 1927.

[2]"*Ningunos monolitos, calcográficas escrituras, ni otros pétreos objetos de simbólica recordación, quedan por antiguallas de la Nación Cuycas, fuera de las piedras en rectángulos cortadas, a las veces con un triángulo, pendiente de alguno de los lados continuos y paralelos, de todos tamaños, que pulidas y marmóreas, guardan las criptas del País, denominadas aún "santuarios", junio a osamentas de aborígenes*", etc., etc., (Dr. Amílcar Fonseca: "Orígenes Trujillanos", **El Renacimiento**. Boconó. 1908). "*Lo más característico de cuanto en-*

cierran las cavernas andinas de Venezuela, son las placas más o menos grandes de serpentina, diorita o nefrita pulimentadas y tan delgadas que al golpearlas producen sonidos metálicos" (Dr. Alfredo Jahn: **Los Aborígenes del Occidente de Venezuela**, pág. 322). El mismo Fonseca en su citado trabajo de **El Renacimiento** supone que estas piedras pudieran tener relación con la "*resurrección futura*", tomando en cuenta que los cuycas pudieran creer en el mito Macousi de "*que los hombres repobladores del Mundo después de la inundación nacieron de la piedra*". Esta sugestión de Fonseca, aunque derivada de un punto no comprobado, tiene estrecha relación con la función fúnebre-religiosa que nosotros hemos querido hallar en tales objetos y que explanamos en el presente estudio.

[3]Sievers. **Die Cordillere von Mérida nebst Bemerkungen über das Karibische Gebrige**. Viena y Olmutz. p. 222. Joyce. **Prehistoric antiquities from the Antilles in the British Museum**. Citados por Alvarado en "Objetos Prehistóricos de Venezuela", **Revista Técnica del Ministerio de Obras Públicas**. Año II. Nº. 18.

[4]Giglioli. "*Di certi singolari pettorali in pietra ed in conchiglia precolombiani dalla Venezuela, probabili effigi del dio Vampiro degli antichi indigini dell'America Centrale*". Alvarado cit.

[5]Comunicación particular del Dr. Salas.

[6]Ratzel. **Las Razas Humanas** . T. II. pp. 59 y 65.

[7]Fred A.A. Simons. "Los Indios Guajiros", con notas del Dr. A. Ernst. **Revista Técnica del Ministerio de Obras Públicas**. T. I. p. 402.

[8]Febres Cordero. **Décadas de la Historia de Mérida**. T. 1. 1920. pp. 22 y 59. Julio C. Salas. **Tierra Firme**. Mérida. 1928, p. 52.

[9]Febres Cordero. **Historia de Los Andes**. Samuel Darío Maldonado dice sobre esta materia: "...*los cronistas e historiadores nos enseñan que la civilización muisca descendió por los peldaños de nuestros montes hasta Trujillo. Lo más claro que tenemos se observa en Aricagua, Estado Mérida, donde hay un cerro labrado para fines agrícolas, de la misma manera que los encontrados por los españoles*

en el Perú, en forma de andenes, palabra que más tarde, sintetizada por leyes filológicas, le dio el nombre a toda la Cordillera: Andes. Ahí se aprovisionaron los conquistadores de oro y maíz en abundancia, hallado éste en 'una casa bien grande', que era a no dudar un granero espacioso, y amén de esto vieron un convento de monjas indias". Briceño Valero habla de un presunto adoratorio de vestales indígenas en el cerro de la Mocotí (Estado Trujillo). Cfr. Maldonado. **Al margen de un libro**. Caracas. 1905, p. 15. Briceño Valero: "Dialecto Cuicas", **Revista Trvxillo**. Trujillo. N° 1.1927.

[10]Salas, **op. cit**.

[11]Herbert J. Spinden. "*New Data on the Archaeology of Venezuela*". Jahn cit.

[12]**Revista de la Unión Panamericana**. Washington. Abril. 1928. La Cueva de "Los Tiestos", en el Municipio Betijoque, Distrito del mismo nombre, Estado Trujillo, aún no ha sido explorada. Sólo en el tiempo de las grandes avenidas de las aguas, éstas arrastran fuera restos, tiestos rotos, de los cuales sólo hemos hallado en buen estado un idolillo muy curioso y una primorosa vasija de pequeñísimo tamaño.

[13]El Dr. Luis R. Oramas nos ha comunicado haber hallado placas talladas en ágata, nefrita, jade y serpentina en "Chispita del Medio", Distrito Zamora, del Estado Miranda; "Las Adjuntas", Macarao del Distrito Federal; en "Barrancas", cerca de Caracas; en "Tacagua", Departamento Vargas del Distrito Federal; "La Emilia", Municipio Tácata del Distrito Guaicaipuro, Estado Miranda, en los alrededores de Antímano, La Vega y El Valle, del Distrito Federal; "Las Matas", "Camburito" y "La Cuarta", jurisdicción del Distrito Girardot, Estado Aragua, pero de una forma especial que apenas permite suponerlas una derivación de las halladas en las cavernas andinas, pues no presentan la figura típica de alas, por carecer del triángulo o trapezoide central que define las otras, y tener un solo taladro central, y su tamaño fluctúa entre 58 y 115 mm. También halló el Dr. Oramas en Agua Linda, cerca de Mirimire, Estado Falcón, una placa de la misma forma de las de nuestra colección, con los atributos descritos que la hacen pertenecer a la misma serie de que venimos tratando. La circunstancia del contacto inmediato en que estaban los Cuycas con los Jiraha-

ras, pobladores de Falcón, y que cubrían parte del Estado Trujillo, hace suponer para ella una procedencia común con las otras. (Cfr.: Encomienda de Juan Román. Trujillo, 1565, en "Archivos de la ciudad de Truxillo", por Mario Briceño-Iragorry. **Trvxillo**. Entrega III. Vol.I.). Con respecto a las demás de la colección Oramas, podemos establecer que ellas corresponden a un propósito imitativo de la misma ideología que encierran las de los aborígenes andinos, muy justificable si tomamos en cuenta la circunstancia de ser éstos los indios más avanzados en cultura entre los que poblaban el País. En el conjunto de tribus que cubrían el territorio nacional para la época de la conquista, la nación *Timoto-cuicas* representaba la parte más avanzada y ha servido este hecho para que, aunado a motivos lingüísticos y antropométricos, se les considere como un avance muisca hacia nuestra región montañosa. Lares, Febres Cordero y Maldonado han escrito a este respecto y Toro en **su Antropología General y de Venezuela Precolombiana**, sostiene estas conclusiones (Cfr. pp. 135, 137 y 157). Puede considerarse la población andina precolombiana como centro de donde posiblemente irradiasen costumbres y creencias hacia otras tribus del País, en contacto como estaban con Jiraharas, Ajaguas y Caribes. El Doctor Amílcar Fonseca niega a los indígenas de Los Andes los más pequeños atributos de cultura, y los reduce a la escasa vida de ignorar el fuego, vivir desnudos, "*comer crudo y beber fermentado*". La cerámica hallada en las cavernas de Trujillo, que indican un esfuerzo mayor que el de representar un personaje difunto, la considera correspondiente a la época indo-hispánica y no ve en el aborigen ningún lazo con otras tribus de América. Para Fonseca los Andinos no datan, como los celtíberos. Briceño Valero considera las tribus andinas como una de las doce sub-razas en que divide la población precolombiana de América, e incluye en ella hasta los caquetíos del Estado Falcón. A pesar de ello prevalece el criterio general que sintetiza Maldonado en los términos siguientes: "La Cordillera de los Andes era lo más civilizado de Venezuela" (Cfr. A. Briceño Valero: **Origen de los habitantes precolombinos del Continente Americano**. Imp. Hermanos Trujillo. Maracaibo. 1910. Samuel Darío Maldonado: **Defensa de la Antropología General y de Venezuela**. Caracas. Imp. Bolívar. 1906. Amílcar Fonseca: "Discurso". Trujillo. 24 de enero de 1928. **Paz y Trabajo** N° 353). De la misma opinión de Febres Cordero, Maldonado, Elías Toro y otros, es el eminente geógrafo Codazzi, quien establece que las tribus andinas eran dependientes de los Muiscas de Colombia (Cfr. Codazzi: **Resumen de la Geografía**

de Venezuela. París. 1841. pág. 256). Tavera Acosta al englobar todas las tribus de Venezuela en la denominación de Parianas, aisla de ellas las de los Andes conceptuadas como una familia sin vinculaciones étnicas con las demás dei País (Cfr. B. Tavera Acosta: **En el Sur. Dialectos Indígenas de Venezuela**. Ciudad Bolívar. 1907). Al referirnos al grado de cultura de los *Timoto-cuycas* lo hacemos considerándoles en relación al estado de las familias vecinas, sobre las cuales contaban puntos de superioridad, pues de compararlos con el hombre de la actual civilización, surgiría un abismo insondable, hallándose como se hallaban los aborígenes a los finales del período neolítico, el cual abarcaba casi toda el área de la civilización precolombiana de América. Entre el material paleontológico de aquellas regiones, a mas de los cráneos que llevaron a Marcano a calificarlos como dolicocéfalos (Cfr.: Dr. G. Marcano: Análisis Etnológico. Toro cit.) se han hallado en Santana de Trujillo cráneos precolombianos con características braquicefálicas circunstancia que da a los pobladores de Occidente la dualidad craneométrica que caracteriza los elementos correspondientes al período arqueológico en que los hemos incluido. Fonseca, aun con pruebas contrarias, no acepta como hemos visto, para los aborígenes andinos una evolución que traspase la era eolítica, pues los condena al no uso del fuego, tan (antiguo como el hambre mismo, cuya aparición, conforme lo dice Paul de St. Víctor, señala la hora inicial de la humanidad, y el cual acepta como atributo del presunto hombre del mioceno, la Paleontología organicista (Cfr.: Boule: **Les Hommes Fossiles**. Paul de St. Víctor: **Las Dos Carátulas - Esquilo** y Dr. Elías Toro: **op. cit**.).

[14]Alvarado. **op. cit**.

[15]Pedro M. Arcaya. **Historia del Estado Falcón**.

[16]Salas. **op. cit**.

[17]Andre Lefévre. **La Religión**. París. p. 41.

[18]Eugen Veron. **L'Esthetique**. París. p. 226.

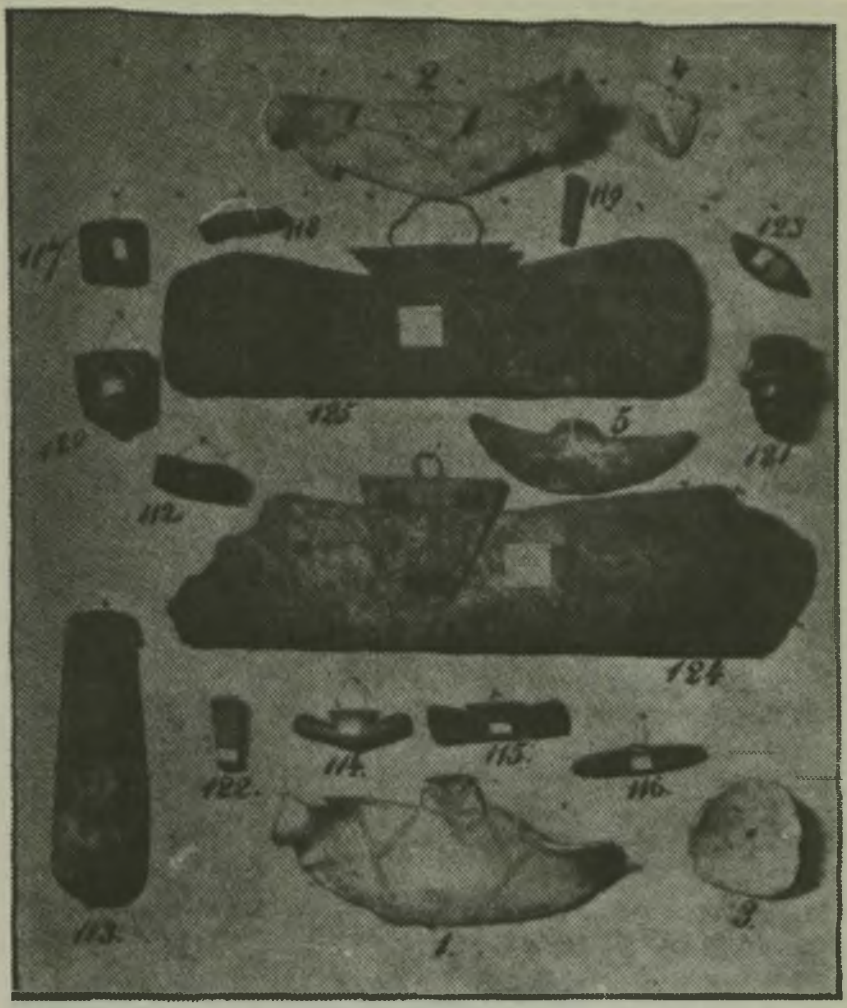
[19]Se han hallado en las *huacas* o *mintoyes* de Mérida, Trujillo y otros Estados, vasijas funerarias con multitud de placas pequeñas, ofrecidas como ex-votos y tributos al difunto. En nuestra colección et-

nográfica poseemos algunos vasos con motivos ornamentales que indican un propósito fúnebre y Oramas en la suya conserva fragmentos de vasijas en las que se halla detallada la figura del murciélago, encontradas en cavernas sepulcrales cerca del Lago de Valencia (Cfr. Oramas. **Apuntes sobre Arqueología Venezolana**. Washington. Imprenta del Gobierno. 1917). Esto, unido a lo que expusimos en nuestra nota 13, nos deja ver la extensión que sobre el territorio del País pudieron obtener las creencias y costumbres de nuestros aborígenes occidentales, que representaban acaso en la cultura precolombiana de América, un lazo, roto para la época de la Conquista, entre las tribus del centro de Venezuela y las naciones más avanzadas, que levantaron altas civilizaciones, como los Toltecas, Mayas, Chibchas y *Quichúas*.

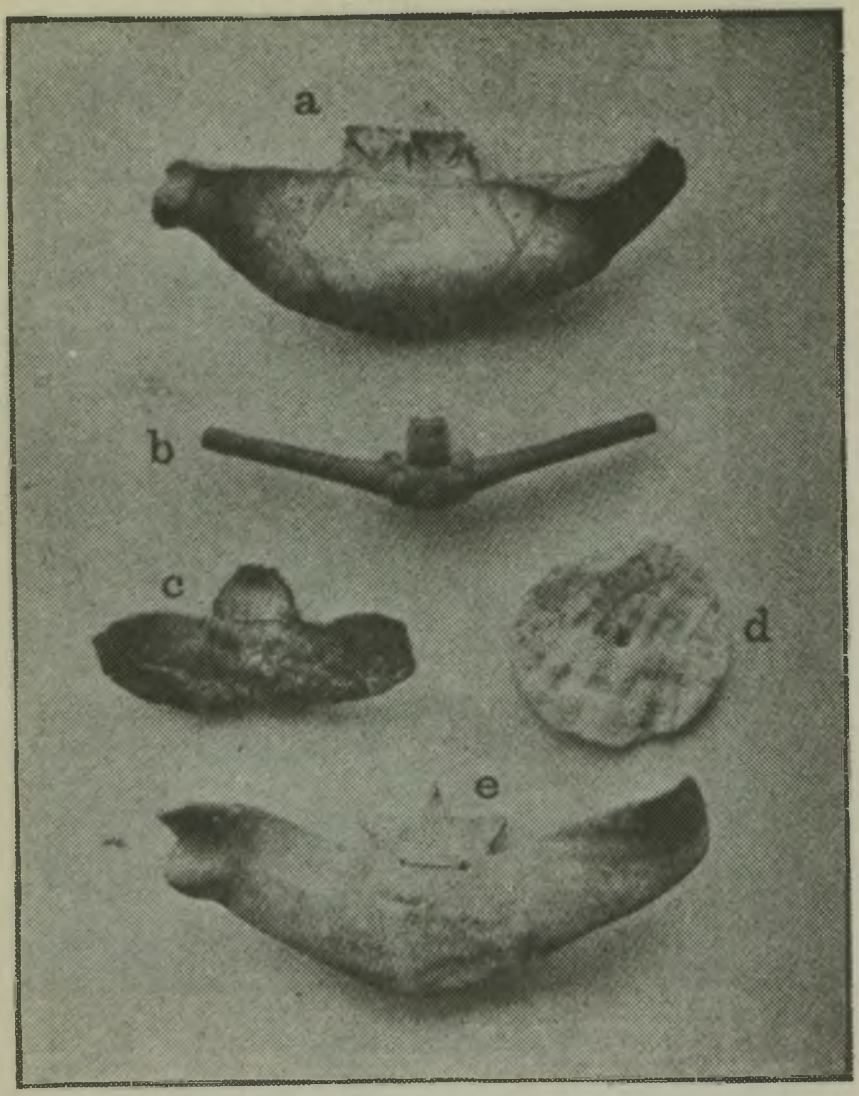
[20]Alvarado. **op. cit**.

[21]Spencer. **Principios de Sociología**. T. II, pág. 229.

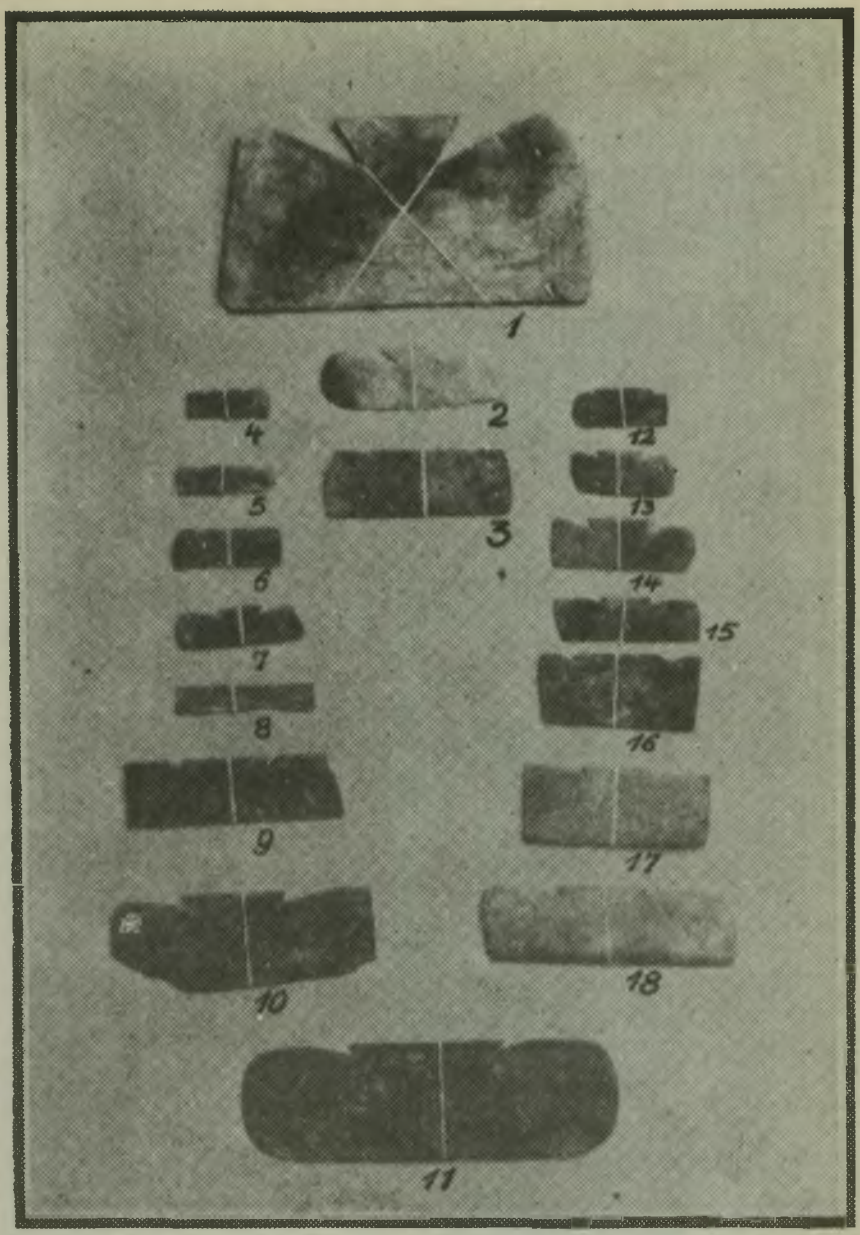
[22]*Jahn*. **op. cit**.



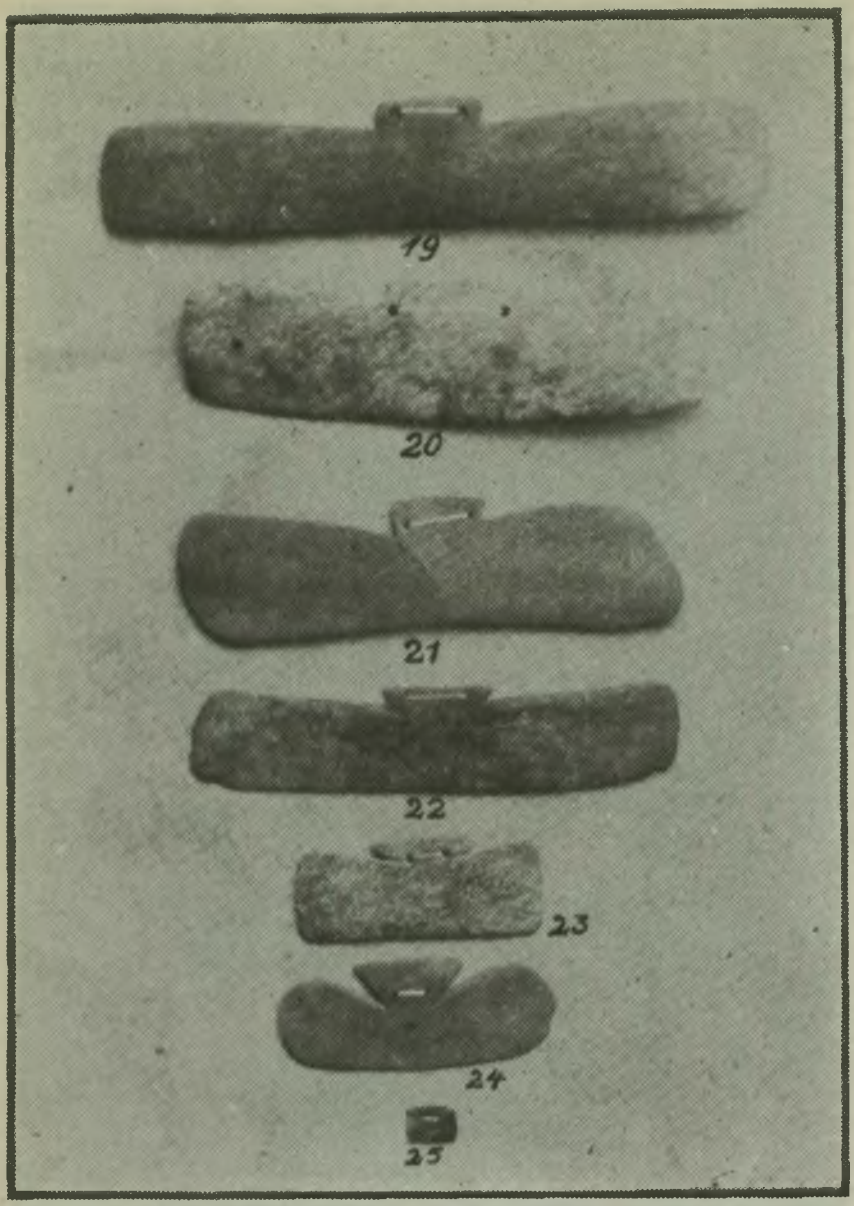
LAMINA I: (Colección Rojas)



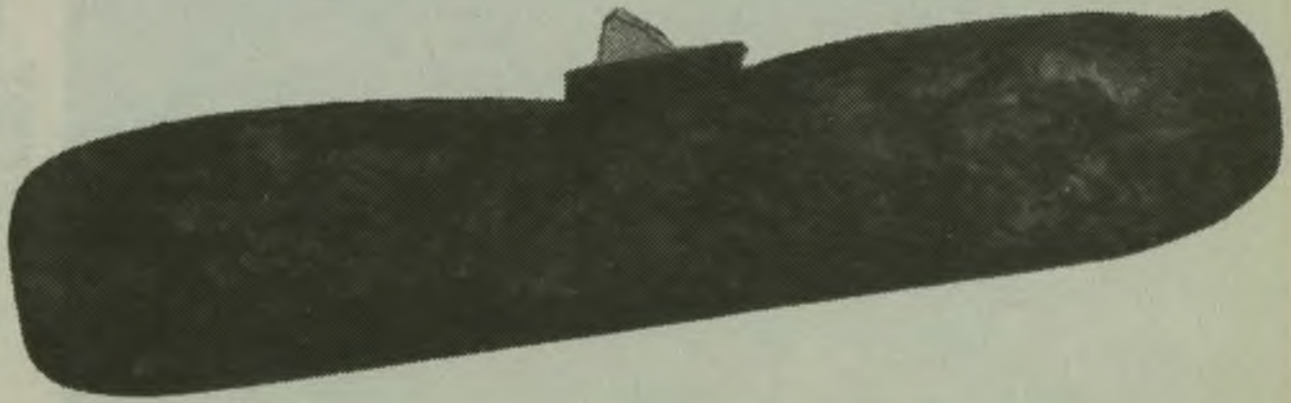
LAMINA II: (Colección Alvarado)



LAMINA III
Placas de piedra sin perforar
(Colección Briceño Iragorry)

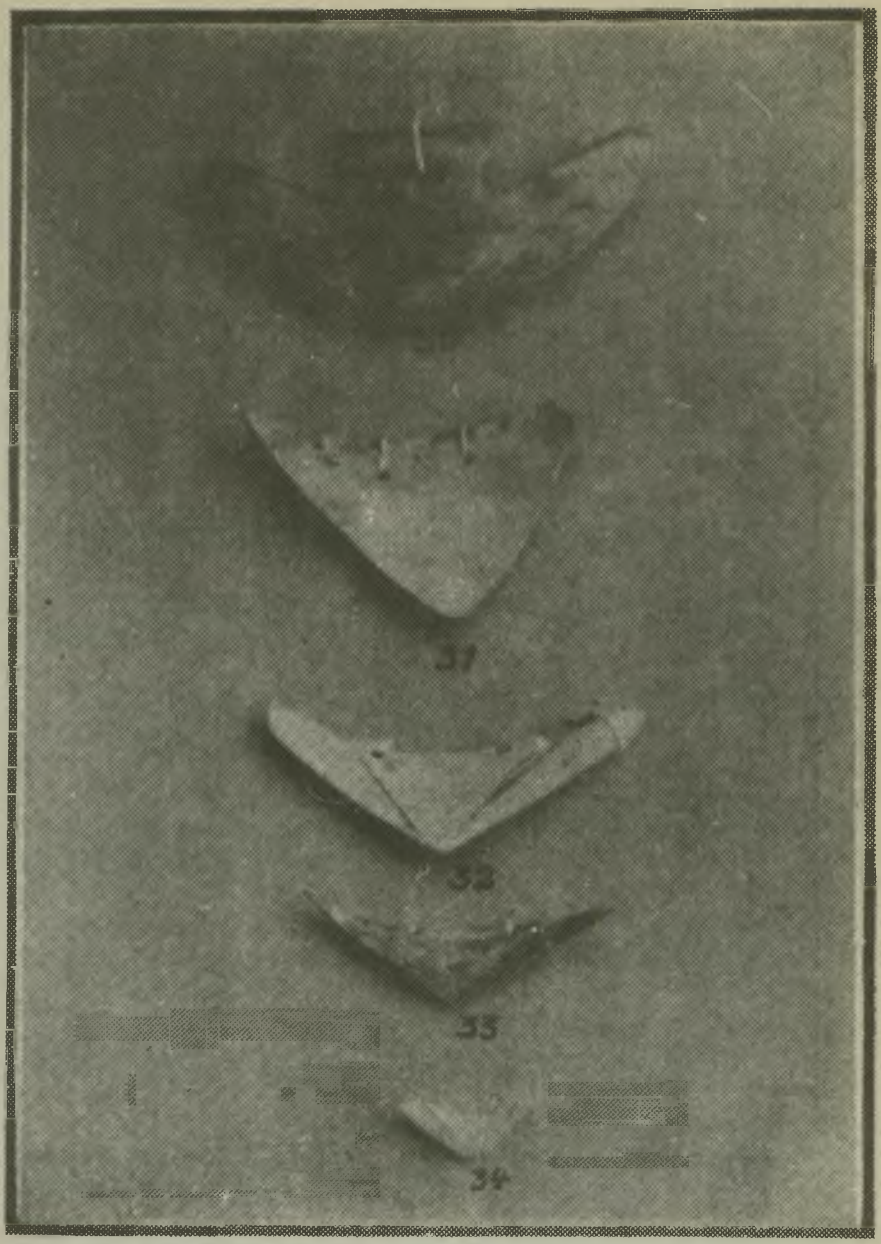


LAMINA IV
Pectorales de piedra
(Colección Briceño Iragorry)



LAMINA V
Gran pectoral de nefrita
(Colección Briceño Iragorry)

LAMINA VI
Pectorales tallados en caracoles
(Colección Briceño Iragorry)



LAMINA VII
Pequeños pectorales de hueso y concha
(Colección Briceño Iragorry)

CATALOGO

Lámina I (Colección Rojas)

Nº 1. Pectoral de concha. Longitud: 180 mm.; anchura 95.

Nº 2. Pectoral de concha. Longitud: 270 mm.; anchura 82; ancho de la cabeza central 71.

Nº 5. Pectoral semilunar de 5 a 7 mm. de espesor. Largo 180 mm.; ancho 62; diámetro del agujero: 5.

Nº 114. Pectoral de diorita de 8 mm. de espesor, con cara humana. Procedencia probable: Niquitao (Trujillo). Largo: 95 mm.; ancho: 34; ancho de la cabeza: 39.

Nº 115. Pectoral sonante de nefrita, de 2.5 mm. de espesor. Barquisimeto. Largo 112 mm.; ancho: 31; ancho de la cabeza; 46.

Nº 116. Pectoral de nefrita, de 2 mm. de espesor, con dos taladros. Barquisimeto (Siquisique). Largo 108 mm.: ancho 25.

Nº 124. Gran pectoral de serpentina. Espesor: 6 a 7 mm. Procedencia probable: Niquitao. Largo 300 mm.; ancho en la línea mediana: 142; ancho de la cabeza: 120.

Nº 125. Pectoral de serpentina. Espesor: 3 mm. Probablemente de Niquitao. Largo: 435 mm.; ancho: 125; ancho de la cabeza: 135.

Lámina II (Colección Alvarado).

a. Análoga a la número 1 de la Colección Rojas.

b. Pectoral cilíndrico de serpentina que representa un murciélago, 252 x 50 mm. Peso, 106 gramos. Sin procedencia.

e. Pectoral de concha. Sin detalles. Procedencia: El Tocuyo.

Láminas III, IV, V, VI y VII (Colección Briceño-Iragorry).

I. Placa sin perforar de serpentina, 200 x 100 mm. Hato Viejo. Carache (Trujillo).

II. Placa sin perforar de serpentina. 98 x 34 mm. Teta de Niquitao, Boconó (Trujillo).

III. Placa de nefrita sin perforar, 100 x 34 mm. Teta de Niquitao.

IV. Placa de nefrita sin perforar, 45 x 8 mm. Teta de Niquitao.

V. Placa de nefrita sin perforar, 45 x 8 mm. Teta de Niquitao.

VI. Placa de nefrita sin perforar, 58 x 20 mm. Teta de Niquitao.

VII. Placa de serpentina sin perforar, 68 x 20 mm. Teta de Niquitao.

VIII. Placa de nefrita sin perforar de 72 x 13 mm. Bujay (Trujillo).

IX. Placa de nefrita sin perforar, 115 x 34 mm. Jajó (Trujillo).

X. Placa de nefrita sin perforar de 140 x 50 mm. Jajó (Trujillo).

XI. Placa de nefrita sin perforar de 200 x 61 mm, Teta de Niquitao.

XII. Placa de nefrita sin perforar de 50 x 20 mm. Teta de Niquitao.

XIII. Placa de esteatita sin perforar de 58 x 22 mm. Teta de Niquitao.

XIV. Placa de serpentina sin perforar de 78 x 28 mm. Bujay (Trujillo).

XV. Placa de nefrita sin perforar de 78 x 24 mm. Bujay (Trujillo).

XVI. Placa de nefrita sin perforar, de 88 x 37 mm. Teta de Niquitao.

XVII. Placa de serpentina sin perforar, de 100 x 40 mm. Bujay (Trujillo).

XVIII. Placa de serpentina sin perforar, de 133 x 40 mm. Teta de Niquitao.

XIX. Pectoral de jadeíta, de 390 x 75 mm. Teta de Niquitao.

XX. Pectoral de antigonita, de 300 x 80 mm. La Quebrada.

XXI. Pectoral de pizarra, de 290 x 73 mm. Bujay (Trujillo).

XXII. Pectoral de serpentina, de 285 x 59 mm. Teta de Niquitao.

XXIII. Pectoral de hamshirita, de 143 x 58 mm. Santo Domingo (Carache).

XXIV. Pectoral de pizarra, de 162 x 62 mm. La Mesa de Esnujaque (Trujillo).

XXV. Pectoral de nefrita, de 28 x 20 mm. Teta de Niquitao.

XXVI. Gran pectoral de nefrita, de 715 x 150 mm. y con un espesor máximo de 15 mm. Jajó (Trujillo).

XXVII. Pectoral tallado en una cabeza de caracol (*Strombus gigos*), 295 x 150 mm. en su parte central. La Quebrada (Trujillo).

XXVIII. Pectoral semejante al anterior, de 285 x 130 mm. La Quebrada (Trujillo).

XXIX. Pectoral semejante al anterior, pero destruido por la acción del terreno, 225 x 120 mm. La Quebrada (Trujillo).

XXX. Pectoral de hueso, de 90 x 38 mm. Humocaro Bajo (Estado Lara).

XXXI. Pectoral de caracol, de 60 x 38 mm. Las Piedras (Timotes).

XXXII. Pectoral de caracol, de 72 x 20 mm. Las Piedras (Timotes).

XXXIII. Pectoral de caracol, de 60 x 15 mm. Las Piedras (Timotes).

XXXIV. Pectoral de caracol, de 26 x 10 mm. Las Piedras (Timotes).

NOTA. Para la clasificación de este material, hemos tenido la colaboración eficaz del Dr. Luis R. Oramas, quien ha consagrado con ejemplar abnegación valiosos esfuerzos al estudio de nuestra arqueología precolombiana, y la clasificación de las placas de la colección Rojas la hemos tomado del trabajo de Alvarado "Objetos Prehistóricos de Venezuela", quien a su vez la tomó de unas notas inéditas del Dr. Jahn.

Las figuras marcadas con los números 3,117,120, 121 y 123, de la Lám. I (Colec. Rojas) no corresponden al estudio que venimos haciendo, pues son amuletos de otro orden, y los números 112 y 122 son idolillos tallados en piedras, de los cuales poseemos algunos en nuestra colección etnográfica. La misma excepción se puede aplicar a la figura *d* de la Lám. II de la Colección Alvarado. La fotografía de la Colección Rojas la hemos tomado del trabajo del Dr. Alvarado, ya citado, y ella le fue facilitada por el Dr. Jahn, quien la tomó antes de enviarse a Europa las placas en cuestión. Para mayor amplitud confrontar el trabajo del Dr. Alvarado.

PROCEDENCIA Y CULTURA DE LOS TIMOTO-CUYCAS

I

CLASIFICACION DE LAS TRIBUS

Conforme a la vieja y empírica clasificación dada por los cronistas primitivos, se ha venido llamando Cuycas a los aborígenes que cubrían el territorio del actual Estado Trujillo desde sus límites con el Estado Lara al Este, hasta los confines occidentales con Mérida (Aguado, Castellanos, Simón y Piedrahita) y Timotes los que se extendían desde estas lindes hasta el Páramo llamado de Cerrada o Mucuchíes. Briceño Valero y Fonseca al catalogar las tribus cuycas de Trujillo incluyen como parcialidades suyas los tímotíes de la Mesa de Esnujaque, extendidos hasta Castril de Reina en Valera.

En la carta testamentaria de Don Cristóbal Hurtado de Mendoza, otorgada en Trujillo en 1657, se habla de una encomienda de indios cuycas en la puebla de Bomboy, hoy la Puerta de Valera, y el Ilmo. Señor Martí en la Relación de su Visita Pastoral llama Timotes al actual pueblo de Mendoza, de donde se desprende que era común decir cuycas o timotes a los indios de esta región.

En el siglo pasado Don Rafael María Urrecheaga, eminente hombre de letras de Trujillo y a quien se debe la iniciación de los estudios etnológicos en aquella región, recogió el material lingüístico de los antiguos timotes de la Mesa de Esnujaque y lo envió a Don Arístides Rojas para su publicación bajo el nombre de "Noticias sobre la

lengua de los Timotes", trabajo que no llegó a publicarse, pero del cual quedó una copia que sirvió de base al Dr. Amílcar Fonseca para sus estudios más completos de los dialectos de Trujillo, y ampliado personalmente con material recogido en Santana (Distrito Trujillo) fue comprendido bajo el calificativo genérico de "Dialecto Cuycas". Esta misma posición ha segundo Américo Briceño Valero en sus estudios etnográficos.

La primera clasificación de los cronistas la han seguido los estudiosos etnólogos merideños Tulio Febres Cordero, Julio C. Salas y José Ignacio Lares y también Oramas, de Caracas. Salas ha introducido dos divisiones principales entre las tribus pobladoras de Mérida y Trujillo: los *Mucos* en razón de la toponimia *Mu*, *Muço*, *Mocó*, y los *Gua* o *Giros*, por la misma razón de esta otra toponimia.

El Sr. Lares dio el primer paso hacia la mejor comprensión del problema geográfico de la distribución de las tribus de Mérida, al llamar tanto las de aquende el Páramo de Cerrada como las que desde allí se extienden hasta los límites con el Táchira, con la denominación genérica de Timotes. Jahn, después de estudios más detenidos, en presencia de los vocabularios recogidos en los Andes, concluyó por llamar Timote la gran familia aborigen que desde los límites de Trujillo con el Estado Lara se prolonga hasta la Grita del Estado Táchira. Nosotros, conforme a esta última clasificación, propusimos llamar Timoto-cuycas esta misma familia, para evitar por medio de la fusión de las palabras convencionales conque se han venido denominando aisladamente los grupos principales, las confusiones que a primera vista pudieran surgir.

La conclusión de Jahn ha sido criticada por algunos etnólogos, acaso sin advertir que ella corresponde a deducciones lógicas. Al comparar los catálogos de palabras recogidas tanto en Trujillo como en Mérida, se advierte una unidad primitiva que debió presidir al posterior desenvolvimiento de los dialectos de las distintas parcialidades catalogadas. La influencia que sufrieron los primitivos habitantes de las sierras, aislados de su centro matriz, estratificados en su abrupto marco geográfico, debieron, como es lógico, determinarse por medio de las variantes que hoy se observan en su acervo lingüístico, donde a la vez se ven las huellas de dialectos extraños, pero conservando,

como noción de una primitiva unidad, el sello de la familia arcaica que allí se estableció.

No podrá negarse que las palabras que entran en la formación de la frase *¿Manpé kic sep*? (¿Cómo le va, blanco?) recogida por el señor Lares entre los Miguríes de Acequias, son las mismas que entran en la composición de la siguiente oración de Fonseca: *¿Mach kupe* (o *Kuté*) *kas*? (¿Cómo está la familia?). *Manpé* es el mismo *Mach Kupé* ó *kuté* y el *kip sep* de Lares, tomado por señor, blanco, es variante de *kiai* (hombre entre los Cuycas de Trujillo, según Fonseca) y *sep* o *shep*, fuerte, lo que significaría hombre fuerte, poderoso, calificativo dado por ellos a los conquistadores, al hombre blanco dominador, así como llamaron a sus caciques *kanisep*, de *kak*, indio, *nis*, reposo y *sep*, fuerte, el indio fuerte que descansa y no trabaja, atributo de sus jefes. *Nici* recogido por Briceño Valero en Trujillo como equivalente a bonito, es el *anicsi* que anota Febres Cordero con igual valor entre los Mucubachés. Vasija dice Briceño Valero *Upac* y es concordante con la forma *Tispac* recogida por el señor Lares entre los Mirripuyes del Morro, pues *Tis*, *Ti*, *T*. es el plural definido los, las, según Fonseca entre los Cuycas de Trujillo y según Febres Cordero entre los Mucuchíes y Mucubachés de Mérida.

También los nombres geográficos nos llevan a la misma conclusión, y así entre otras comparaciones, vemos que *Tatuy*, nombre de un vecindario de Tostós, Distrito Boconó, Estado Trujillo, es el mismo de la población aborigen que se alzaba en la mesa donde Juan Maldonado fundó definitivamente la ciudad de Mérida, y *Tatú* lo es de caserío del Municipio Jajó, Distrito Urdaneta, Estado Trujillo. *Mucu-castán*, nombre geográfico en Mérida, lo hallamos en Trujillo donde corre el río Castán, a cuyas márgenes se fundó la capital del Estado, el sitio que los aborígenes llamaban *Mucas*, contracción de *Muco-Castán*, o sea lugar del Cacique *Castán*. *Tomón*, sitio de Mendoza, Trujillo, entra en la formación de *Mucotomón*, nombre geográfico en Mérida; *Mucuchache* de Mérida, corresponde al *Chacho* o *Chache* de Santana y la Mesa de Esnujaque (Trujillo); *Jají* Municipio de Mérida, se encuentra también en el Municipio Escuque (Trujillo).

Podríamos continuar largamente en estas comparaciones previas, que el lector puede hacer en los vocabularios de Lares, Febres Cordero, Fonseca, Briceño Valero y Jahn, y ellos nos conducirían a

obtener las mismas conclusiones que ya logró éste último y que nos obligan a aceptar la existencia de una familia arcaica como pobladora de las alturas de Mérida y Trujillo.

Hasta el presente nuestros etnólogos al hacer las clasificaciones de las tribus que cubrían el territorio del País en la época de la Conquista, no han hallado elementos básicos, ni en la lingüística ni en la arqueología, que les permita incluir los Timoto-cuycas entre las grandes familias que formaban la población precolombiana de Venezuela. Se han hallado huellas de distintos dialectos entre el material recogido en aquellas regiones, que determinan afinidades posibles, y Jahn mismo lo dice: "*Un estudio más detenido del material lingüístico que hoy ofrecemos en esta obra, conducirá, tal vez, a afinidades* aruaco-timotes, *que a nosotros no nos ha sido dable establecer*". Las afinidades posibles que Jahn sospecha, acaso no se queden únicamente entre el *Timoto-cuycas* y los grupos *naruhacos*, pues se observan también lejanas influencias del betoy y aún del aymará del Perú y lenguas centroamericanas.

Febres Cordero dice que la población de Mérida al momento de la llegada de los conquistadores estaba constituida principalmente por parcialidades Jiraharas o Giros, como dice Salas, lo que muy bien puede explicarse, sobre los datos que arrojan las pruebas documentales que ellos presentan, por la extrema movilidad y destreza de aquella dilatada familia que pudo, sin penetrar el macizo de los Andes, invadir aquella región desde los Llanos. También en Trujillo los Jiraharas estaban en contacto directo con los cuycas y ocupaban la región noreste del Estado: indios Jiraharas fueron encomendados por el Teniente de Gobernador Francisco de la Bastida en 1565 a Juan Román e indios jiraharas hallaron las tropas de Alonso Pacheco que fueron a la fundación de Maracaibo en el año 1569. En los llanos de Monay se movían los indios ajaguas como o lo comprueba la declaración de un testigo en el proceso probatorio de servicios del Capitán Don Juan Pacheco Maldonado[10]. Tales circunstancias se testifican por las afinidades que se constatan al comparar las siguientes palabras del *Timoto-cuycas* con similares del tronco Jirahara-Gayón Ayamán:

---

[10]Mario Briceño-Iragorry; "Archivos de la ciudad de Trujillo", **Truxillo**. Entregas I y III. "El Conquistador Miguel de Trexo", **Cultura Venezolana**. Caracas, 1923.

Castellano	Timoto-cuycas	Jirahara Gayón-Ayamán
Fuego	*Chirup*	*Du-chir* (Jirahara)
Gallina	*Tigaiora*	*Degaró* (Jirahara-Ayamán)
Gavilán	*Mingüé Güe* (Jirahara)	*Hue* (Ayamán)
Gato	*Cmis*	*Mis* (Jirahara)
Leña	*Yishep*	*Sisph* (Jirahara)
Luna	*Chía*	*Yio* (Gayón
Plátano	*Pratan*	*Pratán* (Jirahara)
Tabaco	*Moo Soo* (Jirahara)	*Soho* (Ayaman)
Médico	*Nubás*	*Gasgás* (Jirahara)
Crepúsculo	*Chimagüe*	*Ingüet*, cielo (Jirahara)
Camino	*Pa*	*Sap* (Ayamán)
Diente	*Quirunch*	*King* (Ayamán)
Lengua	*Kubú*	*Kiú* (Ayamán)
Padre	*Taita*	*Tata* (Ayamán)
Vientre	*Kutoyó*	*Yú* (Jirahara) *Pó* (Gayón)
Yuca	*Tocmosh*	*Tongón* (Ayamán)
Papas	*Guí*	*Bí* (Ayamán)
Fuerte, duro	Teuch	Deuch (Ayamán) como se desprende del examen de la palabra Ingdeuch, creciente, de Ing, agua y Deuch que completa el concepto de fortaleza de la corriente

Nos hemos ampliado al hacer esta comparación no sólo con el dialecto de los jiraharas, pobladores de Mérida y Trujillo a la hora de la Conquista, sino también con elementos del Gayón y del Ayamán, por formar los tres un tronco lingüístico, de procedencia naruahaca, según Oramas y de origen Betoy, según los estudios del erudito Dr. Arcaya.

Al clasificar Tavera Acosta los dialectos de Guayana anota las afinidades que existen entre el Yaruro, lengua aislada, y la de los Andes, lo que vale para demostrar el posible contacto que debió de existir con esta familia en una edad arcaica.

Junto a estas huellas lingüísticas que, como henos visto, sirven para establecer que los Timoto-cuycas llevaban relaciones con otras familias de las que cubrían el territorio nacional, se hallan también protocolos arqueológicos que indican el radio de las migraciones tribales precolombianas y las influencias que se ejercían de unas sobre otras. En nuestro estudio **Ornamentos Fúnebres de los Aborígenes del Occidente de Venezuela** hicimos constar cómo hasta Falcón y Carabobo se extendió el área de distribución de aquéllos, denotadora esta circunstancia de invasiones provenientes de los Andes, y cómo los mismos restos hallados por Oramas en sus investigaciones arqueológicas a orillas del Lago de Valencia han sido encontrados por nosotros entre los aborígenes de Trujillo, con la circunstancia especial de ser en las regiones andinas donde su abundancia y frecuentes hallazgos obligan a enmarcar las familias que los usaron característicamente.

Razones no le faltarían al Dr. Salas para diferenciar las tribus de Trujillo de las de Mérida, en mérito de ser más abundantes entre las últimas la toponimia, *Mu*, *muco*, *moco*, en sus nombres geográficos, pero en cambio existen motivos más fuertes que llevan a la conclusión de ser una la familia primitiva que ocupó los riscos de ambos Estados, como son sus afinidades y unidad lingüísticas generales, su cerámica común, su sistema de numeración exacto, sus prácticas religiosas, sus hábitos domésticos.

La fuerza de la toponimia geográfica ya dicha, nos induce en cambio a afirmarnos en que las tribus de Mérida y Trujillo se expandieron primitivamente hacia otros Estados de Venezuela, donde persiste su huella en distintos nombres de lugares y entre los cuales se han hallado datos arqueológicos que conducen a aceptar una remota influencia Timoto-cuycas sobre todo el território del País.

II

PROCEDENCIA DE LOS ABORIGENES

La procedencia, en cambio, de la familia primitiva de los Andes ha sido hasta el presente problema sin solución. No puede justificarse su origen como correspondiente a ninguna de las antiguas inmigraciones betoyes, tupiguaraní, naruhacas o caribes que se venían sucediendo sobre el territorio nacional, ya provenientes del Sur, bien por las hoyas del Amazonas o el Orinoco ya por los llanos de Colombia, ora por invasiones del Archipiélago.

Las afinidades lingüísticas, como hemos visto, no pasan hasta el presente de ser simples infiltraciones ocasionadas por conquistas o por relaciones de paz entre aquellas familias y los aborígenes andinos, rodeados como estaban de caribes, itotos, bobures, moporos, etc., sobre el Lago de Maracaibo; chinácotas, lobateras, queniqueas, en el territorio del actual Estado Táchira y jiraharas, ajaguas, gayones, caquetíos, etc., por sus otras fronteras.

Las huellas de todas estas tribus podemos hallarlas entre el material lingüístico que se ha recogido en Trujillo y Mérida, pero como una floración desprovista de carácter primitivo y que muchas veces no sirven para establecer categóricamente cuál fue la tribu que, cambiando de posición geográfica, dejó en la otra las huellas de su lengua: si las andinas por una invasión hacia las regiones vecinas o estas introduciéndose en el territorio de aquéllas.

Otra circunstancia conviene tomar en cuenta cuando se pretende fijar posibles contactos precolombianos por huellas lingüísticas: los indios que acompañaban a los conquistadores en sus empresas sobre el territorio nacional, iban dejando en las nuevas provincias algo

de su acervo y los mismos españoles, adoptando formas y vocablos de una región, los trasplantaban consigo a nuevas partes donde tenían la suerte de alcanzar aceptación. Tal pasa con innúmeras palabras del caribe insular que aún se usan en Mérida y Trujillo, lo mismo que con otras de procedencia mexicana hechas posteriormente de característica continental.

En todas estas investigaciones preside la vaguedad general que señala al problema étnico de América, campo para conjeturas muchas veces desprovistas de lógica y también para postergar razones de apariencia simplista que en sí ahondan mejor el problema, cuya solución no puede ser nunca de solución local, y el cual pide fijar previamente el origen más o menos cierto de los hombres descubiertos por Colón.

La antigüedad del hombre americano, muy a pesar de los esfuerzos de Ameghino, no ha logrado traspasar las capas actuales y conforme lo asienta Boule: "*Las teorías generales (de aquél) son radicalmente falsas y no ha podido encontrarse jamás en la América del Sur la menor huella de un* Homo *fósil diferente de los hombres actuales*". y con respecto a la América del Norte el mismo tratadista dice: "*todo el material osteológico y arqueológico debe ser atribuido a los indígenas anteriores a la Conquista*". En el mismo pie se halla también el pretendido hombre fósil de Cuba u "*hombre del Espíritu Santo*". Ni en el Norte ni en el Sur, ni en las islas existen protocolos osteológicos que sirvan a los organicistas para crear un Homo Americano.

La tesis poligenista, a más de sus vicios de origen, no ha podido sostenerse en la América por esta carencia de documentos a los cuales referir la existencia de un hombre autóctono americano desde el punto de vista racial y muy a pesar del descrédito a que pretendió llevarse la vieja teoría que explica el origen de la población americana como proveniente de inmigraciones asiáticas, ésta cobra de nuevo mayor fuerza y legitima sobre documentos arqueológicos la certeza que la acompaña. "*Podemos asegurar, escribía para el XX Congreso Internacional de Americanistas reunido en Río de Janeiro en 1924 el sabio etnólogo chino Toun-De Kien, que exceptuando esquimales y patagones, las razas americanas descienden de una o del conjunto de aquellas razas afines que vinieron a América en tiempos muy re-*

motos". "*En el mundo científico, agrega, se admite que el Nuevo Mundo se fue poblando mediante las inmigraciones del Antiguo Continente; pero si van de acuerdo en esto discuten grandemente el origen de los emigrados, el lugar de donde partieron y los caminos que siguieron*". "*Todos estos datos, dice más adelante el sabio chino, basados en indiscutibles autoridades, prueban de modo categórico que las razas americanas pertenecen a las razas altaicas, que a su vez son afines a los mongoles mezcladas ligeramente y con posterioridad, no solamente con elementos polinesios, sino también con otros individuales aislados y sin importancia, que llegaron a través del Estrecho de Behring*".

A este respecto y en el propósito de hacer luz en medio del problema del origen del hombre americano, el Director del Instituto Tihuanaco de Antropología, Etnología y Prehistoria de Bolivia, señor Arturo Posnansky, presentó un interesante trabajo al Segundo Congreso Científico Panamericano reunido en Washington en 1915, en que comunica una serie de observaciones practicadas en individuos de raza andina que presentan signos somáticos comunes con los mongoles, a saber: el pliegue mongol en la faz de algunos elementos aborígenes, el *os-japonicun* en algunos cráneos y la mancha mongoloide, datos que junto con las numerosas pruebas ya obtenidas por otros sabios americanistas, contribuyen a hacer firme la teoría sostenida por el Prof. Hrdlicka, del Museo Nacional de los Estados Unidos, en su trabajo "The Genesis of the American Indian". Explica este autor la presencia del hombre en América por medio de sucesivas inmigraciones asiáticas, idea parcialmente aceptada por el Prof. Pitard, de Ginebra, a quien a pesar de ello, se le dificulta esta tesis por la pluralidad craneométrica de la raza americana, que en cambio se justifica a la luz de las doctrinas de Hrdlicka por sucesivas inmigraciones de distintos subtipos procedentes de Asia: lejos de seguirse una evolución autóctona en el presunto *Homo* de América, del cual, según aquella tesis, halló Colón distintas gradaciones del mismo tipo evolucionado, debe aceptarse la explicación que nos dice haberse sucedido una pluralidad de inmigraciones procedentes del Asia y lo cual satisface las preguntas abiertas ante el problema de los orígenes americanos.

Nuestros estudiosos, como ya tenemos dicho, no han podido afiliar las tribus de los Andes entre ninguna de las grandes familias

que poblaban el dilatado territorio nacional, y han buscado para aquéllas orígenes que justifiquen su presencia como procedentes de tribus vecinas y aun como raza autóctona. Entre los partidarios de esta última explicación figuran Fonseca y Briceño Valero: para el primero los cuycas son el estrato de una familia sin ningún y parentesco con las demás razas de América y para el segundo, las tribus andinas, al igual de los Caquetíos de Falcón, forman una de las doce sub-razas en que divide el continente americano, de origen autóctono. Se sitúan ambas tesis en la general del poligenismo, pero sin aducir pruebas que sostengan sus asertos.

Codazzi con Balbi, hacen proceder, en razón de su mayor grado de civilización, los aborígenes de los Andes de los Muyscas de Colombia y esta posición la siguió Samuel Darío Maldonado en sus estudios antropológicos. Ernst aceptó el origen muysca de los andinos.

Febres Cordero con mejor observación, ha entrevisto afinidades con los muyscas, quichúas, y aun con el tronco tupiguaraní, dejando presumir afinidades también con la población de Centro América. Jahn en sus recientes publicaciones acepta la posibilidad de parentesco con los habitantes del altiplano de Colombia y con tribus de la América Central.

¿De dónde proceden nuestros aborígenes andinos o sea la larga familia que, dividida en numerosas parcialidades, ocupaba en la época de la Conquista el territorio de los Estados Trujillo y Mérida? Tal problema no puede resolverse con la precisión que sería de desearse y se confunde en la obscuridad general que envuelve la prehistoria de América.

Dejando a un lado la tesis poligenista que no podría sostenerse por carencia de protocolos, acudiremos a la paleontología y a la lingüística para orientar nuestras investigaciones. La edad de los documentos osteológicos hallados en los cementerios aborígenes no nos llevan más allá de un período asaz cercano a la hora del descubrimiento y al lado de ellos los arqueológicos no nos dan para las tribus andinas una edad anterior al período neolítico. El material lítico que se ha hallado en las cavernas de Trujillo y de Mérida corresponde al período de la piedra pulida y extraña el hallazgo hecho en Bujay

(Trujillo) de una hacha paleolítica sin ninguna osamenta a la cual referirla, material éste que suponemos de extrema rareza, pues no figura nada semejante en las colecciones conocidas. Huellas acaso de las primeras inmigraciones de hombres dolicocéfalos de que habla Hrdlicka, correspondientes a la época aziliena y cuyes restos han sido constatados sobre algunos cráneos aislados de Mérida y Trujillo.

Marcano calificó erradamente nuestra población primitiva de los Andes como de tipo dolicocéfalo, por el hallazgo de estos cráneos, pero junto a tales documentos, y en mayor número, han sido hallados cráneos precolombianos de tipo braquicéfalo, correspondiente a un desarrollo superior.

Por esto decimos que es casi nulo el contingente de la paleontología en el estudio de nuestros hombres primitivos de Occidente, y; para su clasificación general y sus afinidades raciales, no importa mayor cosa la edad que de aquellos documentos se desprende, ya que la fecha es común con relación a las demás familias americanas.

Desde el punto de vista lingüístico, el Timoto-cuycas figura como lengua aislada, con ligeras infiltraciones chibchas y lejanas afinidades con el quichúa.

Las afinidades que se dejan ver con las demás lenguas del territorio nacional, no pasan como se ha dicho, de determinar contactos de paz o de conquista.

En cambio el estudio comparativo de los documentos arqueológicos hallados en las *huacas* o cementerios aborígenes de Mérida y Trujillo, conducen con mayor claridad a establecer la existencia de una cultura arcaica procedente de México o de Centro América y originada por inmigraciones sucesivas de tribus cuyo centro de civilización estuvieron en la región media americana. Las magníficas investigaciones realizadas por el Dr. Max Uhle le han llevado a establecer de una manera definitiva que toda la parte noroeste de la América Meridional estuvo cubierta por una civilización originaria de México y de Centro-América y nada de extraño tiene aceptar que esa onda migratoria invadiera, a través de Colombia, la parte occidental de Venezuela y tomara posesión de los riscos andinos, para allí estratificares y decaer de su primitivo estado de evolución cultural.

La existencia de una civilización mayoide contemporánea del período arqueológico denominado por los etnólogos ecuatorianos Proto-Panzóleo II en el Puruha, deja ver claramente la existencia de una onda expansiva que desde México y Centro América invadió aquella región, habiendo dejado en Colombia huellas de su paso.

Esta civilización debió haber sido posterior al período de las piedras pintadas que se han hallado en el Estado Táchira y las cuales al ser estudiadas en tesis general por Don Arístides Rojas, éste, contra la opinión de Humboldt, las consideró como protocolos de las invasiones caribes, por su dilatada extensión sobre el territorio de Venezuela. Nómadas como los caribes debieron ser los miembros de esta raza primitiva que en toda la extensión del País, excepto Mérida y Trujillo, dejó las huellas de su paso, pero sus trabajos de piedra aunque determinan procesos ideológicos, testimonian a la vez una retrasada cultura si se comparan con otros productos de la civilización americana.

Hay coincidencias que precisa tomar en cuenta respecto al origen de las tribus de Mérida y Trujillo. El nombre de cuycas que se dio a los habitantes de este último Estado, no era el que se daban ellos a sí mismos. sino inventado por sus vecinos en razón de la continua repetición de las palabras *kiu*, el, *ku*, la, *kak*, indio, *kiai*, hombre, pues en cambio se sabe que ellos llamaban *chontal* su dialecto, palabra que aún perdura como adjetivo en aquella región para calificar a quienes hablan mal el castellano. Chontal es el nombre de una parcialidad maya, de la tribu de los *Tzendules* de Chiapas.

El mismo nombre Chiapas o Chapas del Estado mexicano, aparece en Trujillo en comarca del Distrito capital, pronunciado primitivamente por los españoles Yapa o lapa, como se lee en documentos de la época. El origen de tal palabra, dice el Prof. Becerra, se relaciona con el henequén o maguey, a que hace referencia, cultivo también abundante entre los indios de Trujillo[11].

---

[11]Podemos señalar como una huella de las corrientes descendentes y ascendentes que llegaron hasta los Andes. las palabras con que se llamaba el maíz por los aborígenes de Mérida y Trujillo. *Hussá* la anotan Lares y Febres Cordero como usada por los mirripuyes del Morro y tanto esta como su afín *Burá* señalada por Salas, son de origen quichua (*Sorá*-maiz). *Chijsjac*, la trae Febres Cordero como recogida entre los Mucuchíes

Cierto es, como lo dice Schuller, que "*será siempre muy sospechoso precisar la posición de uno o varios dialectos, dentro de una familia lingüística dada, apoyándose para ello solamente en la comparación de unas cuantas palabras aisladas*", pero a pesar de ello hay relaciones separadas entre grupos distintos que sin temor a las sospechas deben precisarse como las coincidencias que anotamos.

Estas circunstancias, unidas a los hechos constatados por Uhle sirven de base para lógicas conjeturas con respecto a la procedencia de los Timoto-cuycas. "*Encontramos, dice aquél, una civilización maya en el interior del Ecuador, Colombia y Costa Rica*", uno de los tres países que Spinden (Maya Art) dice que "*ofrecen poca evidencia constructible para indicar afiliaciones con México y esto en circunstancias que claramente indican que todo el interior del Ecuador como el de Colombia había recibido influencias parecidas y en varios sentidos estaban en este respecto en relación mutua*".

Los documentos arqueológicos obtenidos en las cuevas sepulcrales de los Andes podrían a su vez ser clasificados como correspondientes a distintas civilizaciones americanas, lo que nos llevaría a aceptar que la onda migratoria arcaica no se vio separada inmediatamente de su centro originario, sino que posteriormente sufrió nuevas influencias, procedentes ora de las corrientes que bajaban de México y Centro América, ora de las que subían hacia el Norte a través de Colombia[12].

---

y Mucubaches y su apocope *Chjá*, lo anota Fonseca como de uso entre los aborígenes de Trujillo. Al estudiar sus raíces en relación con otras lenguas americanas, se descubre una marcada afinidad con la palabra compuesta *Chicomecoatl* con que se llamaba el maíz en nahuatl y también la divinidad de los panes (Cfr. "Codex Chimalpopoca", **Memorias y Revista de la Sociedad Científica "Antonio Alzate"**. México. Enero-Junio de 1922).

[12]A este respecto es muy interesante la siguiente referencia del Dr. Uhle: "W. Krickeberg, criticando la teoría de los círculos movedizos de cultura mundial, recomienda ante todo la explicación de las formas individuales de las civilizaciones americanas por el estudio de las migraciones y cambios de cultura de sus pueblos y es seguro, que solo de esta manera se solucionaría las dificultades que teorías generales sobre el desarrollo de las culturas naturales no toman en cuenta". Tal recomendación del Prof. Krickeberg facilita la explicación que, conforme lo dice Uhle, no da la teoría de los círculos movedizos, cuando advertimos que el sistema social de los Narhuacos era superior al de los andinos, mientras estos demuestran un superior desarrollo con respecto a aquellos a la luz de su cerámica.- Dr. Uhle: "Las Ruinas de Cuasmal" en **Anales de la Universidad Central del Ecuador**. Tomo XL.- N° 264, Abril-Junio de 1928.

Al igual de la cultura mayoide del Ecuador, extendida aún hasta el Perú y la Argentina, se advierten en las ruinas de Colombia restos arqueológicos que testifican una remota procedencia maya o tolteca, en unión de datos de cultura del Sur procedente de los Incas, O como lo resume en sus interesantes estudios arqueológicos el Sr. Cuervo Márquez. Los chibchas o muyscas demuestran en sus artes y en su ideología religiosa una marcada procedencia del Norte y vale esta circunstancia para hacer resaltar las ya denunciadas afinidades Chibchas-Timoto-Cuycas en razón de la influencia más directa que en aquéllas ejercieron las inmigraciones descendentes, familiares de las mismas que se internaron hasta los Andes venezolanos y que en el marco de las alturas de Mérida y Trujillo, después de expandirse por otros estados de Venezuela, se estratificaron hasta decaer de su primitiva cultura, una vez rota la onda continua que los unía a Colombia.

Las ya conocidas sugestiones de Uhle, Spinden, Giglioli, Ernst, etc., respecto a este probable contacto de los aborígenes de Colombia y del Occidente de Venezuela con las familias de Centro América, se justifican a su vez por la desaparición de los grandes centros culturales de la porción media americana, debido a causas que aún no se han podido establecer. Tal sucede con la civilización de los Maya, de cuyas ruinas se desprende que el pueblo que la llevó a feliz término, emigró repentinamente y una de sus rutas pudo haber sido la del Sur, y a través de Costa Rica, Panamá y Colombia, expandirse hasta el Ecuador, Perú y Argentina en el Sur, y hasta el Occidente de Venezuela. Invasiones posteriores, oscilaciones migratorias de nuevas familias pudieron haberse sucedido, constatadas sus huellas por los diferentes grados ideológicos que determinan el examen de su material arqueológico. Una vez paralizadas aquellas corrientes invasoras, los aborígenes debieron haber continuado tal vez en relaciones con los chibchas a través de sus vecinos Chinácotas, Queniqueas y Cúcutas, por lo que a la hora de la Conquista, aparecía más sensible la influencia colombiana, como se denota por algunas palabras, a veces de las principales de su ideario, como *Ches*, dios; *Chia*, luna; *Zuhé*, sol; *Taspa*, cosecha.

III

CULTURA ABORIGEN

La hipótesis de aquellas sucesivas inmigraciones de tribus cultas del Norte y su posterior aislamiento en las alturas de nuestra Cordillera, nos lleva, a pesar de lo difícil, como dice Boule, de establecer cuáles objetos pertenecen en América a la época de la Conquista y cuáles a una edad remota, a considerar la cerámica de los Timoto-cuycas, como arte que vino con ellos, en pleno desarrollo, en edad lejana, aprendido en los centros culturales de México y Centro América. Con el aislamiento en que se hallaron posteriormente, aquel arte decayó hasta el extremo de perder las huellas de su cultura inicial.

Conocemos apenas un resto de los documentos arqueológicos de nuestros antepasados, por el poco cuidado que se tuvo en conservar sus productos y por la destrucción que realizaron, no sólo Curas y Doctrineros, sino también Obispos y Audiencias, quienes veían huellas de idolatría en ídolos y chorotes. Las circunstancias de esta persecución justifica a su vez la presencia desordenada en ciertas cavernas de objetos destinados al culto, en unión de artefactos de labranza y útiles domésticos, ocultados allí por el aborigen cuando este se dio cuenta de la persecución del español.

Extraña a la vez que con datos tan precisos de esta idolatría, obtenidos sobre documentos de la Colonia y sobre los relatos de los primeros cronistas, se niegue a dichos objetos destinos rituales, para ver en ellos, como quiere Fonseca, la representación de personajes difuntos. Fonseca mismo, en su estudio 'Procesos Coloniales, Ido-

latría, brujería y superstición", publicado en "Campo" de Trujillo en 1907, habla de autos de fe realizados en pleno siglo XVIII contra practicantes de idolatría y de superstición, de la destrucción de setenticuatro ídolos y veinticuatro casas de devoción, y del hallazgo de muñecos de oro en poder del Cacique Lorenzo de Urbina, todo lo cual consta en el expediente que reposa en el Archivo Parroquial de Trujillo, que hemos tenido oportunidad de estudiar. No es lógico aceptar que estas prácticas hubieran nacido entre aquellos aborígenes después de la Conquista y que los españoles traficasen con ellos en cacharros de su gusto, como opina hoy Fonseca, ni introdujesen ídolos procedentes de Guatemala y Nueva España, pues esto lo desdice la lógica histórica. Si tales objetos se hallaban en poder de los indios del siglo XVIII ello indica que los poseían desde la edad precolombiana y habían sido trasmitidos por sus mayores de igual modo como nos trasmitimos hoy las efigies de nuestros altares. Y con respecto a la cerámica de grandes avances hallada en sus *mintoyes* y *huacas*, vale esto también como indicación de una remota procedencia de centros civilizados donde obtuvieron los métodos de fabricarlos y de donde procedían los ídolos de oro que su arte no podía trabajar.

Conocemos apenas, como está dicho, muy poco del material arqueológico de nuestros aborígenes. Los ídolos de tamaño natural no han llegado hasta nosotros o permanecen aún ocultos en las tantas cavernas inexploradas, y las vasijas que poseemos son relativamente escasas. Pero estos restos deben corresponder a un período muy anterior a la época de la conquista justificada en parte su conservación por la costumbre de enterrar sus muertos con los vasos rituales donde ofrendaban la manteca de cacao y demás cosas para el mantenimiento post-mortem y de los cuales poseemos los más bellos ejemplares.

Los objetos de más tosca estructura, en lugar de ser primitivos, con relación a la cerámica de superiores avances, deben corresponder al período de la decadencia de sus artes y costumbres, y si muchas veces tienen características de antigüedad por su aspecto exterior, ello es obra de las capas terrestres que han venido cubriéndolos y también de las influencias posteriores, ya entrado el período de desintegración, ejercidas en ellos por las corrientes artísticas más rudimentarias de las tribus vecinas. Considerando el desarrollo de estas manifestaciones del arte aborigen, se hace difícil por si no im-

posible, aceptar una línea mecánica de progreso ascendente a partir de los objetos que denotan ausencia de técnica hasta llegar, subiendo, a las figuras más complicadas y de experta factura, que daría entonces una edad vecina a la de la Conquista para estos últimos objetos.

Si este ejercicio lejos de ser aprendido en centros de amplia cultura artística e introducido por los inmigrantes arcaicos, hubiera sido fruto de un lento perfeccionamiento de sus habilidades plásticas, inherentes al hombre como hijos de su facultad creadora y propias de los pueblos sedentarios, podría en cambio fijarse la negada línea de progreso a partir de los productos más burdos que se han hallado; y sobre lo primitivo y deforme, con la educación y el hábito, se habrían ido desarrollando nuevas formas y nuevos temas hasta culminar en la cerámica hallada por los conquistadores. Los mejores artífices habrían correspondido a la época de la llegada de los españoles y acaso éstos hubieran aprovechado para nuevas obras especulativas aquellas aptitudes artísticas del aborigen.

Las huellas de esta educación culminante no fueron halladas, pues si bien nuestros indígenas continúan fabricando sus utensilios domésticos, lo hacen de manera que no se advierte una habilidad aprendida a través de generaciones seculares. En cambio con la aptitud de los aborígenes para las obras del hilado pasó todo lo contrario: la industria algodonera se continuó con ahinco hasta el siglo XVIII, comprobado por documentos de la época, y los tejidos como lo dice Cisneros alcanzaron gran desarrollo en forma de "*alfombras de gran primor*". Los españoles explotaron el gusto que los indígenas tuvieron para esta labor e igual cosa habrían hecho con las facultades que hubieran observado en los trabajos de la alfarería. Pasa lo contrario en México, Centroamérica y el Perú, donde hasta el presente los aborígenes fabrican y decoran sus tierras con destreza admirable.

Estas circunstancias nos llevan a establecer que la cultura de los Timoto-cuycas, en la cual se advierte, como hemos dicho, la influencia de variadas corrientes emanadas de centros verdaderamente civilizados, se hallaba en un estado de desintegración y decadencia, por la ruptura de la onda de las grandes inmigraciones a la hora de la Conquista. Su arte se había detenido en la presentación de formas elevadas y por un proceso de desmejoramiento había pasado

a copiar formas presentadas por tribus inferiores. Era una cultura decaída, sobre la cual ejercían marcada influencia modelos inferiores, pero que en el cuadro general de la cultura prehistórica del País, representa el mejor aporte aborigen. Aquella familia que se enmarcó en el cuadro frío y solitario de las montañas, fue con respecto a las demás tribus de Venezuela, en un momento de su evolución social, la que presentó las formas más elevadas de desarrollo artístico, ya traído, como germen, por la onda arcaica que ocupó las alturas.

IV

COSTUMBRE Y RELIGION DE LOS ABORIGENES

Agricultura, usos y armas

La característica principal de los Timoto-cuycas era su vida sedentaria, distribuidos en diferentes tribus y parcialidades con sus cabezas gubernativas, y dedicados preferentemente al cultivo de la tierra. Entre su agricultura ocupaba primer término el maíz (*Zeamays*), la yuca (*Yatrophamanihot*), las papas (*Solanum tuberosum*), el trigo (*Tricum oestirum*), el cacao (*Teobroma cacao*), la batata (*Ipomea batatas*)[13]. Cultivaban grandemente el algodón y el henequén. Del primero tejían mantas para cubrirse y aun para las ofrendas rituales en sus adoratorios y con el cual mercaban con sus vecinos del Estado Lara. Con el maíz preparaban la chicha, que les servía de licor en sus

---

[13]El cultívo del cacao fue labor de los aborígenes de Trujillo seguida en gran escala por los colonos españoles. Se ha dicho, por quienes niegan este aserto, que fueron los jesuitas en 1629 (PP. Francisco Rodríguez Cabrita, Alonso Suárez de Aponte y Diego de Carmona, de la casa de Santa Fe) quienes introdujeron las semillas del fruto por aquel año, en virtud de la concesión de tierras en el Valle de Pocó que les hizo el Cabildo de Trujillo, a solicitud del P. Baltazar Sanz, como previa al establecimiento de la Compañía en aquellos términos, atento el Cabildo "*a que esta ciudad tiene muy grandes deseos de que la dha. compañía fuese en esta dudad por los grandes frutos espirituales de que gozasen los vnos.*" (Dr. Amílcar Fonseca.- "Los Jesuitas"). En cambio por el año de 1606 aparece Diego de la Peña Ledesma pagando a las Reales Cajas de Trujillo los derechos de composición hecha con el Gobernador sobre una estancia de cacao en el Valle de Caus, veinte y tres años antes de la fundación de los jesuitas. (Libros de la Real Hacienda.- Archivo Nacional). El precio a que se cotizaba entonces el fruto era de ocho reales de plata el millar (Testamento de Francisco Martínez.- Trujillo 1634.- Papeles del autor).

festividades. El cacao lo utilizaban en forma semejante a la acostumbrada por los aborígenes de Costa Rica y su grasa la quemaban en braserillos para sus ritualidades.

Para los trabajos de la tierra usaban barretones de piedra labrada, que llamaban *coas*, y las cuales en época aún reciente estuvieron en uso entre los agricultores de Mérida y Trujillo.

Entre sus transacciones comerciales entraba la noción de precio y de moneda, representada ésta por sartas de guitero, que llamaban *saysay*, formadas por huesecillos diminutos[14].

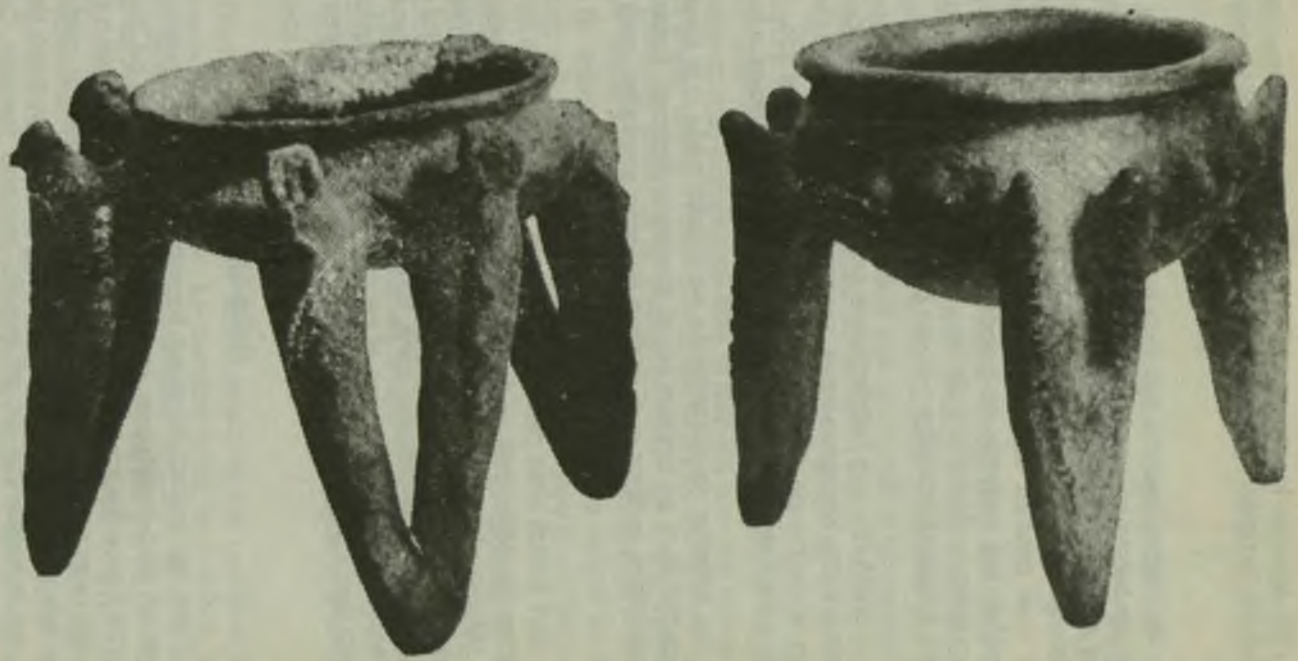
Su medicina estaba constituida por innumerables prácticas supersticiosas del *piache* o *mohan*, quien tenía la virtud de hacer salir la enfermedad por medio de conjuros y sahumerios de tabaco.

Entre su terapéutica figuran con muy principal uso los muñecos de barro, con sonajas interiores, a los cuales hacía el mohan "*pasar*", por medio de soplos, la enfermedad. Sucedida la muerte, abandonaban los bohíos o les prendían fuego para que se ahuyentase por su efecto la muerte, que, en su concepto, quedaba rondando el lugar, como se lee en declaraciones de los conquistadores de Trujillo.

Enterraban sus muertos en subterráneos llamados *mintoyes*, de figura peculiar y con el muerto dejaban en el sepulcro vasos, ídolos y emblemas fúnebres, junto con sustancias alimenticias. Esta última costumbre estaba estrechamente ligada a su burdo concepto de inmortalidad, pues no creyeron que con la muerte dejara de ser el hombre para siempre, sino que dieron al alma una durabilidad terrena posterior a aquélla, con existencia aún no separada totalmente del cadáver.

---

[14]En el remate de los bienes del Conquistador Francisco Camacho aparecen vendidas cincuenta y dos vueltas de guitero por la cantidad de seis pesos. "Hernando Alonso de Umbría por sí y por su mujer Catalina González reclaman los indios de Parca que eran de su padre Francisco Camacho".- Academia Nacional de la Historia.



III.-Lámparas sagradas de los Niquitaos (Colección Briceño-Iragorry)

En algunos lugares se han hallado también cementerios labrados en las propias rocas o aprovechando para ello cavernas naturales.

Su vestido variaba según la región donde estuvieran radicados; así en las tierras bajas sólo llevaban su guayuco de tela, mientras que en las alturas se cubrían con mantas espesas. Adornaban su cuerpo con tatuajes polícromos que los hacía de una fealdad exagerada y para lo cual usaban especialmente achote u onoto (*Bixa-orellana*). Adornaban sus cabezas de grandes plumajes, que les cubrían el cuello según era su tamaño y de éste gustaban colgar sartas de cuentas, piedras y huesos labrados a guisa de amuletos.

Construían sus habitaciones en formas diversas, cubriéndolas de palma sobre horconeaduras, y en los páramos preferentemente las hacían al arrimo de grandes piedras protectoras del frío. Tejían hamacas para dormir y también para este mismo fin trojes o barbacoas.

Su sistema de numeración no dejaba nada que desear de los más perfectos y se basaba en el concepto decimal. Salas habla de algunas tribus andinas que usaban cuerdas anudadas para - sus cálculos.

Sus armas eran piedras, macanas y flechas como las de todos los indios de Venezuela, y de usar las últimas envenenadas, fácil les sería obtener el veneno de los Caribes, sus vecinos, quienes tuvieron durante la preconquista el monopolio de esta sustancia. Sal y veneno, los elementos primordiales para la conservación y defensa de las agrupaciones aborígenes, era el patrimonio caribe y de esto se valieron para ser. a la hora del descubrimiento, los dominadores de la tierra.

Religión

Entre su acervo religioso figuraba en primer término el concepto de un dios impersonal, que ellos llamaron *Ches* o *Chen* y el cual repartía mercedes y castigos. Como festividad principal o central de este culto celebraban la bajada de este dios o sea su comunicación con los adivinos o *piaches*. En oposición a este concepto de bondad creían en la existencia de un espíritu maligno llamado *Quirachú* o

Keuña y también *Ualic* (enemigo). Adoraban el Sol (*Zuhé* como divinidades *Nareupa* como fuente de luz) y a la Luna (*Chía* como divinidad y *Nareup chuk-feui* como fuente de luz).

Del primero tuvieron una representación material en las huellas pétreas de moluscos testáceos, halladas en sus adoratorios y que llevan a aceptar que ellos conceptuaron solar el origen de tales piedras por su forma de rayos circulares.

Dos palabras figuran en el material lingüístico de estos indios como expresivas del concepto de dios: *Chés* y *Chuta*. Con la primera designaban el concepto primitivo, el dios arcaico, mientras que *Chuta* fue el nombre dado al Dios cristiano que les reveló el conquistador. A esta conclusión nos lleva el hecho de llamarse con el mismo nombre el templo, la semana y el domingo, conceptos todos de origen español. La palabra Chutu es afín de *Chutcha*, rodilla en yaruro, dialecto aislado, con grandes afinidades andinas. Entre el material lingüístico de los Timoto-cuycas justamente falta la palabra con que llamasen la rodilla, que acaso sea la misma *Chuta* con el prefijo *Ku* que es temático en las palabras anatómicas. Acaso el verbo *Kú-Chuta* significase arrodillarse, única acción comprensible por los aborígenes cuando el domingo, fin arbitrario de semana iban al templo a adorar su nuevo Dios, distinto del *Chés* que festejaban con libaciones y con danzas.

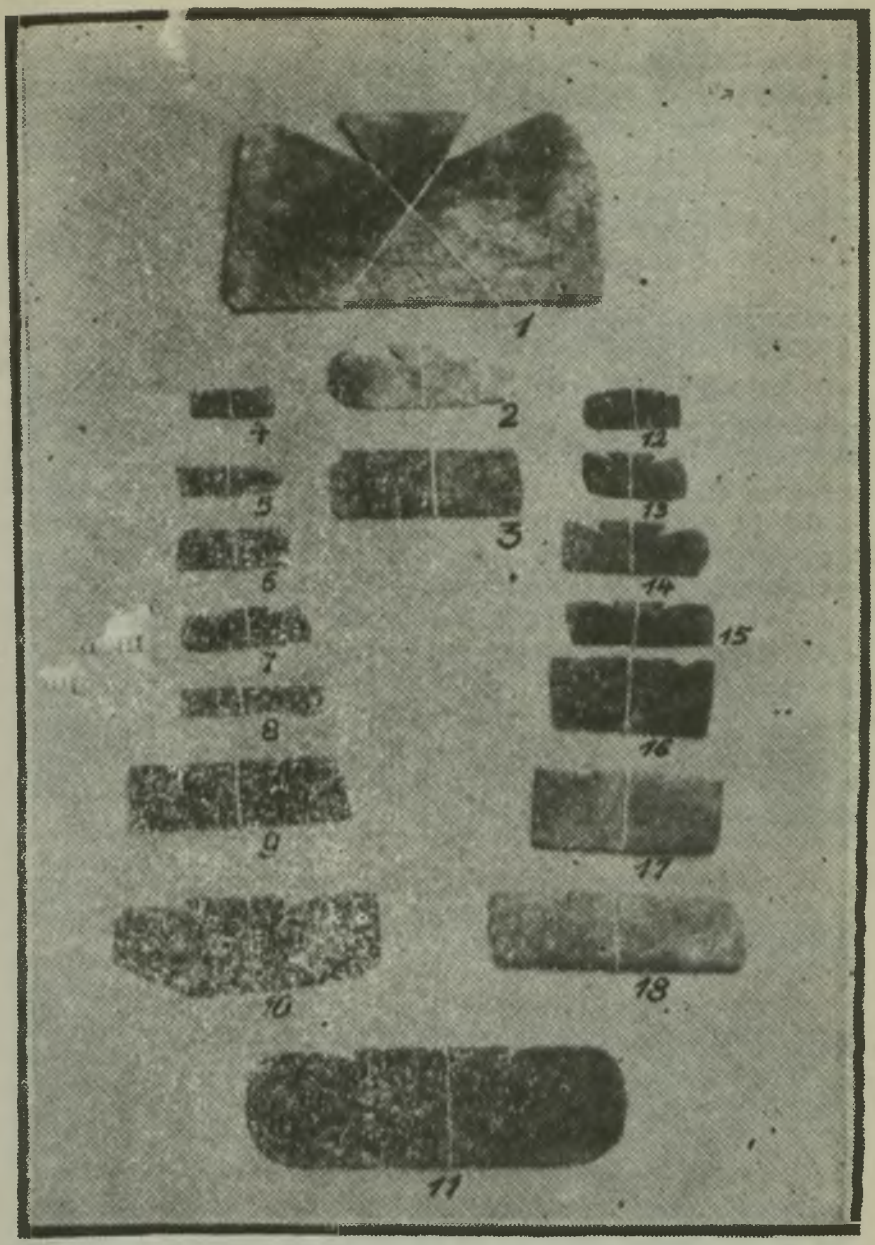
Sacrificios humanos entraban también en su proceso idolátrico. Lo dice Castellanos cuando describe la entrada de Ruiz Vallejo al villaje de Escuque y Lares habla de una ceremonia especial entre los indios de Lagunillas que consistía en arrojar un niño a la laguna. Semejante costumbre describe el Gobernador Juan de Pimentel como existente entre los indígenas de Lara, donde se hacía el sacrificio de una doncella para aplacar al dios.

El Dios Rana. Uno de sus dioses inferiores era La Rana, común a los Aztecas y los Chibchas. La característica de muchos de sus ídolos nos llevan a pensar en el propósito imitativo de este animal, que debió haber estado ligado a la tradición de un Diluvio, del Dios de las Aguas o bien como divinidad agrícola bajo este mismo mito protector. Perdura aún entre la población rural de aquellas regiones la creencia de que es maléfico para la agricultura la destrucción de este animal, en quien los aborígenes debieron haber simbolizado el espí-

ritu de las aguas, muy más si tomamos en cuenta que careciendo de regadíos artificiales sus sementeras, recibían gran beneficio de las aguas pluviales, con cuya venida se sucede el período de la mayor abundancia de ranas. Característica del hombre la tendencia a antropomorfizar sus creencias y mitos, dieron a su Dios Rana una figura intermedia entre humana y zoomorfa. Estas esculturas han aparecido entre los Aztecas y Chibchas y aun en excavaciones en el valle del Mississipi.

Manitou, Icaque y el misterio de la fecundación. Común era la escultura de barro que, según Salas y Febres Cordero, representaba al Baco aborigen, contra el concepto de otros que sólo han querido ver en ella la representación de un cacique primitivo. Los atributos fálicos y el cántaro de las libaciones, llevan a aceptar de plano este mito local, enlazado al misterio de Icaque, la diosa de la fecundidad como aquel era el de la potencia generatriz, regulador de las estaciones, protector de las cosechas y llamado Manitou.

Las figuras que representan al dios aparecen sentadas en sillas de cuatro soportes, y entre sus manos la vasija de las libaciones, con cíngulo sobre el bacinete que remata en el sexo, siempre visible que en su posición ritual aparece sentada con el sexo también visible. Esta diosa en el esplendor de su culto se representaba de grandes proporciones.



VII.-Estilizaciones en piedra del Dios Murciélago
(Colección Briceño-Iragorry)

Icaque se decía y era diosa
Que de bulto tenían retractada
En casa de tres naves espaciosa,
De grandes y menores frecuentada
Hacíasele fiesta generosa
(A tiempos y por días) señalada,
Donde sacrificaban gentes vivas
O de sus naturales o captivas.

(*Castellanos*. Elegía III. Canto III. Parte III),

El Dios Murciélago. El primero en sugerir una expansión hasta los Andes Venezolanos del mito maya del Dios Murciélago, fue el Prof. Giglioli, de Florencia, al estudiar las placas halladas en los cementerios aborígenes en que aparece estilizada la figura de aquel animal. En nuestro estudio sobre estos ornamentos comprobamos hasta donde se pudo que la sugestión de Giglioli tiene razón para sostenerse en pie con preferencia a cualquier otra teoría. La figura de aquel dios aparece representada en bordes de vasijas obtenidas en "Los Tiestos", Municipio Betijoque (Estado Trujillo) y también por Oramas en excavaciones a orillas del lago de Valencia. Estas estilizaciones de murciélagos aparecen también como adornos en algunas compoteras del Proto-Panzoleo ecuatoriano, civilización contemporánea de la mayoide del Azuay, en la que se han comprobado determinadas influencias mayas y nahuas.

Señales de otros cultos. Algunos otros animales eran tenidos en adoración por los indígenas, como la serpiente y la lechuza y también los ríos, lagunas y montañas.

Infiltración de influencias asiáticas. El mito de Bochica, organizador de los muiscas, ha sido considerado como demostrativo de la existencia de una cultura asiática filial del budhismo, cuyas huellas se encuentran representadas en México por los mitos de Cuculea y Camaxtli. El Bochica de los muisca se confunde en parte con el Quetzacoatl de Tollan, introductor entre otras costumbres de la de perforarse las orejas, existente ésta entre los Timoto-cuycas. Restos arqueológicos se han hallado entre las excavaciones de Mérida y Trujillo que nos llevan a ver influencias orientales en su arte: las estatuillas de piedra, que si bien no adoptan la actitud búdica, recuerdan un perso-

naje orante por la posición de los brazos sobre el pecho, trasunto acaso de un predicador de los tantos que refieren las crónicas. Son por cierto estos objetos de piedra los que demuestran un mayor avance artístico y una habilidad que determina influencias extrañas.

Utiles religiosos. Los más característicos entre estos objetos, son los trípodes, porta-ofrendas y candelabros.

Las primeras son lámparas de tres soportes, decoradas unas con cabezas de animales, y de forma lanceada y aclarada las más de las veces. En muchas se observa aún la huella del oficio a que estaban destinadas, cual era quemar la manteca de cacao en sus adoratorios. Tales objetos indican una legítima procedencia centro-americana o de México, donde eran peculiares.

Destinados también a presentar el homenaje ritual, los porta-ofrendas obtenidos en las cuevas de los Andes denotan una destreza suma en su confección y un decorado perfecto.

La lámina II representa un porta-ofrenda obtenido en la cueva Santo Domingo (Carache), constituido por la figura de un cocodrilo. El aspecto de este objeto es esencialmente maya y sus líneas corresponden a la misma técnica que se observa en semejante cerámica excavada en Chichen-Itza. El cocodrilo tiene además lugar especial en el simbolismo maya y domina la cultura chorotega o ístmica, como lo ha constatado Spinden.

Un motivo ornamental que se observa en los distintos porta-ofrendas de Mérida y Trujillo, lo constituye una S acostada, simple o adornada de otros motivos y la cual es común en los vasos del Puruha ecuatoriano y aparece también con algunas desfiguraciones entre la cerámica del valle del Mississipi, de Arizona y aún entre la alfarería del Pukará de Tílcara (Argentina), hasta donde hubo una expansión de la cultura peruana, influida en parte por las corrientes de Centro América.

Junto a los trípodes y porta-ofrenda se han hallado también candelabros de tres pies que deben corresponder a una evolución posterior, en la cual ya se nota la ausencia de técnica y del decorado primitivo. Deben ser más recientes y con su uso ritual han podido ser-

vir para aplicaciones domésticas, acaso para soportar las velas de incinillo (*Mirystica cerífera*). También se han encontrado candelabros de otra forma, imitando figuras de serpientes.

BIBLIOGRAFIA

Aguado: **Historia de Venezuela**, Edic. de Caracas. Almarza (José Rafael): Nomenclador del Estado Trujillo (Inédito). Ambrosetti: "Los vasos del pukará del tilcara del tipo pelike comparados con los de Machu Pichu", **Proceedings of the Second Pan American Scientific Congress**. Washington. 1917. Ameghino: **La Antigüedad del Hombre en el Plata**. La Plata. 1915. Arcaya: **Historia del Estado Falcón**. Caracas. 1920. Boule: **Les Hommes Fossiles**. París. 1923. Briceño-Iragorry: **Ornamentos Fúnebres de los Aborígenes del Occidente de Venezuela**. Caracas. Lit. y Tip. Vargas. 1928. "Sistema monetario de los Timoto-cuycas", **Anales de la Universidad Central**. Caracas. 1928. Briceño Valero: **Orígenes de los Habitantes Precolombianos del Continente Americano**. Maracaibo. 1910. **Geografía del Estado Trujillo**. Caracas. Edic. de Cultura Venezolana, "Dialecto Cuycas", **Truxillo**. Entregas II y III. Brown: **Archaeology of Mississipi**. 1926. Castellanos: **Elegías de Varones Ilustres de Indias**, Madrid. Edic, de la Biblioteca de Autores Españoles. Codazzi: **Resumen de la Geografía de Venezuela**. Caracas, 1842. Cuervo Márquez: **Estudios Arqueológicos y Etnográficos Americanos**. Madrid, 1920,- Dirección de Antropología de México: **La población del Valle de Teotihuacán**. México. 1922. Febres Cordero: **Décadas de la Historia de Mérida**. Mérida, 1920. **Procedencia y Lengua de los Aborígenes**. Mérida. 1921. Fonseca: "Orígenes Trujillanos", **Cultura Venezolana**. Nºs. 72 y 79. **El Renacimiento**. Boconó. 1907. "La Cerámica Cuicas", **Panorama**. Maracaibo. 1920. Hough: **Archeological Field Work on Northeastern Arizona**. Washington. Smithsonian Institution, 1901. Hrdlicka: "The Genesis of American Indian", **Proceedings** cit. Jahn: **Los Aborígenes del Occidente de Venezuela**. Ca-

racas. 1927. Jijón y Caamaño: "Puruha", **Boletín de la Academia de la Historia del Ecuador**. 1923. Lares: "Etnografía del Estado Mérida", **Ciencias**. Caracas. 1927. Maldonado. **Defensa de la Antropología General y de Venezuela**. Caracas. 1906. Marcano: **Ethnographie du Vénézuéla Precolombiene**. Ed. de París. Martí: **Relación de la Visita Pastoral a la Diócesis de Venezuela**. Edic. del Dr. Caracciolo Parra. Caracas, 1928. Mr. de P.... **Recherches Philosophiques sur les Americaines ou Memoire pour servir a l'histoire de l'espece humaine**. Edic. 1770. Montané: "L'Homme Fossil Cubaine", **Proceedings** cit. Oramas: **Notas sobre Arqueología Venezolana**, Washington. 1915. **Materiales para el estudio de los dialectos Ayamán, Gayón, Jirahara y Ajagua**. Caracas. 1916. "Contribución al estudio de la lengua Yarura", **Anales de la Universidad Central**. 1907. **Etnografía Venezolana**. 1925. Posnansky: "Signos mongoloides en algunos tipos étnicos del altiplano andino", **Proceedings** cit. Recinos: "Las lenguas indígenas de Guatemala", **Proceedings** cit. Rojas: Obras Escogidas. París 1907. Salas: **Tierra-Firme**. Mérida. 1908. Sapper: "La población autóctona de la América Central", **Anales de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala**. 1928. Schuller: "La Patria Originaria de los Indios Maya", **Memorias y Revista de la Sociedad Científica "Antonio Alzate"**. México. 1925. Simón: **Noticias Historiales**. Edic. de Medardo Rivas. Tavera Acosta: **En el Sur**. Ciudad Bolívar. 1907. Toro: **Antropología General y de Venezuela Precolombiana**. Caracas. 1905. Toung Dekien: "Origen de los Habitantes Precolombianos", **Memoria y Revista de la Sociedad Científica "Antonio Alzate"**. México. 1927. Uhle: "Influencias Mayas en el Alto Ecuador. El Problema Paleolítico Americano", **Revista de la Academia Nacional de la Historia del Ecuador**. "Las Ruinas de Cuasmal", **Anales de la Universidad Central del Ecuador**. Villacorta: "Arqueología Guatemalteca", **Anales de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala**.

NOTAS SOBRE ARQUEOLOGIA VENEZOLANA

El examen de algunos restos arqueológicos de Mérida y Trujillo permitió al señor Spinden formular su hipótesis de un probable contacto entre nuestros aborígenes occidentales y las tribus de Costa Rica, a lo que habla llegado también Ernst, basado en algunas comparaciones lingüísticas. Esta sospecha la repite Febres Cordero en sus pacientes estudios sobre los habitantes de los Andes y también Jahn en su obra **Los Aborígenes del Occidente de Venezuela**. Nosotros, siguiendo las huellas de tan distinguidos etnólogos, ensayamos explicar el origen de la cultura artística de los timoto-cuycas, pobladores de Mérida y Trujillo, como producto de inmigraciones que tuvieron su origen en la porción media americana.

Esta hipótesis se une a su vez a la de un probable contacto expansivo de los pobladores arcaicos de aquella región de Occidente sobre gran parte del territorio del País, donde hasta el presente se ha creído en la existencia de una cultura primitiva de origen protoaruaco, cuya influencia Lehman ha querido ver ramificada hacia las culturas ando-peruanas. Tal hipótesis la basamos en hechos de observación individual y de carácter particular y en la opinión de Uhle, arrancada de hechos más generales.

Ernst, Marcano, Sievers, Joyce, Alvarado y Jahn están acordes en considerar como lo característico de los hallazgos hechos en las *huacas* o cuevas sepulcrales de Mérida y Trujillo los objetos de diorita, nefrita, esteatita, serpentina y también en marfil y conchas de caracol (*strombus gigas*) que nosotros, basados en la insinuación del

Prof. Giglioli, hemos clasificado como estilizaciones del Dios Murciélago o *Toutsú* (*Tsois* en Maya) deidad del Sueño o de la Muerte. Al determinar el área de extensión de los pectorales y emblemas que representan este mito, hallamos que aquéllos aparecen en Lara, Falcón, Carabobo y Aragua, lo que indica que a estas regiones se expandió también la influencia de la cultura de Occidente. Esto en lo relativo al contacto de los unos con los otros, ya que para caracterizar la cultura de los indios de la Laguna de Valencia, en cuyos "*cerritos*" se han hallado tales emblemas y también vasijas e ídolos de estilo timoto-cuycas, debemos tener en cuenta la opinión del eminentísimo Dr. Max Uhle por lo que respecta a la posición general de la cuestión. Para éste la civilización de la región de Tacarigua no representa sino una forma degenerada del "*tipo aligator*" de las antiguas civilizaciones costarricenses[15], del cual se hallan también protocolos entre los restos obtenidos en Mérida y Trujillo.

A la hora de la conquista española el territorio de Venezuela hallábase en gran parte cubierto por tribus de la familia caribe, sucesora de la familia aruaca, representada por escasos elementos comparados con aquélla. Los conquistadores no nos dan relación sino de tribus decaídas, siempre enemigas entre sí, dadas a la mayor indolencia de costumbres y con escasas manifestaciones artísticas. Pero desde los prístinos días de la conquista, ya los cronistas anotaban similitudes entre los pobladores de occidente y los muyscas del Nuevo Reino de Granada, que por aquel tiempo ocupaban el tercer lugar entre las familias de América precolombiana. Estas similitudes han sido repetidas por Codazzi, Marcano, Ernst y los modernos etnólogos de Venezuela.

Cuando se ha tratado de clasificar las diferentes tribus que cubrían el territorio nacional puede decirse que ha privado un concepto exclusivista, y que de cada forma dialéctica se ha querido hacer un grupo independiente y de cada manifestación artística, la expresión de una cultura peculiar. Actualmente, las ideas constructivas de los americanistas se inducen por vías contrarias y ora en el terreno lingüístico, ora en el arqueológico se camina hacia líneas integrales y se

---

[15] Max Uhle. "Toltecas, Mayas y Civilizaciones Sudamericanas", **Boletín de la Academia Nacional de la Historia** (Quito). 1925.

procura establecer fórmulas simplistas de cultura que den puntos de concatenación en el problema del hombre americano.

Las grandes familias lingüísticas a que se ha podido reducir la mayor parte de los dialectos o lenguas habladas en Venezuela: Tupi-guaraní, betoy, caribe y maypure o aruaca, ha propuesto el etnólogo alemán von Martius encerrarlas en una sola matriz que él llama *Coco*. A este movimiento simplista en el estudio de las lenguas americanas corresponde también, desde el punto de vista arqueológico, un propósito de definir un concepto artístico común y de buscar para las diferentes civilizaciones de América un lazo unitivo.

A Max Uhle corresponde, en unión de Jijón y Caamaño, el mérito de una incansable labor de investigación en distintas estaciones arqueológicas, que les ha permitido definir las líneas generales de desarrollo de las culturas preincaicas y pre-chibchas de la América del Sur en lo que se refiere principalmente a las civilizaciones del Ecuador. "*Se sabe,* dice Uhle, *que las primeras civilizaciones costarriqueñas con las más antiguas colombianas, ecuatorianas y venezolanas formaban un grupo conexionado probablemente, como Jijón ha demostrado, con tipos conservados de los 'mounds' norteamericanos*", y agrega el eminente etnólogo que los diferentes grados de cultura centro-sudamericana están relacionados con la cultura maya, centro determinativo, para él del gran movimiento artístico precolombiano.

Pruebas en abundancia existen en el territorio de las Repúblicas de Panamá, Colombia y Costa Rica que justifican la aseveración de Uhle y con un paciente estudio del rico material acopiado en aquellas regiones ha podido determinar los diferentes matices de las culturas mayoides de la costa del Pacífico. En cambio, las pocas investigaciones hechas en Venezuela y el concepto generalizado de que las manifestaciones artísticas nuestras corresponden a los períodos aruaco y caribe, por ser de éstos las huellas más ostensibles, han alejado de una posibilidad práctica de constatar la hipótesis de haber estado cubierto el territorio nacional por una capa de cultura mayoide y pre-mayoide. En cambio, estudiando el poco material excavado, podemos llegar a la conclusión de que la idea general de Uhle puede aplicarse con firmeza en lo que respecta a nuestras primitivas culturas aborígenes.

El material cerámico hasta el presente hallado en las cavernas y mintoyes de Mérida y Trujillo, prueba como lo hemos expuesto en un ensayo anterior[16], una directa filiación de cultura con los pueblos centroamericanos. Puede decirse que la técnica del decorado y del esmalte de los porta-ofrendas timoto cuycas es de cuanto más acabado se ha hallado en Venezuela. Entre los ejemplares estudiados sobresalen aquellos objetos que presentan pinturas decorativas logradas por esmaltes superpuestos. Cuatro estilos diferentes se observan en el decorado de los vasos: esmaltes negativos en tono obscuro sobre fondo amarillento; esmaltes positivos de tono obscuro sobre fondo verdoso; pinturas fijas, negras, sobre fondo rojo; y pinturas frías, negras, sobre fondo blanco. A más del motivo pictórico, obsérvase en estos vasos, y también en otros desprovistos de esmalte y de pintura sin cocción, la ornamentación por motivos superpuestos y por obra de mano (cerámica incisa). Tales estilos deben corresponder a diferentes influencias y grados de cultura, que con un estudio técnico detenido conducirá a establecer una cronología de las invasiones habidas.

Junto con estos vasos se han encontrado diversidad de figuras zoomorfas y antropomorfas unidas a sus prácticas religiosas, siendo las más importantes la que representa al Baco aborigen, calificado; así por sus atributos fálicos y el cántaro de las libaciones, estatuillas sentadas, en las cuales las manos descansan sobre las piernas; las estatuillas de ojos pronunciados y cabeza chata y también figuras humanas talladas en piedra con una altura hasta de treinta y cinco cm. Objetos de piedra tallada como hachas, picos, barretones, etc., son frecuentemente halladas en las cavernas andinas. Los sitios donde se encuentran tales objetos son: 1) las huacas o cuevas sepulcrales en las cumbres de los cerros; 2) los mintoyes o sepulcros labrados bajo la tierra de forma peculiar; 3) los sepulcros tallados en los declives de los cerros; 4) en montículos del tipo de los cerritos: del Tacarigua. similares a los *mounds* de Nor-teamérica y 5) en urnas de barro, de forma peculiar. Estas cinco for-mas diversas de sepulturas corresponden a diferentes grados de civilización de las tribus que allí se

---

[16]"Procedencia y [cultura] de los Timoto-cuycas", **Anales de la Universidad Central**, 1929

aposentaron y pueden afiliarse a estados de cultura de otras regiones americanas.

Los ornamentos fúnebres que representan un murciélago estilizado caracterizan los hallazgos hechos ya en cuevas, mintoyes o cerrito, pudiendo decirse que determinan un sedimento de cultura arcaica que se extendió no sólo a las regiones vecinas de los Timotocuyca sino a otros Estados de Venezuela, especialmente en la región a Tacarigua donde el murciélago aparece no sólo en pectorales sin también como adorno del borde de varios vasos. Esta circunstancia nos ha hecho detenemos en comparaciones del material excavado en esta región central del País con el de los Andes y al efecto nos hemos valido de las noticias que principalmente nos da el sabio Marcano y también Oramas en su comunicación al Segundo Congreso de Americanistas reunido en Washington[17].

Si bien la técnica de los objetos hallados en los "*cerritos*" del Lago Valencia varía de la que se admira en los hallazgos de Mérida y Trujillo, por ser esta última más desarrollada en razón del decorado, tenemos entre ambas un punto de contacto: el murciélago y la rana y como de referencia con culturas centro-americanas el uso de pipas de arcilla, no halladas éstas en Mérida ni en Trujillo.

Al considerar el material arqueológico de los "cerritos" de Tacarigua y valles de Aragua caemos en cuenta de que tales objetos no son el legado de las últimas tribus que allí moraron, sino que dicho material debe corresponder a una época prácticamente primitiva que sufrió influencias mayas. Como notable hemos considerado el hallazgo de una pipa o útil para sahumerio que posee el Sr. Martín Gomés-Mac Pherson labrada en piedra y que representa una deidad maya-tolteca. Tal objeto que presentamos en fotografía fue obtenido en una excavación practicada en la región del Lago de Valencia. A lo pecu-

[17]Recientemente por iniciativa del Dr. Rafael Requena, Presidente de Aragua. se hecho excavaciones en la región de la Laguna de Valencia, que han dado por resultado el hallazgo de mas de mil piezas de sumo valor, que aún no se han estudiado y que a primera vista dan fuerza a nuestras hipótesis.

liarde la fisonomía une el hecho de llevar grabadas en la espalda dibujos ideográficos que recuerdan la cultura centro-americana[18].

Entre las esculturas antropomorfas de Trujillo abundan también los tipos representativos de civilización del norte, y entre el material hallado tenemos que señalar una cabeza de barro excavada en San Lázaro que corresponde al tipo nuevo de la cultura teotihuanaca contemporánea ésta, conforme a las autorizadas opiniones de Joyce y de Spinden, a la de los Mayas.

Pero lo que hasta el presente ha llamado verdaderamente la atención de los estudiosos y se presenta como documentos que variarían de una manera definitiva los planes constructivos de los arqueólogos precolombianos, son las sillas de piedra que adornaron el antiguo Puente Murillo de la ciudad de Valencia, y de las cuales una se conserva en nuestro Museo Nacional y la otra en la residencia del General J. V. Gómez, en Maracay. Respecto a estas escribió al Rector de la Universidad Central el señor John Winthrop Sargent, Jefe Arqueólogo de la Staver Comisión Científica, la siguiente carta:

JOHN WINTHROP SARGENT
Ph. D., (Harvard), Sc. D. (Oxon), F. R. S.
Jefe Arqueólogo de la STAVER COMISION CIENTIFICA.
1922-1923.

Caracas: 5 de Junio de 1924.

Al muy distinguido Rector
de la Universidad Central de Caracas.

Presente.

Muy distinguido Señor:

Hace más o menos como dos meses y medio que vi en el excelente museo de la famosa Universidad que Ud. tan dignamente preside, una silla de piedra prehistórica muy parecida a las que se

---

[18]Según Marcano las tribus que poblaban los alrededores del Lago de Valencia eran por la época de la conquista, los Araguas y Tacariguas al norte los Ajaguas o Achaguas, al oeste, los Meregotos y Musarios al Sur.

encuentran cerca de Manabí, República del Ecuador. Esta silla aumentó mucho mi interés y volví para ver y examinar mejor a esa antigüedad. El encargado -un caballero muy amable e instruido- me demostró toda clase de atenciones y cortesías, y me enseñó todos los privilegios de dicho museo, por lo cual estoy altamente agradecido.

Haciendo mejores investigaciones he venido a descubrir que esa silla de piedra que tanto ha intrigado mi interés es uno de los descubrimientos arqueológicos más importantes de estos últimos años, es decir (siempre que los datos entregados a Ud. por el dador de dicha silla sean auténticos), pues según fui informado dicha silla fue encontrada junto con otras cerca de Valencia, y si este informe es correcto luego muchas teorías que existen concernientes a historia prehispánica del Nuevo Mundo son incorrectas y deben sea desechadas.

Saville, Enock, González Suárez, de La Rosa, y muchos otros enfáticamente declaran que con referencia a las sillas de piedra "objetos de tal carácter o naturaleza no son conocidos en ninguna otra parte de la América sea del Sur o del Norte".

Luego que vi la silla de piedra en su museo y al conocer su historia escribí a varios colegas en varias partes del mundo sobre el particular. Cada uno de ellos declara que debe existir algún error y que la silla que se encuentra en ese museo ha debido ser traída del Ecuador. T. Athol Joyce, Conservador arqueológico del Museo Británico en Londres; Dr. Max Uhle, gran arqueólogo alemán ecuatoriano, Sr. Jacinto Jijón Caamaño, actualmente el más notable americanista del Nuevo Mundo, así también como mi tío Charles Sprague Sargent de la Universidad de Harvard, Boston, están sumamente interesados en este descubrimiento, pero todos a la vez creen que dicha silla ha debido ser traída a Venezuela por algún viajero...

Si esa silla forma actualmente parte de la vida prehistórica de Venezuela, luego mi propia teoría de que una cultura Mayana era común para ambas Américas es completamente correcta. Los antiguos escritores no mencionan las sillas, y las primeras noticias que hemos tenido acerca de éstas son las dadas por Villavicencio en su obra titulada ***Geografía de la República del Ecuador****, publicada en Nueva York en 1858.*

La primera silla descubierta fue en Cerro de Hojas, Manabí Ecuador, en donde fueron encontradas unas treinta sillas en casas y templos cerca de Choconcha, Pozo -el pozo artesiano sagrado cerca de Jipijapa-. Esta palabra Choconcha es una palabra puramente Mayana encontrada en Yucatán en algunos puntos cerca del sagrado pozo de Chichén Itzá.

Las sillas de Manabí pueden ser divididas en dos tipos distinguiéndose especialmente por el carácter de su escultura; es decir, aquellas que se suponen ser de figuras humanas y aquellas que son de figuras animales. La Puma aparece notablemente en la última, pero existen otras formas animales. Siete diferentes motivos han sido encontrados para sostener el asunto referente a las sillas; primero, la forma humana acuclillada; segundo, la figura acuclillada parecida a la Puma; tercero, la figura del oso; cuarto, la figura del saurio; quinto, el murciélago; sexto, el mono; y séptimo -y para mí la más importante-, la figura portadora de un disco idéntica a la figura de Chaac Mool, el sirviente del gran dios del fuego azteca Huitzilopochtli. Algunas de estas sillas tienen también la figura de Tiaguanucu Freize.

Debido a la gran importancia que arqueológicamente tiene la silla de que está en ese museo, tengo el honor de pedir a Ud. respetuosamente se sirva informarme dónde fue encontrada esta y sí algunas otras sillas han sido encontradas en Venezuela o si que traída a este país del extranjero. También ruego a Ud. se sirva permitirme tomar una fotografía y tomar las medidas de la silla en cuestión.

Siento muchísimo molestarle con este asunto pero Ud. bien puede comprender mi curiosidad y gran interés, por lo cual le ruego me perdone. Yo sabré apreciar altamente su gran cortesía a este respecto.

Aprovecho esta gratísima oportunidad para expresar los sentimientos de mi admiración y respeto hacia Ud. personalmente y hacia la institución que Ud. tan bien representa, y tengo el honor de suscribirme de Ud.

Muy obediente servidor.

JOHN WHINTHROP SARGENT

Efectivamente, dichas sillas no corresponden por su estilo y proporciones al material lítico hallado en Venezuela, hasta el presente, mas como una presunción favorable a su origen venezolano, podemos agregar las siguientes noticias: en la costa de Choroní se han hallado trozos semejantes de piedra tallada y en Nirgua tenemos conocimiento de que se han encontrado *sillas* o asientos de piedra, cuyas fotografías hemos procurado insistentemente sin fruto hasta el presente. El doctor Lisandro Alvarado informó a la Universidad. cuando se respondió al señor Winthrop, que él había visto en Barquisimeto una "*silleta*" de piedra que se utilizaba para moler cacao, cosa extraña, pues los indígenas, como lo apunta el mismo Alvarado, acostumbraban moler en piedras semejantes al *metate* de los mexicanos, que han sido halladas en diferentes regiones del País[19].

La suposición de que las sillas de Valencia hubieran sido traídas desde el Ecuador a este país, nos ha parecido muy peregrina, pues de hacerse el viaje con tan pesados objetos, debió de haber sido por la vía del estrecho de Magallanes, lo que debe ponerse fuera de toda conjetura, ni creemos nosotros que ningún Capitán General se hubiera ocupado en hacer tan extraña importación y aún menos que los conquistadores se hubieran dedicado a tal labor.

¿Hay datos que confirmen la introducción de tales sillas? Creemos que ninguno; tampoco existen suficientes noticias para aseverar que sean producto de una civilización autóctona en el suelo venezolano pero queda una ancha puerta a las suposiciones afirmativas de esta última tesis: hasta el presente en Venezuela no se ha realizado labor sistemática de excavaciones precolombinos y en cambio la formación geológica de la región donde posiblemente aparecieron dichas sillas, presta pie para esperar que en ella se halle algún día una capa de cultura sepulta, a lo que se unen los datos que nos confirman la probabilidad de contacto entre nuestros pueblos desaparecidos y los de una región media americana.

---

[19]Ya impresas estas notas hemos sido informados por el distinguido escultor e indianista señor Alejandro Colina del hallazgo, en cercanías de la ciudad de Maracay, de una escultura precolombiana en piedra de más de seis pies de altura.

SISTEMA MONETARIO DE LOS TIMOTO-CUYCAS

La existencia de los Cuycas de Trujillo vino a conocimiento de los españoles por tener los moradores de El Tocuyo noticia de ellos "*porque algunas veces enviaban algunos criados suyos con rescates a que comprasen el hilo de algodón entre estos indios para hacer sus telas*" (Aguado. Cap. XVIII). Esta industria del hilado, típica entre los cuycas, fue continuada posteriormente por los conquistadores y el algodón vino a ser uno de los principales cultivos entre los terratenientes de la Colonia. En el testamento de Don Andrés Sanz de Gaviria, otorgado en Trujillo el 5 de febrero de 1685, se lee: "*Itt. declaro que es mi boluntad que a cada una de las Indias de mi encomienda se le den media arroua de algodon pr uia de restitucion de lo que puedo serles en cargo de lo que me ubieren hilado*" (MMSS. del autor). No sólo tejían los indígenas el hilo del algodón, sino que también eran hábiles en los trabajos de la pita (fibra de la *Fourcroya gigantea*) como pudo admirarlo Cisneros en su visita a la ciudad de Trujillo (**Descripción de la Provincia de Benezuela**). Tal carácter industrioso de los aborígenes de Trujillo, deja presumir claramente, basándose también en el dicho de Aguado, que ellos llevaran relaciones comerciales con sus vecinos los Jiraharas, Ajaguas, Caribes, etc., de quienes acaso obtendrían a su vez aquellos menesteres de que carecieran, y en su lugar darían les el producto de sus industrias (cerámica e hilados).

Mas este comercio de los aborígenes para la época de 1a conquista no se reducía al trueque primitivo, primera forma de transacción anotada por la economía política, sino que en cambio se ha-

llaba en posesión de un sistema de transacción en que valía el concepto del valor y del precio, alzado y significado por las necesidades de cada una de las tribus tratantes. Febres Cordero y Salas en sus trabajos sobre nuestros aborígenes occidentales (**Tierra Firme** y **Décadas de la Historia de Mérida**) dicen que los indios de Mérida, afines de los de Trujillo, usaban las semillas de cacao para sus transacciones y ambos establecen la existencia de placas de oro también como moneda. Las huellas de la cultura de nuestros aborígenes indican que éstos no pasaban aún de los últimos ciclos líticos, y caso de tener el oro, sería éste logrado en regiones vecinas de mayor avance; mas surgiría una dificultad en general al explicar el uso de él como moneda o tipo fijo de valorización, pues tal costumbre indica la posesión de una cultura más avanzada donde se usara aquel medio de comprar.

Jahn, Fonseca, Febres Cordero y Lares están conformes en señalar la palabra *say-say* como expresiva del concepto de moneda, tanto entre los aborígenes de Trujillo, como entre los de Mérida (Mucuchíes, Timotes, Mucubaches, Mirripuyes) y Fonseca, considera dicha palabra como de formación onomatopéyica, por imitar el ruido de las monedas al contarse. Fonseca niega, junto con Briceño Valero, el uso de moneda por los indígenas y sólo se justificaría entonces dicha palabra, conforme a la explicación del primero, por una introducción del periodo indo-hispánico, como sucedió con otras tantas palabras aborígenes que lograron acepción nueva conforme a los conceptos introducidos por la civilización española, pues si no existía ni el concepto de moneda a la hora de la conquista, mal podía haberse formado la palabra dicha por un proceso imitativo. En cambio el cronista Castellanos viene a desdecir el principio del no uso de moneda sostenido por los etnógrafos dichos, pues escribe que los conquistadores

....traían noticias desde Coro,
Aunque eran muchas leguas de distancia,
Que cay allí quería decir oro,
Y que de ello tienen abundancia;
Pero los indios tenían por tesoro
Otra cosa de menos importancia,
A que llamaban cay, y es el guitero.
Cuentas que tratan ellos por dinero.

Conchas o huesos son como las partas;
Y ansí cuando Vallejo les pedía
El cay, que pocas gentes hace hartas,
El indio con quien habla le traía
De cuentas de guitero grandes sartas,
Por la más alta cosa que tenía,
Alguno tan menudo que se mira
Como la minutísima chaquira.

La noticia de Castellanos nos trae, a más de la realidad de la existencia de la moneda constituida por el guitero, el dato inapreciable de ser la palabra con que llamaban las sartas de sus tratos sinónima de oro, lo que nos da pie para conjeturar que los habitantes de nuestra región montañosa de Occidente, en su estado primitivo, tuvieron el uso de monedas de oro y consideraron este metal como propio para regularizar el curso de las transacciones, conjetura que muy bien se une con el concepto que se desprende al estudiar los documentos arqueológicos que de ellos poseemos y suficientes para considerarles como estratos de una misma familia desintegrada de algún lejano centro cultural que tomó como marco inamovible las alturas. Una vez en su nuevo plano geográfico, sin los recursos del oro, fue éste reemplazado por las sartas dichas, las cuales se llamaron con la misma palabra con que señalaban el oro de que ahora carecían. Las sartas simbolizaban el metal de las transacciones.

Dos palabras más anota Briceño Valero entre el material lingüístico de los cuycas como expresivas de oro. *Puralí* y *quirip*. La primera es palabra importada y afín de Burata o Purata, moneda en Uarao, que a su vez lo es afín de Burate, nombre de río en Boconó, por donde Vallejo buscaba minas de oro. Salas trae a Bura como equivalente a maíz, y podría colegirse que siendo tal fruto (*Zea Mays*) una de las principales agriculturas aborígenes, como que era preparado ya para usarlo en forma de pan (*suridipa*), o como bebida fermentada (*combosh*), pudieron haberlo tomado como punto de partida para sus transacciones comerciales y de aquí la significación de moneda de la palabra *Puratí* cuya corrupción o afín *Purarí*, según Briceño Valero, valía también por maíz seco y por el adjetivo amarillo, color del oro.

La palabra *quirip*, moneda, es afín de la ajagua *quiripa*, que tiene la misma traducción y extiende su significado a todo lo que afecta

figura discoidal, de donde puede conjeturarse que fue posterior su uso como moneda, al ver los aborígenes las que introdujeron los españoles. Aún perdura el uso de la palabra *chiripa* por centavo, moneda, y es afín a su vez de *chiré*, cacao, usadas sus semillas en las operaciones de los indígenas.

También acostumbraron los aborígenes en sus transacciones los ovillos de algodón, cosa muy natural si se considera que el hilado era una de sus principales industrias y el renglón de mayor salida para las tribus vecinas.

El examen de las palabras anotadas nos conduce claramente a afirmarnos en el ya conocido valor que tuvieron para los aborígenes los artículos nombrados: oro, cacao, algodón y maíz, principales en sus usos y consiguientemente llevados a la dignidad de contraste para sus operaciones mercantiles. Del oro acaso tuvieron, como hemos dicho, una noticia más amplia en una época bastante remota a la hora de la conquista, cuando las tribus que se enmarcaron en los riscos andinos aún no habían sido aisladas totalmente de sus centros de origen, el cacao, a más de servir de bebida espirituosa, lo usaban para el culto de sus dioses, y en las ofrendas fúnebres, al hacer quemar la manteca que de él obtenían, en los conocidos bracerillos de tres soportes que se han hallado en los cementerios indígenas, y el maíz, como alimento muy principal y en la forma fermentada de bebida.

La suposición, pues, de aquellos que niegan a los aborígenes del Occidente el uso de moneda para sus operaciones mercantiles, es absolutamente infundada, pues tenemos con lo expuesto, más de una prueba de que en su acervo ideológico entraba ya el concepto de abstracciones como de valor y de precio, que los eleva sobre el primitivismo de un simple estado de trueque directo entre artículos de distinta naturaleza.

En la plancha que acompaña este trabajo presentamos una de las primitivas sartas de que se valían los indígenas para sus operaciones y la cual es de huesecillos perforados y tiene una extensión de 61 cm, este curioso objeto fue hallado en jurisdicción del Distrito Trujillo, en el sitio Río Arriba, ocupado antes de la conquista por la parcialidad de los *Cumbes* de la tribu de los *Tirandaes*, y la cual creemos ser la mayor que se haya conservado, pues las que hemos visto en la

colección del Dr. Julio C. Salas, no alcanzan tales proporciones. Los huesos de que está compuesta la sarta son vértebras de peces pequeños, lo que hacen suponerlas de procedencia lejana. Acaso dichas sartas pudieran haberse usado también como adornos y como talismanes, por la presencia entre los huesecillos de pequeñas piedras de color verde, de las usadas para el dolor de hijada, y ser semejante a los llamados "*llancatos*" de origen quichúa, de donde se originaron los adornos llamados "*traripeles*" entre los araucanos, que fueron reunión de piedrecitas antes de ser éstas sustituidas por cuentas de plata (H. Claude Joseph "La Platería Araucana", **Anales de la Universidad de Chile**. 1er. Trimestre de 1928).

EL PAISAJE MERIDEÑO

PRIMERA LECCION PARA MIS NIETAS DESTERRADAS

A María Guadalupe
y María Adela Burelli Briceño

Tu hermana de cortos meses, ¡oh, diminuta María Adela!, fue arrancada del suelo patrio por los odios desatados contra tu padre. Tomóse como hostilidad al gobernante el hecho de que hubiera solicitado garantía para sus alumnos universitarios, perseguidos arbitrariamente por la policía política de la región, y fue obligado a trasponer las fronteras nacionales. Con tus padres, vino María Guadalupe, tu linda hermanita, de cortos meses, a compartir nuestro ya largo destierro. Si aumentó nuestro viejo dolor al ver que los hijos, como nosotros, perdían la Patria, en cambio hubo dulce risa con qué suavizar la aspereza de los días tristes del proscrito.

Así fuese pequeñita, tu hermana ya estaba saturada de las auras amorosas de la tierra patria. Un susurro de aire adormecido en la felpa sedosa del solitario frailejón, se había aposentado en sus oídos inocentes, El lejano destello de la nieve que sirve de corona a la empinada Sierra, había llegado hasta su absorta mirada. Agua humilde, limpia y clara del Albarregas -hay ya una promesa de sonora blancura en el nombre del río- había lustrado la rosa delicada de su carne. Leche pura y tibia de vacas apacentadas en prados de espejeaste verdura, le habían comunicado la fuerza nutricia de la tierra natal. Tenía

María Guadalupe -Guadalupe por la maravillosa Patrona de nuestra sufrida América, María como tu madre- apenas pocos meses, pero, sobre la gracia venezolana de la sangre que corre por sus venas, ya se había fijado en ella la potencia del paisaje nacional y la potencia oculta y poderosa de la tierra, vieja y niña a un mismo tiempo, de la Patria sagrada.

Tú, en cambio, naciste fuera de los patrios aleros. Tú has sido inscrita en el libro sombrío donde figuran los nombres de quienes no podemos -por imperio arbitrario de otros hombres- gozar la gracia de vivir en el suelo de nuestros padres. Tenéis los niños derecho pleno a comenzar a soñar al abrigo de las nubes que divagan en la atmósfera natal. Cuando yo contaba apenas breves años, mi madre me explicaba en tono de milagrosa ternura el curso de las altas y misteriosas nubes. Para mí eran entonces las nubes manera de cuerpos con vida, a quienes mi fantasía buscaba semejanza con los animales conocidos. Se me decía que las nubes beben, como los caballos, agua en los cercanos ríos. Supe que las nubes estaban formadas del agua vaporosa que subía de la tierra, mas ignoraba que su estructura leve era como la sublimación poética del río, de las quebradas y de los manantiales que rodeaban a mi ciudad natal. Menos podía intuir que en alguna de esas brillantes remotas, majestuosas nubes pudieran estar sublimadas, también, las gotas de rocío que durmieron entre la nítida copa de los lirios y, menos aún, las lágrimas copiosas que rodaron por el rostro de la gente que sufre.

Al amor de las nubes de nuestro pueblo nativo pareciera que se soñase mejor. Viajan ellas de uno a otro confín celeste. Algunas vienen de muy lejos. Empero, se las mira implantadas en nuestro paisaje local, como si fueran encumbrada techumbre de sólo nuestro propio pueblo.

Cuando tú comiences mañana a contemplar el paisaje, te hallaras con nubes formadas de vapores levantados acá, con nubes distintas de los cúmulos y de los cirros que cubren a la Patria. Si tu madre se pusiera a enseñarte, como me enseñó la mía, el sentido de las nubes, tendría que aguzar la fuerza imaginativa para explicarte optimistamente cómo alguna de esas nubes solemnes que cruzan los cielos de la Península Ibérica, pudo ser traída por algún viento bonancible desde nuestro reconfortante y calumniado Trópico. Te diría

con palabra trémula que en esa nube lejana, luminosa, inmensa, hay vapores acuosos que se alzaron de la tierra donde tus abuelos remotos esperan la voz del Angel que los llamará a vida resurrecta. Te iría lentamente diciendo cómo es el agua que ciñe nuestras costas azulencas y cómo son las maravillosas y desiertas ensenadas, en cuyas playas, llenas de luz a la par que ensombrecidas por los tupidos cocotales, van a extender su melena de espumas las olas bravías del luminoso Caribe. Con amorosa palabra te hablaría de los ríos caudalosos que cruzan el territorio de la Patria. Te diría de la imponente majestad del Orinoco, de silenciosas y embravecidas aguas; te diría, también, del estrépito ruinoso con que bajan de las cumbres altísimas el Motatán soberbio y el Chama desafiante. Te diría de los inmensos ojos de luz que forman los grandes y pequeños lagos, donde las airosas aves contemplaron ayer en paz sus finas sombras y donde hoy la industria fabril ha sembrado -como ocurre en Maracaibo- las torres metálicas, por donde salta el diabólico licor que engendra nuestra riqueza pecaminosa. Ayer en sus playas sosegadas, donde batían su abanico las egregias palmeras, pudo; anidar sus huevos el pacífico alción; hoy, en cambio, no hay playa alguna, así en el orden de las aguas, así en las fronteras de la conciencia colectiva, en que pueda empollar el ave misteriosa que guarda el secreto de la serenidad por donde cesan las tormentas. Hablaríate también, tu madre, de las lagunas, ora perdidas en las cumbres de la Cordillera, ora puestas, como fuentes para saciar la sed voraz, en el mantel quemante de los Llanos; en éstos, las garzas (de blanca o sonrosada rigidez montan guardia, como si resguar-dasen la pureza de sus linfas generosas; sobre aquéllas, las águilas serenas se pasean orgullosas de su dominadora soledad. Y cuando ya tu madre haya agotado la rica hidrografía de Venezuela, te diría cómo en esa nube remotísima, casi venida por milagro desde nuestra Patria prohibida, hay delicadísimos vapores alzados de las lágrimas salobres que manan diariamente de los ojos -convertidos en muertas aguas vivas- de las madres desoladas (¡ah, si también llora allá tu otra abuelá!), de las esposas aflictas, de los hijos entristecidos, de las hermanas nostálgicas, de las novias mustias, a quienes hijos, esposos, padres, hermanos y novios han sido arrebatados para echarlos a extrañas playas o para torturarlos en el silencio de las cárceles, o para cobrarles aún -así ha ocurrido en funesta hora- con la propia vida la desavenencia con el régimen vigente. Te explicaría en tal caso tu madre convertida en pedagoga de su dignidad cívica, cómo el dolor dignifica y ennoblece la expresión

fugaz de la nube que nos trae el mensaje sublimado y amoroso de la Patria y cómo, para hacerse grande y brillante como la nube, la Patria reclama el doloroso sacrificio de sus hijos.

Junto con el líquido elemento levantado como vaho doloroso de la tierra dulce donde arraigan nuestros más caros y enhiestos valores vendría con la nube historiada una huella ligerísima de la angustia profunda que abate a innúmeros hogares, sobre los cuales se ha cebado la crueldad de los hombres ensoberbecidos. La leve carga de humano dolor por donde la nube se hace de modo más fiel uno como retrato vagaroso de la Patria, daríale mayor expresión para ser vista como retablo veraz de la inasible realidad que nos separa del suelo amado donde vuestros mayores abrimos los ojos a la vida.

Sobre la distante y movediza geografía de la nube, tu madre os iría describiendo a ti y a tu hermanita mayor, la firme y maravillosa geografía, donde hoy debiera placenteramente discurrir vuestra existencia, si los hombres que se alzaron con el mando no tuvieran corazón de lobos y si los otros hombres, que con nosotros comparten el doloroso gentilicio venezolano, tuvieran conciencia del riesgo que corre su libertad y su decoro personal, mientras continúen autori-zando con su conformidad o su silencio indiferente, el arbitrario tratamiento que los déspotas aplican a los derechos de quienes no se avienen con los crímenes cometidos contra la República.

Cierto que no es hora para que despierte al dolor vuestra alba de inocencia. Aún no es tiempo, en realidad, para que os sea explicado a ti y a tu hermanita las causas del destierro que ella sufrió en sus meses iniciales y que a ti te fue impuesto aún antes de que abrieses los ojos a la luz de la existencia. Patria dura y cruel, podríais pensar si tuvieseis lumbre de razón. Aquí estoy veraz para deciros lo contrario. Dulce, noble, generosa, espléndida es la Patria que nos da el derecho. hoy lleno de angustias, de ser venezolanos. La maldad, el terror, la indiferencia y la crueldad vienen de un grupo de hombres que asaltaron el Poder y que trataron a la Patria no ya como a la antigua generosa madre, sino como a tierra de ocupación y de conquista. Para nosotros jamás se confundirá ella con quienes la oprimen y traicionan. Ella es para nuestras vidas como la columna que guió el paso de los israelitas a través del árido desierto por donde ganaron la Tierra Prometida. Así esté distante de nosotros, habremos de mirarla ca-

da día como nube luminosa y altiva que atraviesa el cielo de nuestros espíritus. Vivirá en ti y sobre ti, y vivirá en tu hermanita de cascabelera risa, como nube donde se concentran las esencias afectivas que, para rodear tu cuna apátrida, evocamos a cada instante tus abuelos y tus padres.

Así comenzamos. Oh, criaturas primorosas!, la lección apropiada que abrirá camino de vuestras tiernas almas a los altos valores por donde gana dimensión de perennidad nuestra gloriosa Patria. Con nosotros ha viajado su historia como penates salvados en dolorosa odisea. En ti y en tu hermana iremos lentamente quemando. como en brasero de oro, las más finas. ricas, fragantes resinas cuajadas en el árbol frondoso de la Patria. Sabrás entonces que Venezuela, para vivir en vuestros espíritus la plenitud de la alegría. ha comenzado al borde de un dolor. Sabréis, también, que para mejor sentirla y comprenderla deben sus hijos unirse a ella tal como se unió, hasta ganar dimensión divina, el vil madero al buen Jesús. Cuando los clavos desgarraban sus fibras insensibles, daban a la Cruz la gracia de participar en el misterio de la Redención. Sabréis, también, que para hacer grande y vigoroso el destino de la Patria, precisa borrar de su faz dolorosa, por medio de la comprensión y del perdón, los odios infecundos y vergonzosos que destrozan la vida de sus hombres y que desfiguran su rostro de nación. Sabréis, también, cómo, para seguir viviendo en paz, es necesario apagar con el olvido innúmeras memorias...

Madrid, 15 de septiembre de 1956.

EL OLOR DE LA TIERRUCA

Correspondiendo fina invitación del Vice Rector del Seminario Conciliar y de sus alumnos, asistimos hoy a los actos con que ellos conmemoraron el VII aniversario de la Primera Misa de mi dilecto amigo y sabio coterráneo Dr. Enrique María Dubuc, Reverendo Padre Rector y Secretario del Obispado.

La velada de la noche fue para el cronista una hora asaz sugerente. Acompañaban al obsequiado y al Vice Rector y alumnos del Seminario, el muy Discreto Señor Provisor, Dr. Chacón; el suave Dr. Colmenares Canónigo de aspecto toledano, culto y bueno; el Dr. Sardi, Secretario de Gobierno; el Dr. Carbonell, Rector de la Universidad; el Dr. Gonzalo Salas, abogado, profesor y poeta; el Dr. Romero; los señores Héctor Dubuc, Lorenzo Sardi, R. Briceño Perozo y el cronista. Gastón Texier, ordenado trujillano, trujillano como el sabio Padre Rector, como el inteligente Vicerrector, Prof. Valero, como los ordenandos Villasmil, Mogollón, Cardozo, Espinoza, Jugo y Domínguez, como los señores Héctor Dubuc, Ramón Briceño Perozo y el cronista. Gastón Texier empezó la velada con el himno del Estado nuestro y el olor de la tierruca, el suave olor de la tierruca nuestra vino a mi imaginación, a mi alma. La blanca visión de la Sierra, la beatífica visión de Mérida, que vive en mi .cariño desde cuando se esfumó en un momento y al instante, con el olor de la tierruca, vino a mí la imagen toda de mi pueblo, de mi Estado. La blanca torre romana y española de mi ciudad, esa en la que dobló la campana por la muerte de mis abuelos y que cantó cuando me llevaron a hacerme cristiano; el río, el Castán triste, estoico, resignado y sufrido; las largas calles de Trujillo, feas e

interminables; el camino de San Jacinto, lleno de hojas secas y de saucedales, el camino de ese pueblito donde viví de niño, de ese pueblito gris, cadáver de algún otro pueblo muy español que allí existiera hace muchos años, todo vino a vivir en mi recuerdo en esa grata hora de homenaje al virtuoso levita, honra de Trujillo, que ha sabido conquistar en siete años de ministerio sacerdotal muchos triunfos, muchos triunfos que dicen que él en la historia del clero trujillano figurará junto a los nombres del Maestro Zoilo, de Monseñor Carrillo, del Padre Miguel A. Mejía, cuyo recuerdo, en esta fiesta de la virtud y del talento, también vino a mi mente, con el olor de la tierruca.

Firmado Luis de Austria (seudónimo).

MERIDA HISTORICA

EL CAPITAN CONQUISTADOR MIGUEL DE TREXO

Caballero principal y soldado valiente, Miguel de Trexo acompañó a Juan Rodríguez Suárez a la primera fundación de la ciudad de Mérida, en el entonces Nuevo Reino de Granada. Revocados los poderes del primer fundador, y hecho el traslado de la nueva fundación a la Mesa de Santiago, Trexo siguió con la gente de Maldonado, acaso formando en el partido de los Gavirias en quienes se continuó la tradición de derechos del primer descubridor. Tuvo tierras en el repartimiento que hizo Rodríguez Suárez y después lo vemos con plantío cerca de Gibraltar, puerto de Mérida (Pedimento de Juan Pacheco de Maldonado. 1628. MS. del antiguo Ayuntamiento de Mérida. Febres Cordero cit.). Para 1586 tenía encomienda de indios que "*no le dan demora ni aprovechamiento ninguno por ser la tierra pobre*" y pocos los encomendados, por lo cual padecía muchos trabajos y necesidades. Esta encomienda debe ser la misma que obtuvo del primer fundador; para remediar la penuria en que vivía con su larga familia, pidió mercedes reales en virtud de sus dilatados servicios a la Corona, y acaso fruto de esta solicitud fue la gracia de nuevas tierras en las cercanías de Gibraltar, propias para el cultivo del cacao y no ya pobres como las de la encomienda primera[20].

---

[20]El año de 1586 obtuvo Miguel Trexo real provisión para hacer probanza de *servicios Prestados a su Majestad, como soldado muy principal en la Conquista de estas Indias,* "se avia ocupado en conquistas y descubrytos y pasificaciones qe se an hecho en nro, rrl. seruyo en todo lo ql. auia seruido a su propia costa y mincion como buen soldado y basallo mio padeciendo muchos y excesivos trauajos", *dice la carta real. Los testigos se examinaron sobre un interrogatorio de veinte y tres preguntas por ante Diego de la Peña, escribano público y de cabildo de la ciudad de Mérida en, 1591. Del expediente*

Para 1558, fecha de la primera fundación de Mérida por Rodríguez Suárez, tenia apenas dos años el Capitán Trexo de haber pasado a estas Indias (Int. Preg. 1) y si lo suponemos venido de veinte años, tendríamos que darle para la historia una larga existencia de noventa y más, pues Maldonado en su pedimento de tierras habla de él como persona viva para 1628. Maravillosa senectud de quien pasó sus mejores años en el fragor de la lucha con los aborígenes en tierras ásperas e ignoradas!

Peleó los indios Musos en el Nuevo Reino y en todo el proceso de pacificación de la Provincia de Mérida estuvo siempre presente el Capitán Trexo. Así lo vemos, primero, en una refriega con los indios de la Costa del Lago de Maracaibo, donde recibió un flechazo en un muslo, que lo puso en peligro de muerte (Int. Preg. 5) y después, cuando "*los naturales de la provincia de los carboneros se alzaron y rebelaron contra el servicio de su Majestad, Bartolomé Maldonado y otros vecinos de la dicha ciudad (Mérida) y el dicho Miguel de Trexo, fueron a la dicha provincia a reducir los naturales*", habiendo sido "*herido de un flechazo que le dieron en un ojo de que quedó ciego hasta el presente*" y otro más en una pierna, y a pesar de tales maleficios siempre peleó valientemente y animó para la lucha a sus compañeros (Int. Pregs. 6 y 7). Estuvo también presente el capitán Trexo en los descubrimientos que se hicieron del valle de Santiago, donde después se alzó la villa de San Cristóbal; en el de la Grita, donde fundó Cáceres la ciudad del Espíritu Santo y en el valle de Barinas, donde se alzó después por la gente de Varela la ciudad de Altamira de Cáceres (Int. Preg. 8).

Cuando al Nuevo Reino llegaron noticias de la rebelión del Tirano Lope de Aguirre, Bravo de Molina dio comisión al Capitán Miguel

---

obtuvo fiel traslado en 1614, Luis de Trexo, hijo del Conquistador, y nuevamente de esta copia pidió un tanto el Capitán Domingo de la Plaza, en 1659, con poder de Rodrigo de la Bastida Briceño, vecino de Trujillo, e hijo del Capitán a Guerra y Regidor perpetuo, don Sancho Briceño de Graterol, y de Luisa Alonzo de Rosales, quien a su vez lo era del Capitán Sebastián Alonzo de Rosales e Isabel de Trexo, hija del Conquistador. Esta última copia forma parte de un expediente que reposa en la Oficina Principal de Registro de la ciudad de Trujillo, con otras pruebas de méritos de la familia Briceño. Nos ha informado al acucioso historiador don Tûlio Febres Cordero que no existe en los archivos de la ciudad de Mérida los primeros documentos de esta probanza, por lo que creemos de verdadero Interés la publicación de estas notas, mientras damos a la luz todo el interrogatorio.

de Trexo para pasar a Venezuela a tomar noticias sobre los verdaderos propósitos del insurrecto, comisión que fue eficazmente cumplida por Trexo, y sobre su informe resolvió la Justicia de Mérida, contra órdenes de Santa Fe, venir a luchar con el Tirano. Conocida es la historia de la destrucción de Aguirre, en la cual se halló presente el Capitán Trexo (Int. Preg. 11).

Años después, cuando aún ambulaba en busca de sitio firme la ciudad de Trujillo, se vio ésta atacada por los indios de la región, en gran peligro para la vida de sus moradores, y el Capitán Trexo, desde Mérida, acompañado de otros valientes, vino por su propia cuenta a prestar socorro a la inquieta ciudad, que estaría por entonces en las riberas del Motatán (probablemente en 1567) y mediante el auxilio de Trexo y los suyos se puso la tierra en paz (Int. Pregs. 12 y 13). Debió trabar entonces amistad el Capitán Trexo con el Conquistador Alonso Pacheco, residente en Trujillo, y quien el año de 1568 recibió orden del Gobernador de Venezuela para ir a repoblar la primitiva fundación de Alfinger en la Laguna de Maracaibo. El de 69 salieron Pacheco y sus gentes, entre quienes iba Trexo, al descubrimiento de la Laguna y se echaron por "*un río abajo de Motatán*" y en una piragua iba el Capitán Trexo *"en delantero de las demás canoas y bergantines descubriendo la tierra por ser hombre muy baquiano y buen soldado*". En esto andaban las gentes de Trujillo, cuando atinaron a estar pobres de vituallas y en la dificultad de hallarlas por aquellos lontanos sitios, ordenó Pacheco que fuese Trexo tierra adentro con otros soldados en busca de ellas, habiendo dado más tarde con una población de Jiraharas[21], donde obtuvieron recado suficiente. Cosa diaria era para los Conquistadores la falta imprevista de provisiones de boca, pues andaban sin itinerarios, haciendo y deshaciendo vías, y así una vez corrida la mayor parte de la Laguna, vuelve la tropa a esta necesidad y nuevamente se encomienda a Trexo la solicitud de menesteres... "*andando buscando la dicha comida descubrió la provincia de los ytotos y trujo al cacique Aruno de paz con otros indios*" cargados de lo que se necesitaba (Int. Pregs. 14, 15 y 16).

---

[21]Los Jiraharas cubrían parte del territorio de Trujillo, sobre las líneas divisorias con Lara y Zulia, y así se lee en la carta de Encomienda hecha a Juan Román por el fundador Francisco de La Bastida en 1565 "*el Principal Carachy de nación girajara con todos los yndios y Principales que tuuiere que están sobre el Río Motatán*". MS del registro Principal de la ciudad de Trujillo.

BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS - VENEZUELA

Posteriormente, y hallándose en el mismo oficio de descubrir la Laguna, tuvieron noticias los españoles de que en la Mesa de Cuparo o Cupari se preparaban los indios para atacarlos, y dio comisión Pacheco al Capitán Trexo; para que con veinte hombres fuese a desbaratarlos y "*una mañana al quarto de alba dio en el real de los dichos indios y lo desbarató y deshizo de forma que dentro de pocos días vinieron de paz*" (Int. Preg. 17). Y posteriormente, hallándose Pacheco y su gente en la misma Mesa de Cuparo o Cupari, fueron atacados; por numerosos escuadrones de indios, quienes les dieron una refriega y se llevaron varios caballos de los conquistadores, y tocó a ir en su persecución y recuperar las bestias, "*con mucho riesgo y peligro de su vida" (Int. Preg.).* Acompañó Trexo al Conquistador Pacheco hasta la fundación de Ciudad Rodrigo, donde hoy se levanta la ciudad de Maracaibo, habiendo sido *"uno de sus principal es fundadores*".

En su solar de Mérida, el capitán Trexo desempeñó oficios de República: varias veces Alcalde Ordinario y Regidor de la ciudad Don Andrés Díaz Venero de Leiva, durante su presidencia en la Real Audiencia de Santa Fe, le encargó de tomar residencia a don Cristóbal Rojas, regidor que fue de la ciudad, distinción honrosa para los caballeros coloniales, pues "*semejantes cargos no se dan a personas de quien no se tiene mucha confianza*", conforme asienta uno de los testigos de la probanza.

En la misma ciudad de Mérida fue "*casado y velado según orden de Santa. Me. Iglesia*", con María de la Parra, hija legítima de Gonzalo García de la Parra, de los primeros descubridores del Nuevo Reino y de Brígida Díaz de Albear, y de su matrimonio nacieron hijos e hijas que se perpetúan en varias familias de Venezuela.

MERIDA INTELECTUAL

LA ACTUACION DEL DOCTOR CARBONELL EN MERIDA

En esta segunda década del siglo que corre, tal vez no haya otra personalidad que en las Letras y en las Ciencias venezolanas, haya sido tan discutida como la del Doctor Diego Carbonell. Consecuencia lógica es esto de la aristocracia de pensamiento que acompaña a todos aquellos, que en la vida de las sociedades, ganan alturas, destacándose muy por sobre la selva estéril y anónima de ceros, de que está formada casi en su absoluta mayoría, el medio ambiente que los rodea. Corresponde a Mérida, en cuyo seno hace ya tres años vive, para fortuna de esta ciudad, el Doctor Carbonell, definir y proclamar de una manera que por lo tan clara, se haga incontrastable, lo fecundo, desinteresado y civilizador, de su actuación en ella, en todos los órdenes, tanto de la vida pública como privada.

Y como no es la voz de la anonimia que trabaja como el delito amparada por la sombra, ni el murmullo despechado y desolado que se alza sombrío del antro de los mentideros populares, quienes marcan el exponente del concepto que priva en la conciencia social, sobre los hombres, sobre los hechos y sobre las ideas, sino que esta labor corresponde a la prensa honrada interpretando el sentimiento general, venimos hoy nosotros, a dar principio a una obra, que por las tendencias que en si encierra, será una lección de justicia pública, de gratitud, de patriotismo bien entendido y de moral social.

Trataremos de analizar y de dar a conocer, cómo se ha desarrollado la actuación del Doctor Carbonell en Mérida y los bienes que ha traído para esta ciudad.

El Rector

A mediados de 1917, cuando la mala interpretación dada a los modernos métodos de enseñanza del ilustre Ministro Guevara Rojas, desolaba, por falta de alumnos la Casa Universitaria, llegó a esta ciudad con el honroso encargo de dirigirla, el Dr. Carbonell. Todo lo que en Mérida es valor intelectual, y aun muchos de aquellos que no lo son, aplaudieron calurosamente este nombramiento, anunciador del renacimiento universitario, y al punto, el nuevo Rector hubo de recibir las más agasajadoras y solícitas atenciones. Conocida la pujanza de su juventud batalladora toda esperanza estaba bien fundada: los hechos se han encargado de probarlo así. La Facultad de Ciencias Eclesiásticas no hubo de sufrir ninguna innovación; en esto no se innova; la Facultad de Derecho... En un principio (y siempre después), por medio de la invitación personal y cariñosa, por medio de la persuasión patriótica, Carbonell logró que algunos estudiantes hicieran curso; pero... en Derecho no hay clases experimentales y entre nosotros son escasos los ejemplares del verdadero estudiante y todos se conformaron, para la rapidez de sus estudios, en concretarse a la Sinopsis como programa de salvación. ¿Se cruzó de brazos el nuevo Rector? No. Estéril su actuación sobre los ramos de estudio vigentes en la Universidad, y atribuyendo la soledad universitaria a la falta de otras Asignaturas, trabajó tesoneramente porque el Gobierno del General Gómez, empeñado siempre en la Rehabilitación de la Patria, restaurara la Facultad de Farmacia y creara la de Agrimensura. Conseguido esto, entraron a laborar con él en la primera Asignatura, los competentes Profesores Doctores Francisco Valeri y Gabriel Febres Cordero, existiendo para hoy un aventajado grupo de jóvenes cursantes, para quienes el Dr. Carbonell escribió un importante trabajo sobre Biología y Botánica. La Facultad de Agrimensura tuvo un éxito notable; ¡veintidós alumnos inscribiéronse en ella! pero la Grippe hubo de suspender los cursos. Pasados dos meses, aconteció una cosa eminentemente merideña: los estudiantes desertaron por falta de entusiasmo. Mas no sólo en la apertura de estos nuevos cursos mostró Carbonell su entusiasmo y su energía en pro de la ilustre universidad Andina. Apenas llegado a Mérida, inicia algo que a todos pareció

irrealizable y que la mayoría creyó ser sólo obra lírica del joven Rector condenada a sufrir un fracaso irremediable: las Conferencias Universitarias. Ello fue un torneo de la cultura y en nueve solemnes actos que pudieron realizarse, se lograron tres cosas: hacer trabajar a los intelectuales, proporcionar actos de culto esparcimiento a la sociedad y recabar fondos para la realización de un gran proyecto filantrópico, obra exclusiva de Carbonell, el Hospital Canónigo Uzcátegui del que nos ocuparemos después, al tratar de detallar la labor de Carbonell como simple ciudadano. De la importancia de esas Conferencias, no sólo habla la prensa del País, sino la extranjera, que la consagró por medio de estudios críticos de hombres notables, quienes dieron a la **Gaceta Universitaria** preeminencia y puesto de honor entre lo bueno, literario y científico, que ve la luz pública en Venezuela. Y es que el Dr. Carbonell ha hecho del simple periódico docente que antes era la Gaceta Universitaria, una revista de hasta cien páginas, donde junto a la labor personal y oficial del Rector, se halla la colaboración de los más notables representantes del pensamiento andino. En la **Gaceta Universitaria** están publicadas también las lecciones inaugurales de todas las Cátedras, labor ésta que antes no se conocía y que se debe a Carbonell.

También es debido a sus esfuerzos, la creación de la Escuela de Enfermeras que funciona en la Casa de Misericordia, y en donde hoy, él regenta todas las clases. Como Director del Liceo, su labor no ha sido menos progresista. Y aquí es de advertir, que estos cargos los desempeña ad-honorem.

Esto en cuanto a la obra puramente mental del Rector, ya que de su esfuerzo material podemos seguir diciendo mucho. No solamente desolada halló el Dr. Carbonell la Casa Universitaria, sino vieja y triste. Había hecho mucho el Dr. Parra Picón, pero aún faltaba más. Corredores en ruinas, paredes desvencijadas, techumbres hundiéndose y el polvo desolador cayendo como lágrimas de los ojos de la Matrona Augusta y Benemérita, que casi lo cubría todo, era lo que se encontraba allí. Sólo había la alegría de una que otra mariposa serpenteando entre las flores la esperanza juvenil del viejo y godo Aurelio, suspirando siempre por la nostalgia que trae a su espíritu la gloria pretérita de la Universidad, que él ve en lejanía acercarse de nuevo, desde la hora en que Carbonell pisara el desgraciado claustro.

Pronto empezó la labor reconstructora. El claustro sur de la Universidad fue hecho de nuevo; se ampliaron los salones de estudio a los que se dotó con más de cien pupitres y bancos; la Biblioteca fue ensanchada y los Gabinetes de Física y de Química fueron montados en departamentos cómodos y modernos, en donde ya el Microscopio y los demás aparatos no constituyen objetos de Museo, sino instrumentos de fecunda experimentación. Para cualquiera que hoy entre a la Universidad, ocultas no están las obras que allí se realizan; maderas nuevas que se labran, techos viejos que se echan a tierra, columnas sólidas de mampostería que se levantan, materiales de construcción acopiados, y por todas partes el ruido sonoro y bello del trabajo del obrero, precursor de la obra útil.

Muchos detalles más pudiéramos citar, pero la brevedad de estas notas nos lo impide. Los manes de tantos varones ilustres que amaron la Universidad y que hoy viven a su alrededor como dioses tutelares y protectores, deben estar de plácemes en que se les haya dado un continuador de la talla de Carbonell; y mañana, cuando se alce la voz de la serena justicia, el nombre de Carbonell se mirará como un atalaya poderoso y como el de uno de los hombres más eminentes e ilustres que haya regado su sabiduría y sus esfuerzos en la antes llamada Universidad de San Buenaventura de los Caballeros de Mérida.

La labor mental de Carbonell

Hombre de acción, pleno de la inquietud propia a su juventud, resuelta siempre en una actividad incomparable, su labor no se ha reducido en Mérida a sólo actuar dentro de los paredámenes silenciosos de la Universidad. Acostumbrado a vivir antes en amplios centros europeos, su espíritu no podía hallarse bien en la calma brahamánica de esta fría ciudad, triste y solitaria, magüer que esta misma calma haya influido indiscutiblemente en él haciéndole trabajar aún más, ya que en medios como éste se vive casi para el interior. Ya dijimos que una de las primeras cosas realizadas por él a su llegada a ésta, fue la serie de Conferencias Universitarias con que convirtió el Instituto en amplia cátedra para todos los espíritus cultos, haciendo de este modo que talentos, aletargados acaso bajo el hielo serrano, convirtiesen su silencio y su meditación en obras fructuosas para sí y para el público. Su espíritu acosado por el férreo círculo del medio ambiente, al po-

nerse en mayor movimiento para vencerlo, comunicó esa su febricitante trepidación mental a quienes útiles para esta tarea encontró cerca; y aun más: desde su primera conferencia en Mérida, dicha en la Sociedad "Unión Protectora" -uno de sus trabajos más bellos- no ha perseguido otro fin sino exponer ideas nuevas, largas y destruir en la masa prejuicios siglo doce, arraigados en el alma colectiva desde viejos tiempos coloniales. Esta influencia hubo muy presto de exteriorizarse en fundaciones de varios periódicos y revistas, sed de publicación, manía de eruditismo, citomanía: todos quisieron escribir a la manera suya, llegándose en algunos, hasta imitarle giros gramaticales muy propios de él. El fue entonces centro hacia donde convergieron todos los espíritus cultos y selectos, siendo su casa como luminoso ateneo donde diéranse cita aquellos que en Mérida sienten y piensan; allí se vio en ágapes espléndidos, desde la solemne y austera figura del Ilustrísimo Monseñor Silva -de quien Carbonell guarda con gran veneración un Cristo de marfil- hasta la silenciosa y kempiana de Julio Sardi; desde la sonriente y suave de Don Tulio Febres Cordero hasta la íntegra y tribunicia de Don Juan Ignacio Aranguren; desde la aristocrática del sabio y joven Rector del Seminario Conciliar, Doctor Dubuc, hasta la del Benjamín de la intelectualidad merideña, Mariano Picón Salas, uno de los talentos auténticos que sobresalen en la juventud venezolana y en cuyo desarrollo espiritual la presencia de Carbonell es marcadísima.

Acaso en ninguna de las poblaciones donde ha vivido Carbonell ha producido tanto como en Santiago de los Caballeros. Firmados con su nombre y fechados en Mérida, sus trabajos literarios y científicos llenan columnas de innumerables publicaciones del país: en **Cultura Venezolana**, **Gaceta Universitaria**, **Arístides Rojas**, **Actualidades**, **El Nuevo Diario**, **El Universal**, **Los Andes**, **Panorama**, **Horizontes**, **Vendimia**, **Alma Latina**, **El Esfuerzo Médico** y en este semanario, han aparecido más que semanalmente, distintas labores del Rector, que reflejan su vasta ilustración, su moral educadora y la verdad escrita, y que asombro causan por su amplitud, a quienes a diario lo vemos entregado a mil quehaceres y que sabemos del ínfimo tiempo que él dedica a escribir. Escritos aquí han sido sus interesantes trabajos publicados en libros y folletos: **Botánica y Biología**, **La Epilepsia del Libertador**, **Del Caos al Hombre**, **Prosas Prosaicas**, **Mi Ofrenda**, **Juan Vicente González**, **Renan Lelut**, **Torreón de Ilusiones**, **Max Nordau**, **A propósito de la Moral Práctica**, **La Digni-**

dad del Obrero, &. &. El pie de imprenta y los Colofones de estos libros y folletos, hacen honor a Mérida, pues dicen al Exterior que hay aquí quienes piensen.

Como conferencista su labor ha sido de la más sana intención. No refiriéndonos a **Torreón de Ilusiones**, labor más literaria que científica, habremos de decir algo sobre las demás. **La Dignidad del Obrero**, leída en 1917 en la "Unión Protectora", es una bella lección de aliento y de optimismo. **A propósito de la moral práctica**, leída en la misma Sociedad en 1918 y que causó escándalo en espíritus pueriles, vestidos de hipócrita manto de pudor, es un rojo latigazo sobre muchas de nuestras llagas sociales, que él señala allí, junto con el remedio salvador, el cual muy útil habrá sido a aquellos que le supieron oír. **El Agua**, dictada en la Escuela Nocturna, feliz creación de nuestro Ilustre Ayuntamiento, en el presente año, es una caritativa lección dada con sincero espíritu frayluisgranadezco, a nuestro humílimo pueblo ignorante.

Mas no sólo en labor de conferencias y periódicos ha desarrollado su propósito incansable de culturar el pueblo, pues más de una vez, su clara voz de orador ha expuesto desde alturas tribunicias ideas bellas y consejos altruistas. Hubo ocasión, como en la velada celebrada el 12 de octubre de 1917, con motivo de la Fiesta de la Raza, en que Carbonell pronunció tres discursos; y en todas estas obras consta de manera elegante, su elogio y amor por Mérida y el laude sin envidia para más de uno de sus hombres ilustres. Los homenajes efectuados en honra del Canónigo Uzcátegui, Doctor Caracciolo Parra, Doctor Eloy Paredes, Doctor Bourgoin, parecen realizados por un verdadero patriota merideño. Y es que si Carbonell no es hijo de esta tierra, su amor a ella lo ha movido siempre a consumar labor útil, patriótica, desinteresada, que no han realizado sino muy pocos de sus verdaderos hijos -obligados a ello-; labor que pide la gratitud de Mérida y que ella lo considere como un buen hijo suyo.

No hay que engañarse; *hay que ser justos y buenos*, como dijo Unamuno. La huella mental de Carbonell en Mérida no es la de un aventurero, ni la de un farsante; sino huella profunda, imposible de ser borrada. Un semillero de ideas regadas a todos los vientos y cuyos frutos ya empiezan a palparse, deja tras de sí este hombre de múltiple actividad y de corazón honrado. En la historia intelectual de la

Ciudad de los Caballeros, su influencia puede ser comparada, a la que Ernst y Villavicencio ejercieron para su época en Caracas.

El ciudadano

Hemos hablado hasta el presente, aunque de breve manera, de aquella labor de Carbonell que pudiera decirse obligatoria, ya que el cargo de Rector de una Universidad no es cruzarse de brazos, ni la misión de un hombre de ciencias y letras encastillarse en su Yo. Tócanos ahora analizar su conducta y su labor como simple miembro de la colectividad.

Cualquiera que desde un principio haya seguido los pasos de Carbonell en su vida privada, ha podido observar en él una recta conducta, desprovista de la más débil mácula. Como profesional, como hombre de hogar, como amigo, su actuación es digna de la mejor loa. Como profesional, aparte de haber traído y ensayado procedimientos nuevos, desconocidos en su práctica aquí nunca ha sido su mira el mercantilismo bajo y rastrero, y como los médicos más honorables, de los cuales. Mérida siempre ha tenido más de un bello ejemplo, el ejercicio de su profesión ha sido franco, noble y generoso: no son uno ni dos, ni tres sino muchos indigentes -campesinos y pobres de solemnidad- quienes, si se le pregunta, quién alivió sus dolencias, pronuncian el nombre de Carbonell con emoción de gratitud, y si agregáis, cuál fue el precio de sus honorarios, os dirán que más bien alguna vez les dio para comprar medicamentos. Mérida es testigo del desinterés y desprendimiento con que actuó en los días terribles en que esta ciudad fue azotada por el rojo flagelo de la influenza Española. Miembro de la Junta que al efecto designó el Ejecutivo del Estado, puso al servicio de tan humanitario empeño toda su actividad personal y todo el caudal de su ciencia. Nada escapaba a su vigilancia y previsión: la organización del Dispensario, con la asistencia constante de sus discípulos en la Escuela de Farmacia, primero, con la competente colaboración del Doctor Juan Pablo Franco a quien después reemplazara, con asidua y abnegada consagración durante varios meses, el Doctor Braulio Dávila B.; la organización de los Hospitales, en medio de las dificultades inherentes a esta clase de empresas, por la limitación de elementos en estos medios en que vivimos, para lo cual, por no existir edificios *ad-hoc*, convirtió la propia Universidad en Asilo

de los atacados, consiguiendo, al mismo tiempo, que el Ilustrísimo Monseñor cediera el vasto salón del Museo Diocesano, y el General Juan Ignacio Aranguren, Presidente para entonces de la Sociedad "Unión Protectora", el edificio de ésta, con idéntico humanitario objeto, demuestran de hermosa manera cómo cumplió con obras altruistas sus deberes profesionales, de ciudadano y de cristiano, porque es así, laborando por el bien del prójimo, dándole remedio para sus necesidades, y consolándole en sus aflicciones, como se cumple con Cristo y con la Patria. Hombres así, ¡qué lejos están de la especulación vulgar! Asistir a los enfermos con cariño franciscano, atender a sus llamados, a cualquier hora del día o de la noche, cumplir las órdenes del Gobierno del Estado cuando necesitó sus servicios en otra ciudad, asistir el Dispensario y los Hospitales y renunciar a favor de la Asociación Canónigo Uzcátegui, la muy apreciable suma que el Gobierno Regional puso en sus manos para cubrir sus gastos de viaje, he aquí la obra de Carbonell en aquellos días de angustia.

Y es que el joven Rector de la Universidad de San Buenaventura no desprecia ninguna ocasión para hacer prácticos y fecundos su altruismo y su filantropía. Desde que llegara a esta ciudad y oyera la voz de la miseria que habla desde los trémulos labios de tanto arrapieso pobre, enfermo y pálido, concibió la idea de fundar un Hospital para esos tristes desheredados de la suerte. Para darle calor a esa bella idea la puso bajo la advocación de uno de nuestros hombres más grandes por el corazón, por sus obras y por su espíritu cristiano: el Canónigo Uzcátegui; convirtiéndose él para la realización de esta idea, en apóstol y en mendigo. A todos ha pedido, a todos pide, a todos pedirá aunque sólo sea una piedra para esta obra de máxima utilidad. ¡Y de qué bella manera se inició la recolección de fondos para esta obra piadosa! Fue el trabajo bello del pensamiento y del arte, fluyendo de los labios de nuestros hombres de letras, de las bocas de nuestras mujeres, de las manos ebúrneas y ducales de nuestras damas, arrancando músicas al piano, músicas que eran un símbolo, la mercancía ideal que se dio a cambio de escasas monedas, que acaso eran dadas con algún placer, por ser pedidas por los labios dulces y los ojos tiernos de nuestras gentilísimas muchachas sentimentales, primiciales, primaverales.

Ya hoy el Hospital "Canonigo Uzcátegui" es un hecho, y esta obra es Carbonell. Ella hará a través del tiempo, perdurable su nom-

bre; y mañana cuando labios infantiles, desde aquel que será templo de la misericordia, bendigan a Dios; dándole gracias por la flor de un beneficio allí alcanzado, Dios enviará tal bendición a quien se debe; y aunque haya Ptolomeos que quieran mañana negar a Carbonell la gloria de esta obra, su nombre, como el de Sóstrato, aparecerá luminoso en su frontón, "*firme como la justicia y la verdad; bruñido por la luz de los cielos en su campo eminente; no más sensible que a las miradas de los hombres, al viento y a la lluvia*".

* * *

Labrar gloria sobre el mármol desnudo de la personalidad que nos dio la naturaleza, haciendo que aquella se dilate en el tiempo y el espacio; subir a esfuerzo propio desde la llanura estéril y colocarse en alturas próceres, al igual que los varones grandes de la Patria; hacer del nombre de uno piedra que adorne el Parthenón de la grandeza nacional; no ser avaro de la propia sabiduría, sino regalarla a los demás para hacer de ellos ductores de la sociedad; derramar a manos llenas caritativos dulzores en la copa de amargura, que es el corazón de los que sufren; construir templos para la caridad y apuntalar formidablemente aquellos que fueron nidal de ilustres pensadores y de sabios eminentes; caminar imperturbables por la senda de los merecimientos y de las grandes acciones, haciendo ningún caso de la voz torpe de los espíritus enanos que cobijan su miseria en las sombras criminosas de la noche; educar; instruir; consolar; edificar; dirigir; ennoblecer... y perdonar... esto es tener coraje y ser un hombre.

Y si un hombre de estos lineamientos no merece el respeto social, consideraciones de sus conciudadanos, el aplauso de la posteridad, palmas de la justicia, y la gratitud de un pueblo *¿ubinam gentium sumus*?...

MBI y RPL*

---

*En el Archivo de Briceño Iragorry apareció en recorte de prensa de este artículo, MBI agregó manuscrito las iniciales que corresponden a Roberto Picón Lares, con quien además publicó otros trabajos que firmaban ambos.

DR. DIEGO CARBONELL

Sobre la honra que me discierne el Instituto, es para mí motivo de especial complacencia dar la bienvenida académica al Dr. Diego Carbonell, elegido para ocupar la Silla dos veces vaca por muerte de Laureano Vallenilla Lanz y Esteban Gil Borges.

Y me complace sobremodo ser portavoz de la Academia para festejar el ingreso de persona de los dilatados méritos del Dr. Carbonell, por cuanto ello me depara ocasión de evocar el tiempo feliz y ya lejano de mi vida universitaria, cuando nuestro flamante colega, empujado de espíritu ampliamente generoso, ofreció a mi inquietud juvenil, la tribuna libre de la ilustre casona de San Buenaventura de Mérida, regida por su recia mano de timonel de la cultura.

Carbonell, acabado de regresar de Europa con las alforjas llenas de Ideales y proyectos, se presentaba a la Metrópoli andina como una verdadera revolución. En la vieja ciudad de Rodríguez Suárez perduraba la pátina colonial: severas las costumbres, mantenían aún la rigidez teologal de los buenos tiempos en que era celebrado, como hecho de urbana trascendencia, el arribo, sobre gruesas mulas arreadas de plata y terciopelos, de los Canónigos con Cédulas de España y en que las disputas de los señores eclesiásticos rompían el silencio de la vieja Catedral para expandir por la ciudad aires de bandería. Habían desaparecido clarisas y agustinos, mas, el espíritu claustral se mantenía adherido a los viejos portales y a las herméticas ventanas de las casas de su empingorotado señorío. Tal era el silencio y la quietud de la urbe, que el transeúnte percibía en la noche, tupida de neblina, el ruido del agua subterránea que primitivo acueducto llevaba

a través de la ciudad. Ha corrido apenas un cuarto de siglo y parece ya conseja la historia de aquella vida merideña de los días de Carbonell: el progreso, que llegaba sobre el tardo lomo de las bestias, carecía de fuerza para destruir la abulia fomentada por las enquistadas costumbres coloniales, contra las cuales embotaron sus lanzas los intrépidos jóvenes de **Génesis**. El frío de las vecinas cumbres nevadas parecía que mantuviese los espíritus en un estado de profunda indiferencia, con que iba a contrastar el ánimo fogoso del nuevo Rector.

Junto a una dura labor de organización en lo material y lo didáctico, discurrieron, al impulso del recién llegado, días de inquietud y de escándalo que pusieron al mismísimo Señor Silva, ilustre entre los mayores mitrados de Venezuela, en trance de usar el terrífico recurso e los Cánones contra la corriente irrespetuosa que partía de la mera imprenta universitaria y de la propia tribuna del Paraninfo, antaño teatro de unciosas prácticas. Carbonell movió, según es ley en estos casos, el espíritu rebelde del estudiantado y, como la política estaba postergada a últimos planos, fueron religiosas las arenas excogitadas para la lucha contra lo que mirábamos como supervivencia de una época llamada a sufrir la natural transformación de los tiempos; y se denigró a España, se escarneció a la Iglesia, se blasfemó de Nuestro Señor Jesucristo y hubo quienes defendieran a Judas y a Pilatos. Entre los jóvenes que corearon al Rector en su obra de agitación intelectual y de lucha contra lo que lucía como valores muertos, este servidor que os habla, tomado el espíritu de las doctrinas del positivismo, figuró en plaza delantera, que le atrajo censuras y le concitó las murmuraciones del poblado.

Por ello, evocar la obra universitaria de Carbonell en Mérida significa para mí evocar la época más tormentosa de mi vida intelectual, cuando seguí ideas y alabé teorías que después he combatido con el mismo fuego puesto en su profesión; mas, el hecho de haber rectificado y corregido conceptos y doctrinas no empece, como creyeran otros, para recordar sin sombra de rubor aquellos tiempos de devaneos filosóficos y para que agradezca siempre el bien intencionado espaldarazo que me daba Rector con nombre ya ilustre en nuestro movimiento cultural.

Hoy, cuando los años han dejado en nuestras cabezas nieve semejante la de los abruptos picachos andinos y cuando hemos templado el vano afán de revolver y de innovar, otras disciplinas nos juntan de nuevo en esta casa, donde el reposo tiene asegurado sus derechos. Lleno de títulos y merecimientos, después de una proficua labor en el rectorado e nuestra Universidad caraqueña, de una larga y brillante carrera diplomática en Europa y en América y con copia de libros, donde a la par de la investigación médica, campea el criterio zahorí del historiador, Diego Carbonell viene a sumar su perdurable inquietud de obrero la cultura a la tarea silenciosa que realiza nuestra Academia.

Y esa inquietud la pone de resalto en el difícil paralelo que acaba de hacernos entre la obra de los insignes desaparecidos, cuya silla viene a llenar con lustre cierto. Fue Laureano Vallenilla Lanz, con Alvarado y Angel César Rivas, uno de los más vigorosos representantes de las teorías deterministas en nuestros estudios históricos, con cuyas conclusiones se enfrentó denodadamente a los métodos de la escuela romántica, en que se mantuvieron nuestros viejos historia-dores. Por lo contrario, Esteban Gil Borges representó la reacción contra el positivismo, "*que proclamaba el triunfo de los hechos sobre las ideas y excluía del rango de los valores científicos los conocimientos no verificables por la experiencia*". El uno investiga con frío temperamento materialista nuestro fenómeno histórico y, tras agudas observaciones, fundamentadas en la herencia, el medio y el tiempo, concluye en declarar insuficiencia de nuestra sociedad para gobernarse por instituciones libres; es decir, Vallenilla Lanz niega posibilidades a las ideas como elemento orientador, para dejar al hecho, a la fuerza, a las taras sociales, al fatalismo sociológico, en fin, el encargo de regir la comunidad. De ahí su teoría de "El Gendarme Necesario", de tan peligrosa interpretación, que le valió títulos "*per essere da noi considerato uno spirito squisitamente fascista*", según escribe Paolo Nicolai en el prólogo de la versión italiana de **Cesarismo Democrático**.

Gil Borges toma opuestos rumbos: él creyó en la fuerza permanente del espíritu, el no dudó del poder salvador de las ideas. No fue, empero, el suyo un idealismo abstracto, que lo llevara a negar la eficacia de la metodología experimental. Fue un idealismo ajustado a los reclamos de la verdad científica, con el cual quiso infundir un aliento

de fe nueva en los derechos del espíritu. El consideró la justicia como la sola fuerza llamada a regular el comercio de los hombres y toda su vida la consagró a estudiar los medios capaces de hacer práctico un sistema que mantuviese el equilibrio, no ya de las personales entre si, sino de los grandes grupos humanos constituidos en estados libres y autónomos.

Historiador de hechos, Vallenilla los desmenuzó sobre el propio documento, con aquel su fino criterio de experimentador y, frente a nuestra retrasada realidad social, adoptó el criterio pesimista que lo llevó a negar eficacia a las instituciones para modificar el medio humano. En las manos de Gil Borges flameó la bandera opuesta: creyó que las instituciones podían renovar los propios estratos retardatarios y orientar el proceso social. El uno representó, con una sinceridad que lo honra tanto como su gran cultura, el realismo crudo como expresión de lo político; el otro concretó la imagen del Apóstol que siembra ideas en espera de cosechar contra la propia esperanza. En el diálogo permanente entre Vargas y Carujo, Vallenilla Lanz, abastado de razones históricas y afincado en la fenomenología materialista, tomaba el partido del reformista, cuya inquietante figura, dicho sea de paso, espera un estudio severo que revalore sus contornos, mientras Gil Borges, acaso románticamente, seguía pensando con Vargas que si pueden los ideales de justicia y el ejemplo de la virtud ser guías de la sociedad.

Señor:

Bien pesó el Instituto vuestros títulos cuando os invitó a sentaros a su mesa de trabajo. Por demás estaría el que ponderase uno a uno vuestros medulosos trabajos de crítica histórica. Largo sería el recuento que, comenzando con vuestro atrevido ensayo sobre **Psicopatología de Bolívar**, viniera a acabar en vuestros recientes trabajos sobre las Escuelas Históricas de América, sin dejar a un lado vuestras exégesis de O'Leary y Abreu y Lima y vuestros magistrales estudios sobre varios personajes de nuestra Historia Patria. Bien conocido es vuestro nombre, no sólo de Venezuela, pero también del ancho mundo americano. Quedaría mi intento de alabaros tan baldío e inútil como los esfuerzos de quien pretendiera llevar mochuelos a la propia ciudad de Palas. Por derecho propio entráis en esta casa, donde erais esperado con ansia jubilosa.

ADOLFO BRICEÑO PICON

El año 1918 conocí en Mérida al doctor Adolfo Briceño Picón. La suya era figura singular, que recordaba estampas españolas del siglo XIX. Era médico y farmacéutico, y como tal se anunciaba en leyenda inclusa en la bordura del viejo escudo labrado en una de las piedras sillares de la hermosa esquina de su casa solariega. Los emblemas del escudo fueron destruidos a cincel. La casa, entiendo, fue habitación de los primeros obispos, y tiene el más rico esquinero de sillería que se conserva en Venezuela (Bien podría Mérida adquirir para Museo de la ciudad esta hermosa y rara casa, expuesta a ser destruida por la onda de un progreso mal entendido y peor ejecutado. Y debiera hacerlo pronto, para que no se adelante cualquier comerciante progresista, y edifique allí un edificio abstracto, donde mañana se embotelle "Coca Cola").

Tras el mostrador de la botica, pasaba el doctor Adolfo las horas del día que le dejaban vacas sus clases del Liceo, donde profesaba cátedras de Biología, de Química y de Historia Natural.

Sus buenos años cargaba a cuesta en 1918 el doctor Briceño Picón. El los disimulaba con finas tintas de su propia industria y con un espíritu siempre alegre y festivo. Aún más. No era simple alegría y cordialidad lo que llenaba la vida del doctor Adolfo. Era un verdadero hombre fáustico. Luchaba tenazmente contra la vejez del espíritu. De él, antes que del Maestro Rísquez, recibí el secreto de como puede no envejecerse mentalmente, pese al rigor de los años. "*¡Ah, mi amigo, huyo de los viejos! Yo procuro el diálogo con los jóvenes. De us-*

tedes recibo el vigor que pierdo cuando platico con Antonio Justo". Se refería don Adolfo a su contemporáneo el candoroso y sabio Antonio Justo Silva, doctor en Derecho, en Medicina y en Cánones, tan conservador y tradicionalista como para dar la cangreja a Salvá y Salvany. En cambio don Adolfo se mantenía en plena corriente del progreso y en plenas ilusiones juveniles.

En los viejos claustros, amables, soledosos y evocadores de la Universidad de San Buenaventura, los jóvenes disfrutábamos muchas veces las disputas entre ambos profesores. El doctor Adolfo era liberal y progresista. En su cátedra, con enojo del doctor Silva, explicaba a Darwin y, al llegar el caso, hacía el elogio del amor libre. El amor era uno de sus temas favoritos. Se preciaba de que su padre había celebrado nuevo matrimonio cuando frisaba con los noventa años. "*Nuestra raza cumple*", alegaba como razón de su fe fáustica. Era, en verdad, un hombre fáustico, que en un medio mas ancho y sin las dolencias sufridas en la juventud, habría realizado una intensa labor de cultura.

En sus primeros años, don Adolfo cultivó las letras y ensayó el difícil arte dramático. "*Muy aficionado, desde temprana edad, a la literatura, tuve que cortar el vuelo de estas aspiraciones por las luchas apremiantes de la vida*", dice de sí mismo en la introducción de sus obras teatrales. No tuvo, en verdad, pretensiones de escritor, pese a poseer un buen instrumento literario. A los quince años ya había escrito dos novelines, que recibieron la aprobación de don José Vicente Nucete, quien en los promedios del siglo pasado ejercía funciones de mentor en la Mérida intelectual. Posteriormente el doctor Briceño Picón escribió obras teatrales. **El Tirano Aguirre**, **Ambrosio Alfinger**, **Sacrificios por la Patria**, **Amor Filial**. Este teatro histórico representa un esfuerzo admirable y un buen conocimiento de la técnica dramática. Por 1930 me decía Leopoldo Landaeta, severo y avisado crítico, que en Venezuela no se había hecho justicia a la labor dramática de don Adolfo y que era inexplicable cómo su nombre no lo recordaban los analistas de nuestras letras.

De los cuatro dramas citados, **El Tirano Aguirre** fue llevado a las tablas en Mérida el 30 de diciembre de 1872, "*con entusiasta acogida por el público*". El primer acto representa "La Conspiración". Sus escenas tienen lugar a orillas del Amazonas. En ella se fragua la re-

belión y se descubren los amores de Cora y Arturo, el segundo acto es "La Prisión" del amante en la Isla de Margarita; el tercero tiene por escenario a Barquisimeto, con la muerte de Cora y del Tirano. Por aquel tiempo, una compañía teatral había fundado en Mérida un llamado "Instituto Dramático", donde el propio autor ejercitó sus dotes como hombre de tablas, a punto de haber hecho el papel de Coronel Villena, novio de la hija de Aguirre, mientras la celebrada Florencia Alarcón realizaba a cabalidad el papel de Cora. Don Camilo Carnevali, don Atilio Sardi y Gabriel, Manuel y Antonio Nicolás, hermanos del dramaturgo, tuvieron el desempeño de las otras partes. "*Mérida está contenta* -comentaba don José Ignacio Linares- *porque ha visto abrir de nuevo las puertas de su teatro por la mano de su juventud ansiosa de progreso, de glorias y de fiestas*". Era la Mérida parsimoniosa, estirada, cuyos centros de mayor importancia los constituían el Obispo y los canónigos y el grave claustro universitario. Los señores vestían la grave levita y se cubrían con los negros cubiletes. El guzmanismo triunfante había hecho estremecer, sin embargo, el mundo dormido de la vieja capital episcopal, y *Justicia Negra* ya había aparecido como expresión de viejos resentimientos sociales. La noche de aquella inauguración debió celebrarse como un afortunado suceso que aseguraba a la ciudad fino y moral esparcimiento. Con los aplausos que le prodigó el público, nuestro autor debió haber sentido colmadas todas sus ansias juveniles. Se separó él, después, de las actividades literarias. Los críticos olvidaron su esfuerzo. Los curiosos apenas inquieren el paradero del pequeño volumen que contiene estos sencillos románticos y airosos ensayos teatrales. Releyendo en estos días a **El Tirano Aguirre** he llegado a pensar que podría servir de pieza para la reinauguración del Teatro Juárez, de Barquisimeto. En el IV Centenario de Nueva Segovia, bien quedaría el drama que recuerda la primera gran acción realizada en la entonces flamante ciudad de los crepúsculos.

C. PARRA PEREZ
PAGINAS DE HISTORIA Y DE POLEMICA

Valioso regalo a sus admiradores ha hecho el insigne historiador Parra Pérez con la recopilación en volumen de estas importantes páginas, escritas en el decurso de treinta años de fecunda labor de publicista, sobre variados temas de historia.

En tres partes está dividido el libro: I, El Precursor; II, El Libertador; III, Silva, o Miscelánea de temas. Quizás sea la más importante la consagrada al maravilloso e infeliz Miranda, cuyo archivo descubrió Parra Pérez en Londres y cuyas actividades en la Revolución Francesa fuéronle tema para uno de sus libros tan bien logrados.

En todos estos estudios de Parra Pérez, se abultan sus singulares dotes de historiador: aguda observación y sereno juicio, a lo que agrega claro estilo, paciencia de investigador y formidable capacidad de trabajo. Allí están, para proclamarlo, los dos tomos de su **Historia de la Primera República**, obra maestra de la historiografía venezolana, no ponderada cuanto lo reclama la trascendencia del tema y cuanto lo pide el fino método empleado en su ejecución. Para un seminario de metodología de los estudios históricos, esta obra de Parra-Pérez es un auxiliar maravilloso. Es una lección cabal de como se escribe historia.

En el prólogo de sus **Páginas**, Parra-Pérez se avoca a rebatir el llamado tomismo en las ideas políticas del Libertador, tema esbozado en Bogotá por el escritor Estrada Monsalve y entre nosotros por

respetabilísimo Maestro Núñez Ponte, y al cual aludimos en trabajo aparecido simultáneamente con el de Parra-Pérez, para decir que si en verdad se parecen las fórmulas estatistas propuestas por el Aquinatense y por Bolívar, ello se debe a la coincidencia que acompaña a los buscadores de la verdad y al hecho de que el aristotelismo de Santo Tomás, tan abultado en la Política, ha podido llegar hasta Bolívar al través de escritores profanos. De otra parte, la coincidencia de Bolívar con el Doctor de Aquino, lejos de desmerecer la capacidad creadora del Libertador, le da un sentido más zahorí y pone de resalto cuán vigorosa era su sentido lógico para poder llegar, al través de los simples caminos de la intuición, a verdades logradas por los sabios como fruto de lentos procesos de investigación.

En los círculos intelectuales ha despertado vivo interés la noticia de ocuparse Parra Pérez -pese a las recias tareas de la Cancillería- en una biografía del General Santiago Mariño, en la cual seguramente estudiará, con la sagacidad y claro criterio que le adorna, la tentativa de reconstrucción de la Primera República y, corno trasfondo, el proceso disgregativo de las provincias orientales, celosas de su vieja y legítima autonomía.

EN EL HOMENAJE DEL *PEN CLUB* AL CANCILLER

Señores:

Motivo de especial complacencia constituye para mí presidir esta reunión con que el *PEN Club* de Venezuela agasaja a uno de sus más ilustres miembros.

Se tomó por ocasión propicia para rendir un cálido homenaje a nuestro distinguido amigo el doctor Caracciolo Parra Pérez, la hora de su regreso a la capital, después de haber asistido, en su condición de Canciller de la República, a la histórica reunión de Consulta de Chapultepec donde asiduamente trabajaron los representantes de los países americanos en busca de una mayor compactación de nuestros intereses democráticos, y de una visión más objetiva sobre los problemas que competen al Continente, frente al máximo problema de organizar la paz de la naciones y dar líneas precisas al mundo de postguerra.

Muchos son los merecimientos que el ilustre Canciller ha conquistado para su nombre de internacionalista y sobrados los títulos de respeto que merced a su gestión, ha conquistado la República; mas, la personalidad de Parra Pérez tiene otros elevados méritos que la hacen acreedora de nuestra deferencia. En el mundo de las letras que es el mundo de nuestras actividades privativas, Parra Pérez tiene labrado un nombre que resistirá la ausencia de los aplausos momentosos. Prosador de párrafo certero y ámbito denso que lleva a la reflexión más que al deleite fugaz de la forma, muchas veces estudiada y no sentida, nuestro homenajeado anunció su fuste de escritor desde

los tiempos ya lejanos de **Génesis** cuando en unión de Julio Sardi, Julio Consalvi, Juan Antonio Gonzalo Salas, José Domingo Paoli, Américo Menda, Pedro José Godoy, Humberto Tejera, promovió en la Mérida teologal de Monseñor Silva, un movimiento de inquietud y de esperanza que marcó época en el proceso cultural de la provincia andina. Feliz en consolidar su vocación, por medio de un estudio perseverante y fecundo en el ancho mundo europeo, Parra Pérez logró que su personalidad avasallante de escritor cristalizara en obra perdurable, que hoy le da sitio entre los representantes mayores de la cultura patria.

Hablar de historia en Venezuela sin nombrar los trabajos de Parra Pérez, sería falta imperdonable. Su violín de Ingres, llama nuestro amigo a las disciplinas históricas y cata que ha sabido arrancarle notas que le dan categoría de consumado concertista. No sólo fue a ellas por mera curiosidad, a fin de llenar los ocios que la vida diplomática le deparara, sino, muy por lo contrario, movido de singular espíritu de análisis y empujado por la convicción de que es la historia el mejor asidero del sociólogo y del estadista. Allí está para proclamar su envergadura amén de sus sesudos estudios sobre la prodigiosa personalidad de Miranda en la Revolución Francesa, los dos gruesos tomos de la Historia de nuestra Primera República, obra acabada por el aporte documental y por el equilibrado juicio de los sucesos y personas. Con criterio realístico, que aceptaría por suyo el gran Gil Fortoul, nuestro homenajeado examina las profundas conmociones políticas que dieron prematuro fin a nuestro flamante ensayo republicano de 1811 y, levantando hasta donde la justicia lo reclama, la figura declinante de Miranda, justifica y salva la primera actuación política del Libertador. Si muchos son los historiadores que han intentado el enjuiciamiento cabal de esos sucesos, puede decirse que Parra Pérez, con tino propio del que, por oficio, está acostumbrado, en las relaciones con los hombres a vencer disyuntivas y a dominar por la razón las controversias que promueven las pasiones y las angulosidades del juicio humano, es quien mejor ha enfocado la tragedia del gran Miranda, víctima propiciatoria de política oportunista que inauguró en la república el maquiavélico Marqués de Casa León, y cuyas supervivencias se afanan por liquidar en la hora presente quienes miran las funciones de Gobierno como algo más que oportunidades para medros personales.

Para llegar a sus fornidas conclusiones en el examen crítico de nuestra vida republicana, hizo Parra Pérez de previo la exploración de nuestro pasado de colonia. **El Régimen Español en Venezuela** constituye uno de los más densos aportes a la obra de justa reivindicación de nuestro pasado colonial. Parra Pérez sabe que sin el examen del pasado no se explica la historia nueva y fue armado de claro espíritu al examen de nuestra edad media criolla, negada y calumniada por una historia de tipo romántico, que creyó servir mejor a la República negando las bases que dan en el tiempo derecho de permanencia a nuestro pueblo.

Mas señores, no intento hacer aquí, por mi afición a la historia, un examen de la labor histórica de Parra Pérez, ni necesito, tampoco afanarme en una apología que ni él pide ni la justicia exige para señalarle el sitio que le pertenece por propio en el mundo de nuestra cultura. Somos nosotros, en cambio, quienes estamos urgidos de manifestaciones como éstas, donde se muestra el espíritu de solidaridad de los hombres de pensamiento. Precisa que nuestro trabajo de cultura no se aísle en las torres de marfil de quienes, satisfechos de sus luces y merecimientos descuidan el deber de la obra común. La república de las letras, como la propia república civil, reclama acoplamiento de voluntades que tomen por bandera la formación de una conciencia cultural. Urge la acción de hombres que trabajen en equipo con la convicción de que el progreso que tanto perseguimos surgirá no como exhibición aislada de méritos personales, sino como resultante de un mancomunamiento de capacidades. La cultura es obra de solidaridad en una idea de levantar el tono social, y que empieza por sentir como propios los triunfos de los trabajadores del pensamiento. Al honrar a Parra Pérez nosotros no solo estamos haciendo justicia a una de las figuras más prestantes de nuestras letras, sino a la par de ello, estamos celebrando, con regocijo de familia, un triunfo que es también nuestro, un triunfo que íntegramente corresponde a Venezuela. Hago votos porque el sentimiento solidario que debe existir entre los hombres que en su condición de obreros del pensamiento laboran por el progreso de la Patria sea cada vez más intenso y más fecundo. La Patria, como concepto que se levanta sobre lo mezquino de las posiciones recoletas, es el disfrute común de un patrimonio. Y ese patrimonio no es la tierra que da la riqueza, ni el cielo que cobija nuestras vidas perecederas; es en cambio la cultura que, en el pasa-

do y en el presente, nos une para dar continuidad a nuestros esfuerzos de pueblo y contenido humano a nuestra vida de relación.

Doctor Parra Pérez: Servíos aceptar este homenaje como testimonio de la solidaridad que un grupo de trabajadores de las letras rinde a vuestra orientadora labor de escritor y a vuestros empeños de servir al progreso moral e institucional de la República y con él, los votos que sinceramente formulamos porque el curso de vuestra obra continúe ofreciendo a Venezuela motivos de maternal orgullo.

ELOGIO DEL DR. ELOY PAREDES[22]

Señores:

"...*Y este Diego García de Paredes fue un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo, en Extremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia; y puesto con un montante en la mitad de una puente, detuvo a todo un innumerable ejército que no pasase por ella e hizo otras tales cosas, que si como él las cuenta y las escribe él mismo con la modestia de caballero y de coronista propio, las escribiera otro libre y desapasionado, pusieran en olvido las de los Héctores, Aquiles y Roldanes*"[23], tal dice en **El Quijote** don Miguel de Cervantes y Saavedra al querer referirse al famoso capitán español, caballero de Fernando V, oficial de la Guardia del Papa Alejandro VI, vencedor varias veces de los Orsino en Italia, compañero en andanzas del Gran Capitán don Gonzalo de Córdova y padre del conquistador de su mismo nombre: don Diego García de Paredes, venido a tierras americanas por los años de 1550, gobernador que fue de El Tocuyo y luego fundador de la llamada por un olvidado cronista ciudad portátil[24], Nuestra Señora de la Paz de Trujillo en Venezuela.

---

[22]Discurso inaugural del busto erigido al eminente patricio en la Ilustre Universidad de Los Andes.

[23]**Don Quijote**: t. 1., p. 422.

[24]**Diccionario Enciclopédico Hispano Americano**, Madrid. Montaner y Simón, Editores, t. IX, p. 144.

Quiso el ilustre extremeño, ávido de luchas, desde su gobierno en El Tocuyo, emprender la conquista de los cuicas, y con la bizarría que era peculiar a su sangre, internárse hacia occidente en busca de hazañas con qué saciar la inquietud de su espíritu aventurero. Funda a Trujillo en varios sitios hasta hacerlo radicalmente en el que actualmente existe. Llevó allí rica semilla española: noblezas y dineros que más tarde hicieron de la ciudad recién fundada, la más bella de la colonia; hubo pompa española entre el silencio de sus muros, "*edificios que hubieran brillado en ciudades europeas*"[25], toda la gala que ostentaran las más célebres ciudades de América, al punto de abrir los instintos criminales del ladrón e incendiario francés Pedro Gramont, quien redújola a ruinas miserables, ruinas en las que ha dormido tantos años, y de las cuales se levanta con trabajo. Parece que el fuego del pirata galo hubiera ardido sus más remotas entrañas y llevado la más desoladora esterilidad a su existencia. Pero aún queda en ella, haciendo la austeridad de limpísimas heráldicas, la piedra española que soportó la gentileza del señorío de su siglo, y desafiando el tiempo, como un símbolo de la entereza de sus primeros habitantes, aun en el fondo soledoso de su iglesia, viven -puede decirse que tienen vida- dos hileras de cedros seculares del antiguo valle cuicas: enormes y solemnes, y sobre esa esterilidad progresiva en su vida externa, sobre ese estancamiento en que ha vivido tantos años, flota con marcada intensidad, con fuerza que hase agotado ya en casi todos los pueblos de Venezuela nobleza que allí fuera a asentarse; y conforme a la ley sociológica que establece corrientes de intercambio familiar entre el campo y la ciudad, entre "*La Ciudad y las Sierras*", como diría Quiroz, en virtud de la cual el obscuro y burdo campesino que ayer era peón en las tierras de un señor y que hoy cosechó bastante café y mucho trigo, viénese a la ciudad a darse ínfulas de aristócrata, mientras el señor de ayer, arruinado por la fuerza del tiempo, va a hundir su miseria en la soledad misericordiosa de la selva, estableciendo así un flujo renovador, si no de las fuerzas sociales en un sentido estricto, sí de las fuentes económicas de la colectividad ciudadana, conforme a esa ley, decimos, podéis ver refugiadas en los campos trujillanos, familias de limpísimo solar ibero, que en otro tiempo fueron prez de su señorío, y cuando preguntáis por Covarrubias y Berdugos y Cornieles y Barrigas que fueron flor de aristocracia en la Colonia, sólo os responde la voz torpe de un pobre campesino, que,

---

[25]**Historia de Venezuela**, Baralt y Díaz, t. 1., p. 196.

en medio de su pobreza, luce el claro azul de unos ojos europeos y la blancura de una cutis en un perfil distinguido. Flor de ciudades, esa de García de Paredes ha sabido dar mucho de su espíritu noble y caballeroso y acaso mañana, cuando surja a nueva vida, más intensa y más amplia, con sus hermanas, estas ciudades frías y desoladas de Los Andes, pueda decirnos cómo fue antes del fuego criminal del pirata francés.

Perdonadme, señores, que haya distraído vuestra atención hablándoos de mi ciudad natal, pero ella es el fruto primero y el más viejo que ha dado a Venezuela esta larga familia de García de Paredes: fundador de pueblos el hijo del famoso capitán español de que nos habla Cervantes, sus parientes más lejanos serán fundadores de Patria y de Repúblicas. Miembro de esta larga familia que sólo se apellida Paredes, Diego García legitima lo claro de su estirpe y de ella es el coronel Juan Antonio Paredes y Angulo, del señorío de esta muy noble ciudad de Santiago de los Caballeros, de los fundadores, con Rodríguez Picón, Talavera, Uzcátegui y otros, de esta ilustre Universidad de San Buenaventura, primo del valiente prócer de la Independencia José de la Cruz Paredes, uno de los 150 héroes que acompañaron a Páez en Las Queseras, y abuelo este José de la Cruz del infortunado general Antonio Paredes, flor de los últimos militares venezolanos, asesinado villanamente frente a la soledad inmisericorde del caudaloso Orinoco; Gobernador. también varias veces de Mérida el coronel Paredes y padre, entre otros hijos, de Ignacio, que lució su heroísmo en el campo glorioso de Ayacucho, contribuyendo a sellar la libertad de América y de este doctor Eloy Paredes y Fernández Peña, en cuyo homenaje este ilustre recinto universitario viste de gala como en sus mejores días.

Hijo del predicho coronel Paredes y de la honorable matrona doña Josefa Fernández Peña[26] hermana del Arzobispo del mismo

---

[26]"(Aquí un sello) Pbro. Estevan Arias cura en propiedad de la Catedral de Mérida, Rector del Colegio de S. Buenavra. etc. Certifico en la mejor forma de Dro: que en uno de los libros Parroquiales de mi... en que se asientan las partidas de Bautismo, al fol. 38 se halla una cuyo tenor es el siguiente.- En la Ciudad de Mérida a 28 de Mzo. de 1814 el Sor. Prebendado Dr. Buenaventura Arias, con licencia, bautizó solemnemente, puso óleo y crisma y dio bendición conforme al Rtl. Rmno. en la Iglesia de las Monjas a un Niño de ocho días nacido a quien puso pr. nombre Eloy, hijo legitimo de Do. Juan Anto. Paredes y Da. Josefina Fernández: abuelos paternos Dn. José Antonio Paredes: maternos Dn. Gerónimo Fernández Peña y Da. Manuela Angulo. Fue su padno. el

apellido, la limpieza de su cuna ofrécele elevado sitio en esta sociedad, de la cual fue miembro importantísimo. Mas no al mérito de su linaje, ni al brillo de su fortuna privada, debiérale el papel que hubo de representar en el tinglado de la vida pública. Andan por ahí quienes creen que de la clareza de una estirpe y de la posesión de unas no inmaculadas monedas, viene el sitio que ha de corresponderles en las sociedades en que actúen: un solo elemento se impone sobre todas las barreras posibles en la evolución intrasocial del individuo y este elemento es el talento efectivo. Túvolo el Dr. Paredes y aconsejado por su tío el Arzobispo, fuelo a cultivar en las Universidades de Santa Fe y de Caracas, de donde regresara a ésta a optar a los títulos de Maestro en Filosofía en 1832 y de Doctor en Ciencias Políticas en 1839[27]. Hombre de altísimos vuelos, de vasta ilustración y de talentos no comunes, a lo que unía la más acrisolada pulcritud, la profesión de abogado hubo de ofrecerle, a más de medios para numerosos proventos, motivo para lucir el caudal de su sabiduría en alegatos y en informes. No debía de faltar nunca en el ejercicio profesional abogados como el Dr. Paredes: ellos dignifican de por sí el sagrado ministerio de la abogacía y su recuerdo debe siempre servir de ejemplo a aquellos en cuyas manos está la suerte de huérfanos y viudas, de hacendistas y burgueses, debe servir de ejemplo, sí, para no ultrajar con prácticas vedadas el brillo de la justicia y el imperio augusto de la ley, santa cuando es inflexible y da a cada quien lo que es suyo e infamia escrita cuando los mercaderes del templo la pliegan a caprichos y mezquindades asquerosos. Ejerció la profesión el Dr. Paredes y ocupó a la vez la Magistratura judicial, siendo para 1842, año de su matrimonio con la señorita Josefa María Méndez[28], Juez de 1ª Instancia en esta ciudad. Ya en ese cargo el Dr. Paredes hubo de probar a sus conciudadanos las altas virtudes que siempre lo adornaron y la cien-

---

Pbro. Dn. Angel Ma. Briceño a quien advertí su oblign. Doy fé M. Salvador León.- Y por ser conforme a su original a que me remito doy la presente a petición de la parte. Mérida Novc. 8 de 1926.- M. Estevan Arias. Dros. Oxaris. (una rúbrica)".

[27]El Dr. Paredes recibió sus grados en la Universidad de esta ciudad, en el siguiente orden: Bachillerato en Filosofía, en 1882; Maestro en Filosofía el mismo año Bachiller, Licenciado y Doctor en Ciencias Políticas, en 1834 el primero y en 1839 los dos últimos.- **Anuario de la Universidad de Los Andes**: t. 1, pp. 82 y 87.

[28]De su matrimonio con la señorita Josefa María Méndez nacieron los siguientes hijos: Josefa Antonia, Eloy Antonio, Juan Evangelista, Magdalena, Teolinda, Pablo María, Manuela, Ana María, Antonio, Pablo y Juana. En 1866 casó en segundas nupcias con la señora María Berti de Anselmi, de cuya unión nacieron los siguientes hijos: Josefa, Elisa Matilde, Elbano Italo, Eloy, Clorinda, Elena y Luis Buenaventura.

cia de que era poseedor, la cual desde 1840 ofrecía a la juventud estudiosa desde la cátedra de Derecho Público y de Gentes[29] que regentó por dieciséis años en este ilustre Instituto, largo período durante el cual ocupó dos veces el Rectorado y asimismo las Cátedras de Matemáticas y de Derecho Práctico y Leyes Nacionales, "*a las que ocurría la juventud, como a fuente pura, a aprender sus sabias lecciones y a nutrir su espíritu con los preceptos de la ciencia*", conforme lo consigna la Junta de Gobierno de esta Universidad, en el acta de la sesión extraordinaria celebrada por ella con motivo de la muerte del Ilustre Maestro[30]. Porque en verdad no fue sabiduría de hojarasca la que poseyó el Dr. Paredes, sino sólida ciencia e ilustración vastísima. Y ved, ahí, y ello sólo bastaría a consagrar la memoria de Paredes, grabadas sobre el mármol que sirve de sostén a su austera figura, las palabras de nuestro máximo don Cecilio Acosta: "*El señor Dr. Paredes, por la extensión de sus miras, por su poder de concentración y de generalización y por su extensa ciencia legal, era un verdadero jurisconsulto. Tal es la idea que tengo de él* -continúa el excelso Acosta- *que al leer sus juicios y dictámenes, me parecía que leía a Scott, a Kent, o a Mackintosh. Para su ingenio no había nada nuevo ni nada extraño en estos estudios, que llegó a abarcar en toda su esfera, desde el derecho municipal al civil, de éste al político y del político al de gentes, en que fue maestro*"[31]. Mas el fruto real de esta sabiduría, un Tratado de Filosofía, otro de Derecho Constitucional y uno de Matemáticas, en los cuales el doctor Paredes hubo de verter todo el acervo de sus claros conocimientos, hanse perdido en el más doloroso olvido, olvido que no sólo cubre estas valiosas obras, sino que ha ido tragándose el trabajo de muchos de nuestros mejores hombres de letras, como que él se une muy bien a la indiferencia con que nuestro ambiguo y viciado medio ve la obra de los hombres de talento, condenados en nuestra patria a ser aplastados por la garrulería y

---

[29]El Doctor Paredes ejerció el Rectorado de la Universidad de Los Andes, por pocos meses, en 1843, y después. desde el 52 al 55. La Cátedra de Matemáticas del 43 al 47; la de Derecho Público y de Gentes, del 40 al 56 y la de Derecho Práctico y Leyes Nacionales, del 46 al 56. Fue también Presidente y varias veces miembro de la Junta de Inspección y Gobierno del mismo Instituto.- **Anuario de la Universidad de Los Andes**, t. 1., p. 90 y ss.

[30]Archivos de la Universidad.- No. 9. Libro de Actas de la Junta de I. y Gobierno. Enero de 1878 a mayo de 1883, p. 163.

[31]Cecilio Acosta. **Obras**; t. V., p. 807.

el *bluff* de cuatro o más advenedizos que se abrogan la representación del pensamiento nacional[32].

Mas no era, señores, en el estrecho campo de abogar en estrados por intereses particulares ni en la cátedra a que supo dar brillo con sus talentos, donde estaba destinado a actuar Paredes; hombre de carácter, de acción, de altos principios republicanos, sus actividades debían desplegarse en un medio más amplio que aquellos, en el cual la abnegación de su espíritu público habría a la vez de prestar mejores servicios a la sociedad en que actuaba. Clareaban los primeros años de la República, había el fuego de los partidos y el Dr. Paredes fue por sus altas virtudes personales, foco hacia donde convergieron las simpatías colectivas. Pronto su nombre apareció al frente del llamado en Mérida partido de arriba, nombre que si le vino de estar en su mayor parte integrado por elementos radicados en la parte alta de la ciudad, pudiera creerse a la vez que tuvo su origen en la alta mentalidad que le guiaba. Fue a la política por el brillo de la justicia y de los derechos conculcados, no por mezquinas ambiciones personales. "*Soldado del deber y de alma templada en el fuego sagrado del patriotismo, peleó las grandes batallas en que se decide la suerte de las sociedades; y Mérida en sus conflictos terribles, en sus horas solemnes, en esos momentos de arrebato en que parece que todo peligra, le vio siempre como caudillo que le seguían llenos de fe y de entusiasmo*", así se expresa de él el Dr. Gabriel Picón Febres, en párrafos dignos de su nombre[33]. Largos años de lucha recuerda la historia política de esta ciudad, en que el Dr. Paredes secundado por su numeroso partido, hizo frente a las mayores emergencias locales: opuso su palabra, como remedio ígneo, a los abusos de un gobierno; enseñó desde su tribuna en la plaza pública el derrotero que en un momento dado hubo de seguir la política local para contrarrestar oprobios del gobierno central, y después de sufrir la injusticia de una detención, después de pasar días desolados en el silencio de un ca-

---

[32]Entre los pocos manuscritos que quedan del Dr. Paredes en el archivo de su familia, existe uno, de poca extensión, ya que fáltanle no pocas páginas, curioso por el importante asunto que trata, sobre la formación de las lenguas primitivas y otros puntos de mérito filológico. Consérvanse también algunas cartas de interés, del Arzobispo Fernández Peña, de Cecilio Acosta, de los Monagas y de muchas otras personas sobresalientes en la política, el foro y las letras patrias.

[33]Artículos necrológicos a la memoria del Dr. Eloy Paredes. Juan de Dios Picón Grillet, Editor. Mérida, 1880.

labozo, su presencia ante el pueblo era más enérgica, su amor a la Patria y a los principios republicanos más intenso. Y fue tal la fe que supo inspirar a sus conciudadanos, tal la seguridad que éstos tuvieron del carácter y el civismo de Paredes, que aún en Mérida se recuerda con el colorido y el entusiasmo que ello merece, la actitud altamente republicana, de altruismo y abnegación ejemplares, tomada por él cuando Petit, investido de autoridad militar, penetró sin ningún derecho en territorio de la Provincia y quiso después aumentar sus desatinos pretendiendo hacer suyos los dineros de la laguna de Urao, renta entonces del Estado. Paredes no era nada en el gobierno de Mérida, ejercía a la sazón -1855- la Gobernación Provincial el ciudadano Pablo M. Celis[34]. La necesidad conflictiva porque cruzaba la dignidad de la Provincia pedía auxilio de una cabeza como la de Paredes y la energía de un brazo como el suyo. Se le llamó a la Jefatura de Can-

---

[34]La Constitución de 1830 autoriza a los Gobernadores de Provincia para establecer el régimen de las fuerzas acantonadas en su jurisdicción y según leyes vigentes en esa época, ninguna fuerza armada podía entrar en territorio provincial sin la correspondiente autorización del Gobierno local. En 1855 el general Natividad Petit, con tropas nacionales, llego a San Cristóbal, sin que mediase cumplimiento de las formalidades legales. Súpolo el Gobierno de la Provincia y ordenóle la más rápida desocupación del territorio. Petit desobedeció estas órdenes y siguió marcha sobre esta ciudad de Mérida, realizando actos de vandalaje a su paso: saquearon y robaron las poblaciones y en Bailadores llegaron hasta libar en los vasos sagrados de su iglesia (datos de Don Tulio Febres Cordero). Ya en esta ciudad las fuerzas de Petit, el Gobierno siguió reiterándole la orden de desocupar la Provincia, entregando a la vez las armas que portaban, órdenes siempre desatendidas por Petit, quien, informado de existir en poder del Gobierno, veinte mil bolívares de la renta de la laguna de Urao, pidió su entrega de *mano militar*. En este angustioso estado de cosas fue llevado el Dr. Paredes al Gobierno de la Provincia y al frente del pueblo, armado como pudo, atacó la columna de Petit durante los días 10 y 11 de febrero, poniéndolos prisioneros. El eminente trujillano doctor Ricardo Labastida, en un folleto que no hemos tenido a la vista, historia estos angustiosos días y hace honor a la actitud del Dr. Paredes, al cual se refieren los siguientes versos de Labastida:

E dice el gallardo,
de algún su abalorio
membrando fazañas:
"Juro a vuesarcedes
por este que empuño
(mostrando el bastón)
que honores e vida
e Constitución,
mañana Domingo
en cobro veredes,
no fuera mi alcurnia,
Fernández Paredes."

tón y de aquí, en breves horas pasó a ocupar la Gobernación Provincial. El momento era de vida o muerte para la existencia del honor constitucional de la Provincia y el pueblo supo interpretarlo así: siguiendo las órdenes del nuevo Gobernador, armados todos los ciudadanos con armas más bien de trabajo que de luchas, enfrentáronsele a la fuerza numerosa de Petit, hasta hacerlo prisionero en breves horas de combate. Fue el triunfo del patriotismo y del civismo de Paredes sobre el vandalaje de la fuerza militar. El expuso en su condición de simple ciudadano, sus intereses y su vida para hacerse cargo del gobierno y arrasar de ese modo con los que querían ultrajar la dignidad del territorio provincial. Es el sacrificio del repúblico, del patriota, en aras del bien común y de la salud ciudadana. Hombre de la talla enorme de don Cristóbal Hurtado de Mendoza, en la primera República, Paredes encarna las más altas aspiraciones sociales, los más puros sentimientos del pueblo que lo sigue "*lleno de fe y de entusiasmo*", conforme a las citadas palabras de Picón Febres. La Justicia y el Derecho, a cuyo estudio dedicó los mejores años de su vida, no fueron para él idealidades especulativas de filósofos y tratadistas. Entidades vivientes, ejes del mundo moral y sociológico, fueron para él sagradas normas de vida y de conducta, a las que hubo de ofrecer todas las energías de su espíritu. Profundo y erudito en Derecho de Gentes y en Teoría Constitucional, su política fue obra de engrandecimientos ciudadanos, de luchas en pos de la adquisición de los más sagrados fueros políticos, que él quiso siempre para la colectividad a que servía. Política personal fue la suya, mas no fue personalismo por meros intereses propios: sobre el triunfo de su persona, estaba el de su mente y el de sus pulquérrimos sentimientos de patriota. Y vedlo en esta acción a que acabo de referirme, ella sola basta para consagrar en la vida de la Historia el recuerdo de un hombre con delineamientos máximos. De la masa popular, acaso de las fajinas agrícolas a que dedicárase desde 1846, fue traído como Cincinato el romano a ocupar la primera magistratura provincial, porque había la fe de que él conjuraría el inmenso peligro que amenazaba el honor del pueblo. ¿Se niega? No; nunca sus energías y su carácter encontraban un momento más oportuno que este para servir con entusiasmo a la causa de los suyos. Lo hace con desinterés, con abnegación ejemplares, y alejada de la ciudad la nube fatídica de la tormenta, vuelto el claror de la paz y la tranquilidad a los ánimos populares, entrega el gobierno que se le confió y se retira a seguir laborando en cosas útiles, en el silencio venerable de su hogar y en el augusto recinto uni-

versitario donde aún ejercía el profesorado, pues jamás en sus aspiraciones políticas estuvo la del mando como una necesidad personal y los cargos públicos fuéronle únicamente ocasión de servir a sus conciudadanos. Ulteriormente, cuando ejerció la Presidencia de este Estado, de 1868 a 1870, ya federado[35], o mejor dicho descentralizado, pues el sentido recto del verbo castellano fede-rarse no concuerda con el que hubo de tener en la revolución vene-zolana, entonces, digo, pudo probar Paredes que su presencia en el gobierno nunca obedeció a fines personales ni a sed de mando; descontentos, ya que en ninguna época los faltan, enemigos políticos del Dr. Paredes, diéronse a la labor de fraguar planes para derrocar su gobierno y al efecto reunían se por las esquinas aquí llamadas de "Las Cuatro Tiendas", en sitio oculto al cual dieron el nombre de "Club Liberal", queriendo acaso imitar los de los revolucionarios franceses. Súpolo Paredes y una noche, sin más compañía que su bastón y su capa española, dirigióse al sitio donde estaban sus enemigos. Llama a la puerta y anunciado, mándanle pasar adelante. Con la serenidad propia de su carácter, se introduce hasta el medio de la sala donde minutos antes hablábase con calor de la manera de arrojarlo del poder y sin que mediase ningún saludo, los impreca: "*Queréis quitarme el poder, yo lo sé, anheláis la Magistratura que sobre mí pesa; yo respeto vuestras ambiciones, mas decidme, ¿cuál de vosotros es el capaz de reemplazarme para entregarle el bastón de la Magistratura? Decidme, ¿cuál es?, pues yo no quiero que vuestras ambiciones vayan a hacer derramar una gota de sangre merideña*". Sólo esas austeras palabras, propias en labios de un república de la talla de Paredes, basta-

---

[35]En el libro del Centenario de Mérida, recopilación hecha de orden del Gobierno, por el señor D. Manuel Vicente Nucete, a la página 275, aparece la lista de los gobernantes de Mérida, y en ella figura el Dr. Paredes como Presidente del Estado de 1868 a 1870, como Gobernador en 1855, en 1858 (abril a junio) y en 1863 (febrero a agosto). Ejerciendo el Gobierno provisionalmente, durante este último período, fue reducido a prisión, junto con su secretario y otros ciudadanos notables, de orden del general José Ignacio Pulido, el 18 de agosto, imputándosele una revolución contra el general Falcón, revolución que nunca fue justificada. El Dr. Paredes fue conducido preso a Trujillo "*con todo el aparato que se acostumbra para los más insignes criminales*", dice una hoja de la época. El Jefe de Operaciones (Pulido), no pudo comprobar la calumnia con que se pretendió denigrar "*su bien conocida reputación, su amor al orden y sus deseos de paz y bienandanza*", reza la misma hoja, realizando en cambio otros actos de horror en esta ciudad, donde Julián Avelino Arroyo, hubo de hacer derramar más de una lágrima a sus víctimas. Explica estos sucesos la hoja a que hemos hecho referencia, intitulada A la Nación, firmada por "*Muchos merideños*", a 11 de noviembre de 1863. Editada en la Imp. de Juan de Dios Picón Grillet.

ron para abortar todo proyecto revolucionario, y sus enemigos, absortos ante la virtud ciudadana del Presidente que querían derrocar, acompañáronle en cuerpo hasta las puertas de su meritísimo hogar y fueron pacíficos amigos del gobierno que antes odiaran. Cualquiera en Mérida conoce esta historia, expresiva de suyo del carácter de este prócer del civismo. Ella de por sí es una alta lección de moral política y de austeridad republicana; no el "*yo tampoco quiero mando*", ridículo y cobarde de Emparan, el sincero desprendimiento de Paredes -hombre de valor y de carácter elevados- demuestra a cabalidad que en el sabio profesor de Derecho Político de esta Universidad, bullía un alma de grandes lineamientos cívicos. Sabio en Historia, hermanado con la lectura de los hechos de los grandes varones de otras edades, acaso aprendiera en Esparta y en Roma repúblicas, las normas que deben guiar a los magistrados; en otros este aprendizaje fuera estéril, pero herencia de héroes y patriotas corría por sus venas, a la cual era lógico que sirviese de abono esa enseñanza grandiosa[36].

Os diré también, señores, de otro rasgo del Dr. Paredes, que como los anteriores prueba a saciedad el alto concepto del derecho y del deber que animaba su espíritu. Consolidado el triunfo liberal y existente ya la autonomía de los Estados, regía los destinos de éste el general Domingo Trejo, el año de 1866. Llamó Trejo a la Secretaría de su Gobierno al doctor Paredes; este en cambio hubo de ofrecerle el alto valor de su tino político y el prestigio de su nombre. Temeroso el Presidente de algún movimiento contra su gobierno, solicitó la venida a este Estado de parque y de un cuerpo de ejército acantonado en Barquisimeto, lo cual hizo sin oír la opinión de su secretario el Dr. Paredes, y cosa que, dada la paz que disfrutaba el Estado, dañaba su

---

[36]Comprobante de esta buena fe que siempre acompañó al doctor Paredes en el ejercicio de la Magistratura, es el siguiente párrafo de su proclama de 17 de noviembre de 1868, al hacerse cargo del Gobierno, durante al período a que hemos hecho referencia: "*Pero las circunstancias son siempre difíciles y yo no he podido negar mi cooperación; porque mi alma se abre de nuevo a la esperanza; porque ese nombramiento no fue solicitado por mí; porque el pueblo quiere de veras se le muestre el camino del honor y de la libertad, ya olvidado; porque la revolución regeneradora y la Asamblea en su noble propósito, no deben encontrar estorbos ni ciudadanos que siempre me han dado pruebas de confianza; porque amo de todo corazón este suelo en que nací y en que mi espíritu se iluminó con las primeras nociones de la verdad y la justicia; y en fin; porque soy venezolano y quiero tomar parte en las glorias de Venezuela así como he llorado sus desgracias*". -Mérida. Imp. de Juan de Dios Picón Grillet.- Calle de la Igualdad. 1868.

autonomía y su vida constitucional. Conociendo Paredes la venida de las fuerzas, cuando estas estaban en Mucuchíes, dice a Trejo ordene su regreso, mas éste no lo acata. ¿Qué hizo Paredes? Renuncia la Secretaría de Estado y sublevándose contra el Gobierno que violaba la letra del Pacto Federal, tomo las riendas del Poder y ordena al ejército que se acercaba a Mucurubá la más rápida desocupación del territorio de Mérida. La lucha se emprende, Trejo se une a la tropa llamada de Barquisimeto y la presencia del Dr. Paredes en el Gobierno del Estado fue una simple ilusión del momento, pues la Presidencia la ocupó en seguida el vicepresidente general Avelino Briceño, pero queda en la historia del civismo regional como un símbolo de máximas virtudes patrióticas y republicanas, virtudes que rara vez se reúnen de un modo tan enérgico y fecundo como en el espíritu recto del Dr. Eloy Paredes.

Señores:

Os he hablado hasta ahora de cómo descolló Paredes en la esfera política de la Provincia y de sus sacrificios por el bienestar social de Mérida. Hay un radio donde su acción será más amplia, donde el político, el tribuno y el jurisconsulto sobresaldrán un tanto más: el Congreso Nacional. Al Congreso han ido siempre muchos hombres mediocres, muchos hombres ceros, pero estos pasan como toda caravana, sin hacer nada, sin dejar el más débil recuerdo de que hubiesen siquiera pasado. Pero cuantos hombres de valor han ido hasta él, han sabido dejar en cambio la huella de su talento y de su patriotismo. Varias veces fue al Congreso el Dr. Paredes, pero entre estas vale la pena recordar su presencia como Diputado por Mérida a la Gran Convención Nacional reunida en Valencia el 58, después de derrocado el régimen siniestro de Monagas. Como la de los primeros hombres de la República allí presentes, la actitud de Paredes, fue de las más decididas y enérgicas, y en medio al temor que a algunos infundiera la vecindad de la flota inglesa, venida en auxilio de Monagas, pretextando dar cumplimiento a un protocolo que ante los ojos del derecho ningún cumplimiento merecía de parte de Venezuela; en medio de ese temor, Paredes está con las barras que piden venganza contra el tirano derrocado, y cuando el Presidente de la Convención falta a sus sesiones temiendo sancionar el acuerdo que degradaba a Monagas, declarándolo a la vez reo de lesa patria, Paredes, como vicepresidente, no titubea en firmarlo, y esa firma honra su memoria de repú-

blico. En esos Congresos a que asistiera hubo de oír Cecilio Acosta el torrente tribunicio de su palabra, hubo de oírla para después decir: "*La elocuencia del doctor Paredes era como la de Guizot: grave pero sin severidad; amena pero sin falsos adornos; y las flores que llevaban no eran nunca las de la oratoria, sino las que producía el pensamiento mismo. No tomaba las cuestiones por el lado de la lucha, sino por el lado de la patria... No buscaba agradar sino convencer, y creía haberlo hecho todo, cuando bajaba de la tribuna, después de haber dejado una convicción formada o un principio establecido*"[37]. Esas sus grandes virtudes de hombre público lleváronle a que sus colegas de Convención, en el 58 a que me he referido, se fijaran en él para candidato a la Presidencia Provisional de la República. Callan esta candidatura Gil Fortoul y González Guinán, pero es lo cierto, y ello lo dice la tradición histórica, acaso más fiel que muchos de nuestros apasionados historiadores, que el 5 de enero del 59, fecha en que se efectuó la elección de Presidente, en sesión de las 12 de la noche, los enemigos de Paredes, partidarios de Julián Castro, valiéronse de sucio ardid de comadres para imposibilitar a sus contrarios. Paredes no fue electo, de haberlo sido sabe Dios qué suerte hubiese tenido la República, pero su prestigio no fue del momento, y dieciséis años más tarde, Margarita, tierra que nunca pisó Paredes, pero hasta donde llegó la fama de su nombre, lo presentó a la República como Candidato a la Primera Magistratura Nacional.

Un día cualquiera -el 8 de abril de 1880- cayó para siempre. Se alejó súbitamente de la vida, sin que la más leve hoja del camino hubiese manchado la albura apostólica de su túnica. Su cerebro se hundió en la nada irremediable, su labio tribunicio, de donde salió muchas veces el latigazo para el tirano, quedó cárdeno e inmóvil y si al bajarlo al corazón insaciable de la tierra, cualquiera -como lo hizo él años atrás con el cadáver del Dr. Agustín Chipía- lo hubiese gritado mil veces, mil veces el silencio habría respondido a su voz angustiada. Mas algo del individuo no muere con él. En el mundo no perecen sino los anónimos y cuando en el oleaje perpetuo del vivir el hombre consigue para sí un nombre, este nombre habrá de salvarlo del hambre insaciable de la tumba. A su muerte, don José Vicente Nucete escribió: "*Cuando la posteridad abra los anales de Mérida, hallará páginas lu-*

---

[37]Cecilio Acosta, **op. cit**.

minosas en que todo es gloria; y el foco, Paredes"[38]. No mentía Nucete, que algo como magnífico luminar ha sido el recuerdo del Dr. Paredes para esta su sociedad natal. Su nombre le ha sobrevivido y hoy está de nuevo entre nosotros, no en la humana carne, suerte imposible de Lázaro, sino en el mármol hecho alma, en el mármol que es para los grandes hombres el supremo consuelo de inmortalidad, ante la infinita amargura de la vida, estéril y ardua. En los claustros de esta ilustre y desgraciada Universidad andina regó la miel de su ciencia, su boca fue como oráculo de sabiduría para innúmeros alumnos y hoy vuelve a ella, activamente como antes, a enseñar a estas nuevas generaciones que se levantan. La taciturnidad del mármol no habrá de impedir que él ocupe de nuevo su sitio de enseñanza, desde la inmovilidad de piedra en que hoy sirve, sabrá decirle a las generaciones que se paseen por estos amplios corredores, muchas cosas útiles: de cómo es grande el hombre cuando dedica su existencia a la ciencia, al honor, a la Patria y a sus conciudadanos.

Mérida de los Caballeros, por mayo de 1920

---

[38]Artículos Necrológicos ya citados.

TRAYECTORIA Y TRANSITO DE CARACCIOLO PARRA 1901-1939

Fue un venezolano desconocido para esas muchedumbres nacionales que se agitan en la lucha cuotidiana detrás del pan nuestro de cada día Quizás lo fue también para eses otros hombres que merodean en la zona sombría de los intereses personales, de los odios y de la violencia de la patria. Pero no lo fue, ni lo podía, ni lo debió ser para los venezolanos que libran el combate civil de la inteligencia, el arduo y modesto trabajo de la sabiduría, el duro aprendizaje de las aulas.

Julián Padrón. "Exposición de la Tesis Histórica del Doctor Parra León sobre la Instrucción de la Colonia".

A JOSEFINA ARANGUREN DE PARRA

Era usted soltera y vestía luto, cuando le envié hasta Mérida una caja de papel en blanco, donde entre esmaltes suaves resaltaban sus iniciales enlutadas. En él escribió usted sus cartas de novia a Caracciolo. Hoy le ofrezco estas fojas de papel que contienen, a la par del recuerdo doloroso del amante compañero, reflejos de una gloria que esmalta el nombre de usted y el de sus hijos.

Mario.

Me sentí satisfecho de oír decir a Ud. que ni la vanidad y presunción, tan corrientes entre escritores, ponía niebla en mi sentimiento amistoso. Y así me pasaba con Caracciolo: envidié, hasta donde no es pecado la envidia, la cultura y los merecimientos del amigo, pero fui celoso en pregonar su gloria como algo que quise por propio. Carta a Monseñor Pellín. Guatemala, 10 de marzo de 1939.

¡Y pensarlo hace un año!

Apenas faltan pocos días para que se cumpla el primer aniversario de la muerte de Caracciolo Parra. A Guatemala, donde residía entonces, me llegó la noticia como un verdadero hachazo. Con él perdía, recordando la frase de Plinio el Joven, "*al testigo de mi vida*". Fue para mí amigo como pocos. Nos unió una estrecha vinculación de afectos y de ideas, una fraternal camaradería que tuvo arrimo inicial en la antañona Universidad de Mérida, que creció en los anchos claustros de la Universidad de Caracas, que tuvo la misma mirada inquisitiva sobre los viejos papeles de nuestros Archivos coloniales; que se acabaló en el estudio de los mismos problemas sociales y que se hizo leve para subir la escala de la común meditación religiosa.

Cuando nuestra Academia de la Historia vistió sus mejores galas para recibirle en su seno, Vicente Lecuna, Director entonces, me dio el encargo de saludarle en nombre del Instituto, para ello haciendo sólo mérito de nuestra fraterna amistad. A su muerte, el Colegio de Abogados de Caracas dispuso colocar su retrato en la galería de nuestros grandes jurisconsultos desaparecidos, y pensó en mí, estando ausente, para un elogio que hubieran aceptado de grado egregios miembros suyos, Al elegírseme se quiso honrar la amistad, se pensó que sería mi voz atribulada quien con mayor tinte de cariño podría evocar la figura prestigiosa del joven sabio cuya vida acababa de segar la ciega muerte.

Va para un año desde la fecha dolorosa en que una voz, incierta y transida de espanto, dio la noticia de que se habían quedado rígida la mano que fue sabia y milagrosa para revivir los anales de

nuestra cultura, y cerrados los labios que sólo tuvieron palabras para enseñar buenos caminos a los hombres.

¿Hemos valorado en su tremenda realidad la muerte de Caracciolo Parra? Numerosos centros científicos y literarios, de que era miembro, hablaron a América de la pérdida que con ella sufría nuestra Cultura. El Gobierno rindió a sus despojos honores máximos. Abrióse para la vela del cadáver el gran salón de la Cancillería, y el Presidente y sus Ministros encabezaron un cortejo sin precedentes en nuestros anales sociales. Iban en él, unidos por el dolor, los estudiantes a quienes separaba el calor de las disputas doctrinarias, y a cuyos hombros el maestro yacente, de paso hacía la tumba, hizo el último recorrido por los viejos claustros universitarios. Nuestra prensa tuvo en su elogio frases elocuentes y aun periódicos hostiles a su pensamiento, calificaron su desaparición de "*duelo nacional*". Unánime la pena, y conforme el juicio de nuestro público, **Fantoches**, que le hubiera combatido vivo, se alzó para elogiarlo muerto. Ya en él no se veía el hombre que representaba una idea capaz de despertar en otros una actitud pugnaz, sino el pensador y el erudito y el patriota y el gran caballero que hizo de su vida una línea recta y un muro. "*Su muerte tradujo una impresión ilímite*, referíame en carta Numa Quevedo, *conmovió a todos los sectores; ante su cadáver se descubrieron reverentes los venezolanos de todos los climas y todas las ideologías; fue un homenaje inmenso el que se le rindió; cayó cubierto de gloria*". Venezuela se puso en pie para ofrecerle tributo digno de sus méritos y nuestro pueblo nos dio una fresca lección de esperanza y de fe. No lo vio bien hasta la hora en que se fue para siempre, pero su mirada penetrante, pesia las lágrimas que pudieran hacerla turbia comprendió que con aquella muerte quedaba roto el arco de un gran destino. Nuestro pueblo probó una vez más, que tiene de verdad el don de intuir y que en la hora precisa sabe levantarse para los actos definitivos. Porque, así lo nieguen quienes se empeñan en acumular defectos sobre sus espaldas poderosas, nuestro pueblo sabe escuchar siempre las grandes consignas y sabe cumplir siempre los grandes deberes.

Arrogante se le vio cruzar entre las multitudes que parecían indiferentes a su paso. Pero de haberles buscado, cualquiera habría tropezado con la opaca mirada de la anciana y con los tímidos ojos del niño malvestido, que recordaban haberle visto llegar en forma

anónima, con la larga limosna en sus manos sin pecado, hasta sus miserables tugurios suburbanos. No gritó en la plaza pública ni embadurno el papel oportunista para defender los derechos del pueblo. Huyó la demagogia con que nuestros impenitentes pseudopróceres han buscado escalas a fin de llegar al poder, que después sirvieron a cabalidad *pro domo sua*. Trabajó en silencio como la hormiga, para la causa de la justicia. Sin ruido, sin ir en pos de voluntades ni de aplausos, fundamos una agrupación, de tinte católico por supuesto, que quería preparar un núcleo de hombres capaces de representar y defender los ideales cristianos en la hora, prevista por todos, en que, concluida la dictadura, habría de surgir una verdadera lucha social. La asociación fracasó por pequeñeces que la piedad ordena olvidar, pero en las pocas actas que de ella quedan, y que yo conservo, consta que la ponencia inicial de Caracciolo Parra fue: "*¿Cuál es en justicia el tipo de salario mínimo de un obrero en Caracas?*". Era necesario encauzar una acción realística que, partiendo de los llamados centros de Acción Católica y de las propias clases dirigentes, evitase que en nuestro medio, a causa de egoísmo y de abandono, se diese como fatalmente se dio lo que Pío XI hubo de llamar "*el gran escándalo del siglo XIX*": los obreros amparándose bajo consignas sin contenido cristiano para la defensa de sus legítimos derechos.

Se le motejó de aristócrata y de hombre de oligarquías, porque nunca expuso para el reclamo oportunista el inventario de sus virtudes. Se le creyó del lado de los reaccionarios, porque lo callado de su acción le prestaba aspecto de esquivez intencionada. Por medio de largas cartas, llenas de sinceridad y de afecto, discutíamos en 1936 y 1937 las líneas del proceso social que se desarrollaba en Venezuela. Disentíamos en algunos conceptos que, sin tocar la fe y la doctrina evangélica, nos llevaban a disparejas conclusiones. Era hombre de fría reflexión y juzgaba peligrosa la violencia de mis "*idealismo*". Además, él estaba metido en la fragua ideológica que fue Caracas durante aquellos años; yo, en cambio, respiraba el aire manso del ambiente costarricense. En alguna de mis cartas apuntaba el erradizo camino seguido por el sector amorfo que se abrogó entre nosotros el cognomento de "*derechas*", ("*otras derechas*", las llamó después con burla y gracia Rafael Caldera) y al punto, él con marcada indignación, me respondió: "*¿De donde has sacado esa enorme paparrucha, hoy tan corriente, de derechas venezolanas?... ¡Si aquí no hay tales derechos ni cosa que se les parezca! A lo sumo unos tantos individuos*

que pueden llamarse racionalmente derechistas y dar la explicación de por qué lo son; y ellos están por lo regular apartados de todo género de ruido".

"*Sabes*, me escribía por diciembre de 1937, *y hoy lo digo con palabras de Menéndez y Pelayo, que 'soy católico, apostólico y romano, sin mutilaciones ni subterfugios, sin hacer concesión alguna a la impiedad ni a la heterodoxia en cualquier forma que se presente, sin rehuir ninguna de las lógicas consecuencias de la fe que profeso', lo cual equivale a decir que, con un convencimiento firme y apegado a la realidad de las cosas, sostengo la doctrina social de la Iglesia. No sólo la estampada en las Encíclicas de los últimos Papas, divulgadas en todo género de términos por exposiciones tan convenientes como faltas de originalidad, sino la sostenida desde los días clásicos por la excelsa pluma del Angélico y por la amable dulzura del Seráfico: ante la cual toda la moderna jerga de reivindicaciones y escándalos marxistas palidece y aun resulta cavernícola. Recordarás que en nuestras largas conversaciones de otrora, manifesté con entusiasmo en varias oportunidades el deseo de escribir un libro que pusiera ante nuestros ojos actuales lo que: pensó sobre la propiedad y sobre el derecho social la filosofía escolástica, con que muchos de los originales y atrevidos pensadores habrían de quedar en pañales. Si es que aún tienen pañales y no hubieron de echarlos a lavar... Ni habrás olvidado que siempre enseñe en mi debatida cátedra de Principios que el capitalismo actual es hijo del siglo XVIII y recordarás lo que del siglo XVIII escribí cuando aún me ocupaba en incorporarme a la Academia de la Historia... Cualquiera que, sin discernimiento de personas y circunstancias, leyera tus párrafos, me imaginaría capitalista como el que más y católico como el que menos, y nada más absurdo; aquí sólo tiene un mantenedor de la reforma social múltiple, la que se adapte a los medios y a la época dentro de la vasta ideología del cristianismo*".

Porque él con simpleza evangélica, conceptuó que sólo podían formar en un sector que fuera digno de llevar el distintivo de "*derechas*", digno de estar, en su concepto cristiano, a la "*derecha*" del Padre, aquéllos que dieran pan al hambriento, agua al sediento, vestido al desnudo y cálido abrigo al peregrino. Para las relaciones sociales creyó que sólo sea fuerza aglutinante la caridad de Cristo, el amor irrestricto de los hombres, la solidaridad que resulta de ver en cada ser humano un compañero y no un siervo que haga el trabajo que a

otros lleve complacencias y holguras. Cristiano rancio, capaz de haber sobrellevado con deleite el silencio de las catacumbas, no se avenía a la contumelia de prestar su nombre para que encubriera a quienes, después de haber atacado con hechos positivos los ideales del cristianismo, buscaron, como las cigüeñas perseguidos y sólo para oportunidades de política, el alero piadoso de los templos. La caridad ordena el perdón, un recto sentido social promueve la convivencia, pero ninguna ética aconseja servir de escabel a los contrarios.

No era su criterio sobre las "*izquierdas*" ni asustadizo ni englobante dialéctica materialista y el carácter contrarrevolucionario del marxismo, sabía distinguir la neta actitud de los hombres. Al respecto me escribía: "*A pesar de ser el izquierdismo una idea de comprensión realmente negativa, y, por consiguiente, relativamente fácil de alcanzar, el izquierdismo como facción política organizada en Venezuela, es cosa que está muy por ver... Natural que las izquierdas distan menos de la realidad, por eso de la comprensión negativa, pero ¿cuántos son los convencidos, los convencidos de verdad, de semejante ideología? Si entre nosotros hubiera "derechas"* e *"izquierdas" como en algunas partes de Europa, habría lucha por las ideas, convencimiento de algo ideal, sacrificios de orden superior, verdaderos partidos... Y todo eso, con perdón, está a mil leguas de distancia. Lo único que hay, fuera de muchas tendencias interesadas, soberanamente personalistas, es el prurito de querer usar para nosotros la terminología europea*".

Marcó sin banderías oportunistas rumbos firmes para ganar el ancho campo de la justicia. Desde su cátedra de la Universidad -cátedra que él hizo- enseñó con criterio respetuoso los Principios del Derecho. Explicó su escuela -la del Nuevo Derecho Natural- pero con ella explicó también los sistemas adversos y enseñó la difícil metodología de la materia. De sus alumnos, todos no siguieron, claro, el núcleo central de sus ideas, pero todos, en cambio, aprendieron la ciencia ardua de la investigación jurídica. Enseñó a aprender. Fue maestro hasta en esto. Y así se ha dado el caso, que bastante lo honra, de haber sido reemplazado por discípulo que, sin seguir las huellas centrales de su enseñanza, aprendió Derecho, tanto como para enseñarlo después, y con otras líneas, bajo su experto guión profesoral. Ningún mentís mejor contra quienes quisieron calificarlo de mecánico repetidor de desusados sistemas escolásticos. Tan claras y libres

fueron sus enseñanzas jurídicas, que no faltó quienes le señalaran ante las autoridades del viejo régimen como alentador de principios contrarios a la mentalidad ejecutiva. Y hasta había razón. Pocos como él explicaron en nuestra Universidad con mayor precisión los derechos de la personalidad humana y la noción exacta de la soberanía pública, y ello sin haber de recurrir ni a Hobbes ni a Rousseau, sino a la vieja esencia cristiana del derecho público, que predicaron Tomás de Aquino, y Vitoria y Bañez, y Laínez y, el perseguido de ingleses y franceses, Roberto Belarmino, a quien pudieran eregir por patrono los defensores de la democracia y de la autodeterminación popular. ¡No podía preparar para una actitud de rebaño quien sabía mirar en el fondo del ente humano una conciencia tocada de lo divino!

Por ello en su cátedra enseñó a distinguir los inmanentes derechos de la personalidad de los derechos del individuo como célula de una sociedad de artificial origen. Explicó que el individualismo, mosto de demagogias, desemboca en el abultamiento del Poder, que convida a las tiranías con que huelgan "*los violentos contra el prójimo*"; mientras el ejercicio racional de los derechos de la personalidad humana -fin del Estado- al buscar por módulo lo justo, hace necesaria y fuerte la Autoridad, creadora del bienestar social. De aquel viene el "*acto de fuerza*", propenso a destruir. De la otra viene la ley, enderezada a defender la comunidad y las personas.

Desde el año 30 hasta su muerte, Caracciolo Parra leyó Principios Generales del Derecho en la Universidad de Caracas. Era una cátedra sin antecedentes, pues roto había quedado el nexo que pudiera unirla a la época brillante en que, con el nombre de Filosofía del Derecho, estuvo a cargo de nuestro gran filósofo y jurista Esteban Gil Borges, cuyas lecciones escuchó con fruto cierto y aliento enorme Caracciolo Parra. En ella puso toda su voluntad y todo su cariño de estudioso. Enfermo ya, minada su salud del morbo fatal que se escurrió a la pesquisa médica y al referirme por octubre de 1938 el resultado de los últimos exámenes clínicos y la angustia de los tratamientos ensayados, concluía diciéndome, con resignada alegría de trabajador que vence la fatiga: "*Los ratos de clase* -no lo creerás- *son los mejores: sigo siendo el mismo profesor de Principios Generales del Derecho, gritón y expresivo, que conociste cuando me olas retazos de clases desde las puertas*".

Jurado severo en los exámenes, no quebró la justicia para favorecer a quienes siguieran sus ideas. Entre otros tantos, el hecho siguiente lo contesta. Daba la prueba oral para ganar matrícula de Derecho Público Eclesiástico (que enseñaba a la par de los Principios del Derecho) uno de los más resaltantes líderes de la juventud izquierdista universitaria. A la suerte salió un tema sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado. El examinando discurrió vibrante de elocuencia y afincado en copia de argumentos, contra los principios de Parra. Valeroso, y con dialéctica apropiada, sostuvo su tesis, hasta llamar la atención de los alumnos, acudidos a presenciar aquel torneo entre el maestro y el compañero que tipificaba la reacción contra su ideario. Hechas las calificaciones, se dio al estudiante la máxima puntuación reglamentaria, y al ser interrogado Parra sobre el caso, respondió, con la serenidad de quien ha cumplido un natural deber: "*Como jurado no vengo a calificar ideas sino a juzgar capacidades*".

Fue un fervoroso animador de los estudios de nuestra época colonial, y entró en ellos con buenas armas que le defendieran del terror que a los asustadizos causaban sus "*tinieblas*". En esa labor, que era de tala para construir después, ya habían dado pasos largos Angel César Rivas, Pedro Manuel Arcaya y Laureano Vallenilla Lanz. Estos vieron lo realístico del caso y apuntaron el hecho de que nuestra Independencia no llegó de fuera, sino, por lo contrario, fue un proceso de explosión de fuerzas interiores. Pero faltaba en la causación explicada por aquellos maestros, un elemento que apenas se mentaba con acento tímido: la madurez de una cultura propia de la Colonia. Aquí radica el mérito de la obra de Caracciolo Parra. Con una laboriosidad pasmosa buscó los elementos que comprobaron este aserto. Y tras una benedictina indagación de datos y sobrancero de lógicas conclusiones, echó a la luz de la crítica sus obras fundamentales: **La Instrucción en Caracas 1567-1725** y **Filosofía Universitaria Venezolana 1785-1811**, las que podrían mostrar como legítimo trofeo y a manera de *explicit* la sentencia horaciana: "*Si tenéis en vuestras manos algo mejor, mostrándnoslo, y si no, someteos*".

A dichas obras hizo referencia, para controvertir algunas conclusiones, y no sin pagar antes tributo de respeto al eminente desaparecidos el joven escritor Julián Padrón, en meditado ensayo que publicó nuestra **Revista Nacional de Cultura**. Colaborador de Parra en su labor hispanista, juzgué deber mío dirigir a Padrón larga carta que

pusiera en claro la verdadera intención de nuestros pensamientos. El propio Padrón y Mariano Picón Salas, Director de la Revista, quisieron que yo autorizara la inserción en ella de mi carta, de la cual hoy entresaco aquellos párrafos donde considero fijados tanto la posición del pensamiento hispanista del compañero insustituible como el propio ambiente nacional que rodeaba el debatido problema histórico,

"*Desgraciadamente*, escribía yo a Padrón, *la historia de las ideas más que la crítica de los hechos, suele sufrir la influencia retrospectiva del presente. La crítica de nuestro pasado. colonial (pasado 'nuestro', no pasado peninsular) soportó por muy largo tiempo en nuestra América la influencia de la propia lucha independiente. Eso era lógico que sucediera. En momentos de guerra, al enemigo se acumula toda manera de errores. Con España aquello se juzgó hasta un 'deber' patriótico. Venida la calma para la revisión sincera de los hechos, surgió una corriente de revalorización de la obra española, y se halló que muchos asertos apriorísticos tenían que ceder ante la revelación de la verdad que aparecía del descombramiento acabado por la crítica. En lo que dice a Cultura, es hoy aceptado generalmente que la organización colonial se ajustó a los reclamos del tiempo. Hubo una labor educativa uniforme, con los vicios de la época, como fatalmente debía ser. pero que desembocó en una realización innegable: en 1810, año inicial de la revolución, existía una generación que se había disciplinado en las aulas coloniales (Esto destruye la tesis del milagro de los autodidactos). Esa generación fue fruto de la enseñanza que entonces se servía, pesia los defectos que le señala el licenciado Sanz, en las Universidades y Cátedras conventuales de América, No es cierto que la bondad de dicha enseñanza se debiera a que fuese católica, como tampoco es cierta la tesis contraria, sostenida por muchos y que usted no acepta, de que fuera mala por ser católica. Nos hallamos frente a un hecho: hubo una sistematización cultural que, en colonias españolas, no pudo ser entonces sino católica, De este hecho pasamos fatalmente a otro: los Padres de la Independencia estaban saturados de esa cultura. Queda una tesis de fondo, que ha sido entre nuestros intelectuales una verdadera manzana de discordia: ¿era propicia o no la tradición española como clima para ideas de autonomía y libertad política? Cuando se ha considerado como esencia de lo español el fanatismo y la ignorancia, claro que la respuesta ha de ser negativa: pero la tradición española no es eso; de lo contrario, la verdadera tradición española es de autodeterminación y*

libertad. Esa tradición vino a la América en forma orgánica y anidó en los Cabildos coloniales, que tanto en Venezuela como en Guatemala empezaron por contradecir los mandatos reales (En Coro el caso de Santillana y el posterior testamento de Villacinda, hacen par con la actitud del Cabildo de Almolonga que erige a Doña Beatriz de la Cueva por Gobernadora y casi adelantada, a la muerte de Alvarado). A la característica pasional, se unía además una circunstancia intelectual: la escuela jurídica española era tradicionalmente opuesta al derecho divino de los reyes (tesis anglo-francesa que, combatida en España, vino, durante la gobernación de los reyes borbónicos, a injertarse artificialmente en la neta tradición que arranca de los viejos concilios visigóticos). Cuando nuestros Padres dijeron que al pueblo tocaba el ejercicio de la soberanía que a Fernando VII era imposible ejercer, no discurrieron en francés, sino en viejo español, aunque coincidan las formas declarativas con la prédica revolucionaria. Esa doctrina de la soberanía, bien lo sabe usted, era enseñada desde tiempos ya largos por los teólogos católicos (eso en cambio no lo supieron o no quisieron saberlo muchos de nuestras generaciones pasadas) y esa doctrina, no condenada sino fomentada por la escuela española, hablaba en nuestros Padres, maridada al eco permanente de aquellas voces recias y altivas que Carlos V, con su violencia germánica, quiso acallar en las gargantas de los Comuneros de Castilla, que si en verdad fueron derrotados en la Península, supieron insuflar en nuestra América todo el empuje de su arisca naturaleza. Por ello es respetable el Municipio como institución política americana. En el Ayuntamiento colonial tuvo segura ciudadela la esencia de la rebeldía española y entre nosotros se apagó la República mientras dichos cuerpos sufrieron la capitis deminutio maxima *a que fueron sometidos por la autocracia de nuestras dictaduras seriales. Otro elemento que empujó a las Provincias hacia la independencia fue el desarrollo de las formas económicas En sus consideraciones sobre la Guipuzcoana, Augusto Mijares, con esa tinosidad que le es propia, enfoca lo que representó para el empuje autodeterminativo el avance de nuestra burguesía criolla, como clase que aspiraba a tornarse en 'Estado'. Y van tres causas para impulsar el movimiento de independencia: dos orgánicas (tradición latente de soberanía política y formas económicas que buscaban mayor radio de expansión y mejor oportunidad de consolidación) y una intelectual (cultura intelectual propia). A estos principios causales se agregaron dos más, de carácter externo: la independencia de Norteamérica (donde no había, según Miranda, a la hora de la*

emancipación el grado de cultura que existía en Caracas) y el fuego rebelde que atizó en las conciencias la Revolución Francesa, confundidos ambos en la obra formidable de la propaganda mirandina (Duarte Level y Gil Fortoul colocan en su justo sitio las proporciones de estas influencias)".

"No se puede negar, mi querido colega, el valor de la cultura colonial (cultura de sedimentación) como elemento propio en el encauzamiento de la independencia de América. No creo yo que se pueda desechar esta corriente porque de ella resulte algún mérito para la doctrina católica, que informaba la enseñanza colonial. No se trata de actualizar una lucha de doctrinas, sino de esclarecer una verdad. Cuando el liberalismo a la moda de 1830 se dio entre nosotros a la labor de negar todo lo que no fuera obra suya, bien estuvo entre sus planes esa obstrucción a lo que representase una fuerza tradicionalista, por cuanto se creyó con ello romper vallas que se oponían al deseado progreso de las instituciones. Hoy el caso es otro. Católica o no católica, hubo una cultura que dio fruto, y el fruto fue bueno. El fruto fue nada menos que la Independencia. Hubo una cultura que marchó, un esfuerzo que permitió a la crisálida romper la urdimbre. No hubo hiato, ni abismo, ni salto. Hubo una continuidad sin solución, porque suelen las revoluciones ser el clímax de un proceso sedimentario. Y curioso el caso nuestro: nuestro clero fue personalmente adicto a la causa separatista. Lasso de la Vega, que en sus primeros años fue realista, prestó, invalorables servicios en la pacificación, y Monseñor Méndez pudo mostrar, con el cayado pastoral, la lanza llanera que tuvo en el Yagual. Desde el punto de vista de la independencia no hubo justificación para que se atacase la doctrina católica. Distinto el caso de Guatemala: cuando Morazán lanzó fuera al Arzobispo Cassaus y Torres, tuvo razón para ello, pues su Ilustrísima animaba en toda forma, junto con el alto clero. las intenciones del partido servil, clamoroso por la dominación española. En Venezuela no hubo oposición entre catolicidad e independencia. En cambio existen muchos historiadores y críticos que niegan la cultura colonial por su neto tinte católico. Yo sé que usted no está en esta posición unilateral. Su claro talento y su amor a la verdad le obligan a tener abiertas todas las ventanas del espíritu. Pertenece usted a esa juventud que en nuestra patria ya se anuncia desnuda de toda intolerancia, juventud que aspira a crear sin destruir lo que es justo que viva en el tiempo, juventud respetuosa de la libertad ajena, a que tanto se han negado,

plagiando a los inquisidores, muchos de los representantes de lo que allá se dio en llamar liberalismo. Porque, mi querido Padrón, el liberalismo ha tenido entre nosotros formidables 'jesuitas' de sotana al rojo vivo. Yo no conozco nada más tolerante que un viejo liberal venezolano del 70. Por eso han venido a parar, en razón de un absurdo proceso involutivo, en la mera caverna donde se guarecen a la hora actual todos aquellos que se aferran en negar el mínimum de libertad que corresponde a los ciudadanos en razón de ser hombres. Sabe usted por sus estudios y experiencia personal, que la República, con tanto devaneo opuesta a la Colonia por ciertos historiadores y políticos nuestros, no ha sido para muchos sino un mito aprovechable para lucrar con tesis oportunistas. En nombre de bellas ideas y de principios liberales, que usted y yo estamos obligados a respetar y a propugnar, se dirigieron desde la llanura de la oposición, con voces de tormenta apocalíptica, contra los tiranos que injuriaban la dignidad de la patria. Después, esos pseudo-Jeremías de la libertad, llegados a la cima del poder, olvidaron el tono rebelde de mejores tiempos y se convirtieron en mentores dóciles del dictador en turno. Apostataron de la hora en que, como yunques, hubieron de soportar el peso cotidiano del rudo martillo, y al ver la posibilidad de cambiar de destino, hicieron frente con los hombres que dirigían los martillazos, con la clase o círculo que ha hecho profesión de la intolerancia y la injusticia".

"Esa tendencia de política menuda, ha querido dar oportunidad beligerante a la revaluación de la cultura española en Venezuela, labor a la cual han contribuido no sólo historiadores católicos como Parra y Febres Cordero, sino historiadores de ideas liberales como Rivas. Vallenilla Lanz, Arcaya, Parra Pérez, Rafael Domínguez, García Chuecos y otros. Se ha llamado tesis peligrosa el sostener que no fue apretada noche de ignominia la Colonia. Tampoco se ha sostenido por nadie que fuera un dorado mediodía de gloria. ¿Que las leyes de Indias pasaron el Atlántico para ser violadas? ¡Palabras! Muchas se cumplieron. En cambio nuestra legislación republicana no ha necesitado mojarse el pie de imprenta para hallar violadores. Han nacido leyes, muchas hechas y contrahechas por los enemigos de la revaluación colonial, signadas de estupor. No se necesita ninguno de los dos extremos, a la par desechables como todos los extremismos. Ni alabar lo bueno que hubo en la obra colonial significa deseos de volver a ella, ni censurar los malos hechos realizados en la República quiere decir reniego de su forma y desamor a sus principios admirables. No

creo que en Historia haya verdades peligrosas. Habrá peligrosas utilizaciones de tesis históricas. Por lo que dice a anchar los horizontes de la patria, integrándole la era colonial. No he supuesto en ello ningún peligro; en cambio sí un fundamento de derechos. Vea lo que hoy vale la historia para robustecer la tesis autonómica de los viejos Ayuntamientos, tan amenazada por ciertas tendencias surgidas en la República. Parece una paradoja: la más pura institución republicana tiene enredadas sus fuertes raíces en las piedras sillares de la Colonia. El león y la salutación mariana del Escudo de Caracas no representan ni monarquismo ni clericalismo: representan, en cambio, enjundia democrática".

Las reflexiones que anteceden son buena parte para juzgar la calidad del ataque de que fueron objeto los medulosos trabajos de Parra. Son apenas eco de una lucha sorda, insistente, antojadiza que se abrió contra él. Se habló, aun por personas de fina mentalidad y anchas entendederas, de la "*peligrosidad*" doctrinaria de la tesis exultante de nuestra cultura colonial. Lo que no debió ser visto sino como un honesto esfuerzo en pro de nuestros estudios históricos, fue tomado, en época de general marasmo disquisitivo, como ocasión para fomentar banderías que, bajo color de lucha de ideas, trillaron aun los propios caminos de la política. Pero no es ésta la hora de revivir agonizantes rescoldos, y ya la muerte, con su amargo peso de dolor, ha llamado a meditar sin intereses de grupo y de divisas sobre la obra fecunda del malogrado historiador de nuestra colonia. Allí está su labor. Sus estudios críticos sobre la Visita del Obispo Martí, sobre el Padre Alonso Zamora, Juan de Castellanos, Oviedo y Baños, Fray Pedro de Aguado y Caulín y sus investigaciones en los archivos de la Universidad de Caracas, son, a la par de monumentos que sabrán mantener a su memoria una lámpara perpetua de admiración, fuentes preciosas en las cuales se verán precisados de abrevar quienes intenten conocer los secretos de nuestro pasado.

A Caracciolo Parra se le llamó fanático por cuanto entendió la fe en una forma plenaria. Caracciolo Parra fue siempre el hombre en acto. No descoyuntó su pensamiento de la acción. Antes que él, había pasado por la Universidad de Caracas un gran católico. a quien el pueblo, con su maravilloso poder comprensivo, ha llevado, adelantándose a las exigentes formalidades eclesiásticas, hasta los humildes altares. El doctor José Gregorio Hernández dejó halo perdurable

de su paso por las aulas universitarias, donde explico, el primero, Bacte-riología e Histología Normal. Un día la Academia de Medicina resolvió vestir arreos teológicos y proferir sentencias dogmáticas. Se pidió para una estupenda declaración de principios, el parecer de los académicos acerca de la legitimidad de la doctrina de la descendencia. El doctor Hernández se limitó a responder: "*Hay dos doctrinas que explican el origen del hombre. La creacionista y la evolucionista. Yo soy creacionista*". Aquella era la posición de un hombre de adentro, de un hombre cuya serenidad no se sentía alterada por los errores de los otros y que buscaba sólo afinar las líneas purísimas de su torre interior. Con discutir no creyó hacer un servicio a su fe. Le bastaba sentir siempre fatigadas las manos de practicar el bien. Si a Caracciolo Parra, en el terreno jurídico. y, aun en el teológico, en que además fue maestro, se le hubiese pedido una declaración semejante, habría escrito, con las manos también fatigadas de servir, un tratado que legitimara las raíces de su creencia. No para imponerla, sino para que se supiese por qué pensaba así. Y de faltarle razones, hubiera exclamado con el apotegma de Tertuliano: *credo quia absurdum*. Porque Caracciolo Parra era un hombre de adentro y de afuera.

Esta modalidad de Parra representaba, hasta cierto punto, un aspecto nada común entre nuestros hombres de pensamiento. No hago una aseveración absolutista, por cuanto siempre hemos tenido en el laicato robustas mentalidades dispuestas a defender la integridad de los principios. Pero ha pasado con nuestro pensamiento católico, y también con los ideales revolucionarios, lo que sucede con los vestidos de moda: se usan a determinadas horas. Cuántas veces en nuestros Parlamentos, escritores que hoy son tomados como representativos del pensamiento católico de su tiempo, estuvieron aun de parte del cisma religioso, cuando se trató de no contradecir al dictador en turno. Dejaron la Cámara, arrepentidos o no de la conducta del momento, y siguieron mostrándose impasibles, como buenos fieles. También desde el campo de la oposición de los gobiernos se han proclamado ideales de mejoramiento y de honestidad pública, pero en llegándose a las altas posiciones donde pudieran ser servidos tales propósitos, se les olvida y se reniega de ellos. De esa madera de hombres no estaba construida la recia personalidad de Caracciolo Parra. Parecía, de lo contrario, que el pensamiento en él no se detuviese nunca para considerar la necesidad de cumplir un deber. Era una actitud resuelta desde antes. Era una consigna en marcha. Obra-

ba como ágil trabajador que hubiese recibido en sueños el programa laborable del nuevo día. Con abrir el sol, sabía su deber.

Cuando se desató en 1929 un ataque desprovisto de juridicidad y de apariencia legal contra los intereses de la Iglesia. Parra estuvo listo para servir la causa lesionada. Estuvo listo y alerta, marcando acento de combate en las propias autoridades eclesiásticas. Se expulsó violentamente a un Obispo, sin que se cumplieran los trámites del juicio que prescriben las Leyes de la República, y movidos los sucesos por secretas razones de política menuda. Era urgente que la Iglesia asumiera una actitud conforme con su dignidad institucional y con el propio atentado que se cometía contra la majestad de las leyes civiles de la Nación. Firme, tanto como pudieron estarlo Méndez y Arias y Bosset y Guevara y Lira, el Arzobispo de Caracas se negó en un principio a ir hasta el viejo caudillo que dirigía la política de la República, para pedir una rectificación de los hechos. "*Me corresponde sólo protestar ante el público y hacer mi equipaje para seguir al extrañado*". Momento feliz en la vida de Caracciolo Parra fue aquel en que oyó de labios del manso Pastor, de quien la calumnia extraña y la falta de piedad han hecho un "*Varón de dolores*", esa declaración digna de grandes Obispos. Caracciolo Parra le amaba desde niño y, desafiando arteras suspicacias, le defendió con calor hasta la hora de la muerte. La talla del defensor previene los espíritus a la confianza de la justicia. Y a su lado estuvo entonces, enérgico, con el aporte de sus profundos conocimientos jurídicos. Otro curso, distinto del señalado por el Arzobispo y sus consejeros y que aquél aceptó por razones poderosas, hubieron de tomar las negociaciones. Pero vigilante y celoso del prestigio de la Iglesia, Caracciolo Parra no descuidó momento alguno para mantener viva la llama de la protesta, hasta poder escribir el esquema de aquella célebre carta en que el Episcopado públicamente desautorizó la propia palabra narrativa del Presidente de la República. Días de lucha, tremendos momentos en que se temió una verdadera crisis social, alentada aún por elementos no católicos, que comprendían la juridicidad de la posición eclesiástica. Hubo un momento en que los amigos de la Iglesia creyeron en peligro la misma libertad personal y en que se vio inminente la expulsión del propio Episcopado. Caracciolo Parra no soslayó en su actitud de animador de la conducta que pusiera en alto la ultrajada dignidad de la Iglesia y, en cambio, contemplaba la perspectiva de la cárcel o del exilio con la

naturalidad con que a fin de año el estudiante espera las vacaciones de tabla.

Aun con el temor de recargar estas líneas de datos que carecen de atingencia con la personalidad de nuestro gran muerto, un deber de justicia, grato al espíritu de quien la sirvió siempre, me impulsa a comentar un hecho que de muchos permanece ignorado en Venezuela El *status quo* que permitió en 1931 un arreglo pacífico del conflicto, fue obra de Rubén González. Carácter enérgico y apasionado, no midió la peligrosidad de la expulsión sin juicio del obispo. Pero tras su apasionamiento genial, González poseía en grado extremo grandes virtudes de patriota. Creyó servir a la misma Iglesia con la ejecución de medidas tendientes a evitar la entrada irrestricta de clero extranjero y a hacer respetar ciertas leyes de la República. y desencadenó con ello una tempestad, más que por las propias medidas, por la ausencia de procedimientos legítimos en su aplicación. Cuando la lucha llegó a su clímax, González dio cuenta al Jefe del país de la actitud, por el Gobierno calificada de levantisca, del Episcopado nacional. Y Gómez, con lógica unilateral y creído de que el clero fraguaba una revolución, se limitó a responder: "*Allá ustedes con sus papeles. Hagan lo que crean conveniente, que yo tengo mi ejército listo*". Y el patriota dominó al violento. Rubén González midió la trascendencia dolorosa de una lucha que podía ensangrentar el suelo de la patria, y en el siguiente Gabinete propuso, con mengua de su personal prestigio político y con la derrota de sus ideas, hacer a un lado la cuestión religiosa.

Lucha estéril para la República, angustiosa para la Iglesia, que de no haber tomado una actitud defensiva de sus derechos, se hubiera convertido en cómplice, por quietud, de aquel atentado procedimental que se aplicó a un Obispo suyo, ciudadano venezolano, arrojado de la patria en peores condiciones que los extranjeros indeseables sin apenas permitírsele decir adiós a sus ancianos padres. Y si Caracciolo Parra estuvo sin titubeos al lado de la Iglesia y sus Pastores en aquellos momentos de conflicto, no lo hizo en razón de ciego sectarismo. Sus argumentos tenían asidero en la ley civil, en la letra violada de la Carta Fundamental y en los preceptos del Patronato que la República sostiene como ley legítima. El propio Gobierno tuvo pudor en reproducir, con los demás documentos del caso, el alegato legal que le dirigieron las autoridades eclesiásticas para probar

lo arbitrario de la expulsión del Obispo de Valencia. Periodista laico, que mordía el pan de la pobreza, como Leopoldo Landaeta, se negó por decoro a tomar la defensa del Gobierno. Servir la justicia, y más en causa propia, como es la de la Iglesia para los católicos, no es ser fanático sino ser un hombre honrado.

Años más tarde a Caracciolo Parra se presentó un memorándum encaminado a pedir al Gobierno Nacional que no fuera atendida la solicitud que un sector izquierdista le dirigía en orden a que se expulsara la Compañía de Jesús, de acuerdo con un viejo Decreto del régimen de los Monagas, tachado al efecto de arbitrario. Y Caracciolo Parra, amigo como el que más de la Compañía, al punto respondió: "*Mal puedo suscribir un documento en que se pide al Presidente de la República que no cumpla un decreto en razón de calificarse éste de arbitrario. Sería propugnar la anarquía administrativa. Estoy, en cambio, a las órdenes de ustedes para dirigir al Presidente un memorial probatorio de que dicho Decreto dejó de tener fuerza ejecutiva, por solo haber sido reglamentario de una ley que fue oportunamente derogada y que, si posteriormente tuvo coacción legal a su favor, obedeció a haber estado durante algunos años incluido como excepción de las garantías individuales que enumera la Constitución de la República*".

Clara lección aquella que sirve a exhibirle como hombre recto, buscador para sus actos públicos, no del apoyo de los sentimientos personales, sino de la robusta armazón de las leyes, sostén de las Repúblicas. Allí estaba de resalto el austero varón que supo conquistar para su vida, enmarcada aun en las lindes de la juventud, un respeto del que pocas veces disfrutan las mismas personas mayores. A la autoridad de su palabra cargada de claras; razones y de densos juicios, unió, en feliz consorcio, el sereno dominio que le prestaban su rectitud y clareza de conducta. Porque Caracciolo Parra fue un muro donde se quebraba irremediablemente el oleaje de las pasiones. "*Ponía el divino Platón, decíame en carta, la verdadera armonía en el ágil dominio de la razón sobre la sensibilidad y sobre el apetito*". El supo cumplir la consigna del filósofo, y como tal cumplidor, y aunque no lo creyeran quienes le veían defender con torrente de razones sus principios y su fe, pudo decir de si mismo: "*soy de temperamento completamente desapasionado*". Poseyó el equilibrio que los escolásticos designaron "*coincidentia oppositorum*".

Su vida discurrió en medio de un riguroso inventario moral. Y si fue severo como juez de extraños, más lo fue, hasta la férrea intransigencia, en lo que se refería a sí mismo. Tenía balanza fina para pesar los ápices. Perdonaba una injusticia, olvidaba la mano que intentara herirle, no tomaba cuenta de quienes quisieran hacerle daño. Vivió en perenne trance de perdón. En cambio, consigo mismo fue de una severidad que no aceptaba componendas. Puede disentirse de su manera de pensar, pero no de su manera de obrar. Los mismos que discutieron sus ideas, le rendían pleitesía por el modo de defenderlas. Los mismos que temieron la fuerza avasalladora de su talento, estaban prestos a reconocer su formidable poder constructivo. Nació signado por el destino para labrar una estatua ejemplar y tomó como materia viva su propia personalidad. Miguel Angel no habría construido nunca una figura humana de líneas más logradas. En medio de la gran quiebra de una generación que parece haber perdido su sistema de valores, es recomendable la imitación de su existencia.

Por sobre todas sus singulares virtudes, estaba en Caracciolo Parra la virtud del constructor. Fue hombre de una actividad prodigiosa. Trabajaba siempre. Nunca dio descanso ni al brazo ni al cerebro. Fundó una empresa editorial y de ella salieron libros que son prez de nuestra bibliografía. Ediciones esmeradas que él mismo corregía y cuyas largas galeras, vistiendo la blusa del trabajador, impuso con sus propias manos, a la par de los obreros. Entre la Universidad, cuya Vicerrectoría ejerció durante ocho años, y la empresa editorial, discurrió su tiempo entregado a una recia labra de cultura. "*Me hace falta el diario ruido de las máquinas*", decía en una de las raras ocasiones en que permaneció más de un día sin ir a ella. En sus cartas evocaba el recuerdo de las horas de trabajo: "*Me ha complacido mucho la lectura, casi simultánea, de tus tres últimas cartas. Me pareció estar en aquel sucio recibo de la imprenta, echado sobre el clásico escritorio de corregir pruebas, Tú el mismo: vehemente crítico, dado a idealidades y teorías*".

Editaba libros propios y editaba libros de otros. Sin su esfuerzo formidable, la visita del Obispo Martí sería aun fuente secreta donde entraran a saco apenas unos cuantos: las Elegías de Castellanos, el férreo vate de nuestra conquista, seguirían sin lectores en el rigor de las apretadas columnas de la Biblioteca Rivadeneira, más propia para

hacer ciegos que eruditos, según buen decir de Caro; aquella reedición de Oviedo y Baños, de todas la mejor hecha, completada con las crónicas de Caulín y Aguado, que dan una visión integral de las regiones que después conjugaron la gran patria venezolana, fue acaso uno de los mejores aportes suyos a la divulgación de la historia colonial. ¡Qué maravilla de juicio acerca de nuestro gran clásico! Entraba en sus propósitos de editor la publicación del Cedulario de Caracas, monumento donde inédita se guarda, junto con la historia civil y militar de nuestra ilustre capital, la raigambre de aquel derecho municipal, vale decir popular, que permitió a nuestros padres poner definitivas lindes al Gobierno de Emparan y de España. Para regalo de eruditos, planeaba la reedición de Flores de Ocariz, a menudo consultado por los afanosos de las genealogías, en que también fue experto, no guiado por vano interés de manidos prestigios heráldicos, sino deseoso de ahondar las raíces de nuestro plasma social. Bien entendía él, según me fue dado escribir en alguna parte, que "*no es nuevo en la República el poco precio en que el venezolano ha sabido tener las diferenciaciones que arrancan de proceder los individuos ora de frondosos árboles cuyas semillas germinaron al ventalle de las praderas castellanas, ora de árboles crecidos al soplo abrasador de las selvas africanas, ora de humildes arbustos cultivados en la cumbre donde la indiada rebelde fundó la ciudadela que defendiera su indómito señorío*". Entraba a los archivos y mientras otros gastaban días y días en la difícil interpretación de las complicadas escrituras curialescas, él en breves horas regresaba a su mesa de labor, con copiosos apuntes para construir las citas eruditas de que están sobrecargados sus libros admirables. Pasó por la Dirección de la Biblioteca Nacional y en pocas semanas conocía los ricos fondos que arrancan de las viejas librerías de los Obispos y de los conventos coloniales Se recibió en la decaída Academia Venezolana de la Lengua y luego hubo en ella biblioteca abierta y revista nítida y jugosa, que él mismo dirigía y editaba. Enseñaba Derecho en la Universidad, explicaba Filosofía en el Liceo y, como si fuera poco este trabajo, dedicaba una hora diaria, sin remuneración alguna, a enseñar Cultura Cívica y Psicología y Metodología Pedagógica a un grupo de muchachas que en el Colegio de Santa Rosa de Lima seguían curso para el Magisterio. Daba su tiempo a esta obra de sembrador. porque entendía que con ello estaba sirviendo a la República y que al formar maestras, cooperaba a la forja de futuros espíritus Bien sabía que educar es tanto como engendrar moralmente a través de las generaciones venideras.

Su acervo literario arrancaba de las viejas y siempre frescas fuentes castellanas. Conocía de menudo a nuestros grandes clásicos. De ahí su estilo de elegancia sobria y expresión rotunda. Acaso frío, pero con la impecable majestad de un añejo sillón español, resaltado de áspera talla, cuyo destino fuera dar manso reposo a los altos de un andante caballero. En quien vistió su vida de un hábito severo que le hacia ajeno a toda diversión de tiempo, fue muy seguidero placer la lectura y el examen minucioso de los maestros que fijaron el propio genio de la lengua. Gustaba con deleite de Granada y de Quevedo, de Quevedo el de las obras serias, el del Tratado de la Trinidad y la vida de Santo Tomás de Villanueva; Quevedo festivo se le caía de las manos. La arrebatadora elocuencia de Granada y el íntimo acento que promueve Fray Luis de León, fueron manjares multisápidos para sus horas de festín. Lope y Calderón no faltaron nunca en su mesa de trabajo. A ellos acudía frecuentemente en busca de la desatada fecundidad poética, y con qué placer goloso leía y releía, admirando al poeta y al filósofo y al teólogo y aún al fino caballero que ella acusa, la descripción que Lope hace, en "Pastores de Belén" del parto de la Virgen. Su natural adusto se aniñaba hasta querer entrar de furto en aquella cámara secreta donde el dolor humano despareció a la lumbre de la alegría divina. La naturaleza de su espíritu y los varios climas de su cultura, le hacía tener por maestro sin igual a aquel su hermano mayor en saberes, el formidable Don Marcelino Menéndez y Pelayo, cumbre para él del pensamiento de España, y a quien de vivir más años pudo haber sustituido para honra de nuestra América. Le bastó apenas una docena de años de labor fecunda para que de él pudiera decirse con palabras del Sabio: "*Con lo poco que vivió llenó la carrera de una larga vida*". El era de la clara estirpe de los Bellos y los Caros. Clara y única estirpe que debiera dividir a los hombres. Pero sobre todas sus preferencias, por encima de la **Guía de Pecadores** y de los propios **Nombres de Cristo**, más allá de todos sus relamidos gustos literarios, estaban los padres de la Mística Carmelitana: Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. El hombre de la lógica y la eurística, el razonador de examen minucioso y recio, el calculado constructor de fornidas tesis jurídicas, abría las alas al vigilante poeta que se ocultaba tras su poco sensible natural y daba por entero el espíritu a las titánicas lucubraciones de la mística. **Las Moradas** y **La Noche Oscura del Alma** eran como recatados jardines donde su espíritu gustaba las más exquisitas complacencias. Vinos añejos, guar-

dados en odres primorosas por manos de ángeles, le embriagaban hasta el olvido del sentido. Indiferente al espectáculo del mar y de los campos, no detenía la mirada en las formas sensibles de la naturaleza. Para hallar soberanos deleites, pedía prestada al Extático su escala invisible y por ella, en místico arrobo, trepaba hasta las cumbres de espantosa soledad donde el hombre, con el alma desnuda de otra cosa, se encuentra en comunión con Dios. Minúscula y fragante flor lograda en estos sus viajes interiores, es aquel primoroso ensayo suyo sobre la Poesía Mística, perdidizo para la ficha bibliográfica entre los grandes volúmenes que contienen su perdurable labor literaria.

Hombre de fe, Caracciolo Parra tuvo poca para los meandros de la política, "*dama, en su concepto. no sólo ciega, sino loca y desmemoriada*". De los hombres y de las agrupaciones que juegan al sube y baja de la fortuna pública, siempre pensó con criterio realístico y pesimista: "*En todo el mundo, me decía en una carta, veces más, veces menos, las ideas, los partidos etc., suelen ser parapetos de las personas y aun de los intereses*". No creyó nunca que Vargas representara un pensamiento inasequible a nuestra cultura. Hubiera considerado delictivo justificar a Carujo. Pero con ironía poco usada en su modo de expresarse, me escribía en respuesta a cierto temor mío de que pudiera levantarse entre nosotros la sombra del insolente sargentón: "*Aquí no hay tales gigantes ni malandrines capaces de resucitar a Carujo. Y es porque Carujo no ha muerto. Al que enterraron fue a Vargas*". La fría reflexión sobre las cosas le llevaba a gustar "*el plano de segundo orden*", donde mejor se sirven los intereses de la República. "*Las posiciones políticas, me escribía, mientras más altas son a ojos del mundo palaciego, son peores y más ligero acaban con nosotros. Por ello no hay como la paz*". Pero ese plano sin brillo aparencial le sirvió para desarrollar una obra fecunda, que hoy todos cuantos la conocen, admiran y aplauden.

Llamado al Ministerio de Relaciones Exteriores, primero a servir la Sección de Relaciones Interamericanas y después la Dirección de Política, prestó una colaboración por demás brillante al eminente Jefe de nuestro Servicio Exterior. "*Cuando tengas oportunidad de hojear un poco la Memoria de Relaciones Exteriores, me escribía en 1937, verás la parte que mi Oficina de Relaciones Interamericanas ha tenido en el trabajo anual de la Cancillería. Lee a ratos la serie de estudios que se dieron a manera de instrucciones a los Delegados de la Con-*

ferencia de Buenos Aires, y verás si me he tenido que meter en honduras de las que nunca se presentaron ante mis ojos. Afortunadamente que trabajo a las órdenes del primer especialista americano en estos achaques". Bajo la sin par dirección de Gil Borges, la densa cultura jurídica de Parra creció hasta el dominio de las cuestiones americanas. Trabajó en ellas con una veteranidad sorprendente en quien no tenía previa especialización del Derecho aplicado a las relaciones de los pueblos. A su cotidiana labor de mesa, agregó luego la de profesor de Derecho Internacional Americano en la Escuela de Diplomacia que funciona en nuestra Cancillería y la muy delicada de Miembro de la Comisión Venezolana de Codificación del Derecho Internacional Americano. Dos tomos de más de quinientas páginas, me informó en su última carta, contenían las laboriosas instrucciones que nuestra Delegación llevó en 1938 a la siguiente Conferencia Interamericana celebrada en Lima. A ella fue, ya minado de la muerte, como representante de la República. "*Daba gusto ver trabajar a los Delegados de su País, quienes todo lo llevaban ya resuelto*", me decía mi colega Alfonso Carrillo, Ministro de Guatemala en Costa Rica y Panamá, Delegado a aquellas históricas reuniones. Fue a Lima, pero Caracciolo Parra ya no era un hombre de este mundo. La muerte había puesto en su rostro el tinte de los cadáveres. Cuando en nombre de nuestra Delegación hablaba al pie de la estatua de Bolívar, justamente el día aniversario de la muerte del Padre de la Patria, al ver su palidez mortal, semejaba, según expresión de un Delegado extranjero, que fuera él mismo quien ofrendaba la flor de su estupenda juventud ante el altar del héroe. "*Pocos hombres me ha sido dado conocer de mayor altitud espiritual y de más callada sabiduría que nuestro amigo*", me decía recientemente Tulio Tobar Donoso, Ministro de Relaciones Exteriores del Ecuador.

Lima fue su último escenario. La ciudad que mantiene aún viva la presencia de la formidable labor colonizadora de España, ofreció a su mirada admirativa una abreviada visión de la antigua patria castellana, que tanto anheló conocer en su aspecto material. De allá regresó, para no volver a asumir su recia actitud de trabajador. La muerte, que cargaba en el rostro, se declaró señora de la que en él fue naturaleza privilegiada. A la eternidad azul del cielo empezaban a acercarle las alas de la rápida nave que domina los espacios.

Por Panamá pasó gravemente enfermo. Y deseoso de escuchar la palabra de los sabios, consultó algunos médicos. Su palidez de entonces resaltaba aún más entre el marco de una leve barba, que

hacía evocar el rostro de un castellano penitente del siglo XVI. Los doctores, sin anunciarle el fin cercano, recomendáronle seguir hasta Caracas, para que recibiese la muerte rodeado de los suyos. De luego, y tras breves y no alarmantes días de asistencia hospitalaria, sereno, como quien hizo de su vida una filosófica preparación para morir, pidió por última vez los auxilios de la fe que había sido la interior sustancia de su vida. Ayudado de la claridad mental que sólo le dejó con el último suspiro, debió repetir sus pensamientos de otras horas: "*En el Sacramento, al par que el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, recibimos su Alma, fuente de todo idealismo bien dirigido, y su Divinidad, raíz y fin de todas las cosas. El Alma de Jesucristo, que es una con su Cuerpo: única verdad, único camino, única vida*". Iluminaba su rostro, ya transfigurado, la parpadeante candela de los agonizantes. Miró con ojos de despedida eterna y resignada a la llorosa compañera y a los tiernos hijos, mientras con la larga mano moribunda hacía la señal de la cruz sobre sus labios, que en breve callarían por siempre. Reclinado a la entreabierta puerta, y sin ocultar las lágrimas, el viejo fraile español, diligente y bueno, compañero suyo en las largas investigaciones históricas y en las profundas lecturas tomistas aquél a quien él, para aludir su candor, llamaba "*la paloma vieja*" Mesanza el dominico, recitaba en silencio los Salmos Penitenciales. El tiempo se iba a pasos quedos de su lecho mortuorio. Un leve minuto cargado de eternidad, y de su formidable juventud quedaba apenas un cadáver. Manos cariñosas y trémulas le amortajaron con piadosa veneración. "*Sentí respeto* -me escribió Pulido Villafañe amigo suyo de todos los tiempos- *cuando ayudé a colocar su cuerpo, aún sin enfriar, en el ataúd que nos llevó a la tierra. Su bondad integral no podía convivir entre quienes flacamente se le comparaban. No sé por qué dejamos de antever su destino, faltando una vez más a la lógica*".

Pero aquel día, y ya rígida la mano maestra y mudo el labio bullente de inéditas lecciones y cerrados los ojos que el estudio no venció y lejos su espíritu noble y bondadoso, Venezuela supo que había dado un hijo para la gloria de los tiempos. Como si la patria para verle en plena talla, hubiese necesitado que su figura, ausente de todo espacios se alzara transfigurada por el tránsito final.

Tel qu' en lui-méme enfin l'Eternité le change.

Panamá, enero de 1940

DOCTOR CARACCIOLO PARRA LEON[39]

Señor Director:

Señores Académicos:

Doble motivo de satisfacción tiene para mi el encargo de dar la bienvenida, a nombre de la Academia, a persona como el doctor Caracciolo Parra, con quien más de un vinculo perdurable me une en cordial compañerismo. Nutridos para las arduas disciplinas de la ciencia jurídica en la vieja casona de San Buenaventura de los Caballeros de Mérida, nuestra amistad de estudiantes echó hondas raíces bajo los "*anchos arcos hospitalarios*" de Santa Rosa de Santa María de Caracas, hoy ilustre Universidad Central de Venezuela, entregados a una misma labor educativa, frente al porvenir de la Patria, representado por la pujante juventud que en sus aulas gloriosas bebe leche y miel de saberes. Junto al deber oficial, nuestra pasión por la Historia nos ofrecía, en viejos y amarillentos manuscritos, la clave para revalidar conceptos y ocasión propicia para dirigir nuestra conciencia por senderos que abría la paciente y desapasionada investigación. Testigo fui de cómo se formó el denso trabajo, cuyo bosquejo hace en el brillante discurso que acabamos de oír; testigo de cómo, por medio de audaz penetración en las llamadas tinieblas de la Colonia -nuestra fecunda Edad Media criolla, según galano decir de Teresa de la Parra- logró arrancar hermosa y desconocidas flores de la prístina existencia

---

[39] Discurso de Recepción en la Academia Nacional de la Historia", **Boletín de la Academia Nacional de la Historia** (Caracas), tomo XI, N° 43 (1928), p. 237.

nacional, con las cuales enguirnalda el cuadro de nuestra vida de pueblo civilizado.

Si al motivo personal, que de suyo huelga, se agrega el beneplácito de saludar a quien, con fuerza mucha y con recursos de ponderada cultura, viene a trabajar entusiasta en nuestra obra común de enriquecer y de pulir los patrios anales, bien se ve que puedo decir cierto que es doble el regocijo que me causa llevar la palabra de la Academia en la recepción de tan distinguido compañero.

Para sustituir al ilustre académico Doctor Angel César Rivas fue atinado el sufragio de nuestro Instituto, pues con la presencia entre nosotros del doctor Caracciolo Parra se hace menos sensible la falta del eminente investigador que, alejado de viejos procedimientos ro-mánticos y con severa crítica por guía, abordó, el primero, el estudio sistemático y sin preocupación de falseado nacionalismo, de nuestro antiguo régimen colonial. Uno y otro, aquél partiendo del concepto determinista de la Historia, éste de una concepción en que ideas y fuerzas materiales realizan distintos y efectivos oficios, han juzgado nuestro pasado de provincia española con criterio que dista mucho de los prejuicios alimentados al rescoldo de la reacción que surgió con la propia guerra de Independencia. Tal corriente no es hoy, como lo comprueba la obra de los últimos historiadores nacionales, sistemá-tica de unos pocos, sino que, sobre justa y generosa, se erige por concepto universal entre quienes, al arrimo de documentos y ayuda-dos de métodos lógicos, investigan nuestro pasado español.

El estudio de la causalidad histórica, ya que la acción propiamente tal no puede considerarse sin previo examen de la serie de hechos o fenómenos a que corresponde o que le dieron origen, nos lleva de la mano, como por hilo milagroso, al través de inferencias de distintos géneros, a la propia raíz española de nuestros orígenes, y nos pone de manifiesto la tesis que ayer inició el doctor Rivas y que ahora desenvuelve, con lujo de documentos, el doctor Parra: las causas de nuestra independencia se hallan en el propio espíritu de autonomía que el conquistador insufló en los Cabildos, y en el desarrollo, lento pero fructífero, de la cultura que el Gobierno de la Metrópoli ofreció a las provincias de Indias. Conceptos invocados, el primero, por nuestro apreciable colega don Luis Alberto Sucre en su estudio del Municipio, en el cual, después de documentada exposición de la materia, concluye: "*En los Cabildos hemos visto aparecer el germen*

del sentimiento de nacionalidad; en ellos irse desarrollando, de ellos difundirse por todas partes, llegar a todas las clases sociales, siempre bajo su amparo, siempre guiado por ellos. Y en el Cabildo lo vemos aparecer el 19 de abril de 1810, ya emancipado, fuerte y consciente, diciendo: lo quiero, lo mando" y el segundo, por el historiador Brioso y Candiani al explicar los orígenes mediatos de la independencia de su país: "*Si queremos remontarnos*, dice, *de estas causas o otras anteriores, encontraremos que los mejicanos se lanzaron a la lucha por su independencia desde 1810, porque los mismos españoles lo hablan ilustrado y les habían dado con sus enseñanzas los medios de creerse aptos para gobernarse por ellos mismos*"[40].

A comprobar este último aserto, en lo que dice a nuestro país, viene, brioso y pujante, el trabajo del nuevo académico, quien, por medio de búsqueda paciente y abastado de cultura, nos demuestra que sí hubo en Caracas durante el largo periodo colonial, la sucesión perseverante de una obra de enseñanza, que ora medró en los estudios de Gramática, otrora en el Seminario, más tarde en la Universidad y casi siempre en los claustros silenciosos de los frailes; y cuya existencia, comprobada hoy de manera irrefutable, pone de bulto el craso yerro de quienes han venido sosteniendo, como bandera de combate contra el régimen español que, en orden a educación pública, fueron tupida tiniebla los siglos coloniales. A ellos, como a muchos otros, cuál sorpresa habrá de proporcionarles la noticia que de nuevo estampa el doctor Parra, de que no solo durante la Colonia hubo, y hartos, sitios holgados en donde los criollos pudieran educares; pero que también, debajo de color de obligación canónica y con reclamo del brazo secular, el celo del más insigne de los mitrados de Venezuela, Ilustrísimo señor doctor Fray Antonio González de Acuña, impuso la instrucción primaria con caracteres de obligatoria cuando apenas mediaba el siglo XVII: "...*en nombre de la Iglesia amonestaréis a sus padres los envíen con toda puntualidad a la escuela, en que sobre hacer el servicio de Dios obran en su propia causa y en descargo de sus conciencias, pues las tienen notablemente agraviadas cuando descuidan en la enseñanza de los hijos, y... os valed de las justicias y ministros seculares rogándoles y encargándoles que*

---

[40]**Las Nuevas Orientaciones para la Constitución de la Historia**. Exposición compendiada de la Teoría de la Historia de A. D. Xenopol y comentarios por d Lic. M. Brioso y Candiani. México, D. F., 1929.

por los medios más suaves que se puedan ofrecer se consigna la asistencia de la juventud".

Con su brillante trabajo, donde cada aserto está corroborado por huella documental o por cita de autorizado maestro, cual conviene a personas mostradas a las armas de la lógica, el doctor Parra contribuye de patriótica manera a impulsar nuestros estudios de Historia, dando mayor fuerza a la corriente que lucha contra el deliberado propósito de posponer la realidad histórica a pretensos intereses nacionales. Nuestros escritores contemporáneos, alzados en mejores posiciones para la crítica de integración, han podido enfocar el pasado de manera casi total. Desde cumbres más elevadas y más serenas que aquellas que escalaron los historiadores del siglo XIX, la perspectiva se ha ampliado para ello de modo más hermoso, y han visto crecer los mismos horizontes de la nacionalidad. Roto el áspero valladar que, por odio que debió haber sido momentáneo, alejaba la comprensión del régimen español, nuestra conciencia republicana se complace en contemplar el desarrollo que tuvieron las instituciones y el vuelo que alcanzó el pensamiento durante aquel largo proceso, no cierto de vil esclavitud, sino de lenta gestación cívica. Para hacer más ancha la vitalidad de Roma en los dominios del tiempo, Virgilio hubo de invocar el mágico prestigio de los vencidos penates de Ilión: para dar rancia prosapia a nuestro glorioso republicanismo, nada más legitimo y hacedero que comprobar, por medio de nuestra genealogía hispánica, que a este suelo feraz vino, como nuevo Anteo, en pos de secretos de energía el reclamo comunal que rindió el absolutismo de Carlos V y que "*caído junto a la cabeza ensangrentada de Juan de Padilla*", como elegantemente dice el distinguido colega don Luis Correa, tomó "*el rumbo de las Carabelas*" para hallar en la América de los Conquistadores su afianzamiento y su desquite[41].

Formado en las severas y sólidas disciplinas de la filosofía clásica, el nuevo académico, al elogiar la obra brillante del doctor Rivas, expone su propio concepto de la Historia, que, como era de esperarse, dista mucho de ser el mismo de la escuela que siguió su antecesor. Avalora los provechos que la ciencia histórica deriva de las teorías de la evolución, y pondera las fatales consecuencias a que, según su juicio, conduce el sistema determinista. Bien conocéis voso-

---

[41] **Boletín de la Academia Nacional de la Historia**, tomo XI, Nº 43, p. 239.

tros cuáles son las normas de mi pensamiento y cuáles las doctrinas que sin vacilaciones ni pueriles reticencias sigo y proclamo: y si la ocasión fuese oportunas de mis labios saldría más de una alabanza para el método científico y para la ideología que propugna el nuevo colega; pero mi palabra está ceñida a la índole ecléctica de este Instituto, formado por hombres que, siguiendo diferentes escuelas, aquí nos reunimos, con acato de la libertad de criterios, atados a la sola promesa de adelantar, mediante común esfuerzo, los estudios históricos nacionales. No impone la Academia una manera de pensar, ni rechaza a quienes difieran del concepto que pueda seguir la mayoría. Aquí, demás de no ahogarse el pensamiento, se le alienta para el vuelo.

Señor:

La Academia Nacional de la Historia, cuyo individuo más joven fui, hasta estos momentos en que venís a despojarme de condición que miré como palma honrosa, ha seguido con la mayor atención el desarrollo de vuestro interesante discurso. No han sido sorpresa para ella los tesoros de aquilatada cultura de que hacéis gala, ni los abundosos conocimientos históricos de que sois poseedor: vuestros estudios sobre el Obispo Martí, acerca del historiador Zamora y del prolífico vate Juan de Castellanos, amén de vuestras investigaciones en los Archivos Universitarios de Caracas, son sobrado título para que os considere Veterano en los campos de nuestra Historia. Venís a esta Casa por derecho propio, conquistado en lid gallarda en la palestra del noble estudio: vuestra juventud disciplinada y austera se sentirá bien bastante holgada en medio del ambiente académico, y el Instituto confía en que vuestra labor de mañana acrecentará, muy por suyo, su prestigio. ¡Os saludo en su nombre con la más cordial complacencia!

¡Señores!

J. A. GONZALO-SALAS

Este honorable señor Don Juan Antonio Gonzalo-Salas, abogado poeta, conferencista, escritor público, periodista, Ministro de Corte y Profesor de Filosofía en la I. U. de Los Andes, es una persona de fases inquietantemente admirables, y no por eso deja de ser uno como tantos, que anda por esas calles de Dios sin más ínfulas que las que puede trasmitirle su robusta apostura física.

Como Profesor de Filosofía claro que debe ser un consumado psicólogo; y sí que lo es[42] y en prueba a ello tiene -felizmente inéditos- sesenta y tantos estudios de tal calaña bajo el rubro "De las horas que huyen"; podría decirse que es un filósofo "*instantáneo*", "*ferrotípico*" vale decir, que caza sus impresiones a medida que van pasando, una literatura pretérica en términos más amplios, y estas las escribe ahora que está cuerdo, porque este amable escritor estuvo siete años loco, loco de atar.

-No, imposible!, de seguro dirá mi curioso y abismado lector; pero qué sé va a hacer, él mismo de una manera franca lo asevera en la forma siguiente. Oigámosle psicologar: "*Yo no conozco ningún hombre pero perfectamente enamorado, en el sentido más completo del vocablo, que no esté sufriendo una alteración mental y acaso fisiológica*". Tal vez esto mismo lo diga Lombroso, Ingenieros, Carbonell u otro de la misma familia, ya que la clínica asaz lo tiene comprobado, mas lo grave es que Gonzalo-Salas sin ser psiquiatra lo ha corroborado por "*propia experiencia retrospectiva*", pues nuestro psicó-

---

[42] J.A. Gonzalo Salas. "De las horas que huyen. III", **La Semana**. Mérida, Nº 2.

logo estuvo siete anos, la bicocada de siete años; enamorado frenéticamente de la misma Dulcinea. Ahondando en estas experiencias, viénese al caso de asentar indubitablemente que este parco señor de hoy adoleció de delirio erótico con una fuerte complicación clerofobiaria, debido acaso a la existencia de mesianismos ancestrales, conformes como hállanse los de su estirpe en reconocer como abuelos algún fanáticos judíos del siglo XIV. Prueba al canto viene a ser toda su obra literaria de entonces: **Alma Lírica**, un mal libro de versos suyos, que para calamidad del autor acogió muy bien la prensa nacional, es el paroxismo de una fiebre erótica sistematizada. "El Cadáver de melancolía", "La Canción de la neurosis" y "Mi Puñal", deben haber sido escritas cuando Gonzalo-Salas atravesaba horrendas crisis mentales, pues están plagadas dichas rimas de sangre, de delirio, de vírgenes, de frailes, cirios, suicidios, lágrimas, sepulturas, olor de muertos, urnas &.&. acaso momentos poeyanos. **Génesis**, revista donde se levantó generación mejor de Mérida, fue teatro de la manifestación de la clerofobitis que sufriera nuestro psicólogo, cuyos resultados fuera muy lamentable, ya que la enfermedad obtuvo una diagnosis de la que se esperaron fatales desenlaces, conforme el decir de sapientísimos clásicos doctores.

Mas la causa efectiva del mal se destruyó de raíz: el hombre se casó adiós locuras, delirios, luna, lira y rosas. Convirtióse entonces en señor normal, profesor de filosofía, juez, periodista, conferencista.. padre de seis muchachos que valen más que todas sus literaturas. Tal lo encontramos hoy, devotamente cristiano, con una oración a Santa Rosalía de Palermo contra la peste, en su mesa de labor, donde prepara más filosofía y más versos, cuerdo señor que da felpazos a los Pacheco que andan por ahí y quita la máscara a peligrosos rábulas del foro. Hace buena labor: escribe rimas que pueden leerse y gustar, buenos versos muy mejores que los de "Alma Lírica" y psicóloga con mucha elegancia, con pensamiento sutil y hondo; y así, no ya loco, con su fama de orador elegante, figura entre las más legítimas representaciones literarias de Mérida, en avanzado puesto de esta moderna y vigorosa vanguardia literaria que con él integran Julio Sardi, Caracciolo Parra Pérez, Humberto Tejera, Emilio Menotti Spósito, Chuecos Picón, los Picón Lares, Pedro J. Godoy, Picón Rivas y Picón Salas.

TULIO GONZALO SALAS

Pensó y sintió. Acaso hermanos en esta simple y detestable enferme, humana. Joven abrazó la Muerte, como queriendo que la Vida lamentase sus hieráticos desposorios: fue a ella con la voluptuosidad propia de veintidós años, no con el cansancio y el amén de los fracasados que esperan, cobardes ante la liberación de la "*muerte propia*". En un breve libro quedan sus versos, musicales y fluidos; en los que su alma artista prolongó su existencia. Junto a su tumba he visto crecer unos hostiles sarnientos, acaso en irónica enseñanza del Destino ilógico de nuestra existencia, árida y estúpida. PAX.

BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS - VENEZUELA

UN SILENCIOSO: JULIO SARDI

Silencioso, sereno, Julio Sardi parece ser discípulo de Marco Aurelio o de Epicteto. Fisonomía de místico torturado, su rostro evoca las líneas amarillentas de un San Bruno que viéramos desde niño en el penumbroso rincón de un recibo vicarial, mas poco de cartujo tiene Sardi, y ese su aspecto de penitente, sólo hace pensar al conocerlo, en el sacerdote de alma inquieta y sin paz que Oscar Wilde soñara en el **De Profundis** para el templo sin luces de los descreídos. Silencioso en la vida, sereno en el juicio, inquieto en el pensar, torturado en el creer, Julio Sardi une en su "*yo*" estas virtudes que él quiere hermanar, para ir con ellas hacia el "*vértice que hace imposible todo ofuscamiento derivado del interés y la pasión*", para escribir con propias palabras suyas.

Su vocación es de cuna. Talento de herencia, madera de abuelos, Federico Salas Roo, su tío, fue una de las más fuertes potencias mentales que diera Mérida y descendientes de este sabio no honrado con justicia, son Julio Salas y Mariano Picón Salas, siendo también de esta larga familia Salas a que Sardi pertenece, Juan Antonio y Tulio Gonzalo, cuyo nombre, como el de los ya nombrados, es bastante conocido en Venezuela. De esta sangre de intelectuales, mezclada con otra sangre venida de la tierra de los naranjos cantados por Goethe, viene Julio Sardi, el silencioso y kempiano, como fuera calificado en Mérida recientemente.

Cuando toda una brillante generación se ensayaba en **Génesis** ya Julio Sardi, de época anterior, había dejado conocer su prosa vi-

brante, su prosa sonora, llena de las inquietudes espirituales que germinaran en el joven autor, enamorado de las rojas vindicaciones que enloquecieron la mente incendiaria de Luisa Michel en la Comuna francesa, devota del espíritu evangelizador del frío Tolstoi en la estepa rusa. Pero Julio Sardi, que empezó con brío, con aliento, con energía, trocó presto todo su entusiasmo en un silencio hermético de místico, y en medio de este silencio ha escrito un libro que ignora dónde está. ¿Puede imaginarse que exista un escritor que pierda sus manuscritos sin ningún motivo? ¡Sí lo hay! El libro "Gestos" de Julio Sardi está perdido para él según su propio decir, pero nosotros pasamos a creer que este raro libro aparecerá algún día con algo más que sabemos escribe Sardi. Ajeno a la publicidad, contrario a quienes dan todo lo suyo al público, y mucho más a quienes *pane lucrando*, buscan motivos para manchar cuartillas. Sardi, siguiendo acaso máximas jesuitas, hase dado a pensar sobre libros que lee, y así, de meditación en meditación, llenando con ideas los vacíos cuotidianos, pasa sus días mejores encastillado en su torre interior, callado, silente, entre la fría prisión de la Ciudad Caballera. Espíritu de selección, mentalidad exótica en nuestro medio, Julio Sardi atalaya corrientes que están por sobre lo común. Sus primeras páginas, de cuando tuvo alegría literaria, revelan ya la tortura espiritual suya, el intenso trepidar de sus ideas; de entonces son "Una extraña luz negra", "Paganismo" y "Ojos", bellas páginas que en su poca extensión dejan conocer un estilo depurado, sonoro, harmonioso.

De esta manera Sardi ha vivido para sí y no para el público. Su vida no ha sido vida de periódico o de libro, sino vida introspectiva, de inquietud ante el trágico misterio de la existencia, ante el doloroso problema que versificó Darío:

y no saber adónde vamos
ni de dónde venimos.

Pequeños detalles, incidentes simples, tienen para él una profunda significación y dedícales, acaso contra su mismo querer, horras de reflexión. Julio Sardi quiso una vez definirse a sí mismo, quiso conceptuar su vida, su obra, su pensar, y diose a labores inquisitivas en solicitud de su propia personalidad. Tortura de días fue este trabajo para él, hasta lograr en la subconsciencia del sueño, oír que le definían: *No busca realidades en la vida*, y en estas palabras está

acaso la obra de Sardi. ¿Realidades? La vida, la verdadera vida, es irreal, irracional, absurda y hacia ella ha querido ir a pesar suyo el inquieto pensador merideño. Compleja dualidad de médico –aferrado al positivismo de la experiencia- y de soñador impenitente, Julio Sardi lucha entre estos extremos: quiere creer de una manera definitiva en la existencia de planos superiores, en la presencia de leyes supremas, en la verdad de espíritus perfeccionados por una evolución ultraterrestre, y ama así la obscuridad del misterio en que se mueve el mundo, ese misterio que hubo de enseñarle Mauricio Maeterlinck, de quien es discípulo devoto; pero un día la boca muerta de Pascal le dice a media voz: "*No sabemos el todo de nada*" y la duda, la indomable duda, lo lleva a no creer en nada, y triunfa en él el experimentalismo médico, la certeza empírica de Santo Tomás el Apóstol: "*Ver y creer*". Tortura de querer lo que no se puede querer vive en el espíritu inquieto de Julio Sardi, y sobre esta tortura gira incansable su pensamiento, hambriento de razones y de motivos. Anhela la ascensión espiritual, sube, sube, pero su duda, su falta de fe, le hace descender al terreno de la amarga realidad humana. Devoto de Nervo el Divino, en días pasados nos escribiera así sobre este soberbio místico: "*Es ese maravilloso espíritu una de las perfecciones que me ha sido dado conocer en el mundo. Hay muchas analogías entre el pensamiento de Nervo y el de Maeterlinck. Cumbres de cristales es la frase que se me viene a la pluma cuando escribo el nombre de alguno de estos reveladores. Cumbre de cristal, altura diáfana. Eso son tales espíritus*", y en otra carta nos dice: "*El espíritu sereno, altísimo, de quien escribió* ***La Hermana Agua*** *debiera servirnos de ejemplo a los que vamos por el mundo acosados por los perros rabiosos de esa ansia inextinguible, tantálica, de llegar al último por qué, que angustia inútilmente los años más bellos, más frescos, los años matinales de nuestro efímero viaje terrestre. Bien: es muy fácil elegir el modelo, pero cuán difícil es llegar a identificarse con él, ya que para desgracia y dolor del pobre adánida, no está en sus manos la única arma eficaz para matar aquellos perros.*" En estas líneas está expresado el pensamiento de Sardi: Ama el modelo, ansía la escalera para alcanzar la perfección suprema, pero no posee la única arma capaz para matar los perros rabiosos de los por qué, sin la cual toda ascensión es imposible: él conoce y la calla y a él le duele no poder esgrimirla. Tertuliano se la da en sus tremendos apotegmas: *Certum est quia impossibile est et credo quia absurdum!*, pero cuán distante está Sardi de blandir estas armas, a pesar de que hacia ellas va: quien no busca realidades en la vida,

busca lo absurdo y lo absurdo es cierto, ¡nuestras raíces están en lo absurdo!

Y aquí el hombre: lucha profunda, silenciosa, entre verdades que se contradicen, entre llamas que se destruyen mutuamente. Esta lucha, esta vida interna, ha dejado sin alas su palabra para el público. Pasa el tiempo y sale un discurso suyo y de él se entresaca una página pequeña pero intensa, "Los Caminos", que nosotros seleccionamos en 1918 para nuestra frágil revista **Juan Cristóbal**. Esa página bien vale mucho meditar: es una lección que él oyó de boca de Marco Aurelio o de Epicteto; escribe cosas ligeras, dos párrafos, pequeñines, fácil de no leerse porque se pierden entre las páginas de un periódico, pero en ellas hay mucho de su oro profundo. Avaro de su riqueza interior, acaso Julio Sardi niega lo suyo al público, y creemos nosotros que es esta la razón de estar perdido "Gestos". No quiere publicar el libro y evita diciendo habérsele perdido el que le sea pedido. Nosotros lo conjuramos a darle publicidad, pero no sólo a "Gestos" sino a algo más que el profundo pensador merideño esconde en el silencio de su cuarto de trabajo. Alguien nos dijera que en la soledad de la noche, en esa soledad fría y beata de las noches emeritenses, él escribe largas horas y guarda en sitio oculto su áurea labor, así como avaro orífice que a escondidas labrase milagros de joyería para saciar su sed de artista y que, consecuente con su hermetismo, las ocultase a miradas indiscretas que pudieran revelarla a los ladrones. En su sed nerviana de purificarse, Julio Sardi debe lavar su alma de este pecado capital de la avaricia y dar al público, que tanto espera de él, su obra definitiva. Más que regalo, es este un deber que tiene contraído consigo y con Mérida. Exponente de cultura, índice de su progreso que no se hace efectivo en obras materiales, el escritor se debe a su medio. Es él como elegido por la remota y desconocida conciencia social, para que hable en su nombre, para que tome la representación de su valor cultural. Y la obra de Julio Sardi, sin ser flores vernáculas, habrá de expresar el medio suyo, la potencia del ambiente merideño para obras de pensamiento. Reflexivo, grave, Julio Sardi ha amoldado su espíritu a Mérida, sacándole lo mucho que ésta puede dar al pensador. *E si tu serai solo tu serai tuto tuo* aconsejara Leonardo y esta envidiable soledad en ningún lugar puede alcanzarse sin ais-lamiento, como en la urbe de los Caballeros de Santiago. Obra de solitario es la obra de Sardi: encerrado en su castillo interior ha labrado mármol perdurable, ha aprisionado ideas fuertes, ideas que no

mueren, como las que encierran en flores de trapo tanto escritorzuelo que anda por ahí, y esa obra se necesita, urge verla fuera del silencio de su autor, extasiado ante el misterio del porqué y del cómo.

CARACCIOLO PARRA OLMEDO*

Numerosos son los trujillanos que abandonaron los lares nativos para ir a sembrar semilla de saberes en otras regiones del país. En el Táchira se recuerda la memoria del doctor José Abel Montilla, educador insigne, y la egregia y ductora de Monseñor José Manuel Jáuregui Moreno; en Lara, dejó brillante recuerdo el ilustre doctor Ramón Briceño, olvidado trujillano que está pidiendo la justa valoración de su obra; en Monagas se recuerda aún al doctor Gabriel Matheus, abnegado formador de juventudes. Francisco Pimentel Roth el doctor José Gregorio Hernández, el doctor Carlos León, el doctor Antonio Justo Silva, el Bachiller Rafael Rangel, ocuparon la cátedra y el laboratorio en Mérida y Caracas para dar lustre al gentilicio provinciano. Entre todos se destaca, sin embargo, de modo singular el doctor Caracciolo Parra, por haberle tocado desempeñar el magisterio en la Universidad de Mérida desde 1844, a través de una época azarosa y erizada de dificultades para el egregio instituto andino, en lucha con las propias autoridades centrales y con la indiferencia del ambiente. Parece mentira, pero los sueldos que la universidad, desprovista de rentas por el erróneo sistema fiscal guzmancista. quedó a deberle, alcanzaron a la suma enorme de ochenta mil bolívares. Si la renuncia de esta fortuna sirve de baremo finísimo para medir el sacrificio exterior, puede con él medirse el esfuerzo moral que representó man-tener en pie al venerable ínstituto. Su dedicación a la Universidad, sus esfuerzos por evitar su ruina, su empeño por el acrecenta-

---

*Este trabajo apareció sin título formando parte de **Pequeño anecdotario trujillano** de MBI. Para los efectos de esta compilación se le ha colocado el título con que ahora se inserta.

miento de su lustre, parean la acción en Mérida del doctor Caracciolo Parra con la realizada en la Universidad de Caracas por el gran Vargas. Son, en realidad, los rectores más meritorios que han tenido las Universidades venezolanas. Pero el infatigable trujillano era hombre nacido para las grandes empresas de la cultura. La energía que otros varones pusie-ron en la brega política y guerrera, él la consagró a la ciencia y a las letras. Sabía que la Universidad es fragua donde se forman los hombres y donde se ilumina la inteligencia. Por un momento no descansó en su empeño de luces. A la palabra ágil del Profesor que explica en la cátedra, quiso sumar la permanente y muda lección de los libros. Era hombre de ideas progresistas. Así una leyenda negra lo pinte como cerrado oligarca, tenía, al contrario, el pensamiento aireado por la constante renovación promovida por la cultura. Muchos le imaginaron un mohoso caballero de apetencia feudal, por ignorar cómo él, por medida principalísima para mejorar la economía rural, solicitaba libertad para la tierra, sometida a un sistema de explotación que aún hace del labriego un esclavo del propietario. Su discurso en la Junta de Fomento Agrícola de Mérida, sería leído hoy con asombro por esos pacatos de la justicia del pueblo, que miran como reflejo comunista toda idea que beneficie a los desheredados. Para que ese progreso no se detuviera en su obra benéfica, el doctor Parra quiso poner al día la vieja biblioteca universitaria, cuyos fondos más valiosos eran los libros forrados en pergamino y cordobán, que a fines del siglo XVIII llevó a Mérida el grande obispo Torrijos. Dio arreglo material a los volúmenes y abrió la librería universitaria en los salones situados a la izquierda del zaguán del viejo instituto. ¡Ah, cuán grata y reconfortante impresión recibíamos los estudiantes al tropezar a la entrada de la venerable casona con aquel hermoso, sencillo profundo letrero de "Farmacia del alma", que coronaba la puerta de la biblioteca universitaria! Todo un mundo de imágenes afluía a la mente ante el tinoso aviso. ¡Farmacia para los enfermos del alma! Ningún diagnóstico más preciso del mal de los hombres. Enfermos del espíritu son, en realidad, quienes viven entré las sombras de la ignorancia. Desbastar estas sombras es misión de la cultura. Carecía de fondos el instituto merideño para renovar su biblioteca. El doctor Parra tuvo una idea singular. El miraba en la universidad la universalidad de una idea. Como centro emanador de la cultura la Universidad era para él un superorganismo colocado más allá del particularismo nacional. Su visión ecuménica de la Universidad lo hacía pensar en la hora espléndida de Bolonia, de París, de Oxford, de

Salamanca, de Coimbra, de Lovaina. No olvidaba que el claustro de Salamanca gozaba el extraño privilegio de jurar al Rey como Corporación autónoma y de comunicar libremente con el Papa de Roma. Para el doctor Parra, la Universidad era una República autónoma en el mundo libre de la cultura universal. Llevado de este noble pensamiento; se dirigió a los Jefes de Estado extranjeros en demanda de libros para su biblioteca. Rompió las líneas del protocolo oficial, y se acogió *-sub specie universalitatis-* a las franquicias de la inteligencia. Mal andaban por aquel tiempo nuestras cosas con la Gran Bretaña, empeñada en tomarse nuestra rica Guayana. La prensa caraqueña descalificó el acto de dirigirse el doctor Parra a la Reina Victoria y el Ministro de Instrucción le llamó la atención en forma pública. El doctor Parra explicó su propósito y aceptó con dignidad la reprimenda ministerial, tras la cual se movían intereses antirregionalistas. Pero la aceptación de su falta, implicaba la renuncia del cargo, que fue al Ministro junto con la respuesta del Rector.

La Universidad de Mérida tenía entonces en su seno un brillante grupo de estudiantes, que no sólo expresaron en noble escrito sus sentimientos de adhesión al venerable Rector, sino que en el momento de resignar el alto cargo, formáronle hermosa guardia de honor que lo llevó solemnemente entre vítores a su casa solariega. Conmovido y con los ojos húmedos por la emoción, el anciano ilustre dijo más o menos a los nobles muchachos:

-Me habéis hecho sentir que no he dejado de ser vuestro Rector. Ante la adhesión de quienes sois el futuro de la Patria, nada vale el desacuerdo con los hombres que la gobiernan. Mi función de Rector ha mirado al futuro. En vosotros seguirán creciendo mis anhelos por una hora mejor de la República.

Más tarde, el heroico Rector regresó a los viejos claustros de San Buenaventuras para seguir la intensa campaña librada, como sangrienta batalla, contra un opresivo espíritu que quiso destruir su raíz el brasero de la cultura de Occidente. ¿No suenan a leyenda las palabras que en 1900 dirigió al Ministro, para decirle que separarse definitivamente de la Universidad, después de servirla durante cincuenta largos años, el instituto quedaba a deberle cuantiosa suma, ya que él había desempeñado Rectorado y Cátedras sin sueldo, y aun con el sacrificio de su propio peculio? ¿El testamento moral del doctor

Parra no recuerda el testamento pecaminosamente olvidado, del benemérito General Rafael Urdaneta? ¿Estos hombres no piden, acaso, que se les presente al pueblo como ejemplos tónicos y como estímulo eficaz para actos semejantes?...

MERIDA, LA HERMETICA

Ha tenido para mí una profunda sugestión, una paz, acaso no descrita, de Mérida, su belleza interna, más bien subterránea.

En la alta noche, cuando mi vida cansada de los sentenciosos textos de jurisprudencia y de las blancas paredes de mi celda solitaria, vaga al acaso por silenciosas calles llenas de desolación y de misterio, en busca de paz para la sucesión inquieta de mis ideas; persiguiendo el rayo de luz que deje filtrar el cristal donde uno se imagina ver asomado el rostro inefable de aquella que es serenidad para nuestras horas tormentosas, fresca agua para nuestra ardiente sed de mortales; en la alta noche, en una esquina sosteniéndola como guardacantón, he sorprendido la interna sinfonía que se desliza bajo la impasible taciturnidad de estas calles verdes, como un follaje de esmeralda.

Tal vez una antigua construcción que se remonta al siglo XVII extendió por toda la población una red de acequias que se enlazan distribuyen do la clara caridad del agua limpia. La obra del tiempo ha sido incapaz para destruir este sistema, ya hoy innecesario, de acueducto, y en el silencio gélido de la noche el agua canta su perpetua canción de añoranzas, acaso en su espíritu cristalino hállanse aún vivos los recuerdos de tradiciones coloniales; quizá el agua que corre con más fuerza en unas partes dice aún, en su impreciso lenguaje de espumas, la canción que un olvidado trovero, lleno de fuego, entonó, a la clara luz de la luna, a una pálida novia que lo saludaba al través de férreos barrotes traicioneros; en aquella parte donde el ruido sub-

terráneo es más débil y casi imperceptible, puede que el misterio del agua conserve el último suspiro de un infortunado caballero que allí agonizase después de gallarda lid de amor u honra; más lejos se hace de una recóndita dulzura la voz del líquido cristal y evoca suspiros que muy cerca pudiera exhalar dama enamorada de lánguidas ojeras; y si queréis interpretar toda esa subterránea sinfonía, ningún dolor antiguo quedará sin música; parece que el alma caballeresca de Mérida, el alma que vivió bajo el ala de un chambergo, entre un jubón y una golilla, corriera en ésta como su pura sangre, corriera cantando viejas consejas y coplas de amor, dolor o alegría...

...Mérida parece así que quiere ocultar toda su poesía más bella y más suave, y como tarde en dar a conocer esa misteriosa música de su agua subterránea, así mismo oculta en medio de paredámenes herméticos la armonía sedeña de dos espíritus claros y músicos como el agua fresca, en los cuales se encarna la aristocracia antañona y pulquérrima de la Ciudad de los Caballeros.

Cuántas encrucijadas habrá volteado el viajero hasta llegar a la celda laica de don Tulio, de este viejecito don Tulio, suave como un niño, siempre amable y risueño. En la paz de la ciudad alta, en medio de un mutismo asaz sugerente, vive este señor de Febres Cordero, que ya en Mérida perdió su apellido para ser de familiar manera nombrado don Tulio, así, simplemente, con más cariño, como algo muy "nuestro". Huele a paz, -a paz de celda española donde trabajara Berceo o el Arcipreste Juan Ruiz, a paz de nuestros siglos coloniales- esta biblioteca y este cuarto de labor donde el autor de "La Hechicera de Mérida" echa su alma a volar al través del recuerdo en busca de cosas que ya las perdieron la memoria de los viejos, pero que él, gracias acaso a Belcebú, las topa quién sabe dónde. Venerables incunables, raras colecciones, curiosos cacharros, todo está allí arreglado con benedictina paciencia, con esa paciencia muy de don Tulio, que siempre lento y pausado lo sabe todo en Mérida. Allá pasa el viejo amable sus horas gozando de armoniosos momentos de profundo meditar, mientras un nietecito locuelo, con la cara llena de risa, se va a interrumpirle con preguntas simples, indiscretas y sabias.

* * *

Las campanas cantan, en la Plaza Bolívar hay risa de tertulianos, la fanfarria en el Cuartel Nacional evoca días de patrióticas y heroicas hazañas, el auto cruza asustando los perros con su sirena, y el viajero incógnito camina que camina por las anchas aceras del parque, ignora toda la poesía que encierra una casona de la esquina suroeste. Si su imaginación ahí entrara encontraría otro viejecito, no laico, como el primero, pero sí tan amable y pulcro como el otro y llegaría a saber que se llama el doctor Antonio Ramón Silva, por la gracia de Dios y de la Santa Sede apostólica, Obispo de Mérida, Conde Romano y asistente al Sacro Solio Pontificio. El señor dé al viajero el placer de espiarlo unos momentos y verá cómo este Pastor con lentitud, con el cansancio de sus avanzados años, hace tantas cosas bellas, reconstruye en miniatura la catedral de Milán, graba en madera la efigie de sus antecesores Lora o Torrijos; colecciona curiosamente las efigies de los sacerdotes por él ordenados, trabaja en la imprenta León XIII, escribe, escribe mucho, sabe Dios qué buenas cosas. Honra del episcopado venezolano, Mérida ve en él quizá al último que heredó ese tesoro muy español y muy aristocrático que trajera a tierra firme Fray Juan Ramos de Lora en 1777, tesoro de Obispo de Toledo o de Madrid, ya no existente hoy. Pocos como él que dejen ver en su rostro lo que son, almas hechas para abrir camino a otras, pues toda la distinción de su íntegro carácter asoma a sus pupilas avizoras, junto con la luz de su saber profundo. Acaso su fina aristocracia episcopal pida más; mitras de San Juan de Letrán en Roma, de Sevilla o de Lima, catedrales del siglo XII, no como esta amplia de Santiago de los Caballeros, llena de oro y pedrería, pero con chillones y barrocos metales en las paredes, cosas de teatro y no de templo del Señor, impropias para la suntuosa idealidad de Monseñor Milanés.

Veinticinco años cumplirá de gobernar la Diócesis este suave viejecito, veinticinco años de glorioso pontificado en los cual es ha sido acompañado por distinguidos y virtuosos levitas muy dignos de él, y entre los cuales figuran hoy el señor Provisor, Dr. Chacón, de relevantes dotes intelectuales, cuya figura como un presagio evoca la figura de un Obispo del siglo XVII; el Mercedario, Dr. Colmenares, el suave Dr. Colmena res, quien por los años del 86 escribiera sonetos en latín, siempre lleno de una beatífica satisfacción propia de un hermano menor; el Dr. Vivas, Lectoral, que hace loable labor al frente del Colegio del "Corazón de Jesús"; el galante padre Dubuc, Secretario de Cámara y Rector del Seminario, sabio de treinta años que sabe

causar envidias, cuya ilustración es comentada en la Diócesis toda como rival de la de su hermano el Padre Mejía, el de Valera; el Pbro. Américo Valero, Vice-Rector del Seminario, quien en menos de dos años de sacerdocio ha demostrado virtudes y talentos dignos del mejor aplauso, y el inefable Padre Uzcátegui, cura del Sagrario, humilde y bueno, enamorado del Niño Jesús a quien quiere como un bebé y cuida y viste como un niño malcriado. Mucha poesía hay en la vida del Padre Paulo Emilio en su casa silenciosa, llena de flores, cuántas cosas que invitan a la vida pía: paredes blancas, imágenes de santos, niños que piden pan y que él socorre, el agua que corre, el agua que canta entre el jardín, el agua sí, ya que la ignota poesía de Mérida se desliza secreta y oculta como el agua subterránea de las calles...

MONSEÑOR
JOSE HUMBERTO QUINTERO

El pasado día de la Epifanía de los Reyes Magos, sin pensar en la clase de regalo que pudieran los Reyes traerme a mi casa caraqueña, gozaba yo en Mérida un espléndido día, lleno de luz y de frescura. Buen madrugador, había asistido a la misa de cinco del recio y nona-genario deán Mejía. A las nueve volví a la Catedral, ahora con el profano fin de participar en el mentidero que suele reunirse a esa hora en las gradas del templo en construcción. Los amigos de las "*mentiras*" no habían concurrido aún, y, mientras llegaban, me asomé a la puerta del Sagrario. En la cátedra del Espíritu Santo, Monseñor José Humberto Quintero predicaba de la Epifanía. No oía hablar a Quintero desde 1942, cuando hizo en el Panteón Nacional un elogio magistral del grande Arzobispo Méndez. Ahora hablaba de los Reyes y de la estrella que les había anunciado al milagro de Cristo. Habló también de Herodes. Habló de cómo los Magos no retornaron a Jerusalén una vez lograda la visión del Mesías. Ya Jerusalén no sería la meta de los peregrinos de la fe. Jerusalén iba a ser a poco luego la ciudad sin fe. La ciudad de los sacerdotes y de los reyes. Su visión, como arrancada de un fresco profético, quedará por símbolo de lo que vive mas allá de los horizontes. *El Sancta Sanctorum* de la vieja ley vivirá de ahora en adelante en el espíritu de los hombres reengendrados por la gracia. Pocos años faltan para que Paulo, y no Tito, destruya con su palabra la vieja ciudad qué había sido centro de la salvación del pueblo elegido. Eh lo sucesivo, Jerusalén estará donde una comunidad cristiana invoque con fe el nombre de Cristo.

Mientras escuchaba el verbo iluminado del gran levita, recordaba los años de nuestra vida de estudiantes: 1918, 1919, 1920. Yo, en la antigua Universidad de San Buenaventura, concluía la Facultad de Leyes; él, más joven, hacía en el Seminario, de donde salió la Universidad, el Bachillerato de Filosofía y Letras. Imperaban las leyes de Instrucción de Guevara Rojas. Los estudios sólo eran intervenidos por el Estado en cuanto a la inspección de los trabajos prácticos, reservados a los establecimientos oficiales. El Seminario tenía cierta concesión para realizar prácticas fuera del Liceo Libertador, dirigido, como anexidad de la Universidad, por el ilustre Rector Diego Carbonell. Entre éste y el Obispo Silva hubo una diferencia en razón de cierta censura impuesta al libro de Carbonell sobre **La epilepsia del Libertador**, no porque el Obispo hubiese incluido en el añalejo al padre de la Patria, sino en razón de unas blasfemias estampadas en el libro.

Deshechas las paces entre la Universidad y el Seminario, Quintero no podía dar su examen final ante las autoridades del Estado. Pero Quintero tenía necesidad de título que acreditase su cultura filosófica, pues iba a Roma a seguir la Facultad en la Gregoriana. De todo esto se hablaba en los corrillos merideños, especialmente entre clérigos y estudiantes. Pasados unos días, recibí convocatoria del Rector del Seminario para asistir a un examen de grado. Extrañado del caso, concurrí a la hora fijada al viejo edificio del Seminario, donde, con su gran señorío, fui recibido por el Rector, mi ilustre amigo Enrique María Dubuc, mas tarde dignísimo Obispo de Barquisimeto. En el salón principal, y bajo la presidencia del egregio Obispo Silva, se iba a constituir el jurado que examinaría al seminarista Quintero. De aquella junta, y en unión del actual Arzobispo Chacón, del Rector Dubuc y del inolvidable Caracciolo Parra León, tuve el señalado honor de haber formado parte. Baldío sería ponderar la brillantez de las pruebas. Esto no viene al caso. Jamás podía sorprenderme la perspicua palabra y el caudal de conocimiento del graduando. Mi sorpresa fue otra. Terminado el examen, Quintero, puesto en pie, pidió el grado correspondiente. Entonces, Monseñor Silva, hecha visible la inmensa estatura interior que contrastaba con su mezquina estatura física, respondió al solicitante: "*En virtud de los privilegios que a Nos competen y en nombre de este nuestro Seminario, te declaramos Bachiller en Filosofía y Letras. con todas las prerrogativas inherentes a tal grado*".

El del gran Obispo había sido bautizo sacerdotal de fuego, cuando en nuestra antigua isla de Trinidad, Monseñor Guevara y Lira, donde había sido echado por Guzmán Blanco. le confirió las órdenes sagradas. Como los hijos de Zebedeo, era en verdad un "*hijo del trueno*". Entre relámpagos había descendido sobre su cabeza el fuego del Espíritu Santo. Y la marca del fuego le duró siempre. El parecía que mantuviese, junto con el don de las letras que hizo grandes a los Briceño, a los González de Acuña, a los Baños y Sotomayor, a los Méndez y a los Fortique, el don de la altivez que dio lustre a otros beneméritos Obispos venezolanos (Apenas una amañada intervención del Nuncio Pietropaoli, hizo ceder, ante la invocación del nombre del Pontífice Romano, la energía del Obispo frente a intereses arbitrarios del oficialismo).

No fue Quintero creado sacerdote entre refusiles de tormenta. Apenas fue hecho Bachiller por medio de un acto de soberanía del imponente Obispo Silva. Tan bien dado estuvo el título, que la Universidad que cerró sus puertas para otorgarlo en buena ley, engalanó de togas y de Ínfulas su claustro, para recibirlo después como su doctor honorario, Lo que el viejo fariseísmo de los acápites y de los artículos legales hizo en mengua de la justicia del Bachiller Quintero, lo reparó el espíritu de una Universidad que quiere ver su birrete de honor sobre la digna cabeza del eminente levita que tanto lustre da a la cultura nacional.

Pero con el título y el orden, Monseñor Silva transmitió al discípulo el secreto de su insobornable decoro. En el antiguo cura de la caraqueña parroquia de San Juan, la altivez de conciencia se unía al bullicio altanero de la sangre. Descendía el Obispo del aguerrido conquistador Garci González de Silva. El sentía el orgullo de ver transformada en sus manos la antigua encomienda donde el abuelo explotó al indígena, en ancha encomienda de conciencias, a las cuales ofrecía miel y leche de palabras, sin pedirles la recompensa del servil trabajo. Quintero se formó en los ventisqueros de la montaña andina, divertida la mirada en los dorados trigales de espiga generosa. Mientras el carácter del viejo Obispo se le salía a la cara, entre relámpagos severos de sus ojos luminosos y aquilinos, el berroqueño carácter de Quintero se esconde tras la timidez de una permanente sonrisa. En cambio, nacido también para la mitra y cayado, podría decir mañana, como lo dijo el incomparable Silva, al jurar las leyes ante las

autoridades civiles: "*Me complace saber que esta dignidad me viene sin haber transitado las antesalas de los gobernantes que me presentan a Su Santidad*".

Desde hace algunos años se habla en Venezuela de cierta resistencia de Quintero a la pesada carga de los ornamentos episcopales. En verdad, siente él desgana por la honorífica función. En cambio, no creo que llegue a la resolución que movió al gran Nimaleón a lapidar la puerta de su celda para que no se le forzase al Obispado. No son las luces para ocultarlas bajo el celemín. Venezuela necesita el esplendor de todos sus fanales. Luces piden todos nuestros caminos. A los Magos envió Dios la estrella para encaminarlos a Belén. Cuando Quintero habla, se siente cercano el fulgor de las estrellas...[43]

---

[43]Cuando recojo estas líneas en libro, me llega a Madrid la noticia que Quintero se avino aceptar la sucesión de la Archidiocesis de Mérida. Venezuela tendrá, pues, *un grande Obispo*

A MANERA DE PROLOGO
JOSE HUMBERTO QUINTERO: *DISCURSOS*

De Caracas a Bogotá, de Bogotá a Cartagena, de Cartagena a Nueva York y de Nueva York a Washington ha venido viajando conmigo gran parte de las galeradas, en prueba de imprenta, con que será armada para libro la obra oratoria del eminente escritor y sacerdote venezolano José Humberto Quintero. Al ordenar su publicación, el Gobierno del Estado Mérida, que preside mi distinguido amigo el doctor José Ramón Barrios Mora, quiso que palabras mías sirvieran de introducción a una labor extensamente aplaudida en Venezuela; y si en verdad sobrancero suyo queda este intento de prólogo, acepté la honrosa encomienda, porque entendí que, demás del placer de rendir homenaje a un amigo ilustre, agregaba con mi introducción nuevo motivo para que luciese más el interior del edificio de sus letras, pues cansado de transitar el lector sobre las duras piedras de mi escritura, mayor será el deleite de pisar bruñidos mármoles y muelles tapetes, y de admirar, en obra de vocablos, jardines, arquerías, frisos, fuentes, columnatas y tapices y cuanto de primoroso puede labrar un Miguel Angel de la palabra.

La sucesión de mis viajes me ha impedido hasta la hora el grato y fácil cumplimiento del encargo, al cual doy comienzo mientras gozo la hospitalidad que me brinda Miguel Angel Burelli Rivas, en su severa y graciosa casita de *Kanawha Street*, impregnada, en muebles y en adornos, del espíritu de orden de su puritana *landlady*. Todo parece conjugarse para dar mayor carácter de intimidad efectiva a la mi-

sión que me confió Barrios Mora, pues se pensó en mí, no porque Quintero y su obra necesiten de presentación o de alabanza previa, sino por ser yo de quienes desde sus días aurorales de Seminario (me tocó ser jurado en sus exámenes de Bachiller en Filosofía), hemos venido siguiendo y admirando con devoción de acendrada y mayor amistad la obra del eximio levita; y quieren, además, las circunstancias viajeras que sea en este silencioso barrio de *Chevy Chase*, y bajo el techo acogedor de quien es como hermano menor de Quintero, donde comience a escribir líneas más destinadas a expresar el orgullo con que pongo palabras mías a la cabeza de una obra llamada a perdurar en la bibliografía venezolana, que a juzgar el mérito de magistrales oraciones, ya logradas de aprobación consagratoria en numerosos públicos.

Pareciera más adecuado haber escrito estas líneas frente al Avila solemne, que nutrió de arrogancia y poesía el espíritu de Bolívar; en medio de la visión amplia y deleitosa de la sabana santafereña, donde el Padre de la Patria pagó el amargo precio de la gloria, o en la murada Cartagena, codicia de los antiguos piratas, mercado otrora de duros negreros, y testigo, ayer y hoy, de la bondad y de la gloria de San Pedro Claver. Mejor inspiración que Washington darían Caracas, Bogotá y Cartagena a quien va a escribir acerca de las ideas y de la forma literaria de Quintero, ya que al pensamiento de éste sirven de polos la doctrina de piedad evangélica donde halló fuerza para su apostolado el Santo de los Negros y la ancha visión de patria que arraiga en el recuerdo de los héroes que forjaron la nacionalidad.

Sin embargo, escribir en Washington de la obra de Monseñor Quintero tiene, así sea en parte a base de contraste, un sentido de ilación. Aquí aposenta una conciencia de universalidad, empeñosa en repetir el fenómeno imperial de la Roma de Augusto, y aquí se respira, cerca de los grandes monumentos consagrados a memorar los creadores de la Unión, un aire de fecunda religiosidad. Y el pensamiento de Quintero está formado por hijos que fijan caminos hacia la mejor comprensión de la Patria como fraternidad enmarcada dentro del orden ecuménico y cristiano, que intento dar a la Roma pagana e inmortal de los Césares, la sangre de los mártires. Para Quintero la Patria no es el suelo murado donde se disfruta con carácter exclusivista un patrimonio que formaron nuestros mayores: la Patria es el

área donde con religioso sentido de comunidad se ha de cumplir un deber solidario, cuyo signo más perfecto es la inquietante contradicción de planos que hace la unidad aspada de la cruz. De lo particular que representa el amor desbordado a la región, Quintero pasa al círculo acogedor, de linderos más anchos, que forma los contornos de la Patria. Si mucho ama a Mérida y a sus hombres, ese amor lo sublima para abarcar a Venezuela y a sus grandes personajes. En él lo provincial no es lindero de exclusivismos sino peana donde se afianza el valor y la dimensión de la República. Para él no hay ríos ni montes que dividan sino cumbres que atalayan la inmensidad donde germinan los destinos, y corrientes que entrelazan a porciones de un uniforme suelo histórico. Y porque siente un estremecido afecto por Buenaventura Arias y Antonio Ignacio Rodríguez Picón y el Canónigo Uzcátegui y Caracciolo Parra y Antonio Ramón Silva y Tulio Febres Cordero, columnas del pasado emeritense, su espíritu vibra mejor cuando está frente a Bolívar, a Bello, a Urdaneta, a Ramón Ignacio Méndez, a Sucre, a Páez y a Vargas. El amor a lo particular ha hecho en él arder el fuego que hace fraguar los valores de lo nacional y más venezolano se siente cuanto más vigorosos son los afectos vernáculos. Y ama mejor y siente más lo presente de la Patria, por cuanto ama y estima la fuerza que arranca del ayer fecundo. Ni en éxtasis anquilosante frente al mundo de la tradición, ni devoto del progreso hasta el punto de hacerlo imposible -como sucede en nuestro suelo- por el necio empeño en destruir las bases tradicionales, él sabe, como Heráclito y Leonardo, que la misma agua del río que fue la última en correr a un lado de la puente, es primera en correr en el costado opuesto, sin que en nada varíe la diuturnidad del río, permanentemente vario y remozado.

Hay ilación para meditar acerca del fresco y fecundo pensamiento de Quintero desde esta capital donde se unen, en forma contradictoria, el imperio de la fuerza y la luz del pensamiento religioso que nutrió el alma de los forjadores de este pueblo.

Washington es ciudad bella, donde hasta a la propia muerte se ha querido dar aspecto de frescura. En Arlington la yacencia del soldado adquiere una actitud de orgullo masivo, que hace olvidadiza la monstruosa tragedia de los hospitales para inválidos de la guerra que sostiene la "*Veterans Administration*" en cercanías de Georgia, y cuyas puertas están cerradas al público en estos momentos de histeria

bélica, por cuanto de abrirlas a la vista común serían manera de mensajes pacifistas, capaces de anular, por su aspecto fúnebre, el espíritu de conscripción de los más valientes. Por contraste, y aunque allá quede una sobra de vida y acá sólo se contemple la realidad negativa de la muerte, en Arlington la apoteosis del sacrificio guerrero hace que los jóvenes se sientan impulsados hacia la lucha feroz que los tornará en héroes. Pero junto a la peligrosa glorificación de la heroicidad guerrera, que sirve de supedáneo a los imperios, en Washington alienta un sentido de plenitud y de belleza, que supera la de los verdes prados y grandes monumentos, y que lleva, por los caminos contrarios de la guerra, a pensar en ideas de justicia y de solidaridad humana.

Jefferson y Lincoln cuyos monumentos son lo más hermoso de la capital federal, exponen la dualidad que es nervio de la obra de Monseñor Quintero: la Patria como hogar de justicia, de libertad y de igualdad, y Dios como lumbre que lo fecunda. Ni el Pentágono, de donde salen las voces que dirigen la guerra, ni Arlington, hacia donde finalmente es conducida una juventud digna de mejores destinos, son el alma de la gran ciudad que lleva con orgullo el nombre de Washington. Escogidos como símbolos del genuino pensamiento americano, Jefferson y Lincoln trasmiten al viajero consignas elevadas. En los fastosos templos dedicados a honrar su clarísima memoria, hablan ellos palabras eternas: el mensaje de Gettysburg ha logrado marmórea permanencia para seguir enseñando la necesidad de pedir a Dios que libre al mundo de una nueva concepción política, capaz de nulificar la idea de que los gobiernos han de surgir del pueblo y han de hacerse por el pueblo y en beneficio del pueblo, como expresión de una soberanía distribuida al igual, entre todos los hombres, por beneficio de la divinidad, y no concedida a un hombre, ni a un grupo de hombres ni a una clase de hombres que se arroguen, como patrimonio exclusivo y permanente, el derecho de gobernar a los demás. Y el pensamiento de Jefferson, cuajado de religiosidad, dicta sentencias profundas que llevan al respeto de la libertad y de la igualdad. En ambos templos, como desde trípode mágica, dicta su lección constante el genio de la justicia que tiene a Dios por inspiración y por destino. Ahí se sienten vibrar en trabajo continuo de creación ciudadana, conciencias forjadas en el respeto de la religión y del hombre. Ahí se percibe la realidad del valor de las ideas, y en medio de la ática belleza de los templos, se adquiere la certidumbre de que si Washington

fuera destruido por una de las máquinas diabólicas que celosamente perfeccionan las potencias en duelo, Lincoln y Jefferson, con Madison, Franklin y Washington, serían lo que Sócrates, Platón, Esquilo y Eurípides son para la vieja Grecia, como testimonio de una madurez moral, más persistente que los monumentos, pero más débil que los apetitos que promueve la conquista.

Estos hombres magníficos, cuyas ideas son lo más valioso que ofrece a los viajeros la placentera ciudad de Pierre L'Enfant, se formaron en la dual disciplina que informa la médula de las grandes oraciones de Monseñor Quintero. Ellos unieron, a la idea de la realidad política, un sentido de justicia que miró en Dios la razón de la vida. Fueron leales en sus actos públicos, como dirigentes de pueblos, a las doctrinas que profesaron. Jamás traicionaron su propia bandera, como la traicionan hoy aquellos cristianos que, aferrados a los viejos sistemas de explotar al hombre, han provocado con su negativismo de lo social, el gran escándalo, según palabras del Pontífice, de que los obreros y necesitados busquen justicia bajo banderas anticristianas, para repetir aquí conceptos comunicados a Monseñor Quintero en la oportunidad de comentar su disertación sobre el comunismo, con que comienza el tomo segundo de esta obra.

En este ambiente de verdor agreste y de marmórea claridad, en medio de la ciudad que porfía por la capitalidad de un mundo, cuyos propósitos están modificando los propios valores de la antigua ciencia política; en estas horas oscuras de incertidumbre y de ausencia de lo divino, vuelvo hacia la Patria lejana a través del pensamiento fresco y altísimo de quien ocupa puesto de avanzada en las letras de Venezuela. A la corrección y atildamiento, Quintero agrega una exuberancia imaginífica, que hace pensar en el estilo multicolor de Carlos Borges. Escritor vocacional, que disciplinó en severos estudios la fuente de su inspiración, los discursos suyos son piezas admirables de erudición y de luminosa imaginería. No sé si también talle la madera o cincele el mármol, pero con colores y pincel es consumado retratista. Tiene la pasión del arte y de la luz que distinguió a los hombres del Renacimiento. Posee el don de las grandes figuras, como los florentinos del cuatrocientos la pasión por los grandes arcos. Juega con la alegoría y el símbolo con el mismo deleite y con igual acierto con que los pintores italianos de aquella época trataban alas de ángeles y va-

riadas joyas. De aquí la fuerza encantadora de sus discursos, tanto más hermosos cuantas más sean las veces que se les lea.

Completada en Italia su educación superior, arrancó a las grandes galerías y a las cátedras magnificentes los secretos de la majestad del arte puro. Porque si bien Quintero como teólogo calza elevado coturno y como canonista es maestro consumado y como filósofo sobresale entre doctores, y si mucha es su erudición en letras sagradas y profanas, sobre ese gran acervo de cultura se yerguen sus innatas cualidades de artista, que tanto construye imágenes con el metal de la palabra, como las eterniza con el pincel y la paleta.

Quintero conoce la fuerza avasalladora de la forma. Sabe que las palabras, así como poseen un espíritu que les da valor en el orden de la expresión ideológica, tienen un cuerpo sutil y sensible, y que de la armonía y buen juego de lo exterior, derivan la más fácil aprehensión y la mayor energía convincente los valores terribles que se quieran trasmitir por medio de la plasticidad sensible. "*¿Creerán los hombres,* dice Quintero en su oración sobre Cristo poeta, *tan malos conocedores de piedras finas, en los altísimos quilates de las nuestras, si las exhibimos sobre aros de cobre?*". Por ello reclama buen metal para engarce de las ideas que, cual joyas preciosas, debe ofrecer al educador, y aún más, el predicador de la palabra divina. El, como experto expagirita, ha sabido pulir el oro con que labra la maravillosa orfebrería de sus escritos y ha sabido también hacer con ello honor a lo expuesto en el Colegio Pío Latino de Roma, el año de 1925, acerca de la necesidad fundamental en que está el sacerdote de pulir el instrumento de la palabra, para hacer fácil la obra de la predicación evangélica.

Artista de vocación y dueño de variados recursos eruditos, Quintero ha logrado la docilidad de la palabra, y con su cabal dominio ha cumplido mejor su elevada misión sacerdotal. Porque si bien él es grande orador en el púlpito sagrado y en la tribuna profana, si es orfebre incomparable cuando adereza imágenes y teje palabras y si también es artista cuando arranca a los pinceles los secretos de la luz y de la sombra, sobre el sabio y sobre el artista y sobre el orador está el sacerdote en la plenitud de su valor misional.

Empeño de gratitud ha puesto Quintero en sus escritos para exaltar la inmensa figura del Arzobispo Antonio Ramón Silva; pero, modesto como el que más, no se ha visto a sí mismo para comprender que su vida y su obra son testimonio elocuente de la fuerza creadora del Prelado, y elogio él mismo cabal del don magistral que distinguió al eminentísimo Pastor, que las perlas de los magníficos discursos consagrados a honrar su memoria. Si él se examinara serenamente a sí mismo, vería lo poco ajustada a verdad de la imagen con que concluye el elogio del Señor Silva en la oportunidad de su reciente centenario. Sí puede Quintero alcanzar sin mayor esfuerzo la mano generosa del Pastor, y puede, también, recibir de ella el báculo que con tanta gallardía y decoro le sirvió de apoyo en su larga peregrinación episcopal. Y si con ojos menos humildes juzgase su conducta, llegaría a comprender qué falta a las enseñanzas del grande Arzobispo cuando rehuye honores y responsabilidades que tanto ameritarían su persona como ilustrarían los anales de la iglesia venezolana.

RAUL CHUECOS PICON

Traje propósito de escribir en Mérida sendos prólogos cordiales para las ediciones de las obras completas de Roberto Picón Lares y de Caracciolo Parra León, con quienes en 1918 inicié fraterna amistad en esta ilustre ciudad de Santiago de los Caballeros de Mérida. Vine, pues, con la intención de evocar gratas memorias de mi alegre vida de estudiante merideño, y, para aguzarlas, cae en mis manos el recientemente aparecido volumen de versos de Raúl Chuecos Picón, que, bajo el escéptico rubro de **Humo**, ha editado la Dirección de Cultura de la Universidad de Los Andes, cuyas autoridades no se desdeñan de adornar sus publicaciones con el viejo sello mitrado, que recuerda el religioso origen del Instituto.

El año 1912 conocí en Caracas a Raúl Chuecos Picón, en compañía de Juan de Dios Celis Paredes y de Julio Gutiérrez Arellano, que habían ido a tomar cursos en la Universidad Central. Poco tiempo vivió el poeta en la capital; pero al regresarse a la provincia había dejado con crédito su nombre entre la gente de letras. Su "Oda a las Orejas" reveló a la atención pública la fuerza creadora y el sentido poético del cantor, encuadrado en el momento rútilo de nuestra hora modernista. La última vez que hablé con Alfredo Arvelo Larriva creo que por el año 1928, me preguntaba el ilustre autor de **Sones y Canciones** "*¿Y qué se hizo aquel gran poeta merideño que escribió un canto a las orejas?*" Y no hace muchos años, en una de esas salidas luminosas que hace el entenebrecido Arreaza Calatrava, me decía el bardo infortunado: "*De los últimos poetas de la montaña, el único que recibió el signo de la poesía fue Chuecos Picón*".

Cuando Arvelo Larriva me preguntaba por Chuecos Picón, aún estaba éste en el mundo natural de los vivos, pero era todo un muerto. En un ensayo sociológico de algún alcance pienso estudiar exhaustivamente el socorrido tema de la hostilidad del medio frente a la obra trunca de algunos escritores. En el presente caso, no creo que el medio impidiese por sí solo el desarrollo pleno de la personalidad del poeta. Chuecos Picón fue fundamentalmente un hombre que careció de voluntad para luchar consigo mismo. Llegó a creer que la sociedad no le perdonaba "*el delito de tener talento*". Posiblemente la sociedad lo que no le perdonaba era que, abastado como estaba de grandes dotes de inteligencia, no las hubiese utilizado en la obra de vencerse a sí mismo. Florencio Sánchez lo habría incluido en la dolorosa galería de sus "*muertos*".

De abolengo le venía el talento literario. Blas Ignacio Chuecos, el tío, se recuerda en Trujillo como poeta de estro fácil; Gonzalo Picón Febres, el otro tío, representa una de las más conspicuas cumbres de la literatura nacional; el abuelo, Gabriel Picón Febres, figura entre los más claros valores de la intelectualidad merideña; doña Felina, la noble madre, fue abnegada educadora; el padre, Juan Pedro Chuecos Miranda, era gran médico y prosista atildado. Chuecos Picón recibió, pues, la literatura como pan de familia. Y era poeta.

Raro como el padre, quien puso libre término a la vida, acaso la existencia del poeta discurrió bajo este sino de tormento. En su poesía "Fe", dejó un atisbo de su mirar hacia la puerta falsa del suicidio, cuando dijo a la tierna novia:

Yo no tengo ni el miedo de perderte,
ni el valor insensato de dejarte
irte sola a los valles de la Muerte;
¡que aunque Dios lo quisiera,
yo sabría de su gloria fantástica
arrancarte por el insulto de la muerte mía!

Varias veces escuché al poeta hacer el elogio de la muerte libre. Comentaba con doliente palabra el trágico fin del padre, y sentía sobre sí el peso desgarrador de aquella muerte.

Saber, padre mío, que yo estoy sufriendo
por las amarguras de tu corazón.

Dentera por las uvas en agraz del progenitor, como en la sentencia bíblica, sufrió el poeta que no tuvo voluntad para luchar contra el destino.

Atormentado espíritu que buscó para sus males el mismo camino donde en balde creyeron sosegar los "*poetas malditos*". Chuecos Picón negó a su vida oportunidad para que su obra literaria cuajase en espléndidos frutos. Pero, inconclusa y llena de amargura, ella salva la memoria de un poeta, de un gran poeta, que ganó, con poco y disperso esfuerzo, sitio permanente en las letras nacionales.

He hojeado con el viejo cariño del compañero de juventud el centón lírico de Chuecos Picón. Muchos de sus poemas los conocía ya impresos, otros se los escuché leer, aun fresca la tinta, en mi cuartucho de estudiante, donde solíamos reunirnos en las tardes, para mí cansadas de Papiniano y de mitológicos principios de derecho público, a fin de platicar sobre amenos temas literarios. Muertos están también los otros poetas con quienes frecuentemente comunicábamos nuestros sueños y fantásticos proyectos: Juan Antonio Gonzalo-Salas, Emilio Menotti Spósito, Antonio Spinetti Dini y José Félix Fonseca. Inacabados, al igual de como está quedando para Mérida la obra literaria de sus ilustres hijos Julio Sardi, Julio Consalvi, Pedro José Godoy, Ulises Picón Rivas.

No he encontrado en el poemario de Chuecos Picón el "Canto a Nueva York", que, con historia y todo, ha debido figurar en este sitio honroso. Como falta el relato lo pondré aquí, a reserva de dar más tarde con los versos de esta aventura, en que pudo tocarme buena parte.

En Trujillo, por febrero o marzo de 1918, comencé a publicar una pequeña revista literaria bajo el sugestivo nombre de **Juan Cristóbal**. La impresión que me había hecho la obra de Romain Roland me llevó a buscar los medios de divulgar su pensamiento cargado de humanidad. Chuecos Picón me favoreció con su poema a Nueva York, que debería aparecer en la segunda entrega de **Juan Cristóbal**. Yo era empleado subalterno de la administración de Trujillo, y como injustamente se me negó un ascenso, renuncié el cargo y me vine a concluir en Mérida una profesión que me permitiese separarme del empleo público (Dicen que el zaguán del Infierno está empedrado

de buenas intenciones). Se acababa, pues, mi revista, y dejé los versos de Chuecos Picón para que se publicasen en el periódico oficial, que aparecía dirigido por el Bachiller José Rafael Almarza. Una mano enemiga, que quería cobrar al poeta sus travesuras en "La Penca de Tuna" (ya esto entra en los fueros de otra historia), llevó el periódico al señor Mac Goodwin, a la sazón Ministro de Estados Unidos en Caracas. Se produjo el reclamo, y enseguida de Caracas giraron órdenes a Trujillo y a Mérida para la prisión de Almarza y de Chuecos Picón. En su poema, éste, con criterio arielista, imprecaba la feroz cultura industrial del pueblo yanqui, próximo a ganar la primera guerra. Y fue hecho preso nuestro poeta, por cuanto el tema de sus versos desagradó al quisquilloso diplomático, que seguramente lo presentó al Gobierno como peligroso agente germánico (Hoy hubiese sido calificado de agente comunista).

Con clara intuición de poeta, Chuecos Picón sentía cómo se agrandaba la mano de hierro que, para apretar a otros pueblos del Continente, crecía donde en bronce alzaba su llama simbólica la estatua de la veleidosa Libertad.

Ya entonces el poeta había configurado su credo de patriota, y podía decir:

Como soy un salvaje ciudadano,
los gavilanes de mi pluma mojo
-con bríos de español y de africano-
en sangre azul y amanecer de oro.

"*Salvaje ciudadano*". Antinómica idea, en aquella hora representada por el poeta. Del mismo modo como no supo gobernar sus complejos, tampoco dejó que desde fuera se intentase dominar su rebeldía de soñador y su independencia cívica. Esa "*ciudadanía salvaje*" que tanta falta está haciendo en un pueblo que por falta de conciencia de sus deberes, día a día, va perdiendo los quilates de la nacionalidad, quiso domarla en Raúl Chuecos Picón la misión diplomática yanqui. Y logró que se le castigase, porque en el poeta hubo de fallar, para complacer en algo al poderoso, la resistencia general a la política belicista que opuso nuestra Cancillería, con decoro y altivez, durante la primera conflagración mundial. Aquellos versos y aquella prisión dan título a Raúl Chuecos Picón para ser mirado como víctima

de la presión de Washington sobre el pensamiento libre de nuestra sufrida América. Junto al poeta de sensibilidad de desollado, festejemos la memoria de quien sufrió en carne viva la garra amenazante del Norte. Que ella sea capaz de avivar los ánimos timoratos.

Mérida, 1952

APUNTES PARA UN RETRATO DE ROBERTO PICON LARES[44]

Conocí ampliamente, a través de una fraterna amistad, la vida y la obra de Roberto Picón Lares. Quizá no pasó un día de mi vida de estudiante merideño sin que hablase con él. No fuimos compañeros de bancas universitarias. Al contrario, cuando ingresé en las aulas venerables de la Universidad de San Buenaventura a escuchar la primera lección de Derecho Constitucional, Roberto Picón Lares ocupaba la cátedra. Apenas una o dos lecciones escuché del novel profesor, a quien la salud obligó luego a hacer dejación de las nobles tareas universitarias. Nos enseñó poco, pero nos mostró un camino: nos habló de Eugenio María de Hostos, el portorriqueño ilustre que tanto luchó contra el coloniaje hispánico de su isla, sin prever la hora infeliz de un coloniaje más duro, por extraño a la raíz del pueblo.

Para mí, en cambio, Roberto Picón Lares, siguió siendo un maestro. A más del auxilio que constituyó para mis iniciales escarceos literarios su vasta cultura en letras clásicas, fue su vida una lección de donde derivé valiosas enseñanzas.

---

[44]Roberto Picón Lares nació en Mérida el 2 de agosto de 1891 y falleció en Caracas el 28 de rnarzo de 1950. Curso la carrera de Derecho en la Universidad de los Andes. Cuyo Rectorado ejerció, junto con las Cátedras de Derecho Constitucional y de Derecho Internacional Público. Fue Director de Educación Primaria y Secundaria en el Ministerio de Educación; Presidente de la Cámara de Diputados; Director de la Secretaria de la Presidencia de la República; Consejero de la Embajada y Encargado de Negocios en Bogotá; Encargado del Ministerio de Relaciones Exteriores y Jefe de la Delegación de la República a la Primera Reunión de las Naciones Unidas.

Picón Lares y yo, a pesar de haber llegado a escribir en mancomunidad pequeños trabajos, de los cuales no podría decirse qué es lo suyo y qué es lo mío, diferíamos profundamente a la hora de conocernos. Era él hombre de arraigada e ingenua piedad religiosa; yo era, en cambio, un violento iconoclasta. Atravesaba a los veinte años esa crisis, donde la pedantería supera a la duda y con la cual muchos jóvenes continúan buscando ribetes de distinción. Moda era entonces rebelarse contra la fe de los padres y hacer el antirreligioso (Muy agudamente me explicaba en años recientes un estudioso de nuestras formas sociales, que la enemiga contra la Iglesia fue en aquellos tiempos manera de válvula de escape por donde se daba salida a una rebeldía que no podía expresarse contra las otras formas sociales). Nuestra amistad sobrepasó la profunda diferencia que para Picón Lares, especialmente, tenía que constituir mi permanente trance de blasfemia. Con un sentido de elevada tolerancia, Roberto no pasó de decirme que le evitase molestias en sus sentimientos, que yo sabía estaban arraigados en la más estricta ortodoxia.

El ejemplo de Roberto terminó por influir favorablemente en mi animo, y pasados los años, lejos ya de molestarle mis negaciones, compartimos las lecturas místicas y miramos desde el mismo ángulo de la fe los problemas del mundo y de la vida. La vieja amistad que divagó sobre textos de Derecho y de Historia tuvo mejores alas en San Juan de la Cruz y fray Luis de León y bebió mejores aguas en las cisternas de Diego de la Estella y de Juan de Avila.

Quizá pocas personas llegaron a conocer el fondo de mí mismo como Roberto Picón Lares. Fue, con frase de Pascal, el verdadero testigo de mi vida merideña, llena de alegrías, de turbaciones, de ensueños, de angustias, de aventuras. A través de treinta años he releído las cartas de Roberto en que enjuicia mi pensamiento literario y opina sobre mis primeras publicaciones en libro, y encuentro en ellas la viva mirada del radiólogo que supo ver en los meandros de mi espíritu; y junto con la fina observación del crítico, la delicada confi-dencia de nuestros amores juveniles, cuando buscábamos unir a nuestras vidas humanas las musas que hacían divinos nuestros sueños.

Si en verdad no eran muchos los años con que me ganaba Picón Lares, y era sobrada, en cambio, la amistad que nos vinculaba - fuerte para vencer las diferencias que provocan intereses y política-

yo vi en él, más que a un compañero un sabio maestro. Lo era por el juicio del discurso, por el dominio del instrumento de expresión, por la vasta cultura que servía de soporte a su obra de escritor. Un poco introvertido, Picón Lares descuidó la fama a que tenía legítimo derecho. Era también un tanto tímido en la relación común. Tímido en el orgullo de su propio valer, rehuyó cualquier posición que pudiera tomarse como empeño de hacer brillar sus indiscutibles méritos. Bastábale gozarse en su propio mundo, con el aroma de su jardín cerrado. Se le conoció, en verdad, como grande orador, mas el grueso de sus estudios no alcanzó publicidad en vida del escritor. **Con las alas abiertas**, novela de juventud, y **Mateo Alemán y [la vida d]el pícaro Guzmán de Alfarache**, ensayo de crítica literaria, anunciaron por 1918 lo que podía dar a las letras este insigne escritor, nacido clásico a la aventura literaria. Pero no tuvo afanosa preocupación por las letras de molde. Creo, por ello, que fuera de sus magistrales oraciones, cosa suya no fue a las cajas de imprenta. Mas si llegase a quedar inédita la obra del investigador y del erudito, que su familia se propone recoger en volúmenes como digno homenaje a su memoria, ya sus discursos bastarían, como recias cariátides, para sostener su nombre en el edificio perdurable de las letras nacionales.

Picón Lares era orador en toda la amplitud del concepto. Con la sangre había recibido el don divino de la palabra. Gabriel Picón Febres, el abuelo, llenó con su verbo de oro momentos inolvidables de la vieja Mérida; Gonzalo Picón Febres, el padre, fue llamado, a pesar de que lo sobrevivieron Eloy Guillermo González y Rafael Cabrera Malo, el último de los oradores clásicos de Venezuela. No escuché hablar a Picón Febres. Me dicen quienes tuvieron esa dicha que sentíase correr frío por el cuerpo a medida que discurría el orador insuperable. Pues yo también sentí frío cuando escuché por vez primera al hijo. Roberto Picón Lares era un orador insigne, no solo por lo apropiado de su estilo para el luminoso ejercicio de la tribuna, sino por el don de una palabra que sabía adaptarse a las necesidades de cada idea, de cada sentimiento, de cada público. Del padre no se limitó a recibir el ejemplo vivo, sino también la teoría del catedrático. "*Arte sublime es la oratoria -arte como la poesía- y no existe sino para cautivar. Ciencia y filosofía caben de fijo en su lenguaje, más no con el prosaico tecnicismo y exclusivo propósito docente que ellas usan en la cátedra. Si al profesor toca enseñar y al conferenciante persuadir, la misión del orador es entusiasmar las almas con la música del him-*

no, con el mágico esplendor del ditirambo, con el vuelo del ingenio por la divina excelsitud del ideal. El profesor lleva a la inteligencia el conocimiento exacto de los hechos y de las causas de donde se originan; el conferenciante los describe y analiza para deducir de ellos imperativas conclusiones; el orador los sintetiza en frases bellas, en melodiosas cláusulas, en períodos grandilocuentes y sonoros, para impulsar a los hombres hacia el bien y la hermosura, que es lo que engrandece y glorifica las naciones. Y así como el primero debe usar la sobriedad y concisión austeras que convienen a la ciencia y a la filosofía, y el segundo exponer con claridad y deducir con absoluta precisión, el orador ha menester -para sugestionar las multitudes y producir en ellas la tempestad del entusiasmo por los grandes ideales- de la música que encanta, de la síntesis brillante que deslumbra, del sentimiento que conmueve y de la imaginación que sobrecoge y avasalla al magnificarlo todo con la eficacia milagrosa de su poder creador". Guiado del consejo del padre, Picón Lares tuvo las cualidades que reclama el orador pintado por quien fue maestro de oradores. Dulzura de voz y claro timbre, aplomo en el decir, ágil mirada, fácil ademán, preciso gesto. Le faltaba lo que no podía proporcionare ninguna palestra: era escasa su estatura; pero, a medida que hablaba, la luz de su palabra le hacía crecer en la tribuna.

Me ha tocado oír a los mejores oradores académicos de años recientes, y ante ninguno he sentido la emoción oratoria que sabía transmitir Picón Lares. De haber sido orador de plaza pública, habría arrastrado multitudes con la misma facilidad de un Jóvito Villalba, de un Rómulo Betancourt, de un Rafaél Caldera. En traje talar, hubiera competido con Monseñor José Humberto Quintero el primer puesto como orador sagrado (En algunos momentos se parecen los estilos literarios de estos ilustres merideños. La manera de componer los cuadros con que saben dar color a las imágenes, pareciera aprendido en la misma escuela). Cuando en San José de Costa Rica tuve el placer de escuchar al gran orador nicaragüense Carlos Cuadra Pasos, no pude dejar de escribir a Picón Lares para decirle que había oído un orador que me llevó a pensar en él.

Nuestra oratoria tuvo, es verdad, un gran ciclo de abandono. Los oradores se hacen para el Parlamento, para el Foro, para la plaza pública. Hasta 1935 los oradores venezolanos tuvieron de escenario sólo las Academias, la Universidad, los templos y los recintos oficiales

donde se festejaban patrióticas memorias. La naturaleza de nuestros procesos judiciales no reclama la voz de los oradores; sin libertad el Parlamento, la oratoria no pasaba de servir para alambicadas apologías del régimen, cuando no se tratase de temas elevados sobre el interés doméstico de la política; la calle pública, único sitio donde se hace la verdadera política, no tenía espacio para la libertad que busca de expresar la reparadora crítica. Nuestra literatura en estos tiempos de mutismo se fue a trabajar en el campo de la Historia. Así lograba escapar en parte a los peligros del medio. Mas, pese al abandono oratorio, nunca faltaron en Venezuela oradores de excelencia. La tradición de Bolívar y de Coto Paúl no ha sido rota en ningún momento de nuestra vida de nación. El venezolano, sin escuela, sin oportunidades para el ejercicio del bien decir, ha sido siempre orador de calidad. Por ello, lograr fama oratoria como Roberto Picón Lares no es alumbrar entre ciegos, sino, brillar entre pares.

Los dos primeros tomos de sus **Obras escogidas**, que amorosamente vienen publicando su viuda e hijos, están dedicados a recoger su más destacada producción oratoria. Ellos contienen el cuerpo de ideas del escritor y, además, el propio esquema de su vida literaria.

El itinerario espiritual e intelectual de Roberto Picón Lares se puede fijar fácilmente a través de sus discursos. En ellos está resumido el vuelo armonioso de un pensamiento que cada vez se eleva más y hace más dilatada su parábola. Con la expresión del sentimiento casi familiar por la muerte del poeta amigo (Tulio Gonzalo Salas) y por la muerte del luchador que fue decoro de la ciudad y de la Patria (Jerónimo Maldonado), empieza su viaje oratorio, Si no con experiencia personal, en cambio, alumbrado por su ya fina observación de estudioso, sabe a corta edad que nuestra "*ingrata política, con sus veleidades y claudicaciones, paga y acoge, pero a costa de la honra y del servilismo*".

Con el elogio de los guerreros que hicieron la República, elogia a los hombres de la inteligencia pura que sirvieron de primeros motor es en la obra creadora de la patria republicana. Exalta las letras con pensamiento y verbo que evocan a los Cecilio Acosta y a los Gil Borges. Pone en juego toda la elocuencia de su fina palabra para hacer comprender a quienes le oyen cómo

los dioses mismos perecen:
mas los versos inmortales
permanecen...

Canta el progreso de los pueblos que abren e iluminan sus caminos. Exhibe la profundidad de sus conocimientos críticos al ahondar en la vida de Mateo Alemán, revivida para la actual publicación, mientras guardaba carcelería, en un momento de ofuscación de los ánimos políticos, cuando las pasiones desbordadas echaron hacia atrás, sin que se vea la hora de la cura, las manecillas del tiempo en el reloj de la dignidad de la República. Explica el derecho constitucional y avanza a apuntar "*el triste espectáculo de inconstancia política*" que es nuestra historia institucional. Canta las manos primorosas de la mujer, de quien no sólo exalta el sitio encumbrado que le corresponde como madre, esposa e hija, sino el muy alto que ganó en la historia nacional por los hechos sublimes que sirven de lazos de seda para el ramillete de relámpagos de la epopeya de la libertad. Tajó los mejores puntos de su pluma e hizo el elogio del grande Obispo Antonio Ramón Silva, "*hijo del trueno*", como los hijos de Zebedeo, nacido al servicio de la Iglesia cuando la tempestad de las persecuciones había echado de la Patria a su legítimo prelado: ilustre entre las mayores figuras que han decorado el episcopologio nacional, émulo de Méndez, de Arias, de Guevara y de Bosset en la defensa del decoro de la Iglesia frente a los excesos del poder civil. Con el mismo verbo que exalta la egregia figura del sin par Pontífice, honra al Padre Contreritas, modesto y santo sacerdote con quien el propio obispo confesaba sus culpas y a quien llamaba "*la violeta de su jardín*" sacerdotal.

Sencillo, modesto, laborioso y pulcro, don Aurelio Contreras, nuestro viejo bedel, merecía el homenaje de la pluma de Roberto Picón Lares; manera de pilar humano de la Universidad andina, el austero Aurelio la sirvió con un amor y con una abnegación que le hacen digno del recuerdo agradecido del Instituto. En el seno de este, y constituido ya su rector, Picón Lares levanta la palabra para historiar y ponderar su obra de cultura. Cuando la alaba, no sólo rinde culto al *alma mater*, donde su espíritu bebió miel y leche de saberes. Hombre de pasado, sentía hablar por sus labios una tradición que comprometía el laurel de sus apellidos. Antonio Ignacio Rodríguez Picón y Juan Antonio Paredes, abuelos suyos, la asistieron cuando comenzó a andar al impulso de los aires remozados de la revolución de 1810;

otro abuelo, Eloy Paredes, y otro más, Gabriel Picón Febres, allí enseñaron con su ciencia y con su ejemplo; allí, también, puertas y ventanas se hicieron más anchas para que se oyese fuera el verbo todo fuego de su ilustre padre. En la Universidad de los Andes, Roberto Picón Lares se sabía señor indiscutido de viejo castillo, cuyas enhiestas almenas defendieron e ilustraron sus mayores; servirla, más que un deber de ciudadanía y de gratitud, era en él un deber de estirpe: sus remotos abuelos la fundaron, sus abuelos más cercanos la dieron prestigio. El comprende que su ciencia y su verbo de hoy han de emular, en justa lid que los honra, la fama de sus antepasados.

Mérida es el tema preferente de la primera obra de Roberto Picón Lares. Sabía que el verdadero patriotismo se alza sobre las bases de un profundo afecto a la región nativa. Exaltar la historia y exaltar los hombres antiguos y presentes que habían labrado el oro de la tradición emeritense, lo juzgó un deber indeclinable. Como el benemérito don Tulio Febres Cordero, él comprendía la región nativa "*en sus más recónditos secretos y modalidades, y por comprenderla, por llevarla en lo más encumbrado de su pensamiento, a modo de blasón airoso, la amaba entrañablemente*". Luego, esa obra que ya había pagado a la "*patria chica*" su primer tributo, se extiende en busca de nobles motivos que dan ocasión para que queden en otros sitios jalones de luz de su palabra. Trujillo, en 1927, y a cordial invitación que yo le hice, pudo oír la maravilla de su verbo cuando fue inaugurado en plaza pública el busto que su descendencia, de abrahámicas proporciones consagró a la memoria de don Sancho Briceño, quien a su título de conquistador y fundador de pueblos agrega el de Procurador de la primitiva Venezuela cerca de la Corte de Madrid, con el cual logró merced del Rey que le da puesto singular en la historia del municipio venezolano. Después, Caracas, y más tarde Bogotá, escucharon su verbo seductor. El patriota, el crítico, el historiador y el gran venezolano se empinan más tarde en la cátedra de la Universidad Nacional de Chile para recordar a don Andrés Bello. A quien quiera que ame a Venezuela con realidad de sentido, pocas misiones más gratas como la misión que Picón Lares llevó al Sur. En el momento de ser reinstalada la Universidad chilena, Venezuela estuvo presente con Bello; de nuevo estaba presente Venezuela a la hora de festejarse el centenario en la persona de nuestro ilustre orador. Llevar la dignidad de la palabra de la Patria y ocupar el sitio que anta-

ño ilustró Bello, merecíalo en aquel momento histórico el digno escritor que consagró al estudio su existencia y que hizo de su vida paradigma de dignidad venezolana. Hermosa pieza, clásica en el orden del bellismo contemporáneo. el discurso que pronunció en Santiago para exaltar al patriarca inmortal de nuestras letras, sirvió también para decir que la tradición de cultura que ayer dio precio a nuestras letras, pese a la garrulería de modas y hábitos con suerte, tenía digno representante en la estirpe de estudiosos que prefirieron las lecciones de Bello, de Toro, de González, de Acosta, de Morales Marcano, a los colorines decadentes que a otros sirvieron de adornos para la fiesta de las letras.

Ya la palabra encendida y ágil de nuestro insigne orador ha cerrado una parábola de triunfos que tienen a Mérida, a Trujillo, a Caracas, a Bogotá, y a Santiago como dignos escenarios. Venezuela y América saben que por labios de Picón Lares habla un espíritu enamorado de la belleza y de la justicia; un patriota que ama el progreso tanto como la tradición creadora de la República; un escritor que busca para el brillo de las letras el oro que guardan los socavones trabajados por Cervantes, Santa Teresa, los Luises y los Juanes; un americano que sabe y siente cómo la fuerza que nos da fisonomía, carácter y espíritu arranca de la leyenda y de la Historia, donde logró proporciones ecuménicas el pueblo español, echado al *mar de las tinieblas* en pos de nuevas dimensiones. Pero el espíritu de Picón Lares necesitaba más ancho escenario para la brillantez de su palabra. Pronto la República se lo depara, y en la reunión de Londres de las naciones que buscaban la unión planeada en San Francisco, Roberto Picón Lares compareció como jefe de la Delegación venezolana.

A pesar de la profunda herida que en los espíritus sensibles al dolor y a la injusticia había ocasionado la bomba atómica, aún en el mundo se esperaba contra la misma esperanza. Soplaban todavía los aires confiados y frescos de Yalta y de Teherán, a cuyo impulso tomaron ámbito los ideales rooseveltianos. A principios de 1946, pese a las grandes quiebras del año anterior, había aún fe en las democracias. Se creía posible llegar a un mundo convivente y armónico por el equilibrio de los contrarios. Lleno de fe en el esfuerzo de los grandes países que habían derrotado mancomunadamente al nazi-fachismo, Picón Lares, en sesión plenaria del 18 de enero de 1946, decía a las Naciones Unidas: "*Toda nación que ha pretendido erigirse en señora*

del mundo, ha terminado en la derrota y el desastre. Desgraciadamente, esa lección no ha sido aprovechada hasta el presente; mas ello no significa que no debamos tenerla en cuenta en lo sucesivo para recordársela a aquellos pueblos a los cuales pueda acometer en el futuro la psicosis del mal y de la agresión. Presente debemos tenerla, y con ella el convencimiento de que sólo la cooperación sincera de todos los pueblos y todas las razas, sin rivalidades, sin odios, sin prevenciones ni discriminaciones, es el único sistema en que pueda cimentarse la paz y el bienestar del mundo".

Yo conocí profundamente a Roberto Picón Lares. Cuando en la tribuna de las Naciones Unidas enunciaba aquellos hermosos principios, él se sentía embargado de un espíritu crédulo en la posibilidad de la paz y de la concordia de los pueblos. Antes de partirse para Londres estuvo una tarde en mi biblioteca. Yo le leí un pequeño ensayo sobre los alcances de la bomba atómica, que acababa de enviar a Bogotá para la **Revista de América** de mi ilustre amigo el doctor Eduardo Santos. Mi fe en la posibilidad de una política sincera de las grandes potencias la había destruido la bomba de Hiroshima. Mi entusiasmo rooseveltiano, como manera de juzgar la futura política del Departamento de Estado, había desaparecido desde la hora en que fue anunciado el asesinato de japoneses pacíficos. Sin embargo, Picón Lares, favorecido por naturaleza de mayor vocación que yo para la fe, exculpaba a Estados Unidos, y miraba el crimen de la bomba atómica como transitoria necesidad para ganar la paz con economía de vidas. El confiaba en el futuro pacífico de la política estadounidense. Yo, en cambio, había borrado mi creencia antigua de que "*las democracias*" luchaban por la Democracia. Me afiancé desde entonces en que la democracia y la libertad son estados de conciencia a que sólo se llega por medio de un proceso de educación de la sensibilidad personal. Entendí también que mientras los hombres usen las palabras como antifaces de sentimientos, el drama de la mentira y del crimen seguirá en escena. Hasta hoy no hemos hecho sino dejar baldíamente en la zona de las palabras el poder germinativo de los ideales. Precisa, para la vendimia, bajarlos a la realidad de los hechos, si no como obra colectiva, al menos como posición individual. Sin que ello se entienda tampoco por renuncia de las posiciones idealistas. Al desdecir la fraseología oportunista, condeno el ruidoso palabreo que a manera de cortina de humo oculta intenciones criminales. Desdigo el divorcio del hecho y de la idea. Contradigo toda

realidad que ponga en marcha, no principios, sino inconfesables apetitos.

Ante mis dudas realistas, Picón Lares levantaba la misma palabra entusiasta y fervorosa con que en 1918 combatía mis dudas religiosas. En mí, quizá más que en él, la idea cristiana había tomado una forma de ilusivo sentimiento que me hacía buscar la expresión de una justicia inmediata. Cuando me adentré en el estudio del cristianismo como doctrina que expresa una actitud ante la vida, concebí como cristiano aquello que no se separa de lo enseñado por Jesús y los Apóstoles, y vi como herejía todo propósito de colocar las cosas visibles por cumbre de la vida religiosa. Cuando he combatido este "*nuevo judaísmo*", se me ha llamado sentimental e idealista. Sobre todo esto conversamos aquella tarde de su despedida, en viaje para Londres, Roberto Picón Lares y yo. Cuando nos separábamos, le dije: "*Quiera Dios que muden los tiempos y los hombres, para compartir tu fe en la política internacional, del mismo modo como me llevaste a compartir tu fe en el Crucificado*"...

Han pasado los años, y la política de fuera y la política de dentro han cambiado de escenarios y de perspectivas. Vencida su resistencia física por cruel enfermedad, Roberto Picón Lares se fue de la vida cuando comenzaba el año 1950. Hombre de robusta fe, murió como mueren los hijos de la luz. A la hora de ganar el camino sin longura de la eternidad, la política del mundo se inclinaba más hacia mi duda que hacia la confianza que generosamente le ofrendaba su espíritu cargado de nobleza.

El goza ya la paz eterna. A mí me dura aún la crecedera angustia. Yo en la vida, él en la muerte, podríamos reiniciar el diálogo de 1918. El disfruta en grado sumo la tranquilidad, la confianza, la resignación contra las cuales daban mi inconformidad, mi rebeldía, mis dudas de los veinte años. Podría decirme, como me escribía en aquel tiempo: "*Eres un espíritu que piensa y no está contento con su pensar. Tus ideas quieren ser optimistas, buscan un optimismo salvador, pero en medio de ese optimismo amargamente sonriente, surge una sombra de desolación infinita*". Sí, todavía lo soy. Para mi inquietud no he logrado aún reposo. Sigo "*sintiendo como un desollado*", según de mis escrituras observó en 1921 Rafael Cabrera Malo. Si no bueno, al menos fiel discípulo del Quijote, continúo creyendo que es mejor el

camino que la posada. A la cómoda, caediza posada que muchos buscan para enterrar la angustia de los sueños, prefiero el agrio camino donde se aviva la sed y crece el hambre.

Podríamos seguir dialogando, para acordarnos con Job, cuando preguntaba a los amigos si hay algún lugar en el mundo donde la inteligencia exista. El diría que ya ha visto los esplendores luminosos de esa inteligencia. Yo le respondería que espero enceguecer al mundo para verla con ojos sin mancilla.

Caracas, 1952.

LITERATURA NACIONAL

(Una conferencia de Mariano Picón Salas)

El 28 del pasado mes dictó una celebrada conferencia Mariano Picón Salas, en la I. Universidad de Los Andes, la que ha llegado a esta redacción. La elegancia del estilo hace interesante su lectura en la cual destácase claramente la joven personalidad del erudito escritor merideño. En cuanto a ideas expone el conferencista de "Las nuevas corrientes del arte" algunas que parecen fruto de la ligera inspiración que lo invadiera. Establece que Tolstoy es más artista del pensamiento que Flaubert y Gautier, y es de suponer que en esta especialización "*del pensamiento*" el joven autor háyase referido al *modus pensandi*, asunto más bien de ideología y crítica de doctrina, pues en materia de forma que excluye Picón Salas, creemos no hallarse el frío profeta ruso a la altura de Flaubert y los maestros franceses que enumera, y la forma, no dejando de serlo la idea, es la primera misión del artista. El pensamiento de quien escribe no deja de existir por la cláusula, ésta en cambio lo ennoblece y hace correcto, la elegancia en la manera de expresar las ideas constituye el estilo del individuo, su arte o mejor, su temperamento artístico. Extraña a la vez el hastío que atribuye Picón a Gabriele D' Annunzio siendo el "*imaginífico*" la más fiel representación de aquella vieja alegría helena que triunfó en la risa de Dionysos, y su fuerza creadora parece auxiliada por el grito unánime de un coro ditirámbico que festejase al hijo de Júpiter Olímpico. La eterna alegría de Heráclito de Efeso transformada en una potencia casi absoluta, anima toda la obra del italiano y de sus libros parece fluir la vida como de una suprema copa llena de excelentes virtudes, D'Annunzio es en concepto general la figura más alta del

mundo latino y su primer creador de belleza. Con respecto a Charles Baudelaire dice ser su poesía fruto del hachís, el opio y el ether, y que no retrata el alma francesa por no ser general el uso de esos excitantes, puede que sea razonable, pero el arte de Baudelaire retrata en sí el estado venenoso de la Francia que usa venenos peores que la morfina y el ajenjo, como Montmartre y el Barrio Latino la degradación de la alta sociedad parisiense, la misma que retrata Romain Rolland en **La Feria en la Plaza** y Marcel Prevost en **Vírgenes a medias** parece originada por un opio mortal que viniese haciendo su efecto desde remotas generaciones gracias al juro hereditario La amoralidad de París está de relieve en **Las Flores del Mal**, y nuestro arte actual, así como debe mucho a Ibsen, Nietzsche, Zolá y Poe, debe también gran vitalidad a la obra baudelariana.

Por demás es decir que el conferencista resulta feliz en el resto de su oración, sobre todo teniendo en cuenta su escasez de años se hace acreedor al aplauso. El nuestro es franco.

PRIMER ANIVERSARIO DE *PATRIA*

Caracas, 2 de agosto de 1926

Señores
Eduardo Picón Lares y Dr. Roberto Picón Lares,
Directores de PATRIA,
Mérida

Mis apreciados amigos:

Pensé enviarles una lírica página como ofrenda cariñosa para PATRIA con ocasión de su primer aniversario, próximo a cumplirse, pero previendo que ella sería pálida ante otras enviadas por pluma de mayor autoridad literaria, he querido que mi ofrenda lírica se trueque en epístola cordial, y justiciera para la alta obra de cultura que ustedes están cumpliendo en Mérida. La labor patriótica y civilizadora que en esa hidalga ciudad realizó en primer término el Teniente de Justicia Mayor. D. Antonio Ignacio Rodríguez Picón, la gloria que en Los Horcones enalteció el nombre de Gabriel Picón, la autoridad moral que fue prestigio del Dr. Gabriel Picón Febres, la dilatada obra literaria de Gonzalo Picón Febres, padre de ustedes, todos estos hombres ilustres unidos a la cívica prestancia del otro abuelo, Dr. Eloy Paredes, cuyo panegírico cúpome en honra hacer en la Ilustre Universidad andina, obligan en mucho la intelectualidad y el vigor juvenil de ustedes para continuar la senda civilizadora que aquellos atravesaron con gloria para sus nombres y para la culta ciudad que les dio cuna.

Ustedes han sabido corresponder a aquel pasado ilustre y Mérida siente el beneficio que vienen prestando a su cultura. PATRIA sintetiza el esfuerzo de ustedes en pro de esa comunidad, hasta ayer sin los recursos del diarismo. PATRIA indica, no una empresa floreciente, que esto fuera lo de menos dando cualquier otra industria líquida pingues proventos, sino el deseo de hacer el bien, el propósito de realizar en la comunidad de la cual se es miembro muy principal, obra extensa de ilustración y mejoramiento, obra de civismo, de patria, de apóstoles valiera decir. Pocos en Mérida con tantos títulos como ustedes entre su intelectualidad juvenil, para esta obra enaltecedora, para esta labor, donde no sólo urge incluir intelectual significación si no valores morales, ambos atributos muy claros en la persona de ustedes.

Y aumenta de suyo la significación de la empresa cumplida, al medir los obstáculos que paso a paso encuentran los nobles ideales en el seno mismo del conjunto que de ellos va a beneficiarse. ¡Ustedes han debido vencer mucho en su nobilísima carrera...! Pero el sembrador es hombre de futuro, suya es la semilla que se lanza al surco, y los que avientan ideas en un momento histórico, como aquel, sólo encontrarán cizañas y durezas en el campo, aunque tarde vendrá el jugo de la fruta grávida o la obra que denuncie idea lanzada con preñez de eternidad.

Quieran ustedes aceptar mis felicitaciones muy sinceras por el triunfo que para sus nombres significa el primer aniversario de PATRIA, y los votos sinceros que formulo por el continuo éxito de la noble empresa de ustedes.

Soy de ustedes afmo. amigo.

MBI

MERIDA RELIGIOSA

BENTHAM Y EL PADRE DUBUC

En el acto de la IX Conferencia Universitaria leída por el Dr. Gonzalo-Salas, tocó al muy Reverendo Padre Rector, Dr. Dubuc, hacer el "*vejamen*" reglamentario, y con su elegancia, evocadora de la impecable oratoria de un griego del siglo de Pericles, se produjo en elocuentes frases, animadas eso sí por su natural adhesión a la corriente jurídico-espiritualista que llenó la ya desacreditada filosofía clásica del Derecho Natural. En su afán por destruir nuevos conceptos, y refiriéndose al postulado kantiano que crea campos de acción enteramente distintos para el Derecho y la Moral, el Dr. Dubuc asienta que "*el Derecho realiza el bien teniendo consideración de las 'inmediatas'*" ventajas...; su lema es: EL BIEN POR LA UTILIDAD SOCIAL. Como quiera que en estos conceptos el Dr. Dubuc se adhiere tácitamente al utilitarismo -no el benthiano que es individual, sino al de Rousseau y Beccaria que quieren destruir el ente individual en provecho de la comunidad- nos ha alarmado un poco la actitud del discípulo de Santo Tomás y nos permitimos felicitarlo por su sinceridad de una manera cordial y respetuosa.

Fdo. L. de A. Iniciales del seudónimo Luis de Austria.

MONSEÑOR JOSE CLEMENTE MEJIA*

Cuando murió físicamente, después de doblar los noventa años, hacía ya mucho tiempo que Monseñor José Clemente Mejía vivía en el mundo de las sombras. Boconés por todos los costados, llegó a echar en Mérida profundas raíces afectivas, hasta ser una verdadera institución merideña, como las torres de la Catedral o como los airosos pinos que sombreaban las aceras de la calle donde estaba ubicada su propia casa. Al frente del deanazgo de la Catedral, el virtuoso levita cumplió una amorosa labor de celo por su limpieza, sus adornos, sus imágenes, su culto esplendoroso.

No era hombre de muchas luces, mas la parvedad de letras la compensaba con una extraordinaria voluntad de servir y con un celo por demás ingenuo, en lo que dice a devoción y costumbres religiosas. En mi época de estudiante universitario, Monseñor Mejía, que aún no había recibido el protonotariado, representaba, con el Padre Caputti, el ala extrema de la derecha clerical; Monseñor Enrique María Dubuc, entonces Rector del Seminario Conciliar, representaba a la vez la izquierda liberal. Los jóvenes rodeábamos a Dubuc, mientras veíamos en el buen Deán una manera de Torquemada rústico, para quien era ofensa todo lo que oliese a modernidad o progreso. A la enemiga para aquello que pareciese estar desencajado de las líneas de la ortodoxia, unía Monseñor Mejía unas maneras rudas y bruscas, que no dejaban que el extraño graduase las delicadas virtudes de ge-

---

*Este trabajo apareció sin título formando parte de **Pequeño anecdotario trujillano** de MBI. Para los efectos de esta compilación se le ha colocado el título que ahora lo precede.

nerosidad, de simpleza y de bondad que llenaban su espíritu magnífico. Severo enemigo de las modernas y ligeras modas femeninas, libró en Catedral verdaderas batallas, que si no llegaron al extremo del escándalo ocurrido entre el Padre José Asunción Contreras y el iracundo doctor Eusebio Baptista, hicieron terribles sus reprimendas. De haber podido, Monseñor Mejía habría impuesto a las damas de Mérida el traje monjil. La curva de un codo desnudo o de una altiva pantorrilla, le ofendía como si se tratase de una visión mesalinesca. Austero, duro, se le vio siempre luchar por la moralidad y las buenas costumbres. A los concubinarios no daba saludo. A los fornicarios escandalosos miraba como apestados.

Deudo cercano del grande Obispo Miguel Antonio Mejía, se dejó convencer por éste cuando el Prelado de Guayana vino[45] a primera visita *ad limina*. El asombro del viejo Mejía ante la majestad en la Basílica de San Pedro no tuvo par, como tampoco su pavor cuando visitó el Museo Vaticano. Los desnudos de óleos y esculturas terminaron por sacarle de quicio y cuando llegaron ambos Prelados al patio Velvedere, ya no pudo resistir nuestro hombre, quien tomando del brazo al Obispo, le dijo con imperio:

-Miguel, vámonos de aquí, pues con razón en Roma se han perdido tantos Papas.

---

[45]Recuérdese que Briceño Iragorry escribió este Anecdotario en España. Desde esa perspectiva refiere la visita a Roma y, por ende, escribe "vino" en lugar de "fue" (Nota del compilador).

LAS SOLUCIONES DEL OBISPO SILVA RECUERDO AL SEMINARIO EMERITENSE

Ocupaba por 1920 el Rectorado del Seminario Conciliar de Mérida, que así vino a llamarse con el correr del tiempo el instituto colonial, dado por el Ilmo. Sr. Fray Juan Ramos de Lora, y el cual, durante permanencia en Maracaibo, se tituló "Real y Conciliar Colegio Seminario de San Buenaventura y San Fernando de Mérida de Maracaibo", ocupaba el Rectorado, repetimos en razón de lo largo de la incidencia, el actual Obispo de Barquisimeto, Excmo. Sr. Enrique María Dubuc, a cuya amistad y persuasión debimos tantos favores en nuestra vida emeritense, entre ellos el muy señalado del afecto con que nos honró el egregio Obispo Silva. Terminaban en aquella época el Curso Filosófico aventajados seminaristas, que hoy son lustre y prez del clero Occidente, y quienes para legalizar sus estudios a los efectos de legislación de la República, presentaban exámenes ante la Delegada la Comisión Nacional de Instrucción Secundaria. Pero sucedió que al revisar los certificados de trabajos prácticos por aquéllos realizados, surgió grave dificultad entre el Seminario y la Delegación, que vino a dificultar la admisión de los alumnos a los exámenes nacionales.

Personas influyentes intercedieron en orden a solucionar la diferencia, e impedía a los seminaristas optar el Certificado de Suficiencia que los habilitase más tarde para ganar los estudios de Ciencias Eclesiásticas. Mas todo fue inútil, y el asunto amenazaba quedar sin solución posible. En los corrillos estudiantiles se debatía largamente la cuestión, y quienes opinaban a favor de la tesis sustentada por el

Seminario, quienes por el punto de mira de la Delegación cuyos miembros hacían responsable al Señor Silva, Rector nato del Instituto según el Concilio y las Instituciones de los Señores Lora y Hernández Milanés, pues decían ellos que el Obispo era opuesto a ceder en aquello que significase menoscabo de sus prerrogativas prelaticias, no contempladas por la ley en este caso.

Pasaron los días, y cuando se consideraba por todos ya finalizado aquel negocio recibimos una tarde, al salir de la Universidad, donde ultimábamos las diligencias conducentes a la presentación de nuestro examen final del Curso de Derecho, una convocatoria firmada del Rector del Seminario y hecha de orden del Señor Obispo, para concurrir al día siguiente, en calidad de Jurado, al examen de un seminarista aspirante al grado de Bachiller. ¿Qué era aquello? ¿Qué pensaba hacer el Rectorado? No nos lo explicamos de primer intento, y aceptamos la invitación más que todo curiosos de saber el papel que nos tocaría representar en los planes con que el Señor Silva intentaba solucionar el "*insoluble*" problema de los estudios seminariales.

Al día siguiente, a la hora fijada en los canceles, concurrimos al Salón de Actos del Seminario. Ocupaba la Presidencia el Señor Silva, a quien acompañaba el entonces Padre Dubuc, como aún nos place llamarle, y otros clérigos que en número de tres componía con nosotros, más otro seglar, el Jurado de Examen. En una silla, frente a la Presidencia, el aspirante, y llenando el Salón, el Seminario en pleno. Uno a fuimos los examinadores interrogando al joven minorista, hoy ilustre sacerdote, teólogo profundo y orador de fama nacional. Concluido el examen, acaso uno de los más brillantes que hayamos presenciado, y leída por el Rector la calificación que en grado óptimo se le confirió, el Ilmo. Señor Silva, en medio de la expectación del conjunto, se puso de pie. Era pequeño de estatura el Señor Silva, era pobre y desmedrado su aspecto físico, pero cuánto crecía, cuánto se empinaba al adoptar su legítima actitud de Príncipe y de Maestro. El brillo de sus ojos, profundos, grises ya por la prematura senectud, impedía que se sostuviese su mirada inquisitiva. Su voz, de un metal elocuente, pausada, venerable, dominadora, imponía el respeto y el silencio en torno suyo. El mismo movimiento de su diestra sarmentosa hecha para sostener enhiesto el cayado del Pastor, denunciaba al propio la roqueña inflexibilidad de su carácter. El Sr. Obispo, lleno de

emoción, se dirigió al graduando con el elocuente y lento decir, y díjole, cual General que en el combate dicta una orden inapelable y decisiva:

-Aprobado como habéis sido en el examen que acabáis de pasar, de conformidad con el derecho que a Nos dan las Leyes de la Santa Madre Iglesia y según la facultad a Nos reservada por las Constituciones a de este Instituto, os conferimos solemnemente el grado de Bachiller en Filosofía y Letras de este Colegio Seminario.

Un aplauso prolongado siguió a las palabras del egregio Prelado, y el aspirante se sintió Bachiller hasta para la hora del juicio final. No sería aceptado a estudios, con aquel título por la Universidad de Los Andes, hija sin embargo del Seminario que lo confería, pero con él se le abrían las puertas de la Gregoriana y de San Apolinar en Roma.

A nosotros nos dio la impresión de haber visto al Obispo Milanés confiriendo un grado en la vieja Capilla del Seminario. En aquella hora revivía, al conjuro de las palabras del Pontífice, el viejo prestigio del antiguo Colegio, andariego y perseguido, que había nacido frente a la albura de los hielos perpetuos, que pasó días de expectación e inquietud bajo el sol ardiente de las soleadas playas marabinas, que, impedido de funcionar por las tropelías del "*Ilustre*", se achicó hasta parecer una simple escuela, que salió a tierra extranjera en pos del abrigo que le negaban inconsultas ordenanzas, y que hoy vive, en forma humilde, apagado en la apariencia por el prestigio y la amplitud de estudios que privilegian a su hermano mayor el Seminario de Santa Rosa de Santa María de Caracas, en espera de poder ofrecer de nuevo espléndida cosecha.

Caracas, 29 de marzo de 1935

MERIDA NOVELADA

LOS RIBERAS
Historias de Venezuela

A PEPITA,
DUEÑA Y SEÑORA DE MI VIDA,
DESDE LOS LEJANOS TIEMPOS
EN QUE COMENZO LA AVENTURA
QUE LLENA ESTAS PAGINAS

ADVERTENCIA

Doy este libro a las prensas bien cierto de que no faltarán personas de flaco juicio que lluevan sobre él cuchilladas, como Don Quijote sobre el intrascendente retablo de Maese Pedro. Este mi retablo novelado presenta, junto con los títeres de mi invención, actores de carne y hueso. Personas con toda la barba alternan con fantoches libremente imaginados, para cuyo aparejo, sin embargo, he tomado ora la americana, ora la corbata, ora el sombrero, ora los espejuelos, ora el bigote de distintos individuos, sin que falte en el abigarrado atuendo de los fantoches, alguna prenda de mi percha personal. Personas y títeres se mueven en el contorno real donde he vivido durante los casi treinta años del discurso venezolano, cuya reconstrucción intento en estas desmirriadas páginas.

Muchas de las figuras que desfilan por este pesado cosmorama, son meros símbolos de circunstancias presentes en el diario curso de la vida de Venezuela. A algunas es fácil levantarles el festivo antifaz del nombre. Las de mayor densidad dramática, carecen de realidad individual, por resumir, para la función tipológica, diversas y mostrencas conductas.

Sobre un fondo de realidad histórica, en el cual se abulta a la vez la carga historiográfica que caracteriza mi obra de escritor, he puesto a vivir a la imaginaria familia de los Riberas, a sus amigos y a sus enemigos, como pretexto para desmenuzar hechos pasados y para exponer ideas con vigencia permanente en el orden social. Lejos de pintar intencionalmente figuras personales, he labrado espejos de fino alinde, donde algunos individuos, al contemplar su estructura in-

terior, podrán ver reproducidos rasgos personales, sin que terceros adviertan, su propio juicio, detalles que los individualice en el campo social.

El historial novelado discurre sobre un marco geográfico, hoy para mí distante en el tiempo y en el espacio. Puede haber errores en la evocación de un paisaje vivido hace más de cuarenta años. Carlos Gjelerup aconseja en estos casos olvidar la geografía en beneficio del interés poético. Cae, a veces, el relato en pormenores de aparente trascendencia para quien no advierta el propósito de dar, también, a libro un valor documental. He huido la descripción de cosas y de costumbres aún perdurables en el ámbito venezolano; en cambio, me he esforzado porque readquieran relieve y presencia hechos y circunstancias desaparecidos o a boca de la ruina definitiva.

Libro de edad madura, con él no aspiro a instalarme en la jurisdicción propia de Rómulo Gallegos, Arturo Uslar Pietri, Ramón Díaz Sánchez, Antonio Arráiz, Miguel Otero Silva. Sin baquianla para el caso, he preferido el relato imaginativo por juzgarlo más fácil para la pintura de ideas, de emociones, de realidades, de esperanzas, de angustias, de pasiones y de juicios, arraigados en el tiempo abarcado por los relatos. Ni pretendo, tampoco, que se me tome por hombre libre de responsabilidades en el trozo de historia nacional a que se refieren estas páginas; insisto, por el contrario, una vez más en abordar el gran drama social e histórico de mi país, sin intentar presentare como mero testigo asomado a las bardas del jardín donde se celebró el festejo. Quien en la liza salió con el costillar dañado, gana buen derecho para hablar de los acontecimientos y voz, también, para que se le oiga cuando explica las quiebras donde hay mayor peligro de tropezar.

He escrito un libro alegre. En cambio, creo haber ahondado con barreno de esperanza en pos del camino por donde puedan transitar con seguro de éxito las nuevas generaciones. Mi carga de experiencia la pongo una vez más al servicio de la nueva pedagogía del pueblo. Para prevenir al peligro, tienen mayor precio las cicatrices del embarrancado que el vistoso disfraz de quien se olvida de sí mismo y finge, al favor de fortunoso azar, posturas de ejemplaridad incierta.

Día Nacional de 1957.

UN HOMBRE

I

Partirse de Mérida era para Alfonso Ribera un sacrificio extraordinario. A los treinta y cuatro años de edad, su existencia se hallaba implantada en el dulce ambiente nativo con raigambre tan vigorosa, que parecía imposible poder arrancarla. Alguna vez Alfonso Ribera traspasó los linderos de Occidente y fue hacía San Cristóbal y Cúcuta. En viaje a Maracaibo, había hecho el camino de Valera y Motatán, cuando las crecientes del Chama dificultaban el paso por la Tierra Llana. Nada agradaba tanto a Alfonso Ribera como su ciudad natal. Alfonso Ribera era hombre de una autenticidad merideña, capaz de desafiar al más pintado de cuantos se dijeran fieles al terruño.

Se le hablaba de Caracas con verdadero entusiasmo, mas en su espíritu nada lograban las encendidas alabanzas de la capital. Para matarle cualquier curiosidad por la vida caraqueña, tenía cerca la continua lección de don Miguelito Fierro. Mientras en páginas de deliciosa literatura había vertido don Tulio el evangelio suave y discreto del criollismo, en Miguelito Fierro su ejercicio alcanzaba elocuencia contundente. Era de ver la complacencia de Alfonso Ribera cuando en la tertulia que se juntaba a la puerta de su establecimiento mercantil, el atildado don Miguel refería sus aventuras en Caracas.

Engolada y sonora era la voz que sacaba el empecinado representante del cerril merideñismo, para repetir la lección en que ponía de resalto su preferencia por la hermosa capital andina.

-Yo se las planto en su propia cara a los caraqueñitos, para que no sean tan pretensiosos. ¿Qué es eso -les dije una tarde, en la ter-

tulia de la Plaza Bolívar- de cantar al Guaire, aprendiz de río, como el Manzanares madrileño, corriente perezosa, que apenas tiene aliento para arrastrar las horruras con que lo perfuman las alcantarillas de "El Paraíso"? ¡Río, el Chama, que baja de los páramos bravíos carajeando las altivas montañas!

¡Cómo reía de gusto Alfonso Ribera al escuchar las festivas palabras del insigne caballero, que con tanto lujo y dignidad tanta llevaba el ilustre apellido Fierro, de cuyo brillo se ufanaba la metrópoli andina.

-¿Y el Avila? -seguía don Miguel- ¿Vale algo ese cerrito aplazado en los exámenes, cuando se le compara con esta sierra sin par, cuyas nieves el sol matiza mañana y tarde, para darnos la impresión de que Mérida cambia de corona como una princesa oriental?...

Nada pesaban las reflexiones que solían hacerle quienes aprendieron a leer y a interpretar la sinfonía de colores que el sol labra sobre el monte maravilloso, a cuyas faldas duerme Caracas la gentil.

Si los hombres de letras tenían palabras certeras para ponderar las maravillas de Mérida, Alfonso Ribera, movido apenas por la espontánea inteligencia del corazón, sentía cómo su vida formaba parte del paisaje de la cordillera nativa. No había seguido curso alguno en los buenos Colegios de la ciudad. Su instrucción se limitaba a mal leer, a peor escribir y a sólo sacar las cuatro reglas. Pese a la calidad de su estirpe, Alfonso Ribera no tuvo estímulo oportuno por donde fuese empujado a disciplinas escolares. El ordeño de las vacas en la finca que sus padres poseían en "La Otra Banda" y la atención del mostrador, en el establecimiento mercantil de un deudo rico, fueron la escuela donde Alfonso Ribera aprendió a amar el trabajo y donde ganó aliento para pensar en la conquista de la riqueza.

Por aquella época de sus treinta y cuatro años, Ribera figuraba entre los comerciantes más acomodados de Mérida. Su establecimiento, situado en la Plaza del Llano, era frecuentado por los cultivadores de café de los valles y mesas circulantes de la ciudad . Era el café la primera fuente de riqueza de la región andina. En las grandes haciendas de Mérida se producía un excelente tipo por tratamiento

húmedo; mientras en las fincas pequeñas, el beneficio se hacía por el sistema de trilladoras secas, que si bien conservan mejor el aroma de la bellota, hurta a los granos la politura que acrecienta su precio comercial. El engranaje económico entre el agricultor nativo y el comerciante internacional, se hacía en negocios del tipo de "La Primavera", de Alfonso Ribera. Estaban abastecidos los comercios de esta clase de todo género de productos extranjeros. En "La Primavera" se vendía desde el mitológico jamón de Westfalia hasta los finos paños ingleses; desde el percal y el budare de hierro colado hasta la delicada encajería de Bruselas; desde el sombrero pelo-deguama, de acabada manufactura inglesa, hasta el género blanco de los mejores telares alemanes; desde el rico Sauterne de Francia hasta los Diablitos de Chicago. Una especie compendiada de Naciones Unidas en la fuerza de sus excedentes de producción, eran, en realidad, aquellos negocios mixtos, cuya potencialidad adquisitiva aumentaba en razón del crédito que les tenía abierto el comercio de Maracaibo.

La primera guerra mundial -que justamente concluía cuando Alfonso Ribera se aprestaba para ausentarse de Mérida- tenía mucho que hacer con el predominio que el capital alemán ejercía en nuestros países de economía colonial. El alemán manejaba el crédito mejor que los ingleses, que los italianos y que los norteamericanos. Pese a la diferencia de cultura, la colonia alemana radicada en Maracaibo tenía una poderosa intervención en el desarrollo de la economía de Occidente. Las grandes firmas de Brauer, Möller y Compañía, Beckermann y Compañía, Steinvorth y Compañía, Blohm y Compañía, porfiaban con las casas de capital italiano y anglosajón, y concluían por dominarlas en el ritmo directivo de los negocios cordilleranos.

El comercio de las ciudades y pueblos del interior se desarrollaba al sombraje del crédito que les concedían las casas de Maracaibo, y los comerciantes lugareños ganaban prestigio cuando se constituían en agentes compradores de café para determinada firma maracaibera. La savia económica de la nación se movía a través de un proceso de ida y de retorno *-de corso e ricorso-* cuyo punto de coincidencia era el establecimiento, donde el agricultor retiraba durante el año telas, abrigos, calzado, sombreros, herrajes, utillaje de labranza, víveres y demás artículos necesarios para el mantenimiento de la casa y de la hacienda. Al fin de la cosecha, el agricultor entregaba al comerciante su café. Las cuentas se liquidaban sobre el precio del

día. Mientras al agricultor se cargaban las mercancías retiradas según el valor del momento, la moneda con que iba a pagar se estimaba de acuerdo con la demanda internacional del café. De Londres, de Hamburgo y de Nueva York llegaban a Maracaibo los precios topes para cerrar las operaciones del gran comercio. Maracaibo, a la vez, comunicaba por la vía telegráfica a sus corresponsales del interior el precio que debían pagar por el fruto. A su vez, el comerciante local acomodaba a sus intereses y posibilidades la paga que daría al agricultor. Un análisis cabal del proceso lucrativo, permite decir que el comerciante interiorano era la última expresión distribuidora y succionadora del comercio internacional. La riqueza territorial estaba prácticamente en manos de una clase que apenas pensaba en balanzar lo mejor que pudiera sus cuentas de fin de año. El campo quedaba a merced del comerciante. El crédito estaba reducido a los pequeños préstamos que los compradores de café hacían a los agricultores, con el señuelo de asegurar la cosecha. Sobre la dimensión de este crédito y en la mejora del precio a que eran liquidados por frutos del año, estribaba la preferencia otorgada por los campesinos a uno u otro comprador de café.

Alfonso Ribera era considerado por la marchantía rural como uno de los comerciantes que mejor pagaban el café. Esto contribuyó tanto a la prosperidad del negocio como a darle cierta aura de prestigio entre el pueblo.

Si en realidad le abría paso en el campo de la estimación de los mayores la circunstancia de pertenecer a una de las más encumbradas familias de la ciudad, su carácter llano y sus maneras alegres e insinuantes, desvirtuaban, no sólo la agresividad de su rostro áspero y de su talante impetuoso, sino, también, la valla que su presuntuoso linaje, interponía entre él y la gente sencilla y común de la región.

Los Riberas procedían de una de las más levantadas estirpes coloniales y en Mérida se conceptuaban con derecho a todo género de miramientos. ¿No contaban, acaso, con próceres que aún libraban batallas en la otra vida? ¿Era poca cosa el parentesco de la familia con el famoso don Gregorio de la Ribera y Solaguren, cuya alma se invocaba diariamente para hallar las cosas perdidas, en razón de habérselo así concedido la Providencia, como precio de su propia salvación? Así hubiera sido condenado a la horca por el asesinato del

doctor Francisco de la Peña Bohorques, Familiar del Santo Oficio y Capellán de las Monjas de Santa Clara, en cuyo convento tuvo asilo doña Josefa de Monasterios, esposa y víctima de la crueldad y de los celos del famoso don Gregorio, éste ganó celebridad, que a sus deudos servía a manera de historiado pergamino de heráldica hidalguía. Si otros tenían próceres, ora hundidos en solera de hidalgas estirpes castellanas, ora incrustados en el zócalo de la República o ya colgados en el Paraninfo de la Universidad, los Riberas contaban con un deudo que hacía diariamente milagros y a quien la fe del pueblo ofrecía oraciones y misas desde el Siglo XVII. Para el caso, poco importaba que en lugar de ser santo, fuera un criminal cambiado de signo a última hora.

Bien pagado de sí mismo, Ribera había ganado la buena partida con sus condiciones sociales. No lucía por su ingenio gracioso, ni siquiera por su trato culto. Mas por el natural, alegre y dispuesto; por la palabra chancera y divertida; por la disposición entusiasta y la bolsa no limitada para la contribución oportuna, se le miró siempre como piedra angular en toda reunión de tipo festivo y social.

* * *

La Mérida del tiempo de Alfonso Ribera era una supervivencia amorosa y pausada de la Mérida de mediados del siglo XIX. En relación con otras ciudades del interior venezolano, Mérida contaba con grandes recursos de civilización. Por medio de un esfuerzo extraordinario de transporte, fue instalada en la última década del Ochocientos la planta que distribuía el fluido para el alumbrado de la ciudad. En las casas de la gente acomodada lucían pianos, alfombras, espejos, vajillas de finísima calidad, comprados directamente en Europa por los pudientes señores, a quienes agradaba visitar a París, Madrid o Londres, antes que a la capital de la República. Tardo el paso de la acémila, que en tres días comunicaba a la ciudad con la más próxima estación ferroviaria, no era, en cambio, óbice para que a Mérida llegasen muchas voces los libros de Europa primero que a Caracas. Como si fuera un timbre de orgullo regional, aún la gente común comentaba cómo en más de una ocasión el doctor Ramón Parra Picón ganó disputas científicas con colegas caraqueños, a cuyas manos no habían llegado todavía publicaciones científicas de París, ya conoci-

das por el estudioso médico merideño. Comodidad y esplendor, buena lectura, lujo en la mansión de los señores, todo coincidía para hacer de Mérida una verdadera ciudad.

Por 1918 las calles lucían aún la alfombra esmeraldina de la yerba, que tramaba los cantos del pavimento. Las aceras de flojos ladrillos mostraban el verdín de la humedad transmitida por la niebla, bajada con el atardecer. Noches maravillosas, blancas noches en que los caballeros aún se echaban sobre los hombros la "*fermosa cobertura*" señoril y castiza, o vestían el severo mac-farlan, de clerical apariencia. Silenciosas, largas, frías noches, en que tras la celosía la muchacha tímida y espiada, aguardaba el paso del galán enamorado, que apenas dejábale, entre furtivas palabras, el breve billete, contentivo de la última promesa de eterno enamoramiento. Solitarias, dormidas, pausadas noches, en las cuales la vieja ciudad dejaba escuchar entre el apretado y profundo silencio, la música de su agua subterránea. Como el palpitar velado de una vida misteriosa, se escuchaba por entonces en las esquinas de Mérida la sonora voz que discurría por las secretas acequias, destinadas, desde la época colonial, a repartir el milagro generoso del agua cristalina, represada a la altura de Milla. Si en determinadas partes ya funcionaba algún moderno sistema de distribución de aguas, no era suficiente aún para que se desistiese de aquel régimen familiar y primitivo de llevar a las casas la clara corriente del agua limpia, que, a tiempo que seguía al vecindario en estado de pureza, tomaba curso distinto en la acequia destinada a las aguas negras. En las casas por donde no pasaba esta agua alegre y suelta, se recurría a la mana silenciosa y profunda. En medio del silencio nocturno, la voz del agua parecía salirse toda fuera de su embalse subterráneo, para comunicar al solitario noctívago la poesía recóndita de la vieja ciudad. Arpa sonora, Mérida se escuchaba a sí misma durante las largas y apacibles horas de su descanso nocturnal. La introspección que parecía caracterizar a la gente, se convertía en muda canción que, sin dejar comprender la letra del pensamiento interior, derramaba hacia fuera su monótona, dulce, amorosa melodía.

Ya aquel encanto singular de la Mérida nocturna ha desaparecido por completo. La niebla ha disminuido y pocas son las veces en que desciende sobre la ciudad modernizada, cuya alfombra de yerba cedió al progreso del macadam y cuya música subterránea ha sido sustituida por el angustioso vocerío de los raudos automóviles. Que-

da, apenas, en recuerdo el espíritu de la ciudad antigua. Los rojos techos y las altivas torres caen al imperativo del progreso. El perímetro urbano varía y mejora en el orden arquitectónico. Las costumbres se distancian de los viejos, apacibles, modosos hábitos, y hasta la vértebra interior donde halló sostén la tradición brillante y altiva de la ciudad, parece tomada de la polilla que ha invadido el esqueleto nacional.

La poesía de Mérida se ha refugiado en los dulces aledaños de Milla, de la Otra Banda y del Pie del Llano. Como son hoy, así eran los campos merideños al tiempo en que Alfonso Ribera vivía en la ciudad. Los paisajistas encuentran en los alrededores de Mérida temas realengos para sus óleos y pasteles. En cambio, ¿qué merideño se siente impulsado a adquirir lienzos y tablas para la iluminación interior de sus hogares? ¡Vaya por Dios!, que sería tanto como tirar sal al mar esto de meter en las casas cuadros con representación de paisajes, cuando con sólo echar los ojos hacia cualquier viento, ya se está en presencia del más primoroso cuadro, pintado por el propio divino pincel de la Madre Naturaleza. Si se mira hacia las cumbres nevadas o hacia los páramos lejanos de Oriente, al ojo menos fino llega el temblor verdegueante de los bosques, que suben hasta ser vencidos por niveles donde la botánica se ve obligada a bajarse hasta el plano de las rastreras espeletias. Si se lanza la mirada hacia los suaves declives de la Otra Banda, los altivos bucares ponen ensangrentados tonos al milagro de los más tiernos y dulces verdes de yerbas, de canas y cafetos.

Por aquellos lados, justamente, se desarrolló la vida de Alfonso Ribera. De muchacho vio encallecer las manos en el áspero trabajo de la soga y del establo. Cuando se hizo hombre y fue dueño y señor de un fondo de comercio, se amancebó con Anita Méndez, graciosa muchacha del lugar, criada en la hacienda vecina de don Luis Saldaña.

La vida galante y erótica de Alfonso Ribera siguió el mismo curso acostumbrado por la mayoría de la gente de su tiempo. En los altos círculos de la ciudad ocupaba sitio de excelencia, y no había sarao, baile, paseo o recepción a que no fuera invitado como primer chicharrón. De buena familia, bien parecido y acomodado en lo económico, era, en realidad, lo que se llamaba un excelente partido, sobre

quien echaban ojos los padres de hijas casaderas. El se sabía objeto de aprecio y de codicia y, sin llegar a formalizar compromiso alguno, se había entretenido en noviazgos sucesivos con Luisa Carrasquero, con Lucía Tapia y con Hortensia Casas, sin que estas inclinaciones matrimoniales le hicieran desistir de sus relaciones con Anita Méndez, en nada enfriadas, tampoco, por su entusiasmo actual hacia la forastera Elisa Govea.

Por el tiempo en que Ribera pensaba trasladarse a Caracas, su enredo con la Méndez contaba más de catorce años. La muchacha le había salido buena y era, además, toda una hembra, capaz de satisfacer los reclamos del más urgido varón. Al principio, la madre de Anita -peona de la hacienda de don Luis Saldaña- lloró y maldijo a la hija y al seductor. Más tarde, el enojo fue cediendo y la vieja se pasó a vivir en la casita que, en la subida de la Cruz Verde, Ribera montó a la querida. Primero nació uno, después vino otro, por último un tercero. Tres eran los muchachos que en Anita tenía Alfonso Ribera. Cuando Luis, el mayor, cumplió doce años, Alfonso lo llevó de peón a la hacienda paterna. Era el "*ahijado*" y, consiguientemente, lo miraba la familia de Alfonso con ojos tolerantes, piadosos, protectores. Alfonso Ribera había leído en alguna oportunidad unos apuntes que su abuelo don Gaspar escribió acerca del mejor régimen para el gobierno y provecho de las haciendas. El viejo Ribera era experto en tierras, sementales y semillas. Conocía el secreto de la poda del cafeto y el régimen de sombra y riego que mejor aprovecha a las bellotas. Buenas reglas tenía anotadas sobre el tiempo y la manera de encelar a los padrotes, a fin de que las yeguas parieran buenas mulas. Minuciosos detalles había recogido el abuelo Gaspar sobre el mejor provecho de las laderas para la siembra de la yuca, del maíz y de las piñas. Entre tanta sabiduría agrícola, el viejo -crecido cuando aún en Venezuela regía el sistema de la esclavitud legal- anotaba con extraordinaria sencillez el siguiente consejo: "*Es muy de desearse que los dueños de haciendas tengan, también, algunos hijos naturales, para hacer de ellos fieles mayordomos*". El apunte del viejo Ribera no levantaba sonrojo alguno en sus honorables descendientes. Era un sistema cómodo y provechoso, que servía tanto a los fines de la economía agrícola cuanto a la satisfacción de las urgencias sexuales. No sólo miraba a estos reclamos la conducta de Alfonso Ribera. La sociedad concubinaria no debía ser una carga simple, que pesara sobre su negocio mercantil. Para que el gasto fuese menor, del comercio de

"La Primavera" Anita Méndez recibía harina suficiente y suficiente panela para amasar y hacer dulces. Los muchachos vendían las melcochas, las cocadas y los panes, y mensualmente eran liquidadas las utilidades, para reintegrarse Ribera el valor de la materia prima.

La subfamilia bastarda obedecía a una realidad angustiosa de incultura e indefensión social. La muchacha de hacienda se sabía peona para lo que saliera: durante el día, la escardilla, la recolecta del café, la limpia del conuco; en la noche, la visita del patrón o del hijo de éste, que a gatas llegaba hasta el camastro donde ella se echaba a descansar. Peona de día y peona de noche. Criatura sin libertad y sin escape, a quien no se le concedía derecho para hacer menos rigurosa la tarea del día, ya quien no se reconocía durante la noche derecho, tampoco, para resistir en defensa de aquello de que nadie, según palabras de Sancho, podría despojar a una mujer si ésta se dispusiese a defenderlo. La muchacha de campo se sentía, en cambio, fatalmente unida al apetito del señor de la tierra. Sus padres y sus abuelos habían trabajado resignadamente sobre el pedazo de tierra, al cual estaban tan ligados como el rebaño, como la piara o como la colmena. Era la norma impuesta por una servidumbre, si bien no sancionada en cuerpo de legislación alguna, empero con vigencia poderosa en el área de una sociedad tolerante, a la par de la insolencia del poderoso como de la humillación de los pequeños.

Con estribadera en este sistema erótico-económico, se movían las relaciones de Alfonso Ribera y Anita Méndez. Como Ribera era persona de timbre en el alto mundo social merideño, su comercio concubinario era nocturno. Tal vez esta circunstancia era todavía un resto de pudor frente a las fórmulas sociales. El señor no se ocupaba durante el día en su casa postiza. El vivía en el hogar paterno. Ahí tenia su recibimiento general y ahí hacía sus tiempos de alimento. El dormir fuera, se explicaba como necesidad de vigilar el negocio. No era el concubinato abierto de quienes sin bendiciones se unen totalmente a una mujer libre. Este simulacro de matrimonio obedece a otro tipo de realidad. El concubinato vergonzante de Anita Méndez constituye una manera muy corriente de vivir la mujer común en nuestros pueblos. Se trata de una entrega simple, total, humillada, en la cual la mujer carece de todo derecho, a no ser el derecho que el Código Civil ha venido a reconocerle desde 1942, al considerarla miembro de una sociedad de hecho con el concubino enriquecido.

De estos hogares construidos sin piedad ni reflexión, salen al mundo hombres y mujeres, tarados por más de una circunstancia dolorosa. Si en el orden social funciona el matrimonio como sistema legal de vida, las personas que se saben provenientes de una relación distinta, han de sentir fatalmente el impacto de una falta, poderosa para convertirse en resentimiento torcedor. A la hora en que el bastardo, el adulterino, el sacrílego o el mancer se coloca en actitud hostil frente a los otros términos de la sociedad, revive inconsciente y fríamente la vindicta fatal, con la cual se confundía la justicia en el orden de la tragedia antigua. Cuando los Códigos modernos buscan de nivelar con el de los legítimos el derecho de los hijos naturales, no hacen sino dejarse llevar por un justo movimiento de reparación en el orden ayer quebrantado por padres irreflexivos. Tuvieron aquellos hijos derecho a haber nacido dentro del sistema que consigna el ordenamiento social. Si nacieron fuera, culpa no fue de ellos, sino de genitores a quienes en sana equidad las leyes deben obligar a reparar el daño hecho a la prole ilegitima.

En cambio, Alfonso Ribera y todos aquellos que vivían en iguales circunstancias, no pensaban de tal modo . Para ellos, el hecho de engendrar hijos constituía una mera función fisiológica y un heroico testimonio de hombradía. Claro que Alfonso Ribera sentía afecto hacia los tres muchachos de Anita Méndez. Eran, en realidad, sus hijos, y en ellos, así fuera de modo irregular, veía una prolongación de su estirpe y de su nombre. Sin medir el valor social y jurídico del uso por los hijos del apellido, Alfonso Ribera hacia la vista gorda ante el apelativo Riberita que en el vecindario de la Cruz Verde daban a los hijos de Anita Méndez. Inconscientemente funcionaba en él un valor de ostentación viril, como si aquella atribución estuviese proclamando su virtualidad física de varón. Padre en la plenitud del significado material del hecho, no se sentía, en cambio, moralmente obligado con las indefensas criaturas que debíanle la luz de la existencia. El los había engendrado, pero, en último análisis, eran para él simplemente los hijos de Anita Méndez.

II

Cuando Alfonso Ribera recibió la última carta en que sus padres repetían insistentemente la recomendación de liquidar el negocio comercial e irse a Caracas, luchó noche y día consigo mismo antes de resolverse a dejar la ciudad nativa. La voz paterna estaba realmente inspirada en una sana preocupación por el hijo, de quien habían llegado noticias a Caracas de que intentaba en serio contraer matrimonio con una de las hijas de Baltasar Govea, telegrafista maracaibero, recién instalado en Mérida y de cuyo hogar trashumante no se hablaba con el debido comedimiento.

Hasta ahora no habían ganado fuerzas las sucesivas tentativas matrimoniales de Ribera con Luisa Carrasquero, Lucía Tapia y Hortensia Casas. Muchachas discretas, confiaron su éxito a la modestia y al recato con que habían sido educadas en sus severos y tradicionalistas hogares. Elisa Govea era otra clase de mujer. Alegre, chispeante, resuelta, fresca como una madrugada, al atractivo de sus opulentas formas, a la luz quemante de sus grandes ojos verdosos y a la voluptuosa sonrisa de sus labios húmedos y carnosos, agregaba la insinuación y la desenvoltura del trato.

En su carne morena se adivinaba el calor de la "*tierra del sol amada*". Ante ella, fácil fue que se rindiera la voluntad solteril de Alfonso Ribera. No bien mirada por la exclusiva sociedad merideña, la familia Govea fue blanco de aleves comentarios que, lejos de sosegar la pasión de Alfonso, lo empujaron a hacer más notoria su inclinación hacia la bella y seductora Elisa.

En cambio, las noticias de un posible matrimonio de Alfonso con muchacha motejada de maneras alegres, inquietó gravemente a sus padres, y sin que aquél advirtiese por nada la causa de la insistente invitación a liquidar el comercio y a trasladarse a Caracas, los viejos Riberas ganaron, al fin, la batalla de convencer al hijo díscolo.

En puridad de verdad, ninguna objeción seria podía hacerse a la conducía de la señorita Govea. Claro que la educación y las maneras de ésta, la diferenciaban un tanto del modo rígido y por demás discreto en que eran educadas las damas del señorío merideño. Mientras las Govea, hechas a un medio más desenvuelto y más desvestido de prejuicios, frecuentaban la Plaza Bolívar en compañía de jóvenes alegres, las damas de Mérida se veían privadas de libertad, aun para recibir en sus propias ventanas el saludo de los amigos. Duraban en el campo de las costumbres sociales las prácticas antañonas, de cuando las actuales abuelas abrieron los ojos a la luz. Justo en los días en que se comentaba la presunta sansfaçon de las Govea, corría en boca de beatas y de gente pacata el áspero comentario que se hacía del irrespeto que un joven estudiante había irrogado a la familia Rodríguez, cuando desde la acera pública y a eso de las nueve de la noche, se atrevió a dirigir la palabra a una de las niñas puestas al balcón.

Para una sociedad donde adquirían proporciones de escándalo bagatelas como ésta, era inaceptable la manera desenvuelta y alegre de las Goveas. Bien podían ellas ajustar sus ideas a los más severos principios de moral; poco, en cambio, les valía ante el reclamo del convencionalismo tradicional. Por tanto, no se sabe si hubo mayor prontitud en el enamoramiento de Alfonso que en el aviso que sus puntillosas tías dieron a los viejos Riberas. Discretos y listos, por nada se hicieron los informados don Vicente y doña Teresa. Conocían el genio impetuoso y altivo del hijo por donde optaron otro tipo de razones.

Desde hacía varios años la posición política del viejo Ribera había logrado una firme consolidación. Sus influencias en el ánimo del General Juan Vicente Gómez, eran cada vez mayores y su voz, en consecuencia, se hacía sentir cerca del Presidente Provisional y de los Ministros. Carta tras carta, ya del padre, ya de la madre, recibía Alfonso. Las reflexiones de los Riberas eran justas y certeras. El hijo

no debía desperdiciar la magnífica posición que aquellos gozaban en la capital. A él lo ataba sólo un negocio comercial, de fácil liquidación. Las tierras o quedarían en arriendo o bajo la administración de alguno de los parientes inmediatos. En cambio, en Caracas lo esperaba un porvenir risueño, a la par que la complacencia de ir a gozar los privilegios, las facilidades y las atenciones que rodeaban a los padres afortunados.

Hasta aquí el planteamiento de los viejos Riberas. Lo otro, lo resolvería él según su leal saber y de acuerdo con su inclinación entusiasta hacia Elisa Govea. ¿No estaban, acaso, entendidos los dos? Pues bien, se iría a Caracas y de allá volvería, con la complacencia paterna, a celebrar sus bodas con aquella que se había hecho dueña de su destino.

III

Compadre Carlos, vengo a venderle mi negocio -fueron las palabras explosivas con que Alfonso Ribera saludó a su íntimo amigo Carlos Trejo, cuando éste acababa apenas de asomarse a la puerta de su negocio mercantil de la Plaza de Milla.

Viejos compañeros, mantenían una entrañable amistad desde las bancas de la escuela primaria. Esforzado trabajador, Carlos Trejo se había venido abriendo camino a punta de honradez y de laboriosidad. De origen pobre, no tuvo para comenzar el apoyo crediticio de que gozó Ribera. Sin embargo, había suplido las influencias extrañas con una dedicación extraordinaria al trabajo y con una habilidad en el arte de ganarse una excelente marchantía.

¿Y cuándo tomó esa resolución, compadre? -le interrogó Trejo.

-Anoche y definitivamente. Ya tengo concluidos los inventarios y, como quiero hacer con usted un negocio de hermanos, vengo a ofrecerle; el establecimiento por ochenta mil bolívares; en créditos saneados hay más de cincuenta mil, y el punto, no se diga.

Carlos Trejo no tenía la cabeza bien despejada como para dar una respuesta precisa al amigo, que al improviso le proponía un negocio de verdadera cuantía. El estaba en buenas condiciones económicas y sabía el precio del punto de "La Primavera". Además de esto, entre él y Alfonso Ribera había una estrecha relación de negocios por donde le era fácil conocer el verdadero estado del fondo de comercio.

-Entre usted y yo, compadre -respondió Trejo- los negocios son más de amistad que de ganancia. Le agradezco la oferta y déjeme el día para totumear las posibilidades del pago.

-Me paga cuando le dé la gana, compadre -agregó Alfonso Ribera-. Necesito poco dinero para el viaje, pues de paso por Maracaibo recogeré una suma que tengo en la casa Blohm. Piense todo el día y no le diga a nadie mi viaje, que apenas lo sabe usted.

-Así será, compadre. Ahora nos tomaremos un cafecito, y le damos un rato a la sin hueso -agregó sonriendo Trejo-. ¡Tomás -gritó hacia adentro- tráete dos pocillos de café, bien tinto!:

Tomaron los amigos sendas silletas de cuero y las recostaron a la puerta del establecimiento, en espera de la entonadora bebida. La Plaza de Milla lucía una tupida neblina, que dificultaba precisas el rostro de las personas que transitaban por la acera del frente. Entre los árboles se escurría la sombra de las beatas mañaneras, que caminaban de prisa a la Misa del Padre Caputti. Era la hora en que la ciudad se echaba al trabajo cotidiano y así hubiese frío y fuese así mucho el reclamo de las sábanas, la gente madrugaba al oficio. Del Valle Arriba bajaban los campesinos con los burros cargados de verdura y de leche. Bajaban, también, las acémilas con los verdegueantes haces de pasto para el alimento de las bestias de silla de los señores. Los muchachos caminaban presurosos a la escuela. Lentamente pasaban los viejos del vecindario. Es algo maravilloso el madrugar de los viejos pueblerinos. Parece que les acuciara ver el sol y la calle y los picos de los montes antes de que el día haya empezado a moverse.

-Buenos días, don Carlos; está fría la mañana -decía el primer anciano que pasaba.

-Buenos se los dé Dios, don Nicomedes -agregaba Carlos, mientras el viejo seguía silencioso su camino. .

-Buenos días, don Carlos; el sol parece hoy perezoso -saludaba don Cándido.

-Sí señor, don Cándido, el sol no tiene ganas de salir -respondía Carlos Trejo.

Y tras de don Nicomedes y de don Cándido pasaron don Acisclo y don Aurelio y don Juan María, todos con saludos semejantes y a paso presuroso.

Luego, el indiecito Tomás presentaba el azafate con las humeantes y aromosas tazas de café, sorbidas de inmediato con entusiasta paladar por los dos amigos.

-¡Qué buen café, compadre! -exclamó Alfonso Ribera.

-Pues es de la casa, compadre. En el solar hay unas matas, que yo mismo recojo y dejo secar en bellota, para meterlo en el pilón a la hora de tostarlo. Esta mañana, muy temprano, fue la tostadura, y vea usted ¡qué café !

-Es algo divino, en realidad. Yo siempre he pensado que si el café estuviese destinado a ser bebido por gente de buen gusto, lo dejarían en parapara, para destilar este licor -agregó Ribera.

-Bueno, compadre -interrogó Trejo-, ¿y usted tiene ya arregladas todas sus otras cosas?

-Pues, verá -respondió Alfonso-. Ya yo soy hombre maduro y por más enamorado que esté, no dejo de comprender que desperdiciar las oportunidades que me ofrecen los viejos es tanto como resignarme a ser aquí un perpetuo comprador de café. Usted sabe que nada me gusta tanto como Mérida, pero el hecho de que yo liquide mi comercio, no quiere decir que me arranque definitivamente de la tierra. Yo volveré a hacer mi vida en esta tierra, porque, sépalo usted, compadre, lo de Caracas es una simple pasantía.

-Así dicen todos, compadre -agregó Trejo-. Se van resueltos a regresar al viejo patio, luego le toman allá gusto a la capital, y ojos que te vieron, paloma turca. Ojalá a usted le suene distinta la canción.

-Cada quién es hijo de su voluntad, compadre. Yo creo que conmigo no rece el cuento de los provincianos desarraigados. Verá

usted cómo regresaré a la tierra y cómo aquí asentaré por siempre mi hogar y levantaré mis hijos.

-Así lo deseo de todo corazón, compadre, pues se va quedando uno solo en el pueblo.

Platicaron largo los amigos sobre las perspectivas del café al terminar la guerra y sobre los buenos precios que alcanzaría el fruto al volver la paz a Europa. Hablaron de cosas locales y abordaron los temas que más u inquietaban la momentosidad parroquiana, que, en verdad, eran pobres y monótonos. Por el momento, el mayor interés de las conversaciones merideñas recaía sobre el éxito asombroso de las misiones que habían desarrollado recientemente en la Catedral los jesuitas venidos de Colombia.

* * *

¿Cómo se produjo el hecho? Jesuitas o ex-jesuítas, lo cierto es que los dos sacerdotes ganaron fama de extraordinarios predicadores en la vecina república. A los pueblos del Táchira llegaron luego voces pregonantes del ardoroso poder de su palabra misionera. De la región fronteriza se pasaban a las ciudades colombianas numerosos fieles, atraídos por el verbo admonitorio de los religiosos. Pronto, en todos los pueblos tachirenses se produjo una curiosa inquietud por escuchar la cálida y explosiva palabra de los afamados apóstoles. Como se trataba de permitir la entrada en el país a dos clérigos extranjeros, la Curia de Mérida recabó permiso de las autoridades de Caracas. En la solicitud se habló de "*dos misioneros*". El negociado que en el Ministerio respectivo entendía de problemas eclesiásticos, agarró el rábano por las hojas y luego apareció en la **Gaceta Oficial** una resolución con estribadero en la Ley de Misiones, por la cual se autorizaban misiones en los estados de la Cordillera que formaban parte de la diócesis de Mérida. Nada menos que asimilar la región de Occidente al régimen especial establecido por la ley para la catequesis de los indígenas salvajes.

Después de un éxito extraordinario en los pueblos del Táchira y en las poblaciones occidentales de Mérida, llegaron a la ciudad episcopal los ponderados clérigos. Los preparativos hechos para su re-

cepción lindaron con lo extraordinario. Los fieles y los curiosos los recibieron con el mismo delirante entusiasmo con que pudieron ser recibidos San Bernardo o Pedro el Ermitaño, cuando predicaban la Cruzada. Las misiones, presididas por el Obispo y el Capítulo, tuvieron lugar en las anchas naves de la Catedral. Los fieles rebasaban las posibilidades del vasto templo y llenaban las plazoletas del Perdón y la calle que separaba al templo de la vecina Plaza Bolívar.

A las cinco de la mañana comenzaba, con las misas y las prédicas, el bullicio de concurrentes. De los barrios, de las aldeas, de los caseríos y de los pueblos vecinos acudía la gente con un enfervorizado deseo de oír la palabra de los enviados del Señor. Mérida presentaba un aspecto inusitado de ciudad en agonía. El contagio de fervor y de miedo hizo presa en el ánimo de la población entera. "*¿Ya te confesaste?*", era la pregunta que andaba de boca en boca. "*¿Ya te casaste?*", se interrogaban entre sí los públicos concubinos. En tal forma fue predicada la necesidad de regularizar las costumbres y fueron tales la amenaza de condenación y el patetismo con que los clérigos pintaban el fuego del Infierno, que la gente fue tomada de una singular locura. Un pobre muchacho que oyó ponderar cómo sufrirían las llamas infernales quienes no estuvieran casados, salió del templo a celebrar matrimonio con la primera prostituta con quien logró topar. Un infortunado barbero, cuya mujer lo había abandonado por otros hombres, se sintió obligado a perdonar a la esposa, quien luego regresó al hogar, para transmitirle una galopante avariosis, que lo llevó rápidamente a la tumba. Un fervor espantoso e inenarrable se apoderó de la conciencia de grandes y de pequeños, de jóvenes y de ancianos, de hombres y de mujeres. Cinco, seis, tal vez ocho personas huyeron el ánimo a aquella psicosis colectiva, con más explicación en el contagio de las masas que en la fuerza convincente de los oradores, en realidad, mediocres y teatrales.

La explosión de fanática religiosidad promovida por los sacerdotes colombianos, abarcó todo orden de actividades. Señoras de calidad y alta prez se abrían paso entre la nutrida multitud de pueblo, en demanda de un auxilio metálico para los misioneros. "*Una limosnita para las Santas Misiones*", era la voz con que las damas reclamaban el óbolo generoso, que a la postre se convirtió en gruesas sumas de dinero. Estudiantes que aún la víspera practicaban la impiedad, doblaron la rodilla ante los pacientes confesores. Viejos curtidos de in-

diferencia, volvieron sobre el olvidado Ripalda, para reaprender los rezos comunes. Mas, del mismo modo como se levantó el fervor misionero, del mismo modo se apagó sin dejar fruto positivo entre el pueblo creyente. Todo fue un mero problema de impresionabilidad epidérmica, desvanecida al día siguiente de concluido el artificial proceso misional.

-¿Y usted se confesó, compadre? -preguntó Alfonso Ribera a Carlos Trejo.

-Pues, ¿qué le parece a usted? No pude resistir el empuje de la familia. Mi mujer y la vieja me armaron una tremolina y fui a donde el Padre Caputti. Además, usted sabe que yo acostumbro confesarme todos los años por Semana Santa. ¿Y usted, compadre?

-Yo me quedé afuera. Las viejas tías respetan mis caprichos y la tal Anita se arregló su problema fácilmente. Como yo nunca pierdo una, la mujer resolvió dejarme, dizque por estar ambos en pecado mortal. Yo no esperaba que los jesuitas me trajeran esta solución tan fácil.

-Hombre, ¿y después de tantos anos? ¡Qué ocurrencias tienen las mujeres! ¿Y los muchachos?

-Por lo pronto yo les daré algo para su diario y ella seguirá trabajando sus granjerías de dulces y amasijos. A lo mejor, como está bastante joven y es buena moza, se enredará con otro, cuando le pasen los escrúpulos, y así me libraré definitivamente de ella. Diga usted, compadre, ¿tengo o no tengo suerte completa?...

IV

Después de un minucioso examen de los inventarios, Carlos Trejo resolvió quedarse con el negocio "La Primavera". Firmó los compromisos del caso y entregó treinta mil bolívares en dinero contante a su amigo Alfonso Ribera. Para éste la operación resultaba brillante, puesto que la suma que restábale en poder del amigo era como si la tuviese en caja. Quedaba, en cambio, a Ribera por solucionar el problema de la novia, en quien el aviso del proyectado viaje del prometido había tenido una honda repercusión, pese a las promesas encendidas y apasionadas del enamorado Alfonso.

Hombre voluntarioso e independiente, Ribera no había hecho sino afirmarse en su pasión hacia Elisa Govea, cuando escuchó las críticas que a la muchacha hacían sus severas tías. No sólo por enamorado veía las cosas de distinta manera a como las miraba la gente de su familia. Entre él y sus tías había un mundo de por medio. Tal vez por el tipo de negocio en que se había levantado; acaso, también, por considerar el poco estímulo que recibió de sus propios padres cuando estuvo en edad de hacerse una carrera, lo cierto era que en Alfonso Ribera tenían menos resonancia los prejuicios que formaban la estructura social de Mérida. No se desdeñó jamás del cuadro exclusivista de su familia; mas, al impulso de su nueva pasión, llegó a considerar injustificado el aspérrimo sistema que regía entre los de su clase. Aquello de "*gente de primera*" y "*gente de segunda*" le vino a resultar un arbitrario modo de catalogar a las personas. Para Alfonso Ribera terminó por no funcionar, siquiera provisionalmente, eso de gente mejor y de gente peor, cuando la bondad y la maldad sólo derivan de la suerte de un apellido.

¿Por qué negar aprecio a tantas valiosas personas sin brillante cuna, que se habían ganado una posición distinguida en la comunidad? ¿Por qué fijar los cuadros sociales sobre el capricho de nombres bien o mal llevados por sus titulares? ¿Por qué dar mayor aprecio a las facilidades que ofrecía una posición económica que a la conducta observada por las personas? ¿Cuántas veces no se había preguntado Alfonso Ribera a sí mismo la razón de que en Mérida tuvieran voz, por el mero peso del apellido, sinvergüenzas como Faustino Casas, que apenas había sido hábil para alzarse con las tierras de sus parientes? Con sencilla lógica, Alfonso Ribera desarticulaba el difícil problema de la figuración social y se dejó llevar por un claro sentimiento de justicia. Así no lo hiciera por espontáneo movimiento anticlasista, en cambio, movido por su amor; hacia Elisa, estuvo contra el arbitrario proceder de su empingorotada familia.

Si él hubiera sido persona observadora, habría comprobado sobre su propia experiencia personal cómo el mundo de los hombres se mueve por la voluntad más que por las ideas; habría llegado a saber, también, que los ojos de una mujer pueden desviar en un momento dado los más severos discursos de la mente. Las ideas de Alfonso, si bien abonadas por su trato continuo con la gente llana acercada al mostrador de su negocio, fueron influidas notablemente por su transitoria conducta de enamorado, a quien dolía ver a la novia desdeñada en nombre de absurdos prejuicios; y en razón, también, de esa mutación de juicios, se le vio patrocinar entusiastamente a buena gente forastera, en quien los viejos godos intentaban escudriñar los linajes, para poder avenirse a que fueran invitados a alguna de las raras fiestas que por entonces se celebraban en la ciudad. A Alfonso había terminado por sacarlo de quicio la ridícula investigación familiar a que eran sometidos los criollos procedentes de otras regiones del país, mientras se invitaba a toda carrera a cualquier alemancito que llegase a Maracaibo con su arreo de muestra. Ese absurdo exclusivismo, Alfonso llegó a comprenderlo como la causa fundamental de la conducta agresiva de tanta gente resentida, que se empeñaba por cobrar en cualquier forma a la llamada clase principal sus humos y estiramientos. Por un proceso curioso de reflujo, 0 la actitud vengativa de quienes se sentían ofendidos por el menosprecio de la llamada "*gente de primera*", llegaba a ser compartida por más de un tipo socialmente incrustado en los grupos altos, quien, sin advertir el origen de las críticas y de las murmuraciones, terminaba por participar

en el cuadro de aquellos que se constituían en voces encargadas de pregonar las deficiencias y los errores de la buena sociedad.

El profundo conocimiento que Alfonso Ribera tenía de las peculiaridades de su propia gente, lo mantenía en guardia contra el proceder de los gratuitos enemigos de la familia Govea. A él se le daba un bledo el que su novia fuera motejada por la alegría, franqueza y soltura de su trato. A sus tías no les parecía de tono que las Govea salieran a dar vueltas por la tarde en la Plaza Bolívar.

-¿Pero qué diablos de malo tiene que ellas hagan en Mérida o que están acostumbradas a hacer naturalmente en Maracaibo? -preguntaba Alfonso a su tía Praxedes.

-La gente debe respetar las costumbres de los pueblos adonde fuere -respondía con solemnidad de maestra de escuela la vieja tía Praxedes.

-Eso es tonto, mi querida tía. Yo le daría a usted toda razón si me presentase el más pequeño testimonio de una incorrección en la conducta de Elisa. Yo la he tratado muy a fondo y estoy convencido de que es la mujer que me conviene para esposa. El casa lo tengo definitivamente resuelto y mañana pienso pedirla.

-Y ya escribiste a tu papá y a tu mamá la resolución que has tomado? -preguntó con forzada naturalidad doña Praxedes.

-Se los diré personalmente el mes que viene, cuando llegue a Caracas. Mañana, en la tarde, vendré con Elisa a visitar a usted y a la tía Asunción.

-Será mucho placer para nosotras, puesto que en el fondo no tenemos sino reparos muy pequeños para tu novia. Además, ella ha de ser mañana tu mujer y hemos de empezar a quererla como miembro de la familia.

Pese a la malicia que lo distinguía, Alfonso no llegaba a trascender la verdadera posición de las tías, ni menos la labor de zapa que habían avanzado en el ánimo de sus distantes padres. Como éstos doña Praxedes y doña Asunción conocían el carácter violento y

autoritario del fogoso galán. Igualmente sabían que una abierta oposición, lejos de llevarlo a desistir del proyectado matrimonio, lo empujaría a efectuarlo con mayor celeridad. Callaban por prudencia ante el sobrino y disimulaban hábilmente con las amistades, mientras para Caracas menudeaban las cartas enderezadas a que los viejos Riberas presionasen en el ánimo de Alfonso, hasta convencerlo de la conveniencia de irse a vivir en la capital, donde lo esperaban pingues negocios a la sombra benéfica de las influencias del padre.

Cuando Alfonso hablaba con las tías en el recibo del primer corredor, llegaron de la calle, con sus caras de pascua florida, las primas Braulia y Margarita. Las dos hermanas eran huérfanas de padre y en ambas viejas habían visto dos madres generosas. Cualquiera que ignorase las líneas familiares, se sentía movido a duda al querer determinar cuál de las dos severas, altivas y finas viejas era la madre de las niñas.

Braulia frisaba con los treinta años. Era una bella mujer, de poca estatura y un si era o no gorda, pero cuyo dulce rostro evocaba las alegres figuras de Rubens. Suave, discreta, inteligente, Braulia era festejada por su bondad, su dulce trato, su palabra oportuna y reposada. Margarita, la menor, apenas llegaba a la veintena. Ganaba en porte a la hermana y, también, en atractivos. De formas espléndidas, era desde los pies hasta los hombros de una perfección estatuaria. Torneadas las maravillosas pantorrillas, ancha y victoriosa la cadera, cimbreante el talle, saltarines los agresivos senos, formaban apenas el pedestal donde lucía un rostro, que era discreta expresión de simpatía y de belleza. Breve y festiva, la sonrisa daba meliflua suavidad a la altivez del fino labio; como diseñadas por el pincel de Apeles, las cejas eran suerte de arcos triunfales para decorar la luminaria de los grandes, dulces, profundos ojos castaños; cual si luciera discreta toca, el óvalo del rostro hacía pensar en la imagen de vírgenes silenciosas que hubieran consagrado a Dios el tesoro de su pureza. Y si Margarita era bella y sugestiva al simple examen de las formas estéticas, cómo crecía su atractivo cuando se la veía pasar gastando el repique de su cadencioso paso de gacela.

Vimos a Elisa en la Iglesia del Espejo -dijo Margarita con alegre sonrisa al primo adelantado a saludarla-. Está felicísima por la petición de mano y dijo que mañana venía a visitarnos.

-A ti no será, sino a las viejas -respondió Alfonso con risa de burla cariñosa.

-A quien sea, pues; pero estará con nosotras mañana -agregó Margarita, en el mismo tono de cariño y de broma.

-Supe que te están preparando un paseo de despedida -dijo Braulia-. ¿Dónde es, por fin?

-No me han dicho todavía a ciencia cierta si es en "La Isla", en "La Pampa" o en "San Camilo", pero en cualquier sitio que sea, espero que ustedes irán con las viejas.

-Nosotras iremos con mucho gusto, si somos invitadas -dijo en tono grave doña Asunción.

-No faltaba más, querida tía -agregó el sobrino-. Si la fiesta es para mí, ¿cómo podrían festejarme sin atenderlas a ustedes?

-Así debe ser; pero ahora, muchacho, las cosas son como son. Los jóvenes han dado en decir que las viejas estorbamos y han acomodado a su gusto la urbanidad. Si hubieran ustedes conocido a la Mérida de nuestros tiempos. ¡Qué fiestas, qué saraos aquellos! Los señores se hacían sentir en señores y no había las vulgaridades de ahora.

-Usted exagera mucho, mita Asunta -interrumpió Margarita. La cosa no es tampoco como usted la ve. No usarán hoy cubilete los señores ni crinolina las damas, pero creo que se guarda la debida compostura. Todo lo contrario. No hay derecho para que en Mérida duren costumbres reñidas con el progreso de otros pueblos. ¿Cree usted, mita Asunta, que ese celo, ese cuidado, esa vigilancia que tienen los mayores sobre el más mínimo paso de las niñas hable bien de la sociedad? ¿Somos, acaso, de tan mala catadura para que se nos vigile la más corta pisada?

-Cállate, cállate niña. No sabes lo que dices; las madres tenemos que saber todo lo que hacen las hijas -agregó sentenciosa doña Asunción;

-Santo y bueno, mita; pero hay cosas que reclaman otro comportamiento y otra manera de pensar. ¿Qué ha hecho Josefita Rodríguez para que ustedes anoche la hayan dejado sin pellejo?

-¿Y te parece poco, so tonta? ¿Crees tú, acaso, que es poca cosa recibir una carta del novio en plena Iglesia?

-Sí, señora. Yo estaba precisamente en la Iglesia cuando ocurrió el caso. Josefita estaba arrodillada ante el altar de la Virgen y Marcelino Bastidas llegó discretamente hasta ella y le dejó el papel sobre el libro de rezos que tenía abierto entre las manos. Eso fue todo. Ni una palabra se dijeron. Ni siquiera una mirada se cruzaron. Pero, el Padre Montilla, que es un adulón de la familia Rodríguez, corrió con el cuento y exageró lo que no era nada. Si esa gente no fuera tan puntillosa y dejara que Josefita y el novio se tratasen regularmente, el mozo no recurriría al expediente de las cartas. A no ser. que por lo bonita que es, pretendan que Josefita se quede para angelito de entierro.

-No te metas a componer la sociedad ni a enmendar la plana a las Rodríguez. Ellas saben lo que hacen. Sus razones tendrán para no querer: a ese ateo deslenguado y bigotudo, que más parece bicho que otra cosa -respondió la tía en tono inapelable.

Doña Praxedes, que había permanecido en apariencia indiferente ante el diálogo de la hermana y de la hija, pidió las cerillas a Alfonso y prendió un cigarrillo tomado del paquete que llevaba en el ancho bolsillo de la falda, crujiente y esponjada por la carga de almidón.

-No ve, mamá, eso no lo hacían las señoras cuando usted estaba joven. Fumar era cosa de hombres y seguramente las viejas de entonces hubieran criticado a las muchachas que se atreviesen a hacerlo -insinuó con voz cariñosa Braulia.

-Pues, ¿qué se creen ustedes? La mamá Candelaria fumaba hasta tabaco. Lo que entonces no se acostumbraba era el fumar las niñas. ¡Dios me libre de ver a alguna de ustedes con un cigarrillo en la boca!

-Tenga cuidado, tía, y no se queme -agregó entre risas Alfonso-; apostaría a que Margarita se echa su cigarrillo a escondidas.

-No seas lengua larga, pedazo de Diablo -le gritó la prima.

-Si no es pecado, tampoco. Si todas lo hacen. Otras cosas sé, que me callo por prudencia -agregó con aditamiento de agrestes carcajadas el alegre Alfonso.

Unos presurosos pasos de alpargatas en la escalera de entrada, avisaron la inminencia de algún mandadero. Doña Praxedes, doña Asunción, Braulia, Margarita y Alfonso volvieron la mirada hacia la parte del corredor donde aquella desembocaba.

-¡Ipa! -exclamó con bitonal sonsonete el muchacho de servicio que acababa de ganar el último peldaño de la escalera.

-Pasá, Nicolás -dijo Braulia al humilde conchabado- ¿Qué querés?

Sin quitarse el sombrerito de cogollo, el rapazuelo avanzó hacia el círculo de los señores, con un libro y un rollo de periódicos en la mano.

-Manda decir la niña Lola que ya acabó el libro y los periódicos, que muchas gracias y que le empresten los de Maracaibo quizque llegaron ayer y los cuentos coloraos de don Luis Rodríguez.

-Decile -respondió Braulia riéndose- que los periódicos no han llegado todavía y que los **Cuentos de Color** los tiene la niña María Teresa. Que muchos saludos.

-Mirá -interrumpió con áspera voz doña Praxedes- delante de los señores los sirvientes tienen que quitarse el sombrero con mucho respeto.

El muchacho bajó la cabeza y a pasos largos se fue sin decir palabra. En el pobre fluxecito de dril, salpicado de manchas de leche de cambure; en la franelita a rayas coloradas; en las valencianas, estropeadas y sucias, tanto como en el rostro simple y en el cabello descuidado, acusaba el menosprecio y el desinterés con que los dueños de la casa veían crecer a los muchachos de servicio. Alternando entre el trabajo de la hacienda y los mandatos en la ciudad, se le-

vantaban los peones, que formaban la substancia anónima del pueblo, llevaran así en las venas la propia sangre del indiferente patrón.

Entre risas y bromas siguió el parloteo familiar, hasta la hora de anunciar la criada que estaba servido el almuerzo.

Doce campanadas dejó caer el reloj de la cercana Catedral. Era la hora justa en que la familia Ribera solía sentarse a la mesa. La casa estaba despoblada de gente. ¡Cómo era de alegre el comedor de los Riberas cuando la familia vivía toda en Mérida! Actualmente Alfonso fungía de jefe de familia, apenas compuesta de las dos tías viudas, hermanas de su madre, y de las guapísimas hijas de doña Praxedes, viuda de González.

Mientras sobre el blanco mantel humeaba el multisápido sancocho y ponían su nota festiva en el frutero las naranjas y zapotes, doña Praxedes de pies rezaba el Ave María y pedía la bendición del Señor para la mesa. La conversación, pese a la alegría de las niñas y al buen espíritu de Alfonso, no dejó de discurrir bajo cierta tonalidad entristecida. Las viejas tías veían cómo se acercaba la hora de partirse de la ciudad el sobrino que hacía de jefe de familia. Luego, vendría a acompañarlas el primo José Antonio, que andaba por la Tierra Llana; pero, así fuera cariñoso y puntual, no era el suyo comparable al carácter solícito y generoso de Alfonso. Aunque el tema de viaje no se trató en la mesa, las tías y las dos muchachas parecía que se entendieran en silencio y que sintiesen cómo aquellos ratos de intimidad con Alfonso estaban al borde de concluirse.

Consumido el sancocho suculento, se hizo sentir el olorcillo apetitoso del cochino frito, acompañado de arroz blanco y de fritas de maduro, que reclamaron la alabanza y obligaron la repetición del entusiasta Alfonso.

Exquisito dulce de higo y humeante café, recién tostado, fueron el remate del almuerzo familiar, el cual, a ley de buena mesa, tenía que concluir con las azuladas espirales, alzadas de los cigarrillos de doña Praxedes, de doña Asunción y de Alfonso.

-Si tú quieres fumar, Margarita, ándate a la cocina- bromeó en cariñoso tono el festivo primo.

V

El anuncio y los preparativos de una fiesta de gente de la alta sociedad, constituía en aquel tiempo un suceso rodeado de múltiples detalles y circunstancias. Primero, formar el grupo directivo; después, hacer las invitaciones a las distintas familias, con sometimiento a cada una del nombre de los posibles invitados; más tarde, coordinar el escote que a las familias correspondía aportar: a las unas las hallacas o los pavos, a las otras el pan blanco, a aquellas las ensaladas, a éstos los postres, a las de más allá los sandwichs o abrebocas. La música, los licores y los refrescos los costeaban por cabeza los caballeros. Algunas señoras facilitaban la vajilla y los manteles, y para evitar riesgos y cuidados, sobre todo cuando el festejo era de mucha gente, se prefería tomar de alquiler en algún establecimiento mercantil los trastos del obsequio.

La fiesta quedó concertada para el domingo inmediato, en la hermosa finca "La Isla". La mañana amaneció aquel día luciendo todas las galas de la naturaleza merideña. A la salida de Misa, los grupos se fueron formando entre las familias vecinas, para encaminarse juntas a la parte alta de la ciudad. El trayecto se hacía a pié, mientras las damas de crecida edad subían en los escasos automóviles que por entonces había en la localidad. En la Plaza de Milla aguardaban los caballeros la llegada de las damas, para de ahí dirigirse juntos al delicioso sitio de la fiesta.

"La Isla" era una de las más placenteras residencias rurales que rodeaban a Mérida. Circundada de las mansas y dulces corrientes del Milla y del Albarregas, la vegetación lucía la más delirante exuberancia. Su temperatura era más fresca que la temperatura ge-

neral de la ciudad, por ventilarla muy de cerca los aires tiernos y puros de los páramos de "La Hechicera" ¡Qué milagro de flores eran los jardines de "La Isla"! Cómo, al lado de los claveles desafiantes, rastreaban sus morados intensos y su gualda encendido, los gigantes pensamientos; mientras, para desmentir su simbolismo humilde, las violetas forzaban el quitaluz modesto de las hojas y a ojos vista lucían la primorosa arquitectura de sus pétalos odorantes y suavísimos. Las dalias de simetría geométrica y las rosas de variadísimos colores, ponían la más viva fiesta en torno de los amplios corredores, que servían de espléndido mirador a la señorial mansión.

Tupidos naranjos iluminaban el paisaje con sus áureas pomas, y muy cerca de la casa, casi con fundidos con los rosales, que daban honda fragancia al aire, las matas de los altivos cafetos lucían las ensangrentadas bellotas, promisorias del embrujante licor sabeo. Esa confusión de los territorios destinados a las plantas de café y a las matas de rosas, era el símbolo de la concomitancia existente entre la subida expresión de cultura correspondiente a la clase que disfrutaba el dominio de los instrumentos de producción y el propio campo generador de la riqueza, donde tenía estribadero aquella cultura. El señor no se desdeñaba del vínculo que lo unía con la tierra generosa. Como culminación de una verdadera comunidad rural, vivía cerca del mundo donde crecía y se afincaba su poder.

En la fresca y luminosa mañana, las muchachas alegres y hermosas aparecían en la plenitud de la más radiante belleza. Cuando las familias comenzaron a llegar a "La Isla", estaban ya reunidos los principales promotores del festejo. La orquesta, como para tomar fuerza, empezaba a puntear cadenciosos valses, acompasadas polkas y alegres vibrantes pasodobles. El *fox trot* y el *one step* no hablan hecho aún su entrada en la Mérida solemne y timorata del primer cuarto de siglo. En su lugar, algún caballero de fines del Ochocientos pedía con voz solemne una mazurka o una contradanza, en la cual era acompañado por más de una pareja de jóvenes, que se ufanaban de haber aprendido con las madres, hoy coronadas de nieve, el paso bailable que alegró las horas lejanas de su esplendorosa juventud.

-Buenos días, doña Josefa.

-¿Qué tal, Anita?

-Buenos días, don José. ¡Qué gusto verlo!

-¿Cómo está hoy, doña Antonia? Cuánto placer nos da el que haya resuelto al fin venir

_¿Y tú, qué tal, Margot?

-¡Qué bien, qué bien está este cuadro de muchachas!

-Válgame Dios, no hacer estas reuniones con mayor frecuencia.

Como en el asedio de una plaza, se escuchaba el disparo continuo de las frases amables, insinuantes y regocijadas de las gentes saludándose las unas a las otras. Las niñas se tomaban de la mano, para entrarse discretamente al peinador, donde ponían mano al arreglo del cabello y al renuevo de los polvos ¡Con qué orgullo las muchachas de Mérida alardeaban de no usar colores de artificio! En los lugares no favorecidos por el clima, las muchachas buscaban dar tono sanguíneo a los pálidos labios y mejillas; mas, en la mayoría duraba el repudio al colorete, por considerársele confinado a las damas de teatro y a las mozas del partido. En aquel tiempo de amarillentos rostros, las mujeres de tierra fría mostraban la singularidad del rosa delicioso de las tersas mejillas, y las de Mérida, de afamada y tradicional belleza, agregaban a los dones naturales, la gracia de sus finas y tímidas maneras y la elegancia y la riqueza de los trajes. Pastoras para un cuadro de Watteau, el maravilloso conjunto de muchachas reunidas aquella mañana deliciosa, sacaba de quicio al más apático. Fuera así mucha la belleza de las nativas, era de justicia, sin embargo el gusto de Alfonso, y cuando éste apareció acompañado de la novia, de la madre y las hermanas de ésta y de sus primas, Braulia y Margarita, entusiastas aplausos saludaron la llegada del homenajeado. Las damas se acercaron para cumplimentar a Elisa y su familia, mientras los amigos abrazaban cariñosamente al regocijado Ribera. Luego, el obsequio a base de cerveza y de kola champaña, con discreto ofrecimiento de brandy para los caballeros y de amorcito para las señoras. No era éste ninguna suerte de vino, sino suave mistela, con esencia de rosas, que sabía, en cambio, enredarse entre pecho y espalda, como travieso duendecillo. De fondo al alegre y elegante conjunto, las

notas desmayadas y románticas de un vals quejumbroso del Maestro Juan de Dios Moreno.

Concluida la primera pieza, se formaron los grupos del caso. En las muelles mecedoras de los rincones hicieron cabildo las señoras y empezaron a tejer la tela festiva de su plática. En los jardines tomaron sitio las personas mayores, mientras en el barandal de los anchos corredores y entre las macetas donde los helechos lucían la desesperante simetría descendente de sus palmas, las distintas parejas iniciaron la anhelada charla. Para los enamorados, aquellas reuniones tenían un valor extraordinario. El hermetismo reinante en la sociedad de Mérida, negaba a las parejas enamoradas oportunidad de verse y conocerse, mucho más si se trataba de jóvenes forasteros, como ocurría con los estudiantes que frecuentaban las lánguidas aulas de la Universidad, y quienes tenían para las muchachas del lugar el misterioso atractivo de ser nuevos en el ambiente lugareño.

Elisa Govea lucía aquella mañana de una manera maravillosa. Sus ojos verdosos, profundos y brillantes diríase que no le cabían en el primor del rostro, mientras los labios húmedos y altaneros, parecía que se esforzasen en guardar el secreto de palabras cargadas de futuro. Agil y leve, pese a las formas triunfales, giraba en brazos del prometido con la satisfacción de quien saboreaba la inmediatez de la victoria. Para hacer contraste con sus extraordinarios atractivos naturales, había resuelto vestir un sencillo traje de piqué blanco, cuya nitidez cortaba un gran lazo de cinta fresa, graciosamente hecho a la espalda. Alfonso no disimulaba el regocijo y del brazo de la prometida se acercaba a los distintos grupos, para saludar y platicar, en tono de despedida con los amigos que en breve dejaría. Tal vez intuyendo la largura de la ausencia y como para despedirse de sus costumbres regionales, en dicho día Ribera había dejado a un lado el paltó y la corbata, para vestir a tono con el marco campestre de la fiesta. Aquella mañana andaba metido en la blusa de paño azul, que acostumbraba para pasear a caballo. El liquiliqui ligero de las tierras llanas gana cierto tono de gravedad al ser confeccionado en paño. Era el traje fácil del hombre que alternaba entre la hacienda y el campamento. Cuando Venezuela fue un verdadero país de guerreros, los caciques surgían del medio rural. Páez, Monagas, Zamora, Crespo, Gómez, fueron a la par hombres de azada y de machete. El pequeño cacique entreveraba el trabajo rústico con el campo de batalla. A este tipo de

hombre, mitad bravo guerrero y mitad agricultor pacífico, correspondía un indumento como el liquiliqui, cuya esencia tanto es una guerrera militar como una blusa de jornalero. La recia contextura de Alfonso Ribera, la altanería de su porte y la dureza que al rostro le transmitían los negros y largos bigotes, se conjugaban con el severo atuendo, para presentarlo en agresiva apariencia de potencial caudillo.

A la hora de servirse el almuerzo, el entusiasmo había alcanzado altos puntos. Aún los señores más graves ya reían con risa suelta y ancha. Discretamente don Antonio, don Juan, don Gonzalo, don José, don Arístides, don Pancho, don Diego, habían dado al pecho sus golpecitos de brandy y habían aflojado la rienda a la lengua festiva. Un poco distantes del estrado de las damas, alegremente sentados sobre la verde grama, no esquivaban referir, aún delante de la gente moza, lejanas aventuras de tiempos juveniles.

-¿Cómo fue aquella invitación a "*faire tenébres*", que sin estar en ninguna abadía, hizo usted a cierta chica en Caracas? -preguntaba don Diego entre risas maliciosas al atildado, grave y modoso don Gonza.

-Nada, nada mi querido don Diego. Deje usted de repetir esos infundios del amigo don Miguel, siempre dispuesto a imaginar aventuras donde no las hay. Mis cosas son a la luz radiante, queridísimo don Diego. A la luz radiante, sépalo usted, mi noble amigo.

-Eso es mucho más grave, don Gonzalo. Eso es casi un escándalo -agregó, con rúbrica de estrepitosa carcajada, el festivo don Diego, mientras don Antonio, don Juan, don Miguel, don José, don Manuel y don Rafael soltaban todas las válvulas de la risa.

Para volver la gravedad a los alegres señores, fue preciso que se oyeran las voces amables, persuasivas y autorizadas de doña Josefa, de doña Herminia, de doña Margarita, de doña Luisa, de doña Elena, que llamaban alegremente a acercarse al comedor, donde doña Angela, doña Teresa, doña Anita y doña Isabel ya habían comenzado a distribuir los platos apetitosos, en los cuales, sobre la brillante hoja, lucía la multisápida hallaca.

-Acérquense ustedes, vengan Alfonso y Elisa; les espera la hallaca mejor -llamaba en alta voz, dirigiéndose a los flamantes prometidos, la alegre doña Rosario.

Sin olvidarse de los galanes respectivos, las niñas ayudaban al reparto del pan fragante y de las oportunas servilletas.

-Usted, Santiago, acérquese para servirle -dijo con dulce voz al amigo alegre y respetable la sin par Alicia.

Santiago Arráez era el lazo de unión entre los graves señores casados y los jóvenes solteros. Santiago era un viudo alegre, en trance de proponer. Agradable y bondadoso, siempre tenía a flor de labios una palabra lisonjera para las damas que, bien sabidas de la natural galantería del caballero, se extremaban en atenderlo. Cuando Arráez oyó el amable llamado de Alicia, se acercó premuroso y, con rostro sonriente, le citó aquello de

Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido
como fuera Lanzarote
cuando de Bretaña vino.

-Muchas gracias, bella Alicia.

-De nada, Santiago. ¿Cómo le está yendo de fiesta?

-Admirablemente bien. ¡Qué hermoso cuadro de huríes! ¿No le parece a usted?

-Sacándome a mí del cuadro, estaría bien. ¿Y qué tal si después de almuerzo nos recita algunos poemas?

-Sus palabras son órdenes para mí, mi linda amiga.

Era precisamente la debilidad de Arráez en las fiestas de sociedad. Pedirle que recitase era casi hacerle un cumplido, pues se sentía halagado en su pequeña e ingenua vanidad de declamador.

Para el efecto, tenía voz clara y engolada, a la cual unía una acción discreta y distinguida, que le daba lucimiento.

Después de la suculenta hallaca, la ensalada y el pavo.

-Doña Mercedes, me atrevería a jurar por las once mil vírgenes que usted tiene parte en la confección de este dulce milagroso de pavo -decía a la grave dama el sibarita don Gonzalo.

-Si, don Gonzalo; ese pavo justamente fue guisado en casa. Es una vieja receta de mi madre -respondió muy satisfecha doña Mercedes.

-No me explico yo cómo en las ciudades no hay costumbre de grabar en letras de oro el nombre de las personas, que como usted, son capaces de dirigir el arreglo de una vianda de la calidad de este primoroso pavo, que nos permite pecar aún a los viejos alejados de los alegres y fáciles placeres de la vida -sentenció el estirado don Gonzalo.

-Dios me libre, don Gonzalo, de andar en letras, y mucho menos por artes que llamen al pecado -respondió sonreída doña Mercedes.

Con fina palabra doña Mercedes respondía al merecido elogio que de sus habilidades culinarias hacía el goloso de don Gonzalo. Ella, en realidad, se sentía muy ufana cuando escuchaba alabar los exquisitos platos que con tanta habilidad sazonaba. Las damas de su tiempo no tenían otro afán sino el afán hogareño. Si gustaban de doñas y señoríos, no olvidaban el modesto consejo de Teresa Panza: "*la mujer honrada, la pierna quebrada, y en casa*". El hogar constituía el teatro de lucimiento de las verdaderas matronas. Estirar los manteles para la invitación del amigo o del pariente, era la fiesta de mayor tono y más aprecio, cuando no habían aparecido los afanes y las alegrías de las "canastas" y de los cocteles, ni las damas se esforzaban por ganar premios en los clubs, ni pasaban las noches en festines de bailes y de piscinas. Las señoras se esmeraban, en cambio, por distinguirse en el arte de los asados, de las tortas, de las hallacas, de las sopas, de las galantinas, de los pavos, de las butifarras, de las ensaladas, de los encurtidos, del bienmesabe. Más que lucir un trofeo ga-

nado en una justa de naipes o de tennis, las señoras holgaban con el aderezo de sus viandas. De madre a hijas se transmitían, como valioso sacramentario, las recetas del lechón, del pavo con trufas, del pastel de hojaldre, de la sopa a la Reina, del jamón aplanchado. Para ellas las fiestas campestres resultaban a la postre una manera de concurso culinario. El escogimiento del escote quedaba, por eso, al gusto de las familias.

-Doña Paz tendrá a su cargo cincuenta hallacas y otras cincuenta doña Anita.

-No olviden que el fuerte de las Escámez es el pavo relleno.

-Ah, si doña Emma quisiera hacer unos enrollados de cochino.

-Vaya, que los haré; y el dulce de naranjón nadie lo prepara mejor que Herminia González -había agregado complacida la buena, amable, sonriente doña Emma Tablantes.

Concluido el suculento almuerzo, las señoras se arrellanaron en los cómodos mecedores, prendieron los señores los cigarrillos o los puros, mientras rehicieron sus respectivos grupos las parejas de enamorados. Se escuchaba apenas la risa y la conversación de las personas, pues los músculos habían dejado silenciosos los instrumentos, para despachar alegremente el apetitoso refrigerio. Una vez se hizo sentir más poderosa que las otras.

-Señores, ¡silencio, que va a recitarnos Santiago Arráez! -exclamó uno de los jóvenes.

-¡Magnífico!

-¡Estupendo!

Arráez tomó posición en medio de la ancha sala, apoyada la mano izquierda en el respaldo de la silleta de suela adornada de vistosos clavos de cobre y en cuyo respaldo el artesano había grabado al martillo las iniciales J. I. L.

-Voy a recitar para ustedes -dijo con voz estirada Santiago Arráez- la poesía "Amores y Amoríos", de los poetas españoles Joaquín y Serafín Alvarez Quintero. Empiezo

Era un jardín sonriente,
era una tranquila fuente
de cristal;
era a su borde asomada
una rosa inmaculada
de un rosal;
era un viejo jardinero
que cuidaba con esmero
del vergel;
y era la rosa un tesoro
de más quilates que el oro,
para él.

.....

Cuando el entusiasta declamador, con voz temblorosa y sollozante, llegó al final del poema, una cariñosa salva de aplausos llenó el amable recinto, mientras las muchachas le pedían nuevos poemas. Luego, Santiago recitó la "Sonatina", de Darío, y "Arias sentimentales", de Andrés Mata. Aquél era su momento estelar. La fiesta gravitaba sobre su voz estirada y sus estudiados ademanes. El era la fiesta.

Cuando el sol comenzaba a tramontar, empezó el regreso a la ciudad. Si la ida se había realizado en forma anárquica, el retorno tenía dignidad procesional. Los señores hacían compañía a las damas de edad. Los jóvenes daban el brazo a las muchachas. Como si se tratase de un cortejo matrimonial, la concurrencia enfilaba hacia la población, quedándose las familias a la altura de sus respectivas casas. En la Mérida apacible, soledosa y familiar de 1918 -¡una vida entera de por medio!- aquellos festejos tenían resonancia colectiva, como los matrimonios y los bautizos en las pequeñas aldeas. Se divertía el señorío y el pueblo humilde, resignado y sufrido, veía desfilar, a la manera de extraño espectáculo, a la gente que, por sus influencias y dinero, se decía representante de las fuerzas vivas de la comunidad. Metidas en sus galas las hermosas y altivas damas, atil-

dados y tiesos los señores, pasaban imponentes por las calles, no sin recibir el saludo cortés e indiferente de los grupos populares, que en las diversas esquinas forzaban a engañarse con el frustrado regocijo, en vano aguardado durante los seis largos, duros, hostiles días de trabajo semanal. Para el pueblo, como para Ladislao Javor, toda la semana era domingo sombrío...

VI

Cuando ya se acercaba la fecha fijada para ausentarse de Mérida, Alfonso Ribera se dedicó a despedirse tanto de sus numerosísimas relaciones de amistad como del propio paisaje natal. Por las tardes, hacía enjaezar su hermoso caballo rosillo, con la lujosa silla que había encargado a Chocontá, y salía en busca de Julio Gallegos o de Fabricio Pérez, para hacer juntos el recorrido desde Milla hasta La Punta, con frecuentes diversiones hacia Lourdes, La Otra Banda, Chama o el Vallecito.

Comenzaban a llegar automóviles a la ciudad, mas la gente no pensaba aún abandonar la airosa costumbre de pasear a caballo por las tardes. Los señores porfiaban en lucir finas y hermosas caballerías, como hoy los "*nuevos ricos*" se esmeran en poseer los más caprichosos modelos de automóvil. Caballos y mulas de gran lámina y buen paso se criaban entonces en diversas partes de la República, y a medida que el automóvil invadía las ciudades con acceso a las incipientes carreteras, las bestias finas se fueron confinando a las regiones sin tránsito rodado. Un señor que se estimaba poseía una buena bestia de montar, así no estuviese obligado a ello por el reclamo del trabajo agrícola o por la urgencia profesional. Las señoras poseían, también, buenas y mansas mulas para el continuo traslado a las cercanas haciendas. En los salones lucían la severa y bien entallada saya: durante la semana atendían la marcha del trapiche, la recolecta del café, el curso del desyerbo, la siembra de la huerta, el cuido del gallinero. Había un efectivo intercambio entre las actividades del gran mundo y la vida del campo. Poseer y trabajar tierras era título de distinción, ya que en dicha realidad descansaba el sistema sobre el cual asentaban los derechos del viejo señorío.

Ora en una, ora en otra esquina o casa de comercio, hacían posa los caballeros para entrar en plática con los amigos.

-Rufino, vengo a decirte adiós, pues me voy el lunes entrante para Caracas.

-¡Qué se va a hacer! Deseo que te vaya muy bien, aunque me gustaría que te volvieses pronto -agregaba Rufino Maldonado.

-Pues nada de raro tiene, porque creo muy difícil que me pueda arrancar a Mérida del corazón. Mi intención es volverme.

-Así dicen todos, Alfonso; así dicen todos, pero una vez que llegan a Caracas y le cogen gusto a la capital, ni se acuerdan de que son de acá y hasta reniegan de ser andinos.

-Te prometo que yo no haré lo mismo, mi querido Rufino.

-Ojalá y seas la excepción, pero soy más viejo que tú y he oído tantos cuentos.

Rufino, Gallegos y Alfonso habían tomado asiento a la puerta de la botica del primero, mientras las briosas bestias arrancaban la fina yerba del empedrado.

-Y espero que Alfonso nos de el gusto de portarse consecuente con la tierra y que pronto venga a visitarnos. Tú eres muy pesimista, Rufino -intercedió Gallegos.

-No es pesimismo, chico; es historia. No hay peores enemigos de los andinos que los propios nativos de Los Andes.

-Según y como tú veas el caso, Rufino. En Caracas se nos junta en un mismo concepto para atacarnos; pero, eso de andino tiene muchas maneras de entenderse. Antes del 99, cuando hubo el Estado Los Andes, acá sufrimos todos por igual los desmanes de los hombres venidos del Centro a gobernar la región. ¡Que te cuenten de la gente de Vizcarrondo y de Antonio Fernández! La población de la Cordillera sufrió mucho entonces. Pero si tú te pones a ver las cosas bien, quienes hicieron la revolución del 99 fueron oficiales tachiren-

ses, que lograron burlar la débil resistencia que les opuso el gobierno de Andrade. El andinismo surgió con la "Libertadora". Castro fue luchado por la oligarquía, que vio nueva gente en el Poder y que se dio a desacreditar como grupo social a los andinos indiscriminadamente. Esto trajo que la gente de Trujillo y de Mérida cerrara filas con los tachirenses y derrotara a Matos en La Victoria. Pero no olvides tú que luego se volvió la torta y los tachirenses se declararon los únicos hombres capaces de mandar. Cuando están apurados, nos llaman a los demás andinos; pero cuando se trata de tomar el mandador, nadie puede discutirles el derecho. Esto ha tenido una nueva reacción antiandina, que estamos obligados a examinar con calma. Es preciso viajar, es necesario salir de las montañas para comprender estas menudencias, mi querido Rufino -terminó con reposada y persuasiva voz el discreto Julio Gallegos.

-Yo no te discuto eso, Julio -agregó Rufino-. Yo me refiero a otra cosa distinta de la política. Nosotros tres, como los trujillanos y como los; tachirenses, somos andinos, porque nacimos en estos montes y me parece que al llegar a Caracas los que de acá se van a la política, no debieran olvidarse de su tierra y menos echárselas de abrillantaditos, haciéndose pasar por de otra parte, puesto que si nosotros no somos mejores que los otros, los demás no nos ganan en nada. A mí me calienta saber que Dominguito Angulo, porque ha hecho plata en Caracas, no conoce a sus viejos amigos de acá. Cuando estuvo Andrés mi hermano en la capital, ese carajo se le negó por teléfono. Eso es lo que yo quiero que no haga Alfonso.

-Bajú, compadre; eso no es conmigo -interrumpió Ribera-. Yo soy hombre bien nacido.

Luego divertieron hacia temas locales la conversación y tras un rato de promesas de amistad, Gallegos y Alfonso volaron de nuevo la pierna a las briosas cabalgaduras para proseguir el alegre paseo por las calles de la Ciudad, a aquellas horas iluminadas por los suaves, tiernos, dorados rayos del sol crepuscular.

Cuando Alfonso Ribera y sus amigos tomaban de nuevo las riendas de las bestias, se adelantó Juan Chiva a saludarlo.

-Mi don Alfonso -díjole-, me han dado infórmenes de que se nos va de por acá. Mucho lo siento y le augurio de todo corazón muy buen viaje y harta suerte, y espero, también, que me deje un buen recuerdo para estar alegre.

Alfonso Ribera, sacando del portamonedas unos bolívares, se inclinó hasta dejarlos caer en la mano del curioso sujeto.

Juan Chiva era sin duda alguna el tipo popular de mayor ámbito entre la gente de Mérida. Juan Chiva era apenas un retazo de hombre. No bajaba hasta la negada estatura del enano, pero era un extremo indigente su tamaño. Juan Chiva carecía de oficio. A Juan Chiva le daban, unos la comida, otros el vestido, otros las monedas con que pagaba el frecuente riego de miche. Como al poeta rebelde y proscrito de Tristán Corbiére, servíale de abrigo la torre de la Catedral, entre cuyas sombras, el aletazo de los murciélagos se confundía seguramente con los endriagos soñados en su constante borrachera. Juan Chiva había sido sirviente del Seminario, y cargaba siempre en la boca unos deliciosos voquibles en latín macarrónico, con que asustaba a las beatas. ¡Cuántas veces Eudoxia, la modosa y santurrona Eudoxia, que servía de correo de brujas para la murmuración merideña, se persignaba al escuchar a Juan Chiva aquello de *Abrenuntio potestas diabolo ac influentias malevolas beatas plenas satanicum spiritus desacreditantibus religionem Christus!* Su paso por la portería del Seminario servía, además, de título a Juan Chiva para alternar con profesores y estudiantes, fueran así aquellos el propio Rector Carbonell, el fino y alegre Picón Lares -capaz de torear al propio Juan Chiva-, el atildado Bernal, el sencillo don Antonio Justo Silva, el bromista y buenazo doctor Uzcátegui o el mismísimo Padre Dubuc, liberal y entusiasta Rector del Seminario. "*Ustedes* -decía cuando andaba subido de palos- *dudan de lo que yo he aprendido; pues sepan que tengo aquí metido nada menos que 'El Mártir del Gólgota'*", y se golpeaba con los nudillos de los dedos la enorme cabeza. Amigo de los aliados, su tema favorito era la descripción, con práctica de carreras, voces de mando, imitación de clarines y tambores, de las batallas del Mame y de Verdún. Petain era su ídolo, y estribillo, además, de su festivo discurso. Cuando vio en las manos las monedas que le regalaba Alfonso Ribera, Juan Chiva se quitó el sombrero, saludó a los presentes y se alejó gritando:

-¡*Viva el Mariscal Petain!*...

Desviados los paseantes de las calles principales, a poco atravesaron por Belén la solitaria y verde Plaza de los Piscos, cuyo abandono anunciaba la vecindad de los suburbios. Al dejar la esmeraldina alfombra de la plaza, dieron con el abandonado solarón donde estuvo en un tiempo establecido el Leprocomio.

A la puerta del corralón se hallaban sentados un viejo y una vieja. El rostro leonino de la mujer y la pustulosa cara del anciano acusaban el progreso funesto que el mal había logrado en sus cuerpos indefensos. Ellos y otros cuatro esperaban hacía más o menos tres meses la oportunidad de ser trasladados a la Isla de Providencia. Mientras tal cosa se realizaba, los infelices llevaban en aquella especie de pocilga vida más de bestias que de gente. La Policía les impedía echarse a la calle a recoger limosna; apenas de vez en cuando se acercaba a ellos una que otra persona caritativa para llevarles abrigos y vituallas, puesto que el real por cabeza con que los acudía el Municipio no alcanzaba para pagar el mandadero que iba a la pulpería vecina a comprarles el escaso alimento. Nadie cuidaba de aquellos seres desgraciados, llevados a la capital desde pueblos cercanos, donde la autoridad los recogió, en el empeño de defender del peligro de la lepra a la población.

Diez años antes, en el solarón hubo varias casas, donde eran atendidos pobremente los leprosos. Pero desde que vino orden de Caracas de que los enfermos de la Cordillera fueran trasladados a la Isla de Providencia, el viejo leprocomio quedó reducido al ruinoso cobertizo, donde se alojaban transitoriamente los pacientes, en espera de oportunidad para hacer el viaje a Maracaibo. En los tiempos en que funcionaba como servicio público el leprocomio local, Alfonso Ribera estuvo encargado del aprovisionamiento del hospicio. Empezaba por entonces Ribera a desarrollar su negocio mercantil y la buena palabra de su padre cerca de las autoridades locales logró para él la preferencia en la concesión del servicio. Los enfermos entonces llegaban a pasar de ochenta y su manutención corría a cargo del Erario. Cincuenta o sesenta bolívares diarios percibía Alfonso Ribera para el avituallamiento de los leprosos, amén de lo que cobraba por la pobre vestimenta y el escaso abrigo que suministrábales. Fácil es imaginar lo que de "La Primavera" se enviaba para la dieta de los desgraciados

leprosos: arvejas y frijoles picados, manteca y queso rancios, tasajo podrido, papelón del más negro, sal revenida, papas nacidas, plátanos casi podridos, pan viejo y mohoso. El negocio empezaba por dar despacho a los rezagos, de la bodega. ¿Pensó alguna vez Alfonso Ribera en qué cargaba su conciencia al explotar en esa forma cruel la miseria y el hambre de los leprosos? Jamás se detuvo él a hacer semejante consideración. Su negocio era vender. Su misión estaba limitada a que los enfermos echaran algo en el estómago. El no era moralista, sino comerciante. No buscaba, tampoco, la satisfacción de los leprosos, sino la ganancia de su comercio. Demás de esto, la suya era apenas una conciencia chiquita, eslabonada con las grandes conciencias que dirigían a la sociedad. Lo mismo que él hacía con los leprosos, lo hacía su amigo Antonio Espina con los enfermos del Hospital. Ambos servicios eran granjerías ganadas por medio de la influencia que sus deudos ejercían en el ánimo de los hombres del gobierno. Ni el más flaco jerónimo de inquietud pudo jamás mover su espíritu frente a la especulación realizada a costa del dolor de los enfermos infelices. Quizá, muy por el contrario, él podía sentirse caritativamente satisfecho de ser brazo de la sociedad en la generosa y diligente asistencia prestada a unos hombres perezosos para morir, que habían terminado por convertirse en molesta carga pública.

Si Alfonso Ribera hubiera llegado a reflexionar en esta forma, no habría hecho otra cosa sino aplicar a su caso particular el juicio que presidía la conducta de la gente de su clase. ¿Todo ese orden admirable de riqueza que circundaba a la ciudad, no tenía, acaso, su último estribadero en la injusticia general, inconsciente tolerada por el doctor, por el canonista, por el profesor y aun por el propio Obispo? Esa justiniana pobreza de los desventurados leprosos, ¿no tenía su correlato en la abundancia de los insensibles señores del capital y del Poder? ¿No era, acaso, tolerada a la virgen pútrida, en cuyo rostro el cáncer detuvo la marcha mortífera, la recolecta de limosna por las calles de la ciudad, a condición de que cubriese con espesa tela la cara por donde ganaba aspecto de regresada de la tumba, ello para no ofender con su espantosa desnudez la sensibilidad de los mismos hombres insensibles que le volvían espaldas cuando, con ininteligible lengua de estropajo, pedía la parva ayuda para su hambre inmortal? Por eso, cuando la presencia deforme de los dos viejos enfermos hizo que Ribera recordase los tiempos lejanos en que hinchó sus balances con las ganancias derivadas de la proveeduría de los lázaros, más

bien sintió simpatía por el sitio donde se alzó el leprocomio, con cuyo abastecimiento ganó buen dinero. Como quien realiza una acción noble, detuvo ante la puerta del corralón la briosa cabalgadura y arrojó un par de fuertes a los pies de los dos desventurados.

-¡Dios se lo pague en salú! -fueron las palabras cargadas de resignación y de gratitud de los infelices enfermos. Montado en su fino caballo, Alfonso Ribera apareció a los ojos cegatos de los tristes leprosos como un providente y moderno San Martín...

VII

Ya querían los gallos quebrar albores, cuando Mauricio Dugarte tenía enjaezadas las bestias para el viaje. Con el rosillo de Alfonso, estaba, también, ensillada la mula mora del asistente. Mauricio Dugarte era una especie de mayordomo de la hacienda "La Esmeralda". Casi contemporáneo con Alfonso, desde joven éste le había servido de compañero en casi todos los viajes que hacía fuera de Mérida. Alegre, dicharachero, formal en el trato, tinoso para saber respetar el límite natural entre la confianza y el respeto debidos al patrón, Mauricio se había ganado el aprecio y el cariño de la familia Ribera. Cuando las bestias estuvieron v listas, Mauricio Dugarte subió la escalera y se dirigió a la pieza de Alfonso. Este dormía como un tronco, puesto que apenas había conciliado el sueño con la madrugada, cuando regresó de la casa de los Goveas.

La despedida de los novios se había efectuado en la absoluta intimidad de la familia. Alfonso, en unión de las primas, fue a cenar donde los Goveas. Ninguna otra persona había sido invitada a la apacible reunión, en que Alfonso y Elisa se dijeron adiós. El viejo Govea parecía tomado un poco de la pena de la hija enamorada. El estaba cierto de que Ribera era hombre formal, pero no dejaba de inquietarle el hecho de que el futuro yerno no hubiera fijado fecha cierta para la celebración de la boda. En cambio, Elisa, hasta el último adiós, mostró, junto con la intensa pesadumbre que le ocasionaba la ausencia del prometido, una confianza ciega en su palabra. Por nada se sentía movida a dudar de que sería muy en breve la señora esposa de don Alfonso Ribera. Si lloró al separarse de éste, sus lágrimas, pese a la natural amargura, tuvieron un regusto de fe y un sabor de esperanza inquebrantable.

-Don Alfonso, ya estamos listos -exclamó Mauricio Dugarte, después de dar varios discretos golpecitos a la puerta del dormitorio de Ribera.

Presto siempre a madrugar, Alfonso no aguardó segundas voces para ponerse en pie. Rápidamente oprimió el encendedor de la bujía eléctrica y después de lavarse la cara en el vecino aguamanil, comenzó a vestirse con premura. En el interior de la casa se sentía ruido de criados y de la cocina salía, como amable saludo, el olor embriagante de la coladura del café. Doña Praxedes y doña Asunción se habían levantado ya y llamaban a Braulia y a Margot. Pronto la mesa estuvo puesta para el ligero desayuno, en el cual participaron, también, Carlos Trejo, Julio Gallegos y Fabricio Pérez, venidos para hacer compañía al amigo viajero durante un trayecto de la vía.

Con el rostro humedecido por las lágrimas de las buenas tías y de las primas, Alfonso Ribera echó la pierna al brioso caballo y, entre adioses y bendiciones, picando espuelas al bruto, el grupo arrancó hacía La Columna, por la calle Independencia.

-¡Que Dios me lo lleve con bien! -fue la última expresión cariñosa que oyó a los de su casa. Era la voz de Candelaria, vieja cocinera de los Riberas, que había visto a Alfonso desde los tiempos en que llevaba el calzón corto. Todo el mundo amoroso de la casa solariega, salía en la palabra húmeda de llanto de la buena, sencilla, paciente criada. Cuando los viajeros ganaron la primera esquina, Candelaria secaba con el ruedo del delantal las lágrimas que quebraban la luz en sus ojos resignados.

En el cielo claro, sereno, sin nubes, empezaban las estrellas a apagar sus luces. Las calles estaban solitarias. Una que otra mujer, bien cubierta con el tupido pañolón, caminaba a pasos menudos hacia la Catedral o la Tercera. Algún zaguán estaba abierto para la partida de otro viajero madrugador. Del solar de las casas -¡anchos solares de las viejas casas merideñas!- salía, con el ladrido de los perros vigilantes, el clarín entusiasta de los gallos. De la Sierra y de los páramos cercanos, bajaba cortante el airecillo juguetón de la madrugada -madrugadas de Mérida, olorosas a vida, a hierba, a alegría, a esperanza!-. Sobre las piedras de la calle sacaban luces las herraduras premurosas de las bestias, hambrientas de caminar al empuje de la

mañana inminente. ¡Mañanas de Mérida, alegres luminosas, como mañanas de Resurrección!...

Pronto los viajeros estuvieron en La Columna. Era de ritual detenerse un momento para mirar por última vez hacia abajo el curso suave, sereno, geométrico de la ciudad. En La Columna, Mérida veía, además, la expresión plástica de su devoción a Bolívar. La universitaria Mérida supo mostrar en sus monumentos el sentido conjugante de la verdadera Historia. En 1813 adivinó en Bolívar al Libertador y se adelantó a dar al guerrero extraordinario el título preclaro con que vive en los anales de América. Cuando vio levantarse a Páez para la defensa de la institucionalidad encarnada en Vargas, Mérida lo llamó fundador del Poder Civil. A la salida hacia Occidente, la ciudad dedicó una columna al León de Mucuritas, aparentemente convertido en sostén del civilismo; en la rota hacia el Centro, erigió a Bolívar, el año 1842, el primer monumento público que recuerda en el mundo las glorias del héroe. Para entrar en la ciudad o para salir de ella, era obligada la posa de los viajeros junto con la simbólica columna, donde remataba la larga y penosa cuesta que subía del río Chama.

Al descender al pie de la cuesta, ya el Chama es el majestuoso y altanero señor, cuyo bravío torrente amenaza hombres y sembrados. A la margen del río, el camino comenzaba su lenta y larga ascensión hacia las cumbres empinadas de los altos páramos. Hasta Tabay y Escagüey, se miraban a ambos lados de la vía las tupidas haciendas de café y las verdes laderas, donde pacía el gordo ganado. Antes de Mucurubá, empezaba a variar el paisaje. El blanco jazmín de los cafetos era sustituido por la arrogante espiga del trigal. El mundo maravilloso y despejado de la tierra fría, reemplazaba los sombrosos cultivos, y la tierra toda parecía empinarse hacia la eminencia de los cerros, para dar mayor solemnidad al paisaje. Al borde del camino, lucían las casas sencillas, limpias, adornadas de humildes macetas. Las hortensias, los claveles y los pensamientos encendían sus vivos colores en las eras, que rodeaban a los bohíos. Cubiertos con sus pesadas ruanas, los campesinos trabajaban el campo con resignada alegría.

El viaje hasta Mucurubá fue por demás grato y pronto. La charla amena y el alegre pasitrote de las bestias, deseosas de ganar camino, hicieron que el tiempo discurriese con extraordinaria rapidez.

La posada quedaba frente a la plaza. La plaza es pequeña y estaba toda sembrada de claveles. Rojos, blancos, amarillos, petunia, rosa, matizados, parecían alfombra de artificio. Los viajeros echaron pie en tierra para la despedida

-Una cerveza o un palo de brandy no quedaría mal -insinuó Alfonso Ribera.

Luego, estaban sentados en la sala de la posada de la señora Ramona. La sala era la típica sala de la casa de pueblo. Lustrosos los ladrillos; azul el zócalo, que cortaba la blancura de las paredes; también azules las hojas de las puertas. En medio de la sala, redonda mesa de madera, cubierta con un amarillento tapete de crochet. En el centro de la mesa, una lámpara de porcelana a kerosene. De una de las paredes, colgaba una imagen del Corazón de Jesús; en otra, lucían los retratos de los padres de la señora Ramona. La madre aparecía cubierta de discreta andaluza y; con el gesto alegre de la campesina endomingada; el viejo estaba tocado del antiguo kepis militar usado por los oficiales cresperos.

Tarjetas con artistas, plazas, paisajes y flores, lucían colocados en cuadros de alambre dorado.

La sala comunicaba con el zagúan, y frente a la puerta abría la suya la frontera pulpería, donde la señora Ramona despachaba a la clientela.

-Dirán los estimados qué quieren que les sirva -preguntó la huéspeda, con la voz insinuante de las señoras de pueblo, que a todo momento se esfuerzan por lucir bien.

-Hagamos servir unos brandys -respondió Alfonso.

Mientras los amigos tomaban asiento en las mecedoras de Viena que rodeaban a la mesa del centro, la señora Ramona servía las copas pedidas y regresaba con ellas a la sala. Junto con la posadera hizo, también su entrada en el recinto el Coronel Antonio Tapia, que acababa de informarse por Mauricio Dugarte de la llegada de los viajeros.

-¡Hombre, qué sorpresa tan grata verlos por aquí! -exclamó el Coronel, mientras abrazaba.entre entusiastas expresiones a los amigos-, ¿Pero vos vas de viaje para Caracas? Me lo dijo tu asistente -agregó dirigiéndose a Alfonso.

-Sí, señor. Me voy a la capital; si algo se te ofrece, estoy a la orden -respondióle Ribera.

-Pues decile al viejo que me ayude con Gómez a salir de estos montes. Yo no soy para estar ocioso, ni nací, tampoco, para agricultor. Decile a tu papá que estoy como un rolo, dispuesto a servir al Jefe en cualquier parte donde haya peligro.

El Coronel Tapia era un singular personaje, de gran celebridad en la región. De recia y distinguida ascendencia guerrera, su pasión eran las armas y la historia militar. Alto, enjuto, imponente, evocaba con su marcialidad y garbo la figura de un Quijote desbarbado. Cuando no eran del caso los arreos militares, vestía la blusa azul, con que en parte curaba la nostalgia del cuartel.

En pláticas con damas, en círculos de amigos, en conversación con jóvenes, su tema permanente era la guerra. Cuando agotaba las batallas de Bolívar, de Páez o de Urdaneta, acudía a las de Napoleón, César o Aníbal. El Coronel Tapia llevaba algunos meses de residir en Mucurubá, por vía de temperamento, después de haber visto en peligro su vida a causa de una fiebre perniciosa atrapada en la Tierra Llana. Tanto frisó con la muerte la salud del Coronel, que sus parientes solicitaron para él los Sacramentos de la Iglesia. Era aún costumbre en Mérida llevar solamente el Viático a los moribundos. Al toque clamoroso del esquilón, acudían los fieles al templo, para acompañar al sacerdote, que conducía al Sacramento, bajo el litúrgico quitasol y entre devotos farolillos, hasta a casa del enfermo. No había llegado la hora de la piedad vergonzante y la gente fincaba la rodilla en tierra al paso de la Eucaristía, para repetir con los abuelos el "*Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar*". Cuando la emocionada comitiva entró en la cámara de enfermo del Coronel Tapia, se halló con éste en pie, ataviado de sus galas.

Un guerrero no espera al Rey en la cama -dijo con desfalleciente voz al sacerdote, a tiempo que la hermana le ayudaba a echarse en la poltrona.

Ese era Antonio Tapia. Coronel siempre, temerario a toda hora, alegre hasta en los momentos de sentarse a esperar a la muerte.

Con el desenfado que siempre le acompañaba, Tapia se hizo lugar entre el grupo de amigos y pidió una cerveza para brindar a la salud del viajero.

-Va a tener el don muy buen tiempo para el viaje -dijo la señora Ramona-. Ayer fue un día de pura agua. ¿Va el señor a dormir en San Rafael?

-Seguiré hasta Apartaderos -respondió Alfonso, mientras sacaba portamonedas para pagar la consumición.

-No faltaba más -interrumpió Fabricio Pérez-. Tú pagarás cuando te vayamos a visitar a Caracas.

Abrazaron los amigos a Alfonso Ribera, encimó éste la pierna al alegre caballo y junto con el asistente siguió camino hacia Mucuchíes.

-¡Buen viaje!

-¡No te olvides de escribir!

-Saludos a la familia.

No había caminado media cuadra, cuando Alfonso volvió grupas y gritó hacia el grupo:

-¡Carlos, venga acá un momento Trejo espoleó la mula y se acercó al amigo.

-No olvide los muchachos de Anita. Entréguele a la madre lo que le dije, y cuando pueda ayudarlos con un buen consejo, hágalo como si fueran sobrinos suyos.

-Descuide, Alfonso Yo veré de ellos.

* * *

A la altura de Mucurubá, ya todo el paisaje son dormidos trigales, salpicados de sangrientas amapolas. Se producía aún excelente harina en la serranía andina y más de un buen molino mecánico era alimentado por el opimo grano que duraba como testimonio de la vieja potencialidad agrícola de la Cordillera. Sobre las pequeñas mesas, amorosamente cultivadas, incidían las suaves laderas, compartidas, como gigantesco tablero de ajedrez, por los simétricos cimientos de piedra. La serranía se empinaba mansa y terca hasta confundirse con el erial distante, adonde parecía que las nubes bajasen en busca de cuna cariñosa.

Unas veces platicando, otras en largo silencio, los viajeros hicieron con presteza la vía de Mucuchíes y después de tomar un tibio refrigerio en la pintoresca población, siguieron camino para llegar con el atardecer a San Rafael, ya arrebujado en apretada niebla, que hacía más triste el paisaje de sus calles desiertas. La meta de la jornada era Apartaderos, lugar situado en el mero comienzo de la cuesta que llega hasta el alto del páramo. Aquello era ya el mundo silencioso, solitario, sombrío de la tierra fría. A la puerta de la posada se agrupaban los hombres envueltos en las pesadas chamarretas. Los muchachos, en cuclillas, se defendían de la helada ventisca. Los peones entraban y salían para ayudar a los viajeros en el cuidado de las bestias.

En aquel sitio, por ser el más cercano al páramo que era preciso coronar, hacían posada tanto los viajeros que de Mérida se dirigían a Timotes y a Valera, como los procedentes de estas ciudades que iban hacia Mérida. Con el atardecer coincidían en la célebre hospedería tanto los que bajaban con la fatiga de las cumbres como aquellos que harían noche para tomar con el alba la penosa cuesta.

Apartaderos, envuelto en niebla y en silencio, daba la impresión de sitio remoto y distante, donde la vida tomase descanso o donde la muerte acechase con palabras sin letras ni sentido. Parecía que de la soledad extraordinaria saliesen voces vacías de realidad inmediata y de coetaneidad sensible. En el silencio, doblado por la soledad y el reposo de la noche vecina, el hombre siente la impresión clara y profunda de que el tiempo confina con la eternidad inminente. En medio del paisaje sombrío, inmóvil, silencioso, los hombres, también, silen-

ciosos, inmóviles, sombríos, parecían compendiar en su quieta actitud todo el sentido misterioso de la realidad circundante. Hechos a las frases cortas y a los movimientos lentos, por boca de los hombres diríase que hablase la propia substancia helada de la tierra. El habitante de los páramos parece, en realidad, que conociera el arcano de las voces del viento y el secreto que se esconde en la raíz de la hierba.

-Arriba anda la cosa mal -decía lentamente uno de los hombres recostados a la puerta.

-Sí, señor. Esta noche habrá tormenta arriba -agregó aprobatoriamente el otro.

Lo decían con una seguridad que no admitía disputa y, sin embargo, nadie fuera de ellos mismos, era capaz de distinguir la modulación recóndita del viento que comunicaba a sus oídos expertos el secreto de las ventiscas enseñoreadas en las alturas remotas. Poco saben aquellos hombres solitarios y silenciosos del curso de la vida corriente de los hombres que luchan en las ciudades y en los pueblos; conocen, en cambio, el misterio del aire, de la lluvia, de las plantas, de las bestias que forman el paisaje permanente de las solemnes oquedades. Su oído tiene fino trascendido para percibir la vibración de la vida profunda de la naturaleza. En ellos la cultura no ha destruido aún el ombligo vegetal que los mantiene en contacto con la Madre Tierra. En ellos, tanto el barro se espiritualiza cuanto el espíritu se hace uno con el limo original y sagrado donde pareciera que durase la substancia de la palabra creadora del Todopoderoso.

Dentro de la casa, los viajeros habían ido tomando asiento cerca de los primitivos braseros La gran sala daba hacia el frente con la pulpería, de entrecerradas puertas, y hacia adentro con el ancho corredor que circundaba la casa. En uno de los extremos de la sala, estaba la larga mesa de comer, permanentemente vestida de sencillos manteles, y cerca de la mesa, la puerta que comunicaba con la generosa cocina. Más hacia la puerta de la pulpería, había silletas de suela y anchos sillones claveteados, donde reposaban los viajeros después de quitarse las pesadas ruanas, las espuelas y las polainas.

Huéspedes inevitables de aquella acogedora posada de Apartaderos, eran dos o tres hermosos perros mucuchiceros, ya negros, ya blancos, ya pintados, todos de abundante y crespa pelambre y de grandes orejas gachas. Perros cordiales, hechos al trato vario con los constantes pasajeros, a todos se acercaban cariñosos, a todos lamían las manos, a todos acariciaban con la larga, dulce, amorosa mirada. Constituyen una raza especial, ilustrada de heroica nombradía. Durante la época colonial, alguien los llevó de España a los riscos desolados, donde fueron a prestar los mismos caritativos servicios que prestan en los ventisqueros de Europa sus célebres hermanos los perros de San Bernardo. Cuando Bolívar pasó por aquellas empinadas cimas, alguien lo obsequió con un hermoso cachorro, el cual, después de haber acompañado fielmente al héroe en innúmeras batallas, entró con su amo en la Historia, como símbolo de lealtad y de nobleza, que muchas voces no alcanzan los hombres. Parientes del célebre "Nevado", aquellos perros mansos, fieles, amables daban mayor sentido de intimidad a la ancha sala, donde los viajeros se frotaban las manos cerca del fuego generoso de los anafes.

Cuando la noche había caído por completo -¿cuándo, a qué horas, si toda la tarde es noche en las silenciosas alturas?- los viajeros fueron llamados a la larga mesa común. Antes de tomar asiento, los pasajeros habían entrado en comunicación y se habían participado los rumbos del viaje. Para Mérida y el Táchira se encaminaba un rubicundo agente viajero del comercio de Maracaibo, con quien de inmediato, por ser amigos, entró en plática Alfonso Ribera. Viajaba, también como éste, para Valera, un sacerdote que venía desde San Cristóbal y que llegó a Apartaderos un poco después de Ribera, Se les juntó, además, una familia que se dirigía a Mérida, compuesta por el marido, que era médico, la señora y dos opulentas muchachas, de cosa de quince y diez y ocho años.

El uno había pedido un trago de brandy, el otro entonó el frío con una aromosa y caliente taza de café, mientras el ventero ofrecía al médico, quejoso de mareo, a causa de la travesía del páramo, una copa de "*licor de las alturas*".

-¿Qué diablos es eso? -preguntó el galeno.

-Pues nada menos que la contra que el páramo da para su propio daño -agregó complacido el dueño a la casa-. Pruebe y verá qué sabroso es el trago.

Cuando el ventero regresó con la botella y unas copas, explicó con secreta fruición cómo preparaba él aquella maceración de distintas yerbas aromáticas, recogidas en las altas cumbres, entre las cuales era principal el famoso díctamo real, de legendaria estirpe indiana. Apuró el doctor el trago ofrecido por el huésped, y como de milagro se sintió inmediatamente recuperado.

Esto es algo estupendo; ya soy otro hombre -exclamó el galeno-. Me va a hacer el favor de venderme una botella de este licor.

-Lo siento, mi don. Pero esto no se puede tomar sino en estas alturas. tierra baja, el que lo bebe, revienta.

Los comensales invitaron al sacerdote a ocupar el sitio cabecero, y después de que aquel rezó las oraciones del caso, arremetieron todos con voracidad de colegiales contra las viandas ofrecidas por la amable y respetuosa maritornes. Acuciada por el frío y por el ejercicio de cabalgar, el hambre era poderosa, en realidad, para subir los puntos naturales de los riquísimos y sencillos platos de la cena. Sobre la mesa lucía la torre tibia y fragante de las doradas arepas de harina, en competencia con la humeante fuente donde invitaban a que se las desnudase, las encamisadas papas de la típica dieta parameña. Después del hirviente cocido de gallina, fue servida una exquisita fritura de cerdo, curado al amor del humo y la intemperie, con el famoso perico, cargado de cebolla y de tomate, que hace inolvidable el recuerdo de la célebre posada; todo esto desde el principio acompañado por el magnífico queso de tierra fría y la tierna mantequilla, de fabricación casera, que, junto con el venerable ajicero forman el corazón de la mesa de los páramos.

Mientras se entendían con el suculento refrigerio, la conversación discurrió sobre circunstancias relacionadas con los propios viajeros.

-¿Usted, señor Ribera -preguntó el médico a Alfonso-, está advertido de que encontrará todavía a Caracas bajo la consternación de la gripe española?

-Algo se sabe en Mérida, pero parece que hay mucha exageración -respondió Ribera.

-Pues no se crea usted, mi amigo. El pánico de la epidemia ha sido espantoso, espantoso; con decirle que el General Gómez no se atrevió a atender al llamado de su hijo Alí moribundo, y eso que era la debilidad del Caudillo. En Caracas ha habido tal mortandad, que en el Cementerio se abrieron fosas de gran cabida, para echar en cada una diez y más cadáveres. Los Hospitales quedaron abarrotados y se dio el caso estupendo de que el Arzobispo hubiera bendecido el Hospital de emergencia que se estableció en el Templo Masónico. Por cierto, que la gripe ha servido al Señor Rincón González para hacerse perdonar el hecho de haber sido impuesto a cuenta de andino por el General Gómez.

-Perdone usted, doctor -interrumpió con insinuante y suave voz el sacerdote-. El Señor Rincón González no tiene nada que hacerse perdonar por el hecho de haber llegado a la Mitra caraqueña. Ese error ha cundido en la capital y es necesario que se sepa la verdad. El actual Arzobispo no es, en efecto, una lumbrera como Monseñor Silva o el Padre Navarro, ni un orador elocuente, como el Padre Esculpi o el Padre Peñalver El Señor González tampoco es andino, ni hizo amistad personal en el Táchira con el General Gómez. Por lo contrario, él desaconsejó, como el Padre Jáuregui, la revolución andina del 99. El Padre Rincón fue a finales del siglo pasado a San Cristóbal y se ganó el respeto de toda la región tachirense por su bondad, su caridad, su pureza de vida, su sencillez y su humildad. En 1910 cuando se trató de proveer la Silla de Maracaibo, el Internuncio en asocio con Monseñor Castro y Monseñor Silva, presentó de candidato al Padre Rincón, de quien se esperó que habría de ser muy bien acogido en la región, por su oriundez maracaibera. Pero cuando la cosa estaba lista para presentación al Congreso, el Señor Rincón se negó del todo. Más tarde, cuando ocurrió el conflicto con Monseñor Durán, fue de nuevo llamado a Caracas el Padre Rincón, que ya entonces era Prelado Doméstico de Su Santidad, y tal ofrecérsele la Mitra de Guayana, se volvió a negar a aceptarla. A la muerte de Monseñor Juan Bautista

Castro, el Doctor Márquez Bustillos tuvo el tino de fijarse en Monseñor Navarro para Arzobispo, pero entre la clerecía de la capital perduraba el espíritu de lucha y la fatal desavenencia que provocó el paso de cisma de 1901 y que llegó a tomar de cuerpo en la tentativa de envenenar al Arzobispo, en el propio vino eucarístico. Los clérigos se fueron a las greñas y crearon un campo de Agramante, según eran los aspirantes a la Mitra. Hubo sacerdote que buscó insinuarse a través de una de las amantes del General Gómez, a tiempo que otros tiraban de las faldas de la señorita Regina o de la levita de Colmenares Pacheco. En medio de aquella lucha tan desentonada, Gómez dio un corte en providencia al problema y un día dijo a Márquez Bustillos y al doctor Vivas: "*Pues para acabar con tanta pelea, llamemos al Padre Rincón y le pediremos que acepte ser Obispo*". Aquí tienen ustedes, amigos míos, la razón de la presencia en Caracas del viejo Vicario de San Cristóbal. El no llegó a Arzobispo por andino, sino por pacífico, para poner paz entre un grupo de clérigos en pugna feroz. Dios lo ayude a salir bien de su cometido, porque él es bueno sobre todo y ante todo, y la Iglesia lo que pide en sus pastores es que la luz del corazón brille en ellos sobre la luz de las aprendidas letras.

Muy interesante su relato, Padre Contreras -dijo el doctor cuando aquel puso pausa a la agradable plática. Interesante, muy, muy interesante todo lo que ha dicho el señor Padre agregó el atento y rubicundo viajero alemán.

-Yo conocí al Arzobispo Rincón cuando fue a Mérida, en 1913, para ser juez en una ruidosa causa, que tuvo por consecuencia la excomunión del doctor Antonio Justo Silva -dijo Alfonso Ribera-. Todo el mundo decía que él y el Padre Carrillo, de Trujillo, llamado a Mérida entonces con el mismo fin, eran los más santos sacerdotes que había en la Diócesis merideña.

-Todo eso es cierto, yo no niego -continuó el doctor-, pero el caso es que en Caracas el Obispo Rincón cayó muy mal y que sólo ahora, del brazo del doctor José Gregorio Hernández y del doctor Isidro Ruz, ha venido a ganarse la simpatía de la gente por su gran caridad.

-Pues esa es, mi querido doctor, la gente del Arzobispo. Santos como Hernández y Ruz son sus mejores amigos -terminó el Padre Contreras.

-¿Me dirán los estimados quiénes prefieren café y a quiénes sirvo cacao? -interrumpió la diligente ventera.

-A mí me dará usted un bebedizo de manzanilla -dijo el doctor-. Desde que entré y vi las macetas coronadas de estrellitas de oro, estoy esperando el placer de asentar la comida con una buena infusión. Imagino que el Padre sea buen candidato para el cacao -agregó sonreído.

-Pues no crea usted, doctor, que me doy gustos de viejo abate. Me conformo con un modesto volón -respondió con gentil sonrisa el bueno del sacerdote.

Terminado el servicio del café, los viajeros se hicieron hacía el sitio donde estaban las poltronas de cómodo respaldo, mientras la esposa del doctor y las dos niñas se recogían a la habitación, en pos de los pesados bayetones para librarse del cortante y desacostumbrado frío.

-¿Y cree usted, doctor, que es muy peligrosa la gripe española? -preguntó al médico Alfonso Ribera.

-Peligrosa para la gente mal alimentada, para las familias sucias y para las personas viciosas -respondió el galeno- La gripe ha presentado oportunidad elocuente para estimar el disparatado modo de vivir mucha gente de Caracas. Se han dado casos terribles y dolorosos. Ha ocurrido caer enfermas tres y más personas de alguna familia muy pintiparada, cuyas damas lucían en los teatros y en la Plaza Bolívar trajes caros y vistosos, pero cuando hubo necesidad de cambiar las ropas de cama, no pudo hacerse la muda sino con andrajos. Esas mismas familias estaban acostumbradas a una mesa pobre y desnutrida, que no les proporcionaba resistencia alguna que oponer a la pandemia; en cambio, jamás faltaron a los saraos ni a las vespertinas, ni a los salones de "La India" o de "La Francia", y siempre tuvieron billete para el cinematógrafo o la zarzuela y regalo para el Santo de la amiga. La falta de sentido lógico de la gente hace que todo se

Castro, el Doctor Márquez Bustillos tuvo el tino de fijarse en Monseñor Navarro para Arzobispo, pero entre la clerecía de la capital perduraba el espíritu de lucha y la fatal desavenencia que provocó el paso de cisma de 1901 y que llegó a tomar de cuerpo en la tentativa de envenenar al Arzobispo, en el propio vino eucarístico. Los clérigos se fueron a las greñas y crearon un campo de Agramante, según eran los aspirantes a la Mitra. Hubo sacerdote que buscó insinuarse a través de una de las amantes del General Gómez, a tiempo que otros tiraban de las faldas de la señorita Regina o de la levita de Colmenares Pacheco. En medio de aquella lucha tan desentonada, Gómez dio un corte en providencia al problema y un día dijo a Márquez Bustillos y al doctor Vivas: "*Pues para acabar con tanta pelea, llamemos al Padre Rincón y le pediremos que acepte ser Obispo*". Aquí tienen ustedes, amigos míos, la razón de la presencia en Caracas del viejo Vicario de San Cristóbal. El no llegó a Arzobispo por andino, sino por pacífico, para poner paz entre un grupo de clérigos en pugna feroz. Dios lo ayude a salir bien de su cometido, porque él es bueno sobre todo y ante todo, y la Iglesia lo que pide en sus pastores es que la luz del corazón brille en ellos sobre la luz de las aprendidas letras.

Muy interesante su relato, Padre Contreras -dijo el doctor cuando aquel puso pausa a la agradable plática. Interesante, muy, muy interesante todo lo que ha dicho el señor Padre agregó el atento y rubicundo viajero alemán.

-Yo conocí al Arzobispo Rincón cuando fue a Mérida, en 1913, para ser juez en una ruidosa causa, que tuvo por consecuencia la excomunión del doctor Antonio Justo Silva -dijo Alfonso Ribera-. Todo el mundo decía que él y el Padre Carrillo, de Trujillo, llamado a Mérida entonces con el mismo fin, eran los más santos sacerdotes que había en la Diócesis merideña.

-Todo eso es cierto, yo no niego -continuó el doctor-, pero el caso es que en Caracas el Obispo Rincón cayó muy mal y que sólo ahora, del brazo del doctor José Gregorio Hernández y del doctor Isidro Ruz, ha venido a ganarse la simpatía de la gente por su gran caridad.

-Pues esa es, mi querido doctor, la *gente del Arzobispo. Santos* como Hernández y Ruz son sus mejores amigos -terminó el Padre Contreras.

-¿Me dirán los estimados quiénes prefieren café y a quiénes sirvo cacao? -interrumpió la diligente ventera.

-A mí me dará usted un bebedizo de manzanilla -dijo el doctor-. Desde que entré y vi las macetas coronadas de estrellitas de oro, estoy esperando el placer de asentar la comida con una buena infusión. Imagino que el Padre sea buen candidato para el cacao -agregó sonreído.

-Pues no crea usted, doctor, que me doy gustos de viejo abate. Me conformo con un modesto volón -respondió con gentil sonrisa el bueno del sacerdote.

Terminado el servicio del café, los viajeros se hicieron hacía el sitio donde estaban las poltronas de cómodo respaldo, mientras la esposa del doctor y las dos niñas se recogían a la habitación, en pos de los pesados bayetones para librarse del cortante y desacostumbrado frío.

-¿Y cree usted, doctor, que es muy peligrosa la gripe española? -preguntó al médico Alfonso Ribera.

-Peligrosa para la gente mal alimentada, para las familias sucias y para las personas viciosas -respondió el galeno- La gripe ha presentado oportunidad elocuente para estimar el disparatado modo de vivir mucha gente de Caracas. Se han dado casos terribles y dolorosos. Ha ocurrido caer enfermas tres y más personas de alguna familia muy pintiparada, cuyas damas lucían en los teatros y en la Plaza Bolívar trajes caros y vistosos, pero cuando hubo necesidad de cambiar las ropas de cama, no pudo hacerse la muda sino con andrajos. Esas mismas familias estaban acostumbradas a una mesa pobre y desnutrida, que no les proporcionaba resistencia alguna que oponer a la pandemia; en cambio, jamás faltaron a los saraos ni a las vespertinas, ni a los salones de "La India" o de "La Francia", y siempre tuvieron billete para el cinematógrafo o la zarzuela y regalo para el Santo de la amiga. La falta de sentido lógico de la gente hace que todo se

gaste en vanidades y en cosas de mera apariencia, mientras se descuida lo primordial de la vida. Es decir, descuídase la vida misma.

-Eso, doctor, no ocurre con el andino -agregó Alfonso Ribera-. Nosotros los montañeses tenemos fama de que apretamos tanto el fuerte que a Bolívar se le sale la lengua, y se nos llama pichirres y judíos; pero nosotros, si ganamos diez reales, no pasamos de gastar ocho; y de los ocho que gastamos, dos nos echamos encima y cuatro nos metemos entre pecho y espalda, porque lo que vale, como usted dice, es la procesión que va por dentro.

-El montañés tiene esa virtud grande -agregó sentencioso el viajero alemán-. Trabajar mucho, comer bien y saber guardar, son muy buena cosa de la gente de este lado. Yo estimar mucho a los hombres de la Cordillera .

-Muchas gracias, señor Weber -dijo Alfonso Ribera-. Es usted generoso con nosotros.

-Soy hombre que siempre dijo la verdad -respondió el grave musiú.

Ni los huesos ni la ocasión estaban para hacer velada. Todos se hallaban realmente molidos y en seguida atendieron con prisa la voz del ventero, que anunciábales estar los lechos listos y bien calientes las habitaciones.

-Buenas noches, señores -dijo el Padre Contreras.

-Buenas noches tenga usted, Padre Contreras -respondieron el doctor, Alfonso y míster Weber.

-¡Que pasen buenas noches! -dijo a los otros Alfonso.

-¡Buenas noches! -respondió el doctor.

-¡Buena noche! -repitió el viajero alemán.

Luego, los pasajeros dormían como troncos, bajo el peso de las cobijas burreras, sin que faltara, como para poner en circulación la

sangre perezosa, la molesta picada de las imperdonables pulgas parameñas. Fuera se percibía el medroso miserere del viento y entre los roncos bramidos, el lejano, angustioso, consolador aullido de los perros asustados...

* * *

-Buena que se nos viene la mañana -decía al patrón Mauricio Dugarte, mientras Alfonso Ribera terminaba de ajustarse las espuelas-. Anoche llovió en el páramo y el día amaneció despejado y seco.

Las seis serían cuando los viajeros, después de reforzarse con un desayuno a base de huevos revueltos, cochino frito, requesón, arepas de harina, mantequilla y café de leche, como dicen en la Cordillera, emprendieron el ascenso del páramo. Con Alfonso y su asistente, hacía, también la misma vía el bueno, amable y siempre alegre Padre Contreras.

¡El páramo! La soledad absoluta en medio de la inmensidad lejana del paisajes que se alarga y abaja, a medida de que se asciende la cordillera. Ya la vegetación se hace absolutamente rastrera, para así poder defenderse las plantas del empuje agresivo y sonoro del viento. Las mismas variadas y policromas florecillas que bordean el camino, van luciendo más escasas a medida que se remonta la vía. Muy cerca se oye el ruido amoroso del agua que baja.

-¡El Chama, Padre! -dijo Mauricio Dugarte.

Sí, el Chama. El Chama sonoro, insolente, bravío, devastador, que ayer vimos correr impetuoso entre su lecho amplísimo de piedras gigantescas, ahora no es sino un modesto hilillo de aguas rápidas y tiernas, brotadas del musgoso peñasco. El agua resume en llanto el dolor antiguo de la piedra, que padece el diuturno dolor de sentirse infecunda. Saltan las lágrimas, y el agua llenará de vida y de alegría la reseca tierra.

-Como el río que nace pobre y crece luego hasta hacerse temible, así, también, son los hombres y los pueblos -agregó el manso sacerdote.

Como los hombres son los ríos; sí, como los hombres, vanidosos y soberbios, olvidados, al ser grandes, de la humildad de sus orígenes. Son los ríos, también, como los pueblos; sí, como los pueblos, que después de crecer en riqueza y poderío, no hacen memoria, y más bien reniegan, de sus anales pobres y sencillos. Lección maravillosa de vida ofrece el río que lentamente se achica hasta sólo ser. como el Chama luego, un hilo modesto y cantarino de agua fresca. Un poco más arriba, el vanidoso, el soberbio, el presuntuoso Chama, que en la llanura rompe puentes y arrastra sementeras y poblados, ya no es sino una humilde fuente viva, que brota entre las piedras duras como un lamento cristalino. En la mano de un niño cabe todo el tierno caudal del futuro caudaloso río.

La mañana era espléndida, y a medida que subía la ruta, fueron apareciendo los pozos dormidos y luminosos de la escarcha nocturna, mientras a su lado las matas de frailejón, cubiertas de nieve cristalina, semejaban fantásticos surtidores inmovilizados por el silencio más profundo.

Los rayos oblicuos del sol mañanero, al caer sobre las nevadas estalactitas, llorosas al borde de la vía, y sobre el espejo de los pozuelos de cristal, rompíanse en milagrosa iridiscencia, que hacía soñar en infantiles mundos de ensueño y de aventura. Silencio, quietud, soledad. El viento callaba a ratos, como avergonzado de interrumpir la solemne quietud de las cumbres. El hombre, como si se acercara a la propia muerte, se sentía íngrimo y solo en la solución de su destino.

No se veía pacer a las ovejas y a las cabras inquietas, ni se miraba ramonear la verde yerba a las vacas de dulces y melancólicos ojos. La vida parecía reñida con la majestad de las alturas solitarias. Los hombres hacían en silencio el camino, como temerosos de alterar con las palabras explosivas el equilibrio de la atmósfera; mientras arriba, imponente, altanera, dominadora, el águila cruzaba los cielos claros y serenos. Pronto, los hombres desaparecieron por completo y el paisaje quedó ayuno de cualquier otra inquietud humana; abrupta geología y humillada botánica eran el rígido contorno del cuadro donde los tres viajeros se movían como mera parte de la propia naturaleza imponente.

Ya no había caminos que embocasen en el camino real. Ya no había veredas ni diversiones que condujeran a otros sitios. El páramo es un solo camino, un solo esfuerzo, un solo empeño de coronar la altiva eminencia, que sirve de unión y de divorcio al ascenso y al descenso de los riscos. Ya se habían deshecho todas las posibilidades de elección. Seguir o regresarse. Ser o no ser como en el orden hamlético. No había sino una sola meta y un solo destino. Llegar arriba. Dominar la resistencia espiral de curvas, que angustiosamente iba comprimiendo las ásperas faldas de la montaña. Jadeantes los jinetes y las cabalgaduras, absorta la mirada ante el paisaje cada vez más vasto y humillado, lleno el espíritu de una sensación de victoria y señorío, después de cuatro largas horas de pesado subir, los viajeros llegaron a la cima. El sol brillaba más que nunca. El viento silbaba con mayor fuerza. Las bestias se resentían del golpe agresivo del aire. La respiración se hacía difícil, por el enrarecimiento de la atmósfera; empero, los pulmones recibían como un lavado de pureza, que ayudábales a vencer el esfuerzo de las inspiraciones. Un minuto más y el panorama se invierte en medio de la misma realidad geográfica. Las bridas de las bestias que vinieron sin gobierno, fueron celadas por la mano experta del jinete. Hasta hace un momento el esfuerzo estuvo dirigido a la ascensión penosa. Llegó la hora de bajar. Subir para descender, puesto que la cumbre fue apenas el sitio fugaz, donde se midió el esfuerzo del vencedor. El páramo es como la vida.

-Para esto subimos -dijo el Padre Contreras- cuando al comenzar a descender la vía, su mula dio un paso en falso.

-Pero salimos de lo peor, mi Padre -agregó Mauricio Dugarte.

-Para unos, lo peor es subir, para otros lo peor es bajar -agregó el Padre- La gente dice que hacía abajo ruedan las piedras. Si señor; sí ruedan fácilmente. Pero en el orden de la vida, a muchos se les hace fácil encumbrarse y, al efecto, toman la vía más pronta. ¡Pero la bajada, mi amigo! Hay que saber subir como lo hemos hecho nosotros, para descender fácilmente sobre la experiencia del esfuerzo realizado, y no rodar, como ocurre a los que ganaron cumbres sin méritos. Los caminos enseñan a vivir -concluyó el sacerdote con dulce voz.

Hacia abajo, pese al cuidado que reclaman las riendas, la vía discurría con mayor prontitud y en breve tiempo los sedosos frailejones que sirven de adorno a la tierra desierta, comenzaron a alternar con las variadas plantas de donde recibe multicolor carácter la botánica del páramo. Apareció, luego, la columna amorosa del azulado humo, subido de las cocinas de las casas, que faldeaban la montaña. El humo en los páramos, es como un pregón para anunciar la cercanía del hombre. El humo que busca la inmensidad azul, testimonia de modo irrefutable la presencia tónica del fuego. Ante la promesa alentadora del calor inminente, los viajeros sintieron cómo se iban despegando del paisaje en que habían venido implantados, a manera de cosa movida por la fatalidad.

La casa estaba arrimada al propio cerro. Diríase que al construirla, se buscó tomarle un poco el calor a la mera tierra. Su techo pajizo estaba renegrido por la lluvia y el humo. A la derecha de la puerta había una ventanita, a la izquierda estaba cerrada la media puerta por donde hacía su tráfico la caminera pulpería. Los cimientos donde afincaba la horconeadura del corredor exterior, estaban cubiertos de macetas. En viejas ollas desportilladas, había sembradas hortensias blancas, rosadas, azules. Las macetas estaban iluminadas de claveles y de pensamientos. En la era vecina al corral, donde una vaca amamantaba al recental, la señora Susana tenía sembradas numerosas matas de lirios. Cuando la señora Susana distinguió al Padre Contreras, que echaba pie a tierra con Alfonso Ribera y Mauricio Dugarte, hincó las rodillas y pidió la bendición al sacerdote.

-Entren sus mercedes, mientras llamo a Braulio y a las muchachas.

-¡Braulio!, ¡Estefanía!, ¡María la O! -gritó hacia dentro la señora Susana- vengan pa' que saluden al Padre.

Luego, Braulio, Estefanía y María la O estuvieron frente a los recién llegados. Lo mismo que la señora Susana, se arrodillaron y pidieron la bendición al clérigo amable.

Braulio tenía el tipo clásico del mestizo parameño. Metido entre la chamarra veteada, con el pelodeguama hasta las orejas, la cobriza piel curtida por la intemperie, los ojillos achinados, llenos de luz y de

malicia, el bigote caído y descuidado, con la huella indefectible de la mascada de chimó, al pie los caites ásperos, que dejaban ver los dedos desfigurados por las huellas del inclemente trabajo. Estefanía y María la O eran, en cambio, rollizas y blancas como la madre, e iban tocadas de ceñido pañuelo de Madrás, sobre el cual abría sus anchas alas el sombrero de cogollo, que se quitaron para saludar al Padre. Sus mejillas lucían los encendidos colores de la gente parameña, y los labios carnosos parecía que acabasen de comer bellotas de cundeamor.

-Vienen de arriba y ¿qué tal el viaje? -preguntó el viejo Braulio.

-Magnífico -respondió Alfonso-, para ser completo nos falta apenas un cafecito caliente.

-Pues a hacérselo presto, mujer -ordenó Braulio a la señora Susana- Si quieren, se les puede preparar entualito mesmo un refuerzo completo -dijo el viejo a los viajeros.

-Gracias. Esperamos almorzar más abajo -respondió el Padre Contreras.

Entraron en la casa los viajeros. En la sala -que era sala, comedor, cocina y despensa- tomaron asiento en rústicos taburetes, mientras la señora Susana colocaba el café y las muchachas bajaban del balay sendos pocillos de peltre. La sala comunicaba con la pulpería por una puerta sin hojas. Al lado de la puerta de la pulpería, estaba la burda mesa.

-Pues sus mercedes disimularán la escasez del pobre; no tenemos en esta su casa sino buena voluntad -dijo Braulio.

-La voluntad es lo que vale -agregó el Padre Contreras.

Hablaron del tiempo, de las bestias, de la cosecha, de las flores, con alegría y resignación que llamaban al asombro.

-Este año ha sido muy bueno pa' nosotros -agregó Braulio-. Tuvimos hasta pescao bajao del Cielo. Si hubieran visto sus mercedes cómo cayeron aquí mesmo más de diez. En el comienzo nos

asustamos tantico, pero en después de la lluvia, atinó a pasar un dotor que nos desplicó que eran pescaos de Maracaibo, que habían bajao con la *trompa*.

-Yo lo oí decir en Mérida -interrumpió Alfonso-. Claro, que al principio era para asustarse.

Cuando el Padre Contreras terminaba de explicar a los campesinos el reciente fenómeno de la tromba, alzada en el lago de Maracaibo y que fue a regar su milagrosa carga de peces en aquella región serrana, se acercaron la señora Susana, Estefanía y María de la O con los humeantes pocillos de café.

-Sus mercedes perdonarán que los haya hecho esperar hartico, pero la lumbre hoy ha estado muy baja por el mucho frío -dijo insinuante el ama de casa.

-Nada de eso; ustedes son quienes deben perdonar que hayamos abusado en molestarles -respondió el Padre Contreras.

Sorbido el reconfortante café y cuando se dispusieron a retomar las bestias. Alfonso, con disimulo y delicadeza, dejó un fuerte en la mano de una de las chicas.

-Jesús, mi don, pero esto es mucho; el café no vale tanto -exclamó sorprendida la muchacha.

-Mejor entonces -fue la respuesta que, sonreído, le dio Alfonso, mientras saltaba la pierna al celoso rosillo.

-Dios lo lleve con bien. ¡La bendición, mi Padre! -dijeron a una voz los campesinos, que en la puerta quedaron mirando cómo ganaban los viajeros la suave travesía...

Dormido, como si la niebla pusiera algodones a todo ruido impertinente, el pueblo de Chachopo carecía de contornos para el viajero presuroso. Todo en él era vaguedad de formas neblinosas. La mayoría de las casas estaban cerradas. La iglesia estaba cerrada, también. En la Jefatura se divisaba a un policía enchamarretado, regañando con un indio asustado. Sobre la puerta de una casa pajiza se

podía leer un letrero que decía: "Escuela Gómez". Así se llamaba la escuelita del pueblo. Diez años antes pudo llamarse "Escuela Castro". La humillación de la política llegaba hasta estos remotos, silenciosos, sencillos lugares, para sembrar, en lugar de luces, el temor reverencial a los gobernantes. El nombre no lo ideó para la escuela el propio maestro, sino el Jefe Civil, como parte de los festejos del último aniversario del Caudillo. El maestro tampoco era del pueblo. El maestro vino de Mérida a regentar la escuela, después de haber fracasado definitivamente en la carrera de Derecho. El pobre era muy bruto y como siempre andaba a grandes zancadas, sus compañeros lo apodaron "Buscaconejos". Una vez derrotado en la Universidad, fue a esconder su fracaso en aquellas regiones desoladas. La gente lo llamaba doctor, y lo quería, porque, en realidad, era bueno, sencillo y servicial. Para los fracasados de las letras, las escuelas de aldea fueron un alivio y un refugio. En cambio, el fracaso, la incompetencia y el conformismo de aquellos se fue infiltrando como tóxico fatal en el ánimo absorto de la comunidad.

En el pueblo se detuvieron los viajeros, para tomar el almuerzo, que no habían podido hacer en "La Venta", por haber viajado a Timotes la posadera, en pos de médico para sus puntadas reumáticas. Satisfechos de los gustosos platos de la tierra fría -papas humeantes, queso de oveja, cecina curada al humo de la dulce, resinosa, fragante leña de jumangues- reemprendieron el viaje, entre los espirales frondosos de magníficos plateros, que el Padre Contreras llevaba en los bolsones de la cabalgadura.

A lado y lado del camino, los anchos trigales y los barbechos de cultivo Pronto aparecieron, también, árboles coposos que anunciaban el retorno de la altiva selva. Antes de llegar a Timotes, los sauzales empinaban hacia el cielo sus guías solemnes al borde de la vía. ¿Cuánto hacía que los viajeros habían comenzado la jornada? En el páramo no hay tiempo. El páramo confina con la eternidad. Los viajeros que han atravesado las altas cumbres, silenciosas y solitarias, sienten al llegar a la bajura la emoción de regresar de regiones remotísimas y extrañas. El páramo es un mundo aparte, donde reina lo intemporal. El páramo es especie de zaguán de una muerte de la cual pudiera regresarse. En el páramo el tiempo adquiere transitoria dimensión de eternidad.

VIII

La población de Timotes conserva viva en su nombre la memoria de los primitivos habitantes de la parte montañosa de los Estados Mérida y Trujillo. Cuicas y timotes se llamaban los aborígenes de las regiones altas de dichos Estados. La Timotes actual, de ricas vegas y suaves laderas, cultivadas no sólo de trigo, de arvejas y de papas, sino también, de deliciosos duraznos, manzanas y membrillos, goza de un clima suave, dulce, tonificante, cuyas reparadoras virtudes busca la gente calentana. La posada de los Méndez, donde se alojaron el Padre Contreras y Alfonso Ribera, estaba llena de familias forasteras, idas de Valera, de Betijoque y aun de Maracaibo. A la ancha puerta y en el gran zaguán del caserón de la posada, se apostaban muchachuelos y mozalbetes de marcado tipo indígena, para ofrecer a los viajeros pensamientos disecados y pequeños ídolos de barro. Los hermosos y gigantescos pensamientos morados y amarillos, eran adquiridos por las muchachas de temperamento romántico para adornar las cartas que dirigían a los novios lejanos. De la cacharrería se había llegado a hacer un comercio fraudulento, pues los interesados en especular a los pasajeros, en especial a la gente extranjera que transitaba por Timotes, se había ideado la manera de fabricar idolillos idénticos a los que de vez en cuando aparecían en huacas y montoyes.

Después de la cena, la sala principal mostraba un ambiente de fiesta, tal era el entusiasmo de las personas jóvenes, entretenidas con la música de un flamante gramófono, de inmensa corneta, recién comprado por los dueños de la casa.

Como a toda posada caminera, por la tarde llegaban los pasajeros, para hacer noche, a fin de madrugar, bien hacia Valera o

bien hacia Mucuchíes y Mérida. Cuando Alfonso Ribera y el Padre Contreras entraban en la posada, coincidían en llegar de Valera el doctor Ignacio Sánchez, abogado de profesión, y el viajero de comercio, Sócrates Portillo. El doctor Sánchez iba a evacuar pruebas en el juicio que el rico terrateniente don Felipe González había incoado contra una numerosa familia indígena, cuyas tierras pretendía González cercar como suyas. Timotes era distrito judicial de Mérida; pero a los abogados de Valera era más fácil que a los de Mérida trasladarse a practicar diligencias en los tribunales distritales de la población.

A la hora de comer habían entrado en comunicación los pasajeros, y luego Alfonso, el Padre Contreras, el doctor Sánchez y Portillo estaban enfrascados en amable plática. Ribera y Portillo, en razón de su oficio, entraron pronto en temas relacionados con la violenta alza alcanzada por el café, después del armisticio, y con el buen negocio hecho por los comerciantes, que a última hora habían comprado el fruto, todavía a bajísimos precios.

-La fuerza del dinero, don Alfonso -comentaba Portillo-. Cuánto comerciante pobre cayó en quiebra, por haber metido toda su plata en compras de café y en el momento de la liquidación, los peces gordos pagaron el grano a como mejor les convino. Allá mismo en Mérida tuvieron ustedes el caso de mi paisano don Manuel Leal. Lo apremió el Banco de Venezuela y el sólo miró como salida ventajosa quitarse la vida, a fin de no quedar como ladrón, por haber distraído fondos del Banco para compras de café, en la creencia de que ya iba a terminar la guerra. Después, usted recuerda que el Banco nada quiso con la sucesión y que el café fue tomado por los caimacanes a precio de tripa podrida. Esa es la vida, don Alfonso. El que más tiene más gana y al poderoso se le perdona todo lo malo que hace. El débil es ladrón; el fuerte es listo o inteligente.

-Pues yo no me quejo de mi suerte -respondió Ribera-. Yo me limité a comprar café para el comercio de Maracaibo y a mi paso liquidaré lo que allá tengo de ganancias. Ganas me dieron de arriesgarme a tomarlo por mi cuenta, pero el miedo es libre y me conformé con lo poco.

Mientras los amigos platicaban, uno de los peones del servicio avisó al doctor Sánchez que alguien a la puerta deseaba hablarle. In-

continente el abogado salió para atender al llamado y a pocos minutos regresaba con el rostro descompuesto.

-Lo que yo me esperaba, Portillo -dijo Sánchez en alta voz, dirigiéndose al amigo en cuya compañía había hecho la jornada de Valera a Timotes-- Un policía viene a decirme que el Gobernador me espera mañana a las nueve, sin falta, para tratar un asunto de urgencia. A las nueve justamente comienza en el Juzgado el acto de repreguntas de testigos. Ese bárbaro de Gobernador es amigo incondicional de Felipe González y lo apoya en el despojo que este vagabundo pretende hacer a los indios de Miquimbú.

-Si sólo ocurriera esto en Timotes, mi estimado doctor -dijo el Padre Contreras-. Cuando yo estuve de Cura en Carache, qué de veces hube de intervenir a favor de los pobres indios, echados de sus tierras por los caciques de la región. Este mal es viejo y está muy extendido en todo el país.

-Dígamelo a mí, Padre Contreras, que llevo veinte años de ejercicio de la profesión. Entre nosotros no hay agricultura porque el trabajador rural no tiene garantías. Usted conoce el largo proceso que despojó a los indios de sus viejos resguardos. Nada es tan vergonzoso para la historia agraria de Venezuela, como el hecho de haber sido declarados baldíos los terrenos de las antiguas comunidades indígenas. ¡Cuántos ricos terratenientes de hoy no han engrosado su fortuna con ganancias logradas merced de aquel depojo! Después, conoce usted tanto como yo el atraco de que han sido objeto los pequeños propietarios rurales por sus vecinos poderosos e influyentes. Hace una semana fui a Trujillo a pedir amparo para una pobre viejecita del Cucharito, a quien el propietario de la loma de arriba impedía que tomase el agua común a la antigua propiedad; y agréguele a esto las escrituras falsas, que arrancan los acaparadores sin entrañas a los analfabetos dueños de pequeños terrenitos; donde viven de la leche de la vaquita, de los marranos, de las gallinas, de la yuca y del maicito. Y si a todo esto añaden ustedes la recluta que, después de dejar sin brazos al campo, convierte al campesino sano y sencillo en hombre ocioso, condenado a engrosar el cuerpo de vagos y maleantes de las grandes poblaciones, ya me dirán por qué nuestro campo no crece en riqueza. Vean ahora lo que aquí se intenta hacer con los pobres indios de Miquimbú. Felipe González ha extendido lentamente los lin-

deros de su finca hasta ocupar gran parte de las tierras del viejo resguardo de los indios, y ahora, porque éstos resisten, ha demandado la desocupación de las tierras, como si fueran suyas. Para ello cuenta con el apoyo del Gobernador, que es recomendado de Maracay.

-Menos mal que nuestro pueblo tiene buen sufridor -agregó el Padre Contreras-. No hay mal que dure cien años, mi amigo, y con fe en Dios, hemos de esperar que estas cosas cambien. Usted, don Alfonso, que va para Caracas, dígale a su papá cómo andan las cosas por acá. Los amigos del General Gómez debieran hacerle saber las arbitrariedades que cometen las autoridades del Interior.

-Yo en Mérida -interrumpió Alfonso- he oído decir que el Gobernador de aquí es persona muy correcta y progresista. No lo conozco, pero allá tiene buena fama. Tampoco soy político, ni pretendo meterme en cosas que no entiendo. Soy hombre de trabajo, simplemente.

El doctor Sánchez no disimuló un gesto de molestia al escuchar las indiferentes palabras de Ribera; mas, supo contener el intento que tuvo de replicarle. Se hizo silencio en la charla de los amigos, mientras el gramófono seguía reproduciendo música ligera de valses y pasodobles, a cuyo ritmo bailaban algunas jóvenes parejas. En la calle se hacían más densos la niebla y el silencio. A poco, la campana de la torre vecina dio el toque de ánimas, que anunciaba a los vecinos las nueve de la noche. Las nueve era casi media noche para la gente de Timotes. A esta hora se sentía ruido de voces y de risas apenas en las posadas y en las casas de familia donde se alojaban forasteros.

-Ya la cama nos llama -dijo el Padre Contreras, poniéndose de pies-. Que tengan ustedes una buena noche.

Los demás respondieron el saludo del levita y fuéronse cada uno a reposar en sus respectivos dormitorios.

Muy de madrugada se partieron de la población de Timotes el Padre Contreras, Alfonso Ribera y el asistente Mauricio Dugarte. De los grandes solare, salían ladridos de perros y a lo lejos se oía el canto individualizado y sucesivo de los gallos vigilantes, anunciadores

de la proximidad del alba. El cielo claro, diáfano y sereno exhibía el tesoro milagroso de las altas y refulgentes estrellas.

Picaron espuelas los jinetes a las finas cabalgaduras y en cosa de dos horas ya estaban remontando la cuesta de la Mocotí. El paisaje mañanero en aquel sitio es de una belleza extraordinaria. La cordillera sudoriental ofrece el maravilloso espectáculo de las mesas y de las lomas que alternan sus planos y muestran la variedad de los simétricos cuadros de cultivo, como si se tratara de una maravillosa sábana de retazos cuadrangulares, que hubiera sido colocada sobre los montes y las hondonadas, a manera de la tela con que se fingen collados y sabanas en un gigantesco retablo de Navidad. Abajo, el majestuoso Motatán arrastraba el grueso caudal de sus aguas, en medio de la vega que ora se abría, ora se estrechaba aún más, hasta ganar las llanuras calentanas.

-Es la última gran cuesta que nos toca rematar -dijo Alfonso Ribera, con la misma sensación del jugador que se acerca a la partida decisiva-. Ya estamos lejos del Estado Mérida.

Como si se diera a sí mismo un serio anuncio, avivóse en la memoria de Alfonso Ribera el recuerdo dulce y radiante de la ausente prometida. Al dejar a Mérida, durante el curso de la vía que pesadamente había hecho hasta Timotes y en medio de la soledad y del silencio de las noches anteriores, la imagen de Elisa Govea no se había separado de su memoria de enamorado; sin embargo, al asociarla a la idea de estar en región distante del nativo Estado, sintió cómo la dimensión geográfica lo separaba materialmente de la mujer que se traía grabada con amorosas y profundas huellas en el hondo del espíritu. Pese a la dura despedida y al nudo que le apretó las palabras para el adiós impostergable, sólo ahora comenzaba Alfonso Ribera a sentir la pesadumbre de la ausencia de la amada. El se había hecho al hábito de medir telas y de pesar frutos. El baremo con que cataba los valores era el rudo, convincente, indiscutible baremo de la grave materialidad. Para saberse ausente de la novia necesitó, también, que una realidad de tierra distendida entre los dos le diese la medida de la distancia que separaba los corazones enamorados Ya había un abismo de montes, de repechos, de vegas, de precipicios, de cumbres y de lomas entre los dos amantes; luego serían el lago y el mar y los nuevos montes y los cielos nuevos los que pondrían a prueba la

pasión del viajero enamorado. Alfonso Ribera presintió lo que significaba la distancia. Alfonso Ribera suspiró hondo como para sacarse una puntada atravesada en el costado.

Tanta fue la concentración de Alfonso Ribera en el recuerdo de Elisa Govea, que apenas escuchó las últimas frases que le dirigió el Padre Contreras.

-Si, señor, ya estamos en el Estado Trujillo y en un sitio donde se peleó duro cuando el continuismo -dijo el sacerdote.

-Estaba yo muy niño entonces -agregó Alfonso Ribera- y tal vez de aquella fecha arrancan mis primeros recuerdos. Nunca olvidaré que en mi casa se comentaba que el doctor Márquez Bustillos, quien entonces era el Presidente, había estado a punto de ser hecho preso por los lourdes. Esta palabra me quedó bailando mucho tiempo en la memoria, sin saber qué cosa eran los lourdes, hasta que ya grande me dijeron que así se llamaba a la gente del General Cardona.

-Así fue -agregó el Padre Contreras- El General Cardona estaba comprometido con el General Castro, quien en el Táchira sostenía las pretensiones continuistas del doctor Raimundo Andueza Palacio. Márquez Bustillos es primo de Andueza, pero él debía la presidencia del Estado a la fuerza del gran partido araujista, entonces el más poderoso de la región andina, como que en él figuraban Castro y Rangel Garbiras, en el Táchira. El viejo Araujo se comprometió en un principio a sostener las pretensiones de Andueza, pero la gente liberal de Caracas convenció a Leopoldo Baptista del error de su partido montañés y Leopoldo se vino a Los Andes y convenció a la vez a su padre y a Márquez Bustillos, pero no al viejo Juan Bautista. Este, entonces, declaró que se separaba de la política y que dejaba en libertad a sus tenientes. Se dividió, en consecuencia, el araujismo y Castro siguió el partido de Andueza y se alzó con su gente contra Márquez Bustillos. Aunque se retardara su liquidación oficial. con la división del partido araujista se acabó, en realidad, la unidad política de Los Andes, creada como consecuencia de los arreglos de Guzmán con el viejo Araujo, en 1880. El Estado Los Andes fue erigido como unidad política para contener los anhelos caudillescos del General Araujo. Antes no funcionó políticamente la Cordillera como conjunto homogéneo. Venezuela, durante la Colonia, llegaba justamente hasta la raya de Ti-

motes; de ahí para arriba era la provincia de Mérida, que formaba parte del Nuevo Reino de Granada. La población española de ambas regiones se hizo en forma tan dispar, que por estos mismos términos casi se fueron a las greñas las autoridades de uno y otro lado, que vagaban tomando posesión de las nuevas tierras. Hasta fines del siglo pasado, los trujillanos llamaban reinosos a los merideños. Cuando Castro hizo la extraordinaria campaña del 99, en Caracas hubo una reacción tremenda contra toda la gente de Occidente y a poco se puso en pie el mayor ejército que recuerda la historia guerrera de la República. Con Castro estaban comprometidos ya los mismos jefes trujillanos que se le opusieron en 1899 y fueron, justamente, los trujillanos González Pacheco y Leopoldo Baptista quienes tuvieron la mejor parte de la decisiva lucha, que dio el triunfo a Castro. Entonces nació el andinismo, que tanto daño ha hecho y podrá seguir haciendo a la propia Cordillera, en especial a Mérida y a Trujillo, puesto que trujillanos y merideños pelamos las papas mientras los tachirenses han sido los que se llevan la ventaja.

-Todo lo que usted me dice me aclara muchas cosas que yo no sabía, Padre; pero los andinos no debemos dejar que nos quiten el mando -interrumpió Alfonso Ribera.

-No se crea usted, don Alfonso. Las cuentas no son así. Eso de andinismo contra centralismo es un pecado contra la Patria. Venezuela no puede ser privilegio de una casta ni de una clase. No hay venezolanos mejores ni peores. Santo y bueno que se exalten las regiones. En ellas empieza la Patria. Pero sobre las regiones está la Nación, que unifica y da solidez a lo venezolano. Debe cultivarse el regionalismo como vínculo de inmediatez nacional; pero, por encima de lo que pueda dividir a un tachirense de un cumanés y a un trujillano de un coriano, están los valores unitivos de Venezuela. Cultívese el andinismo como defensa de lo peculiar de la región, pero jamás como fórmula de ataque y menos como rótulo de una tradición particular, que en realidad no existe. Todos somos andinos porque así lo impone la geografía, pero sobre lo geográfico, lo que nos une es ser por igual venezolanos. Tampoco la demás gente de la Cordillera puede aceptar que los únicos hombres capaces de gobernar sean los nacidos en el Táchira, así entre los tachirenses haya hoy y haya habído siempre gente de extraordinaria calidad y de indiscutibles méritos. Nosotros los merideños lo sentimos menos hasta cierto punto, puesto

que nuestros últimos Presidentes todos han sido del Estado; pero en Trujillo la cosa es distinta, y aun en el mismo Táchira cuánto no sufre esa pobre gente con Eustoquio. Yo he sido Cura en varias poblaciones del Estado y he visto lo que la gente de allá padece. Y hay que ver lo que es el pueblo tachirense de bueno, de religioso, de disciplinado, de respetuoso de la ley de Dios. No hay, tampoco, derecho para que por la ambición de unos se haya pretendido afear las condiciones de toda una región, a causa de que allá nacieran algunos hombres malos, que, por otra parte, no son peores que los "*andinos*" nacidos en Cumarebo, en Río Caribe o en Valle de la Pascua. Esto es triste, don Alfonso, pero con las banderías se destruye la necesaria unidad de la Patria, por la cual muy pocos laboran. El andinismo, como actitud de exclusión, es un pecado; pero el antiandinismo cerril de cierta gente del Centro, es pecado también. Yo conozco muchos caraqueños de campanillas y letra menuda, para quienes la Patria no va más allá de Antímano y El Valle. Olvidan ellos que Caracas es resumen y esencia de la nación y se empeñan en mirarla y presentarla como una aldea mejor vestida que las demás poblaciones de la República.

Enfrascados los viajeros en el interesante tema de la política, no se dieron cuenta de la vía ni de los dorados trigales del contorno, hasta que llegaron al delicioso sitio de "El Pozo", ya despejado de la niebla mañanera y, en cambio, alumbrado por un sol esplendoroso, que daba mayor nitidez a los lirios, inmensos y vueltos hacia el suelo, pendientes de las frondosas matas de filoripón, ahiladas a la vera del camino. Los viajeros se detuvieron en la más grande de las casas del lugar. En realidad, las casas del pintoresco vecindario no pasaban de cuatro. La de don Natividad, la de la niña Clarisa, la de doña Resurrección, la de don Claudio. La mejor, la más grande, la de mayores recursos, era la de don Natividad. Don Natividad lucía su ruana azul y su ancho sombrero pelodeguama Allí se apearon los viajeros y después de saludar cortésmente al dueño de la casa, se la entendieron, sobre sencillos manteles, con un reconfortante desayuno, en el cual les fueron servidos los típicos platos de la tierra fría.

De nuevo sobre las bestias, los viajeros continuaron, entre sembrados de trigo y de maíz, el camino del estrecho y delicioso valle de La Puerta. La pequeña población se ha mantenido, pese a su antigua data, en escaso desarrollo. Las casas son sencillas, las aceras

están a medio hacer, la iglesia es pobre, la plaza es sólo un solar abierto, sembrado de menuda yerba. Sus vecinos son buena gente agricultora, que vive de la molienda del trigo, de la fabricación del queso y de la saca de la panela. Apenas había una escuela primaria, y el Cura poco cuidaba de sus feligreses, pues tenía que atender, también, y en forma principal, a la feligresía de Mendoza. No obstante las pocas letras de sus moradores, La Puerta es manera de aula para aprender filosofía trascendental. Al otro lado de la población y en la suave ladera donde se apoya la frontera serranía, fue trazado el Cementerio. La población vive y discurre frente a sus propios muertos. En la mañana, a mediodía, en la tarde, a la claridad de las noches de luna, la gente de La Puerta está obligada a pensar en la muerte. Los empinados sauces que ornamentan toda la extensión del dulce valle, parece que fuesen inclinados por la ventisca para saludar constantemente a los difuntos. Sin que la meditación traspase a planos superiores, el hombre de La Puerta se acostumbra a mirar con naturalidad y cercanía el problema de la muerte y aprende a compenetrarse, a la vez, con lo transitorio de la vida.

Al propio pie del camposanto manan, como anuncio de vida, las fuentes cristalinas y castas del Momboy. De la tierra muerta salta el agua viva, cuyo curso fecundará el risueño valle de Mendoza. El filósofo que pobló la mente de graves pensamientos ante el paisaje silencioso de túmulos y cruces, ha de voltear la foja de la *Summa*, para mirar a la promesa de fecundidad sellada por la voz tierna y cantarina de las aguas. El ayer enterrado para nutrir las fuentes del mañana. La luminosidad del germen oculta en la penumbra de la nada. La fuerza de la savia fecundante alzada sobre la aparente invalidez de los seres abatidos por la muerte. Morir para vivir. El recatado cementerio de La Puerta trueca con una lección de esperanza el amargo *Hodie mihi cras tibi* del cementerio de Mérida. Sí, todos vamos a morir, pero la muerte confina con la vida perdurable. El camposanto de La Puerta tanto es lección por donde el hombre ajusta a las postrimerías el curso de la vida, como tema de dimensión teológica para explicar la necesidad de morir a la vida del sentido a fin de ganar autenticidad en el área de los valores eternos del espíritu.

Cuando los viajeros tuvieron ante sus ojos el sencillo camposanto de La Puerta, el Padre Contreras apagó las bridas a la mula y rezó en silencio un *Réquiem*.

-Esta gente no se cansa de ver a sus muertos -dijo Alfonso Ribera, cuando entendió que el Padre había concluido su rezo.

-Ojalá el pensamiento de la muerte les enseñe a bien vivir - respondió el sacerdote.

De La Puerta a Mendoza se baja apenas en un par de horas. El camino era malo, pero el paisaje compensa las dificultades de la vía. A uno y otro lado alternan, con las tupidas haciendas de café, las cimbreñas espigas de los abiertos cañamelares, cuyos copos grisáceos, al ser movidos por el viento constante, simulan el oleaje de un lago entristecido de ceniza.

A medio camino y al llegar a un pequeño zanjón, el Padre Contreras recortó las riendas de la bestia, y dirigiéndose a Alfonso y a Dugarte, díjoles:

-Este sitio lo llaman los vecinos el "*Zanjón del Diablo*", porque aquí salió el Demonio al célebre Padre Rosario.

-¿Y quién es el Padre Rosario? -preguntó Alfonso.

-Pues nada menos que un Santo. Fue sacerdote muy rico y muy patriota que ayudó mucho a Bolívar, quien fue su huésped en la hacienda de "Carmania", el año de 13. Pero el Padre Rosario era suelto de costumbres y muy dado al vicio de la carne. Siempre fue Cura de Mendoza y atendió, también, al pueblo de La Puerta. El Padre tenía una amiga por estos lados y cierta noche, cuando regresaba de visitarla, el Diablo se le apareció en este mismo sitio. El infeliz sacerdote cayó al suelo aterrorizado, y prometió hacer en lo venidero vida penitente. Distribuyó sus bienes y libertó a sus esclavos. Se pasó a vivir a la sacristías y más de una vez se le vio de noche a pie por estos mismos caminos, arrastrando una cruz del tamaño de la de Nuestro Señor. Dios le dio tiempo para purificarse y por espacio de veinte años hizo una vida de mortificación y de penitencia que le valió justa fama de santidad. Yo, por mi parte, lo invoco como Santo.

-Pues yo sí había oído hablar a un peón de Valera de un Padre Rosario milagroso -dijo Dugarte.

-Sí, sí, por todos estos contornos la gente le pide con fe extraordinaria y dicen que hace milagros. Yo ni quito ni pongo rey -agregó el Padre Contreras-, pero en mis apuros también me acuerdo de él.

Mendoza apareció luego envuelta en la brillante luz del mediodía. El pueblo estaba lleno, además, de la quietud y del silencio que son adorno inseparable de las pacíficas poblaciones de la montaña. Junto a las casas macizas, que delatan la riqueza de los propietarios, la casa de corredor con pilares, donde los campesinos que iban de compras ataban las bestias. Buena era también la casa de la posada, en que se detuvieron los viajeros para tomar el almuerzo. Su fábrica era de tiempos viejos, pero las paredes estaban recién blanqueadas y sobre el cimiento que rodeaba al ancho corredor, lucían numerosas macetas, cuajadas de claveles, de pensamientos y de geranios. Hacia fuera, la casona echaba, también, su alegría, en las luminosas flores que adornaban los anchos balcones.

En Mendoza ha habido siempre buen comercio, en razón de la riqueza de los fondos agrícolas que la rodean y del continuo movimiento de pasajeros que iban y venían de Mérida y por el tránsito de la rica producción cafetera de Monte Carmelo. Desde la alta Colonia, Mendoza ha desarrollado su agricultura de manera intensa. El nombre le viene del español don Cristóbal Hurtado de Mendoza, agraciado con una rica encomienda de indios, a fines del Siglo XVI. Los numerosos indios comarcanos fueron fuerza valiosa para el desarrollo de la nueva agricultura cañera. En las postrimerías del Siglo XVIII, don Francisco de La Bastida inició las siembras de café. Por aquel tiempo tenía asentada casa en Mendoza el abogado don Antonio Nicolás Briceño, Protector de Naturales y frecuentemente Alcalde de Trujillo. Cuando se sale de Mendoza hacia Valera, aún se mira la que fue su casa solariega del empingorotado caballero, que alegaba ante el Rey el mérito alcanzado en el debelamiento de la revolución comunera de 1781, sin presentir cómo el hijo menor llevaría y haría memorable su mismo nombre, hasta ganar ribetes infernales, en su lucha feroz por la independencia de la Patria. En Mendoza, justamente, nació el segundo Antonio Nicolás Briceño, apodado "El Diablo", no en razón de la crueldad que señaló los actos finales de su vida, sino por haber representado papeles de Diablo en los autos sacramentales celebrados en el Seminario donde se educó.

De "El Diablo" hablaban el Padre Contreras y Alfonso Ribera cuando cruzaban a la altura de la hacienda que fue de los viejos Briceños.

-Era tan malo -comentó Alfonso- que la madre dizque murió en el parto.

-Eso es simple fantasía -respondió el Padre Contreras-. Alguien, hasta sin mala intención; inventó la leyenda, pero la partida de bautizo del hijo y la de defunción de la madre ponen falso al fabulista. ¡Qué cosa más dañina son los historiadores imaginativos!

A medida que avanzaba la vía, los viajeros iban sintiendo cómo cambiaba la atmósfera. El aire frío de las tierras altas, si en Mendoza se mantiene en un grato frescor, ya comienza a caldearse un poco. Los viajeros que bajan de las altas cumbres parameñas sienten una ligera sensación de bochorno en el rostro y comienzan a anhelar la hora de quitarse de encima los pesados vestidos. El camino, después de cruzar el sonoro y alegre Momboy, se desliza en medio de tupidos cafetales y erguidos tablones de caña. Era bastante malo el puente que salvaba el paso del rumoroso río. Las grandes avenidas de agua de abril pasado habían convertido en una lástima la vía. Alfonso Ribera se dirigió al Padre Contreras para decirle:

-¿Se ha fijado, Padre, que en ninguna parte hemos encontrado un buen puente?

-Así es, don Alfonso. Las autoridades no se cuidan mucho de tener francas y fáciles las vías, salvo aquellas por donde corren automóviles. ¡Si usted viera los puentes del Táchira! No imagina las veces que he pensado pedir permiso al obispo para revivir entre nosotros la Orden de los Hermanos de los Puentes, que existió en Francia por el Siglo XII. La fundó un tal San Benezet y estuvo dedicada a dotar de puentes los caminos del Mediodía francés. Parece que no fuera misión de clérigos, pero los puentes hacen los caminos y Nuestro Señor se llamó a sí mismo camino, verdad y vida.

-Pues fúndela, Padre, y cuente con mi ayuda. Al pueblo le gustaría ver a los curas ayudándole en su vida diaria.

La placentera región del valle del Momboy es donde se produce la mejor panela del Estado Trujillo. El precio que por su bondad alcanza, hace más intensa y de mejor calidad su industria. Entre el verde mar de las espaldas de la caña apunta el rojizo torreón de los trapiches, por donde suben hacía el cielo las móviles, azulosas, ligeras espirales de humo que saturan el aire de un fuerte y apetitoso olor a melaza. Más que olor, es un hondo sabor a miel hirviente lo que llena al opulento valle. Así sea mucha la extensión de los sembrados, menudean entre ellos los laboriosos caseríos: Agua Clara, La Peineta, El Cucharito, La Mata. En el fondo de las vegas y a la par de los trapiches, se divisan las grandes casas de dos pisos y anchos corredores, donde residen los ricos propietarios "El Contrafuego", "San Pablo" "La Esperanza", "San José". Cuando los viajeros llegaron a la altura de estas fincas, el Padre Contreras, que todo lo sabía, se dirigió hacia Alfonso Ribera.

-Estas son las tierras de los Baptistas -dijo- Hoy las explota el Gobierno.

-¿Cómo es eso? -preguntó Ribera.

-Pues como usted lo oye, mi amigo. Cuando el doctor Leopoldo Baptista y su hermano don Víctor dejaron el país, el General Gómez envió a Trujillo unos cuerpos punitivos, encargados de perseguir a los enemigos de la Causa, y los cuales se llamaban "*sagradas*" (Tal vez usted no sepa que sagrado valor, también, por execrable). Aquí, en "La Esperanza", se estableció de asiento una de esas bandas de facinerosos, que llenaron de pesadumbre a la población de Valera. Con decirle que uno de los qué se hizo querer de la gente de Valera (pues vino, también, entre tanto desalmado, gente buena, que buscaba apenas oportunidad de ganar una ración), fue fusilado en forma aparatosa, por haberse negado a dar de palos a un pobre campesino, que se había atrevido a reclamar algo al Jefe, medio borracho. La gente de la "*sagrada*" explotaba el azúcar del ingenio de "La Esperanza" y con el producto de su venta se racionaba la oficialidad. A más de la venta del azúcar y de la caña, explotaban el alambique de la finca y vendían aguardiente en todo el Estado. Lo que aquí se hizo con las haciendas de los Baptistas, se hizo también con las propiedades de otros políticos. Esto es historia vieja, don Alfonso. El que manda quiere verle el hueso al enemigo y las confiscaciones hubo época

en que se legalizaron por medio de decretos. Si usted se pone a mirar hacia atrás, encuentra cosas de miedo en el origen de muchas fortunas. Si usted sube hasta la altiva nobleza de Europa, consigue, también, el robo y la violencia en la raíz de muchos árboles de dorados frutos genealógicos. ¡Cuánto estirado lord inglés no formó su fortuna con los bienes robados a la Iglesia Católica y cuánto puntilloso conde o marqués no se hizo poderoso por sus depredaciones! De acá mismo, ¡qué de gente no llegó a rica a cuenta de los bienes de los conventos, de las universidades y de los colegios, por el favor del Gobierno repartidos a precio de tripa podrida entre los favorecidos de turno. Pasa el tiempo, se consolidan las cosas, y las honras se limpian y se ilustran con el oro de las fortunas habidas a cualquier título. Muchos han robado a caballo, exponiendo el pellejo; otros han robado a pie o sentados en confortables sillas; mas la llamada gente de buena sociedad aplaude y agasaja a unos y otros, por cuanto tiene en sus propias cuentas partidas semejantes y porque le conviene estar de buenas con los hombres influyentes. ¡Qué de cosas me sé yo! Ahora, lo triste del caso, don Alfonso, es cuando las cosas se revuelven. Mañana, ponga a usted por caso, cae el Gobierno y la torta se vuelca contra los actuales beneficiados. Ningún Baptista tomará, tal vez, venganza por su mano, ni menos pagarán los hijos de los explotadores directos de "La Esperanza"; pero el golpe caerá sobre otros, que quizás se lamenten de las sanciones, porque olvidan la existencia de la anónima solidaridad para el goce y para el castigo de los que lucran con la injusticia.

-Por eso yo decía anoche en Timotes que a mí no me gusta la política. yo prefiero el trabajo honrado del comercio -agregó satisfecho Alfonso Ribera.

Ya el sol estaba en el tramonto cuando los viajeros llegaban a Valera. Aquella era ya otra tierra. En "La Gallera", por donde se entraba en la ciudad, se admiraba la alegría, la inquietud, el entusiasmo de los pueblos calentanos. Hacia abajo, se percibía el rápido andar de las gentes y se veía brillar la suave, verdegueante, serena luz de los focos eléctricos...

CONFERENCIAS Y DISCURSOS

LOS LIBROS Y EL VERDADERO CONCEPTO MODERNISTA[46]

A quien trazara estas obscuras líneas escribióle, invitándole a hacerlo, el culto intelectual que preside este centro, y entre otras razones díjole: Inaugurará la serie de conferencias el alto pensador don Tulio Febres Cordero, y entre los que han ofrecido continuarlas cuéntanse mentalidades andinas de alta talla. No tengo el gusto de conocer personalmente a quien esto me dijera, y por ello no sé si atribuirlo a un falso concepto que de mí se formara el joven Presidente, creyendo halagar mi negativa pretensión de hombre de letras al ofrecerme puesto distinguido al lado de tan ilustres maestros o a una intencionada ironía que he sabido corresponder con alguna dosis de gratitud.

Yo creo también -después de haber justificado la introducción en este recinto de una voz nueva, muy distinta a las robustas que aquí puedan dejar oír su eco y pobre en agilidades retóricas y en vuelos propios de alajes de suprema envergadura- yo creo, sí, estar obligado a hacer en esta pública ocasión una defensa que me sirva de tema, a unos buenos amigos, a quienes debo el título mirado despectivamente por muchos, de literato, si puede llamarse literato a quien tiene una biblioteca sin libros *propios*. Sí, estos libros míos, de lomo rojo casi todos, y que en la soledad de mi estancia me hablan y acompañan, estos libros de autores tan distintos y de nombres extra-

---

[46]El texto de esta Conferencia fue remitida por MBI desde Trujillo para ser leída en el Club "XIX de Diciembre" de Mérida por el amigo merideño que recién había conocido en Valera: Mariano Picón Salas.

vagantes, serán motivo para embadurnar unas tantas cuartillas que presenten ante un selecto auditorio en la muy ilustre Ciudad de los Caballeros, a un desconocido aventurero del país del Arte y del Pensamiento, que sin ningún derecho pretende formar en las gallardas falanges de la intelectualidad venezolana.

En noches pasadas y en una casi misteriosa reunión de profesionales que tuvo lugar en un penumbroso bufete de abogados, hablábase largamente de libros, revistas y periódicos, hablábase de su influencia directa en la evolución psicológica de la sociedad, discutiéndose la razón antiética de muchos autores, elogiándose en cambio la inofensiva virtualidad de ciertos libros. "*Muchas obras* -decían- *procuran la asimilación perjudicial de ideas extrañas y antagónicas con el medio social y religioso de que se es factor importante, causando infinito daño en la complicada organización mental del individuo*", y citóse como un ejemplo mi nombre. Gracias muchas gracias, dije a quien tuvo la bondad de contarme aquella obscura conversación, más parroquial que académica.

No porque sea yo un dañado por ese concepto, ni por ser un influenciado por el Modernismo, ya, y dicho sea de paso, que el Modernismo que invade en su totalidad las esferas artísticas y científicas, no viene a ser sino una resurrección del alejandrinismo, como lo deja ver Sanín Cano[47], una resurrección de la escuela gloriosa en cuyo beneficio inmortalizárase la soberana dinastía de los Ptolomeos y a cuyo completo florecimiento contribuyeron con toda su potencialidad creadora la sutil metafísica brahamánica, la sabiduría hoy desconocida del alto Egipto, el espíritu conquistador de Roma, la cultura única de los helenos y la parabólica moral hebraica; no porque sea yo un influenciado por este arte actual, paradojal por Nietzsche, malsano por las "*flores*" de Baudelaire, trágico por el aletear del cuervo de Edgardo, frío por los hielos escandinavos que le proporcionaran Ibsen y Bjornson[48], debo decir que tales aciertos tienen una profunda falsedad; más que esta intrínseca consecuencia me obliga a contradecir dicha opinión el deseo de que nuestra mayoría pensante vea en el actual momento científico-literario una conclusión lógica de la marcha evolutiva del pensamiento humano y en el eclecticismo general que

---

[47]B. Sanín Cano, Prólogo de **Ritos** de Guillermo Valencia.

[48]**Los Romances de Hoy**. Francisco Contreras.

nos invade, un retorno a las edades primitivas de la humanidad, retorno que en el sentido del Efesio, encarnaría una base primordial de su doctrina.

El Modernismo, que en literatura castellana se le atribuye a Rubén Darío, en psiquiatría a Lombroso, en militarismo a Bismark, en filosofía a Kant, Schopenhauer y Nietzsche -lo más grande junto con Ricardo Wagner, que diera la Alemania moderna-, en metafísica trascendental a Emerson, Novalis y Maeterlinck, en bacteriología a Doyen, obedece a la ley irrevocable del transformarse, la cual es igual en el reino vegetal y en el reino profundo de las almas. Cada siglo tiene su poeta, como tiene su guerrero, su filósofo y su músico, y ellos están con el momento histórico en que se desarrollan en una relación tan precisa como la planta con el suelo en que crece, y están entre sí unidos- a pesar de la aparente diversidad de cultura- por la cultura general de la época que señala en ellos un mismo rithmo en el pensamiento y en el sentimiento, un rithmo que pudiera llamarse la influencia de la hora en que se vive, influencia que no se queda en el músico, el filósofo, el guerrero y el poeta sino que invade casi la totalidad de los pensantes; y en la presente etapa, cuando el ideal señalado por ese rithmo influencial lo constituye la conquista en el más amplio sentido del vocablo, el alma siente una sed ardiente de poseer todo aquello en que sueña y piensa, para poder decir como el rubro de una magnífica revista francesa: *Je sais tout*, imagen fiel del espíritu ecléctico que nos invade.

Recogiendo ahora el hilo trunco de mi defensa de los libros, esos libros que en el concepto de muchos forman una atmósfera enrarecida donde es difícil respirar sin enfermarse, tendremos que decir que en el actual momento de evolución psicológica no es necesaria a ningún espíritu una guía de libros como la aconsejada por Lubbock en sus mecánicas lecciones de felicidad[49], sino que el estado especial de cada entidad pensante va señalando de un modo claro las obras que le conviene: una página triunfal de Gabriele D' Annunzio o una mística plegaria de Raimond Lull, un capítulo de honda metafísica de Plotino o una parábola de Federico Nietzsche, un verso de Darío o una lamentación de Leopardi, un tratado de psiquiatría de Lombroso o un código penal clásico. Todos se pueden leer, sí, todos, sin necesidad

[49]**La Dicha de la Vida**. John Lubbock.

de exégesis extraña, como en los libros sagrados, y no hay por qué llamar perjudiciales a esos buenos amigos que nos dicen tantas cosas, a esos señores amables que permiten nuestras indiscretas preguntas, y que lentamente nos van proporcionando una cultura que tiene sutilezas indostánicas, calor triunfal del Mediodía, frío glacial del Norte y tintes y colores más o menos altos según la región de donde vienen, y que se une muy bien a nuestro estado de alejandrinismo, como se unían sabios y sistemas diferentes en la soberbia academia de los Ptolomeos. Yo creo que quienes hacen cruda guerra al soberano poder de los libros, discutiendo disparidad de culturas e ideas ofensivas al estado social y religioso, son seres egoístas que nunca han podido levantarse más allá de la mediana instrucción que pudieran recibir en un mal colegio de su tiempo, e incapaces de considerar como la más noble de todas las enfermedades esa de pensar, la cual llevada al examen clínico- así como se llevan hoy los enfermos de amor y de religiosidad- llegaría a obtener la misma sintomatología que la avaricia, enfermedad similar por tener su nacimiento en un estado patológico común a ambas: *el anhelo infinito.*

No sé qué fuerza cultural pretenden obtener los que temen leer ciertos libros porque distan en conceptos de aquel concepto aislado - obtenido por estudio o por imposición de otro- que constituye su manera de juzgar sucesos y obras; ellos se me antojan iguales a jueces inconscientes que se inhibieran en cualquier causa, por suponer pruebas falsas, que a pesar de ser falsas no creen destruir en el curso del litigio, para sentenciar conforme a un criterio formado de antemano, y nacido quizá de una atávica antipatía o de una mezquindad impropia de jueces; ellos se me antojan, sí, semejantes a cobardes mineros que no se atreviesen a bajar a los enrarecidos socavones diciendo temer que nazca en ellos el deseo de robarse las piedras y metales que leyes ya consagradas por el derecho humano y por los cánones divinos destinan únicamente para usufructo del rico propietario.

Todo lo que se ha escrito y publicado lleva en sí el fin de que sea leído y en manos de quien lo haga está el dejarse seducir por tal o cual idea, sin necesidad de una explicación o de una ayuda extraña. Y bajo el concepto, hoy un tanto avanzado entre los trascendentalistas, de que al nacer ya dejamos escrita en tablas desconocidas y remotas la ley de nuestro destino, la lectura viene a tener una modali-

dad extraña: cada idea que sacamos de un libro nuevo al atravesar los planos superiores de nuestro espíritu, alcanza la función de un pobre pescador que se inclinase sobre las ondas quietas de una laguna profunda en busca de tesoros recónditos, y como esta idea de la laguna tiene perfecta semejanza con nuestra constitución psíquica, las ideas vendrían a sucederse una a otra discutiéndose la rara fortuna de extraer el oro inmaculado de esa innata sabiduría sin poder dejar nada que nos perjudique, a no ser que sean perjudiciales esos instintos ocultos que esperan la fuerza extraña que tarde o temprano los despertará.

Ahora, como una fórmula conciliadora, yo os diré, compañeros en la manía de leer y pensar: poseed los libros, todos los que podáis, dominándolos hasta lo posible, mas no os dejéis poseer por ellos, esta posesión quizá es lo que temen tantos que se declaran enemigos de los libros nuevos, incapaces de aceptar notas marginales, impuestas acaso por una egoísta manera de juzgar y de pensar.

BELLO, MAESTRO DE CIVISMO[50]

Hace más de treinta años esta ilustre Casa universitaria ofreció tribuna a mi palabra de principiante, cuando su ilustre Rector, el nunca bien ponderado Diego Carbonell, inició en la ciudad una obra para beneficio del niño abandonado. Hablé yo entonces en compañía de un caballeroso general de nuestras antiguas guerras civiles, en acto prestigiado por la voz, toda dulzura, de una bella dama, que en el otoño de sus días, a la belleza duradera, suma la dignidad de un señorío propio de las antiguas matronas cristianas[51]. Fue entonces pretexto mi palabra para recoger monedas generosas que acrecentasen los fondos de la planeada institución. Cuando se me dijo la monta del auxilio recogido, sentí en mi interior un orgullo muy legítimo. Holgué al comprender que mi palabra de estudiante podía ayudar a una fábrica material, donde se ofreciera alivio a la niñez desvalida.

En monedas sonantes y contantes se convirtieron, pues, mis primeras palabras en la Universidad de Los Andes. Al correr de los años, cuando el joven fogoso, de ardientes labios, prestos a toda manera de novedades iconoclastas, se ha trocado en el hombre maduro, de tardo paso y cenicientos cabellos, la Universidad me hace el altísimo honor de invitarme a tomar parte en el homenaje que paga a Andrés Bello, como deuda de su forzado silencio, durante las fiestas apoteóticas recientemente ofrecidas por la República a su máximo varón de letras. Mi palabra de hoy no se disculpa ya por el fin altruista

---

[50] Discurso de Orden en el acto académico en memoria de Don Andrés Bello. el día 4 de abril de 1952, realizado en la Universidad de Los Andes.

[51] El General Juan Ignacio Aranguren y la Señora doña Laura Santana Moller.

de recoger monedas para servir al bien común. Mi modesta palabra no tiene otra función sino la muy justificada de pagar a la madre antigua lo que ayer me ofreció en saberes que no supe atesorar. Si aparentemente desvinculado de la vieja e ilustre Universidad de San Buenaventura, en razón de ser el mío grado conferido por la muy querida y hoy en duelo Universidad caraqueña, en cambio, fue aquí, en las aulas tranquilas y soledosas del antiguo Seminario de Fray Juan Ramos de Lora, donde adquirí los modestos conocimientos que me dan derecho a sentarme cerca de los doctores que ilustran la siempre brillante y jamás abatida tradición universitaria de la República.

Aun a riesgo de alargar por demás este familiar umbral oratorio, evocaré la figura alegre y bonachona de nuestro gran Papiniano, congraciado en sorprender a algún alumno, con cariñoso golpe de su inseparable báculo: ni su sencillez ni su bondad podemos olvidar quienes oímos las sabias lecciones del doctor Rafael Antonio Uzcátegui, que de haber publicado sus estudios, tendría puesto seguro entre los mejores romanistas contemporáneos. El doctor Gonzalo Bernal era otra clase de persona. Pulcro y solemne, quería enseñar, junto con su Derecho Internacional, buenos modales y correctos procederes a los estudiantes: para él, la relación de los pueblos se reducía a un claro y simple problema de respeto y de buenas maneras políticas; más que de su tiempo, Bernal era la supervivencia de aquellas generaciones merideñas del Siglo XVIII, que quisieron a estudiar Leyes y Cánones a la fría y grave Santa Fe del Nuevo Reino de Granada. El doctor Antonio Justo Silva, cuya muceta era como un arco iris, en razón de la pluralidad de las borlas conquistadas, se miraba como el paño de lágrimas de los estudiantes: sabía él que el hombre vale fundamentalmente por la bondad y, junto con su múltiple saber, la regó a manos llenas entre quienes se acercaban a su generoso corazón. En años ganaban ellos a Zacarías Antonio Sánchez, a Florencio Ramírez, a José Domingo Paoli, a Juan Antonio González Salas y a Roberto Picón Lares, quienes profesaban cátedras diversas. De Picón Lares y de Gonzalo Salas recibí las primeras lecciones de esa ciencia hermosa, noble y trascendental, que tanto han menospreciado los venezolanos que pudieran hacerla respetada: el Derecho Constitucional. El doctor Sánchez enseñaba el viejo Derecho Penal, mientras Paoli predicaba las excelencias de la escuela antropológica. A ambos los he visto cruzar con su carga de años y de merecimientos por las calles silenciosas de Mérida, y, como de excelentes penalistas y buenos

jueces, yo desearía a estas alturas de mis años, recibir de sus labios veraces un refuerzo para lo que aprendí cuando era estudiante universitario: quisiera escuchar de ellos un comentario humano a los trozos bíblicos que la Iglesia conjuga en la Misa del Juez. el juicio de Susana y el juicio de la adúltera. Yo preguntaría a estos viejos maestros si el único camino de la humana justicia, será acaso, el que dejó Cristo trazado sobre las arenas movedizas. Cuando estoy a punto de pediros que me juzguéis con clemencia por este largo trance evocador, advierto que sería reo de inmerecida absolución si callase el nombre de Florencio Ramírez, nuestro ilustre Profesor de Derecho Civil, gloria del Foro nacional severo juez de estudiantes y de pleitistas, quien con gesto intencionalmente ríspido hacia perder el equilibrio a los examinandos, para terminar como la nuez de áspero exterior, por ofrecer a sus discípulos la miel de la más acendrada amistad.

Largo es el exordio, pero con la evocación de estos nombres ilustres de ayer, vengo a pagar a la Universidad de Los Andes parte de la deuda que sobre mí gravita, Fueron ellos las voces antiguas por medio de las cuales habló a mi generación esta Casa venerable. Con elogiarlos y declararme deudor de su ciencia, empiezo a cancelar un compromiso de hidalguía, mucho más acrecido hoy por la señalada distinción que me hacen su Rector y su Claustro, al ofrecerme participación en la fiesta que se consagra al Patriarca inmortal de nuestras letras, como feliz coronamiento de la brillante jornada de cultura, celebrada en estos días conmemorativos de la fundación de Instituto.

Señores:

Me encomienda una función de cultura la vieja *Alma Mater* y, después de vencer notorias contradicciones de explicable causa, aquí estoy, si no abastado de medios para cumplirla cabalmente, al menos en actitud que revela una dispuesta voluntad de servicio. Si no de autoridad, mi palabra en este caso está revestida de un carácter familiar cerca de Bello. Vengo de Caracas, donde se meció la cuna del hombre y donde aun susurran los mismos aires que dieron fuerza a su gloriosa juventud. Caracas me ha hecho, además, el honor señalado de confiarme su Crónica oficial.

Vosotros pensásteis que el hijo lejano de la Casa, a quien se dio la guarda de la tradición que enaltece la cuna de Bello, podría

traeros algunas palabras nuevas acerca de la vida del pensamiento del Maestro permanente de nuestras letras. También podría imaginarse que habla por mis labios la silenciada Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad donde se formó Bello y donde yo profesara inmerecida cátedra.

Ha habido en realidad, señores, un retorno de Andrés Bello como valor venezolano. La enemiga antigua, cansada de repetir la misma calumnia de los realistas, sosegó en su empeño mezquino de negar a Bello la integridad de su atavío republicano; y la otra pasión de repudio por el viaje afortunado del sabio a la noble República de Chile, también calló, cuando se llegó a juzgar con serenidad lo que hubiera sido la vida del egregio varón en nuestra infortunada Patria. Cualquiera imagina que al partirse Bello hacia los mares del Sur abrigaba la idea de retornar algún día a la tierra cuyos hombres y cultura añoraba tiernamente. El no cambiaba de Patria y de destino. Se sentía hijo de una América llamada a conservar la unidad de los viejos vínculos hispánicos, que fueran hoy vigorosos y fecundos, si no se hubiese realizado el sombrío augurio de Bolívar, cuando el año 29 anunció que los Estados Unidos del Norte estaban "*destinados por la Providencia para procurar a la América toda clase de males en nombre de la libertad*". En cualquier parte de las antiguas colonias de España donde Bello asentara su fragua de Vulcano de la cultura, sabía que estaba sirviendo a su propia Patria. Mas el cuadro de Bello, en lo que dice a la partida de sus lares primitivos, fue adquiriendo tonalidades de tiniebla. De Venezuela en 1830 había sido arrojado el propio Libertador. A Santiago debió llegar esta noticia como acerado puñal que hiriera el corazón del ausente y le previniese a peores impresiones. Un día del año 35, al desdoblar la prensa llegada en el último paquete, se impuso que Vargas había sido echado también por una revuelta en la cual se declaró que el mundo es de los audaces y valientes. En 1842 supo que el insigne Baralt se había partido al Viejo Mundo con el desaire de los poderosos, en razón de no haber acomodado su magnífica historia a los intereses de los gobernantes. Con estos signos, ya sabía Bello lo que vendría después. En el silencio de su mundo interior, conversaba consigo mismo acerca del destino de su Patria nativa, y por nada hubo de espantarse ya, cuando supo cómo los mismos hombres que el 24 de enero de 1848 preparaban el enjuiciamiento de Monagas y habían provocado el choque entre pueblo, representantes y soldados, se plegaron al día siguiente, por mie-

do a la amenaza, ante la engreída voluntad del dictador en cierne, que cruzó los brazos cuando se asesinaban las instituciones y tuvo oído fácil para el consejero que le explicaba cómo la Constitución sirve para todo. ¿Qué tenía que hacer Bello en este mundo de intrigas y caídas que era y seguiría siendo el mundo venezolano? ¿Valdría algo su débil voz en medio del huracán de las pasiones y en medio de la confusión de las ambiciones desbordadas? Mientras más arreciaba la tempestad venezolana, más firme se tornaba; en cambio, el fundamento de su amable vida chilena. El sabía lo que le ofrecería su amada Patria. Cuando murió, Juan Vicente González después de angustiosas reflexiones, declaró, con la responsabilidad de su palabra iluminada: Salvóse el Néstor de las Letras, de la gloria del martirio! Y se salvó, porque no regresó en cuerpo para su sacrificio en Venezuela.

No regresó materialmente el sabio, mas sus ideas y sus teorías han retornado con su fama y con su gloria. Afán suyo de servir a América, y junto con sus libros y sistemas, le ofreció su vida como lección de trabajo y dignidad. Acumuló en su mente toda la cultura del momento: fino gramático y excelente cosmógrafo, botánico entusiasta y consumado jurista, crítico zahorí y periodista convincente y honorable. Ninguna disciplina escapo a sus ansias de saber. Hoy los filósofos lo citan con respeto; los críticos de nuestras fuentes literarias, lo miran por maestro indiscutible; los internacionalistas lo respetan como creador del Derecho americano; los civilistas lo acatan como si las letras de su Código guardasen adivinaciones que escaparon al antiguo Pretor; los hablistas le rinden parias como al más sagaz investigador de las leyes del idioma. Varón insigne, su nombre, tomo el nombre de Bolívar, llena nuestra América. Si el Libertador creó Códigos y enunció principios encaminados al mantenimiento de la vinculación positiva de los pueblos americanos, Bello erigió sistemas y dio normas para hacer fecunda la relación convivente asegurada por Bolívar. El sentía en sus sienes el fuego pítico y en la lengua el regusto ardoroso de la voz de los profetas. Lejos del Nuevo Mundo, soportando miseria y frío en la populosa e indiferente Londres, mayor era su anhelo de servir a los distantes compatriotas. De joven comenzó en Caracas a ensayar el instrumento poético. Horacio y Virgilio le abrieron la senda de las musas. Con el dulce hijo de Mantua, educó su amor al campo y a las agrestes divinidades. Buen venezolano, Andrés Bello había nutrido su conciencia con los valores agrícolas que dieron fisonomía a nuestra historia antigua. El Catuche, el Anauco, los suaves declives

del Avila sagrada, las auras amorosas de "La Floresta", de "San Felipe", de "Blandín", de "Bello Monte" y "Pan Sembrar", formaron sus cívicas virtudes. Virgilio le enseñó apenas los retoques del arte para hacer más noble y vivo el colorido de la naturaleza caraqueña. El cuadro de su **Silva** es cuadro suyo, unido vigorosamente a la estructura de su espíritu. No iba a imitar el maestros antiguos por sólo la vanidad sonora de los versos. Cantó su suelo, porque sobre el rasero maravilloso de la tierra patria descansaban los umbrales de su conciencia de patriota. Por 1845 emprendió la elaboración de un poema donde narra una vez más las excelencias del campo. El área dominada por sus ojos es ahora la templada zona del Sur, mas él tiene en su memoria el cuadro imborrable de la naturaleza tropical. Acompaña a Bello permanentemente una nostalgia del paisaje avileño. Finos ojos críticos encuentran en los cuadros parisinos de Watteau, aun en el propio transfondo de "La Danza", la constancia nostálgica del paisaje de Valenciennes. En nuestro gran Patriarca, la presencia placentera de los valores antiguos que formaron su mundo, no reclama ojo rapaz para captarla.

Verlos otra vez aquellos días
aquellos campos, encantada estancia
templo de las alegres fantasías;
selvas que el sol no agosta, a que las frías
escarchas nunca embostan la fragancia:
cielo... ¿más claro acaso? No, sombrío,
nebuloso tal vez. Mas era el mío...

Era Caracas, con sus montes y collados, con su torre sonora y el rumor de sus aguas, que reaparecía una vez más en la imaginación delirante del poeta. Era la tierra fecunda de la patria lejana, que tomaba puesto de primicia en el corazón del patriota insobornable. Era el campo generoso y sano, donde su filosofía cívica hallaba las más altas dimensiones para la construcción de la República.

A la luz de la técnica poética han sido estudiados los alcances imaginíficos de la **Silva** de Andrés Bello. Se la pondera como obra maestra de poesía didascálica y la alaba por la maravillosa perfección con que el Maestro pinta la agricultura de los trópicos. Pero, más allá de la alabanza de las faenas agrícolas y de la riqueza botánica de nuestra zona iluminada, la **Silva** encierra un mensaje de vida civil.

Quienes a la ligera leen el poema extraordinario, miran en el simples valores poéticos, sin darle la función magistral de prólogo de toda la obra educativa del Maestro. Cuando acudió a la ciencia para robustecer las artes a que le inclinaba su natural sensible de poeta, no buscó, como buscaba Jean Vignot en el Siglo XIII, el apoyo de la exactitud de los cálculos para el mayor vigor de las formas, sino los sutiles caminos de la verdad que hacen útiles los sueños del ciudadano. Cosmografía, Lingüística, Filosofía, Medicina, Gramática, Derecho, eran para él simples apoyos en el proceso de elaborar una cultura que ayudase al hombre en la realización de su propio destino. "*Producir tendencias y hábitos provechosos es el grande objeto de toda disciplina del alma*". No concibió la Universidad como reunión de estudios diversificados en Facultades, de las cuales salieran, como de fábricas y talleres, individuos provistos de destreza en las varias profesiones. Entendió nuestro gran humanista que la Universidad está destinada a la formación de ciudadanos integrales. Supersticioso del derecho e imbuido en el concepto humanista de la cultura, hizo suya la idea de que no hay mundo social sin el seguro de las facultades que ejercita la ciudadanía. El no quiso gramáticos, ni legistas, ni botánicos, ni médicos encerrados en la celda de su exclusividad profesional. Buscaba él la formación de hombres en la amplitud del servicio y de la virtud. Cuando vio llegado el declive feliz de la guerra de emancipación, pensó desde Londres en el cataclísmico mundo de las antiguas Indias españolas, y se dio por entero a cumplir su función rectora de la nueva América. Corno poeta habló en verso, y después de llamar a los soldados, presa del cansancio y de la ambición suscitada por la guerra, a reiniciar las interrumpidas faenas campesinas, pintó a los nuevos hombres la excelencia de las virtudes cívicas.

Si Venezuela hubiera puesto oídos al mensaje magistral de Bello, otra hubiera sido su suerte y otro el sitio que ocupara en el orden de los pueblos. El campo generoso, donde brota la riqueza libre y sana, era en aquella edad feliz la única fuente de enriquecimiento nacional. Con sentido de realidad de trabajo, comienza el Maestro por condenar el absentismo que redujo la capacidad social de la tierra, y enrostra a los señores del suelo la culpa de abandonar al cuidado "y a la fe mercenaria, las patrias heredadas". Quizá este reproche de Bello tenga menos repercusión en esta feliz ciudad, donde la señoril casaca la ha lucido en la noche quien usó en el día la blusa del campesino. Orgullo de aristocráticos salones, la dama altiva, que hermoseó la

vistosa crinolina y el rizado bucle, la víspera ordeñó con sus finas manos la ubre generosa y revisó solícita las blancas promesas de la tibia nidada. Acá todavía, como testimonio de que no ha muerto la virtud antigua, se ven ocupadas las cátedras de este egregio Instituto por Profesores que visten indumentaria de labriegos y que, después de explicar magistralmente las peripecias de la letra de cambio o de describir la función gonadotrópica de la hipófisis, se parten a sus predios alegres de Milla y la Otra Banda, para dirigir la recolección de las rojas bellotas del café o a vigilar la fragante molienda de las cañas que nutren la riqueza de la tierra.

Cuando Bello coloca en actitud contradictoria al campo y la ciudad, no pide el estancamiento del hombre campesino ni formula un divorcio entre las actividades de agro y de la urbe. De uno y otro quiere hacer un mismo ciudadano. Pide que, con el amor a la tierra, se mantengan las virtudes que hacen altivas las naciones. No condena a la ciudad, se limita a desnudar sus vicios. Recomienda al ciudadano huir el "abrazo de pérfida hermosura, que pone en almoneda los favores", y que evite ser despertado por "la aurora en mesa infame de ruinoso jugo". Por medio de la virtud de la consorte, cuida la fortaleza del hogar, donde estriba la sanidad moral de la república. Contra el adulterio que corroe la unidad de la familia, invoca hábitos que no ofrezcan "al delito espuela", y para que manos robustas y firmes mantengan el tono directivo de las bridas públicas, condena "la algazara del festín beodo" y los "coros de liviana danza". En la continua comunión del hombre con la tierra encontraba Bello ambiente para la "frugal llaneza" que defienda al ciudadano de los vicios incitados por el ansia de riqueza y el afán de mando, donde toman aliento las civiles disenciones. Cada estancia, cada verso de la **Silva** admirable, contienen un precepto de educación cívica, cuyos comentarios debieran ser objeto continuo de los educadores y de todos aquellos que sientan como es

la libertad más dulce que el imperio
y más hermosa que el laurel la oliva.

Señores:

He ofrecido hablaros de Andrés Bello, y me he limitado a esbozar apenas el contenido educador de su **Silva a la Agricultura de la**

Zona Tórrida. Para una Universidad, y en el grave encargo de hacer el elogio del Patriarca de nuestra cultura, parece tema de poca monta el comentario de una poesía del Maestro. Y aún más, de una poesía de rurales contornos. Pero yo no he querido alabar solamente la función de Bello como figura señera de nuestro mundo intelectual. Muchos lo han hecho ya con autoridad sobrada. ¿Qué podré agregar a lo que han escrito Santiago Key Ayala, Roberto Picón Lares, Rafael Caldera, Mariano Picón Salas, Luis Correa, Ramón Díaz Sánchez, José Manuel Núñez Ponte, por sólo nombrar los apologistas contemporáneos del Maestro? Puede que sea temeraria la figura, pero Bello está todo entero en cualquier trabajo suyo, como Dios, con su omnipresencia infinita, está todo en cualquiera lugar del universo. En el orden de la creación estética y filosófica, Bello es como un dios que se da en la inmensidad de su fuerza creadora. En razón de ese estar en plenitud del Patriarca de nuestras letras en cualquiera de sus trabajos admirables, yo he querido llamar vuestra atención hacia el gran mensaje con que el maestro inmortal inició sus lecciones para el mundo americano. La ocasión, además, se hace propicia, por el coro de voces que reclama un patriótico esfuerzo en orden a que nuestra tierra reseca y tostada vuelva a lucir su verde y alegre opulencia. Justamente esta Universidad debe hacer suya la voz antigua de los defensores de valor agrícola de nuestra Patria al bifurcarse la economía de la Nación, en la del Zulia, pujante y promisorio, debe tener su máximo asiento la enseñanza de la técnica que nos ponga mañana en posesión del gobierno absoluto de la riqueza petrolera, compartida con las grandes potencias capitalistas en condición de disfavor. En la de Mérida debe tener su cátedra más autorizada la enseñanza agrícola. Junto con la Facultad de Ingeniería Forestal, aquí debe funcionar también una Facultad Agronómica. Esta noble ciudad de Santiago de los Caballeros sigue siendo la vieja ciudad de agricultores que supo dar a la patria venezolana recursos de héroes y dinero para la epopeya de la independencia, y luces esplendentes para la vida de la paz. Señores del campo fueron Antonio Ignacio Rodríguez Picón, Juan Antonio Paredes, Fermín Ruiz Valero, Juan de Dios Picón, Eloy Paredes, Avelino Briceño, José Domingo Hernández Bello, Federico Salas Roo, Francisco Antonio Celis, Julio Salas y casi todos los hombres que tuvieron en sus firmes manos los destinos de la cultura de esta ilustre ciudad. De ellos, y en esta Casa, de la cual es padre, reclama mención aparte el ilustre doctor Caracciolo Parra.

Era Rector de la Universidad, cuando en 1889 le correspondió instalar en este mismo Paraninfo, la Sociedad Agrícola de Los Andes, cuerpo oficial, destinado al fomento de la riqueza territorial, y el cual, junto con él, integraban los doctores Eusebio Baptista, José de Jesús Dávila y Gabriel Picón Febres, Don Luis María Salas y el General José Rafael Gabaldón. Trece puntos desarrolló el egregio Rector como temas encaminados a dar fuerza a la cultura del agro andino. A muchos indudablemente sorprenda saber cómo él ilustre patricio condenaba "*la acumulación en pocas manos de la propiedad*". "*Este hecho lo considero* -dijo- *como un resabio o restos del sistema feudal. Profeso* -agregó- *el principio de que no es conveniente a la sociedad la acumulación de la propiedad territorial, y que los particulares no pueden ni deben tener más terreno que el que en realidad cultivan*". Ni de revolucionario ni de hombre peligroso fue motejado el Rector inolvidable. Hablaba simples palabras de justicia hacia el trabajador y palabras de hondo sentido económico en cuanto al rendimiento de la tierra. Todavía duraba por aquel tiempo en nuestros hombres el orgullo de ser hombres del campo. Aún se trasmitía, a manera de tradición esotérica, el blasón de que nuestra independencia había sido hecha por agricultores. De que nuestra guerra emancipadora la pago y la sufrió el campo. Agricultores que gozaban el beneficio del comercio libre, formaban el grueso de la sociedad mantuana, sobre cuyos anhelos de autonomía se empinó la Revolución. El añil, el cacao, los cueros, el tabaco, el algodón y el café constituían la fuerza de nuestra prepotencia de pueblo dispuesto a romper los moldes coloniales. Los valles de Aragua y del Tuy estaban cubiertos de una rica agricultura, donde lograba supedáneo la altivez de los nobles y de los hidalgos caraqueños; en los Llanos se movía espesísima cosecha de multíparas vacas y ágiles caballos; los valles de Oriente olían a buen cacao y a ensoñador tabaco, en los campos de Yaracuy y Nueva Segovia se confundían con el humo de las rozas agrícolas el humo de los altos torreones del trapiche; de Occidente se embarcaba cacao, añil, café, y se distribuía trigo a las provincias vecinas. Todo lo teníamos para abastecer el vientre del pueblo. Gozaba entonces Venezuela la autarquía alimenticia que garantiza la libertad de las naciones. Las estadísticas acusaban saldos favorables a la riqueza. Para completar la dignidad de la nación, faltaba cortar las amarras que la vinculaban con la Metrópoli ultramarina, y elevar a funciones de ciudadanía a un pueblo que soportaba temerarios distingos. Aquel cuadro de suficiencia interior, servia de rescoldo a las ideas de libertad que andaban por

el mundo vestidas de esperanza. Caracas llegaba por el Este hasta La Guía, donde los florecidos cafetales daban apariencia de novia a los sembrados. Cerca corría el Anauco rumoroso. Hacia Chacao, todo era alegre y verde campo. El Avila sin quemas lucía como esmeralda prodigiosa. El poeta de Caracas divertía los pasos de las calles silenciosas y se daba a divagar por la campiña. Bajo la capa ensangrentada del maternal bucare, Bello nutrió su espíritu de joven. Del padre heredó el gusto musical. La madre le preparó para los ejercicios de piedad. El suelo le formó, como a los venezolanos de su tiempo, una recia conciencia agrícola. Caracas ofrecía a sus hijos frugales virtudes Bello era Caracas. Bello era Venezuela.

Señores:

Asperas y empinadas bocas solicita el fuego interior de la tierra, cuando, tomado de infernales propósitos, busca hacerse temido de los hombres. Altas y solitarias cumbres solicita, también, la conciencia de los pueblos cuando trata de hacer sensibles sus consignas. En el orden antiguo, Ledesma, Juan Francisco de León, José María España, Miranda, Bolívar, expresaron la indestructible voluntad autodeterminativa de Venezuela. En el orden de la cultura, Bello se alzó como los otros, en función volcánica, para mostrar la fuerza del fuego creador contenido en las profundidades de su espíritu. En la soledad de su apartamiento de Londres, pensó en Caracas, en Venezuela y en América y forjó la **Silva** donde, sobre cantar las excelencias de la tierra, fijó la conducta de los ciudadanos llamados a sustituir por las disciplinas pacíficas las rudas y sangrientas luchas de la guerra. En la **Silva**, Bello se erige como el hombre de la paz, supersticioso del derecho y de la ley. Para que todos, junto con entenderlo, sintiesen su mensaje, usó el tono poético para la exaltación del convivio cívico. Ciudadano integral, miró al trabajo que asegura a "la libertad morada, freno a la ambición" y a las leyes templo. Abierta es la lección. Si faltare la autorizada cátedra, el verbo se distiende sobre las alas del verso. Así enseñaban los viejos sacerdotes. El ciego Homero formó así el alma de los antiguos griegos. Resumen de su ciencia, prefacio de su inmensa cultura, Bello dijo a América que primero necesitaba cumplidos ciudadanos que asegurasen el verdor de los laureles de la paz y el brillor de las artes y las ciencias. Ciudadanos, ciudadanos, antes que sabios y guerreros, pide la paz de los pueblos.

Señores:

En diversas Facultades podría profesar el Maestro inmortal. A su voz se iluminaría la conciencia de los juristas, de los filólogos, de los literatos, de los internacionalistas, de los críticos, de los historiadores, de los filósofos, de los gramáticos, de los cosmógrafos, de los periodistas. Todo lo abarcó y lo dominó el Patriarca permanente de nuestra cultura. Pero cuando deja la cátedra y se une al común de los hombres, su enseñanza es más profunda. Su conducta es su mejor lección, su discurso más claro es la altiva y modesta dignidad de quien se sabe en paz con el mundo y en paz consigo mismo. Suyo es el decir sencillo que antes de profundizar la epopeya del Cid y de examinar las leyes que rigen el universo mundo, aconsejó vigorizar los nexos que, para hacer placentera la relación humana, piden al trabajo y a la ley la fecundidad de su sombraje.

No sea, pues, señores, para sólo el Bello de académicas ínfulas nuestro homenaje y nuestro afecto. Sigámosle devotamente cuando se desviste los lucidos ornamentos que acusan su dignidad de Rector emérito de nuestras sufridas universidades. Acompañémosle mientras, resignadamente, camina nuestro mismo camino de ciudadanos. En la obscuridad meridiana de nuestras atropelladas vías, puede él servir a manera de verde luz de esperanza para nuestros anhelos contenidos...

Mérida de los Caballeros, el 4 de abril de 1952.

AMERICANISMO, NO HISPANISMO[52]

Si vosotros echáis una mirada retrospectiva hacia la historia del mundo, veréis cómo los pueblos desamparados han sido, más de una vez, presa de las potencias, a las que no sólo les importaba poco la condición de aquéllos, sino que les robaban. Ha sido una de las muchas revelaciones aflictivas de los recientes años el hecho de que las grandes potencias que acaban de ser. felizmente, vencidas, imponían injusticias y cargas intolerables a los pueblos desamparados de las colonias que se anexaron; así como tenían por interés más bien su exterminio que su desarrollo, y que su deseo era poseer sus tierras para propósitos europeos, y no poseer su confianza para que la raza humana en esos lugares se levantara a un más alto nivel de civilización.

El Presidente Wilson.

Señores:

Cuando me he preguntado la causa de mi presencia hoy ante vosotros, he hallado que ella obedece a un amplio principio de cultura que hoy priva en esta Ilustre Universidad Andina, donde su Rector

[52]Conferencia leída en la Universidad de Los Andes el Día de la Raza en 1919.

actual , el infatigable Dr. D. Diego Carbonell, ha hecho perseverantemente sucederse las ideas más opuestas y los principios más antagónicos, como que es ley de progreso utilizar toda clase de impulsos sin tomar en cuenta su origen y su causa.

Hace un año desde este mismo sitial os habló el culto Diácono Alegretti de esta fiesta, de España y de la raza; hoy tócame a mí dirigiros la palabra y claro que si recordáseis sus frases las hallaríais muy opuestas a las mías, y es en esta oposición donde creo hallar la justificación de mi presencia ante vosotros. Mi antecesor acaso contemplara los sucesos históricos que hoy rememoramos desde el punto de vista de la sociología cristiana, yo, sin entrar a escudriñar si el fundamento de ésta es más o menos débil que el de la sociología evolucionista, aplicaré en mis apreciaciones deducciones de esta última, como que a ella me afilian principios y convicciones acordes con mi manera de considerar fenómenos y obras.

Mas no vayáis a suponer que pretendo pasar ante vosotros como persona autorizada para hacer cambiar credos y razones de que dependiereis, bien sé que me conocéis lo suficiente para no dejaros engañar, pero ningún esfuerzo es inútil, ninguna idea es cosa perdida. Cuando se estudia un fenómeno a través de la Historia cambia muy mucho su apreciación según los distintos sistemas, siendo harto difícil fijar la veracidad que en él existe. Eso sucede con la conquista y la colonización de la América Española, a cuyo estudio no abordaremos nosotros en la presente ocasión, pero respecto a las cuales emitiremos, como es lógico, opiniones que creemos bien cimentadas. Nunca ha sido pretensión de quien os habla creerse en condiciones de exponer la última palabra en nada, menos aún en asuntos como el presente, el cual no es objeto de nuestros estudios preferentes, a no ser en lo que se refiere a nuestra Patria joven. Unicamente me mueve el deseo de corresponder del mejor modo posible a la honrosa designación que me hiciera la Dirección del Liceo, anexo a esta Ilustre Universidad.

Señores:

La trascendencia social y política de la festividad que aquí nos congrega no se escapa a la mente del más humilde, pues ella recuerda la hora en que el almirante genovés descubrió para la Corona de

Castilla el vasto hemisferio americano, abriendo así a las relaciones mundiales y al intercambio comercial y científico el mundo ignorado de los aztecas y los incas y viniendo a mezclar como en sagrada copa ritual, la sangre del Cid y de Pelayo con la fogosa de Manco Capac, Moctezuma y Guaicaipuro. La heroica España, ataviada de gloria y en la cumbre de sus más altas victorias,

"España a un tiempo mística y chulesca,
flor de verbena y pueblerina rosa,
duquesita sensual, maja goyesca,
moza vaquera de la Finojosa",

tal la recuerda el más alto de nuestros poetas nacionales, agregó entonces a sus dominios la virgen América, desconocida en la mitad del mar, inocente en sus prácticas, mística en sus costumbres y en sus ritos, y entonces la sangre española, la que como Don Fernando Magno, el buen rey

"mandó a Castilla la Vieja,
e mandó a León,
e mandó las Asturias
fasta en San Salvador,
mandó a Galicia,
onde los caballeros son,
e mandó a Portugal esta tierra jensor.
Apesar de franceses
las puertas de Aspa pasó;
apesar de reys,
a pesar d'emperadores,
a pesar de los romanos,
dentro de París entró,"

entonces, sí, esa ciclópea sangre se mezcló a la pura del indio "taciturno, desconfiado y sombrío, de atávica tristeza, que padece en silencio antiguas e incurables amarguras" y aquella fogosa alegría que cantó en Zamora, que ardió en Fernán-González y en los Infantes de Lara, se unió a la melancólica dulzura de los yaravíes incas y del *Tzoptizahue* y el *Cruzhoscue* aztecas, surgiendo, con otros elemen-

tos, nuestra raza americana, en cuyo homenaje se celebra esta fiesta actual[53].

España, señores, nos legó bien poco sin embargo. Acaso no tuviera tiempo para más, pero es el caso de que en nuestro espíritu, aun en formación dolorosa, late muy débilmente el impulso ibérico. La psicología de nuestra colectividad nacional es una mezcla informe de sentimientos diversos, sin líneas definidas. Carecemos absolutamente de una objetividad porque nuestra raza posee un alma heterogénea, producto amorfo de imposible definición. Cuando buceamos en el espíritu colectivo, como bucea el clínico en la complejidad viviente del organismo físico, encontramos débiles huellas de un pasado que fuera impotente sobre la raza. ¡Cuán distante está de nosotros la España de Azorín y de Ricardo León! Esa España alta, ideal, señora de nobilísima prosapia, apenas la conocemos a través de los libros y quizá convencido de ello el novelista Eduardo Zamacois, en ridículas causeries que él llama de "acercamiento" y con las cuales sacó unas tantas pesetas de los bolsillos del pueblo de Caracas, vino en propaganda iberista por estas tierras de América, propaganda que no tiene nada de ello sino de comercial. España nos es tan desconocida como Pekín y de ella tenemos un concepto inverso al que debiéramos. Nuestra cultura carece de todo hispanismo porque España apenas nos trasmitiera cosas detestables: la ley de Patronato, los toros y los gallos. Los conquistadores vinieron a llevar esclavos y oro y cuando vieron las pocas condiciones del indio americano para el trabajo, trajeron negros del Africa. Su fin no fue crear una raza nueva ni se tuvo en mientes darnos lo mejor de la raza conquistadora. La religión que se nos trasmitió fue a la fuerza. Recordad la historia de Pizarro y Manco Capac y me diréis, que vosotros como yo, sentisteis cuando leíais de niños ese horrendo relato, odio por la barbaridad de esos "santos" catequistas. ¿Qué tenemos de España, de la España del Cid y de la Alhambra? Nada, absolutamente nada.

Nuestra cultura actual es el fruto de una imitación loca por lo extranjero, un violetismo sin orden. Pensad, y esto corrobora lo que os digo, que la evolución sufrida por la literatura castellana después de la aparición del parnasianismo y el simbolismo francés, se realizó por intervención de la América: fue ésta quien se adhirió a las nuevas

[53]Párrafo de un artículo nuestro sobre el mismo asunto.

corrientes del pensamiento francés y quien después inficionara con ellas a España. Y ello lo explica fácilmente una ley de psicología social: España nos trasmitió nada de su alma, y sin ella la herencia de toda cultura es negativa, como lo asienta Le Bon. Las nuevas corrientes de la literatura francesa encontraron una barrera infranqueable en España, pero en cambio en América hubieron de hallar puerta franca, pues posesa de una avidez propia en pueblos sin espíritu definido, se entregó con frenesí en brazos de las nuevas corrientes y ayuna de cultura, buscaba como es natural los medios de adquirirla. Otra prueba de lejanía de España la habemos los venezolanos en la reforma de nuestra legislación. Cuando la República emprendió la obra de codificación que inquietaba a todas las naciones cultas, excepto a Alemania e Inglaterra en el siglo pasado, dejó a un lado las leyes españolas para asimilarse los principios jurídicos asentados en el Código Napoleónico y ya acogidos por la legislación italiana y hasta el Código Civil de 1916 nuestras reformas tienden a la más amplia aceptación de las teorías extranjeras, excluyendo las de España y excepto en leyes penales, que son las únicas que permanecen inquisitoriales y castellanas, nuestros Códigos poco recuerdan los de la Madre Patria.

Yo no pretendo explicaros la razón de la Conquista y la Colonia y la manera de realizarse ellas, sólo he querido demostrar conforme a una ley de psicología colectiva, que no es nuestra la cultura hispana y aún más que España no pudo trasmitírnosla. La unión del ibero con la india americana se realizó de una manera inconsciente y más de uno de vosotros habrá visto expedientes de legitimación de hijos naturales de españoles, quienes en un principio no tuvieron el fin de reproducirse ni de mezclar las razas. Ellos consideraron, acaso con justicia, el desnivel social y vieron que el indio les era desemejante, desemejanza que la teología y la filosofía medioevales eran incapaces de entender, desemejanza que hizo al conquistador considerar al indio ayuno de alma, la que "creó" para ellos Paulo II, tomándola acaso del almacén psíquico de San Agustín. Y ese desnivel existía de la manera más dolorosa, desnivel que después viniera a destruir con la falsa concepción de la igualdad de los hombres la Revolución Francesa, que de ese modo coronó el último esfuerzo del ideal cristiano. Perfección de grado y no de esencia, la del hombre crea como en todos los animales y plantas del orbe, no sólo el desequilibrio de las razas sino el de los individuos unos entre otros. El español llevaba a su favor

una herencia secular, herencia que luchó en Numancia contra el invasor, herencia que se embriagó en aromas deliciosas cabe las mezquitas de los Arabes y tejió redes de milagro en la Alhambra y en Torres Bermejas, herencia que se sublimó en las alquitaras del alquimista tenebroso de la Edad Media, herencia en fin que fue urdiendo a través de los tiempos gestas como las del Mío Cid y Garci-Fernández, el hombre de "*las más fermosas manos que nunca fallamos que otro omme ove*". ¿Y dónde estaba el indio? Bajo, muy bajo; la evolución en él no había realizado ninguno de sus milagros de perfectibilidad y su alma individual permanecía aún encerrada en las redes del instinto animal. La desigualdad creó entonces el proceso de la conquista y la colonización a la fuerza. España se cuidó muy poco de darnos lo que nos faltaba y apenas nos trasmitiera una heredad inconsciente, pero esta heredad, con algunas muy pocas excepciones, fue pésima: los más bajos instintos del conquistador, trashumante y aventurero por lo común, pasaron a la sangre que hoy con orgullo llamamos hispanoamericana, pero esos instintos y unos cuantos vicios, como el de los toros que alguien llamara la morfina de España, no son el alma selecta de ese pueblo viejo e hidalgo, que hoy nos quiere dar lo que antes no.

La obra de la colonia es esa: trasmitirnos unos cuantos vicios y prejuicios. La condición social de esta nueva raza, mestiza y heterogénea, era horrenda y no podía más, pero almas selectas, educadas en, Europa, llenas del fuego de la Bastilla y ebrias ante la sangre de la Revolución Francesa, emprendieron la labor de vindicar derechos que aún no existían para el indio americano. Llegamos a la Guerra de Emancipación, obra única de los *meneurs*. La Emancipación fue la lucha por una idea abstracta, por un principio metafísico de justicia universal, hijo de la declaración de los derechos del hombre y de la Enciclopedia. Fue una idea filosófica llevada a la práctica. Las teorías contractuales de Rousseau hirvieron en la mente de los Revolucionarios Franceses lo mismo que en Bolívar (Recordad que el ejemplar del **Contrato Social** que poseyó éste era el de Napoleón). Los *meneurs* de nuestra gran lucha, hubiéranse ido a vindicar derechos del negro del Africa si la América hubiese estado libre. Fue una locura de libertad, el paroxismo de una fiebre libertaria lo que ardió en la mente de nuestros héroes: Bolívar pensaba libertar a Cuba cuando el ocaso de Santa Marta. Nuestra emancipación de ese modo es fruto de pura *instigación*, nunca de un movimiento espontáneo de la masa, refrac-

taria a la Independencia o sea a la más bella aventura de una idea. Pueblo que andaba a gatas, muchedumbres ígnaras, masa informe de esclavos, la más negra preñez de sombras, aquí el cuadro de la América al alborar el siglo XIX.

Lejos ya, señores, los estertores de la lucha, las angustias de la guerra, el hambre de los días de sitio, aparece en América una muchedumbre de pueblos que tenían libertad. Pero ¿qué eran aquellos pueblos os pregunto yo? ¿Tenían acaso conciencia de sí mismos? ¿Tal vez sabían lo que debían hacer? No. Estaban solos, aislados, los *meneurs* habían muerto, no podían dirigirse, no tenían cómo vivir. La América presentaba el aspecto que hubo de tener la antigua Roma, cuando los esclavos con gorros rojos, emancipados después de seguir el entierro de su señor (América había tocado a muerto en los funerales de la España potencia), infestaban la urbe, asesinando, robando y entregándose a los más locos excesos, que hacían de la Ciudad Eterna un semillero de horror, a lo cual vino a prever la ley *Junia Narbona de manumitionem.*

Aquellos pueblos nuevos, aquellas colectividades amorfas, ignorantes de los derechos que dábales su condición de libres, debieron espantarse ante el porvenir que se les enfrentaba, obscuro e incierto. No estaban preparados para nada y eran forzosamente condenados a ser pasto de cuatro o cinco hombres, que ayudados por una influencia extraña, podían guiarlos. Surgieron, pues, nuevas colectividades desprovistas de toda cultura. Nuestra patria poseyó en la Colonia la Real y Pontificia Universidad de Santiago, en la que apenas se enseñaba algo bien la Teología y esta en que estamos, obra de Bolívar, antiguamente de San Buenaventura, que confería malamente *"títulos diversos a pesar de que no convenía a la Corona de España que se ilustrase a los americanos, según reales palabras de Carlos IV"*[54].

Era dolorosa la condición social de los pueblos "redimidos" y estos, como toda entidad joven, diéranse a la labor de acaparar corrientes diversas. Entonces aparece el prurito de imitación que aún nos invade: de todos se tomó algo, menos de España, la que estaba

---

[54] Dr. Diego Carbonell.- **Mi ofrenda**.- 1919.

separada de nosotros por el odio de la conquista y de la Guerra de Emancipación.

La creación de nuestras nacionalidades es obra de un proceso doloroso y propio. Desnudos como estábamos cuando llegó la hora de la libertad, dímosnos a la tarea de buscar vestiduras propias: España casi nos dejó con el guayuco indígena, pues para ella éramos pueblos rudimentarios y acaso tuviera razón. Nuestra cultura es el producto de un horrible esfuerzo, la labor ardua de una asimilación y de una imitación locas, pues en la copa ritual donde uniéranse la sangre de Moctezuma y el Mío Cid, apenas encontrose a la hora del análisis amargo brebaje de ignorancia y de miseria.

Señores:

En la vida de los pueblos créese que todo es remediable y acaso en la Historia se ve lo contrario de este aserto. España que durante la Colonia no quiso o fuele imposible darnos mucho de lo suyo, España que cuando gozó de sol a toda hora nos tuvo en noche de ignorancia, nos invita hoy a sentarnos a manteles con ella y ofrécenos del "*bon vino*" del Arcipreste Juan Ruiz. ¿Qué hacer?... ¿Aceptará o no la América tan real invitación?... O acaso le pregunte ¿y esa galantería de Vuesarced, señora Madre?

Y es que América tiene fiesta en casa también. Es el 12 de octubre y ella recuerda que tal día como hoy fue puesta en contacto con el Mundo entero, sus pueblos se unen en comunión de ideales y llenos de vida, prepáranse a consumar esfuerzos inauditos. Es fiesta de vida, de alegría, de triunfos, y en España acaso, recordando el día en que se hizo dueña de un Mundo que perdió hace mucho para siempre jamás, los manteles estén salpicados de lloro y el "*bon vino*" del Arcipreste tenga cenizas funerales. Más que fiesta hispana, ésta es nuestra, de nuestra raza hecha a martillo, a golpe, a dolores. Nuestra América respeta a España y ve en ella a madre avara que diole bien poco, a madre que no supo educarla y que hoy cuando la considera Señora de fecundo vientre, quiere unirla a sus hijos que están en Palacio, en la Alhambra o en Torres Bermejas. Pero América tiene muchas cosas nuevas y es muy joven, para triunfar sólo necesita la unión de sus hijos, de sus hijos que hablan el idioma que le enseñó con dura férula la España. En la actualidad sólo necesita de intensifi-

car su vida en el trabajo y en la industria, siguiendo el ejemplo de pueblos nuevos como los del Norte, utilizando el tiempo, sacando la riqueza del suelo aún virgen. Hacerse grande en el esfuerzo, en la lucha. Todo lo tenemos hoy. El porvenir es nuestro. Busquemos el apoyo de los fuertes, de los activos, de los hombres de hierro y ellos nos enseñarán el milagro de crecer, de multiplicarnos. Imitemos los hombres del Norte. Pidámosle al Tío Sam el secreto de la diligencia, para poderlo mirar de frente y no hayamos de levantar tanto el rostro para verlo. Seamos nosotros mismos, autónomos, libres y únicos. Que los americanos, que los que ayer fuimos esclavos de España, seamos hermanos, los miembros de una familia que hubo dé realizar esfuerzos horrendos para delinearse. Hagamos de nuestra colectividad heterogénea un pueblo único, el más fuerte que han de ver los tiempos.

De España recibamos lo que nos debe, lo que hoy quiere darnos en pago de nuestro oro y de nuestros esclavos, y acercándonos a ella veremos que tiene más de lo que en nosotros vive de sí, que no son chulos y aventureros lo que florece en su suelo y así nos posesionaremos de lo que ella quiere: enseñarnos que si las circunstancias hicieron que no nos diera nada, no fue por impotencia, pues ella pudo legarnos mucho de sus invalorables tesoros propios y nobilísimos. Culpemos al tiempo.

¡Señores!

ORIGENES DEL ARTE
(Ensayo crítico) [55]

Al Dr. V. Márquez Bustillos

Palabras iniciales, en que el conferencista hace un ligero análisis del orgullo.- Método de investigación. Doble naturaleza del conocimiento humano.- Ausencia de datos precisos.- El elemento histórico y la influencia etnológica.

La danza en la antigüedad - Ceremonias de los griegos.- El coro trágico.- Desenvolvimiento de la rúnica, la poesía, el drama y la comedia.- Las artes plásticas.- Cuadros de desarrollo.- Los principios biológicos en la génesis del arte.- Teoría de Taine sobre la sensación y el conocimiento.- Teoría metafísica de Kant. Teoría realista de Stendhal.- Vicisitudes en la evolución del pensamiento.- Curva de ascensión del arte.

Señores.

Permitidme que distraiga vuestra atención al empezar estas ideas haciendo, no el elogio, pero sí un ligero análisis del orgullo... ¡Ah!, ya veo en vuestros labios el perfil de una sonrisa, pues vuestra

[55] Texto leído por MBI en Mérida, en la VIII Conferencia Universitaria organizada por el rector de la Universidad de Los Andes, Dr. Diego Carbonell, el 24 de julio de 1918.

ligereza de imaginación creerá que al pronunciar esta palabra sea con referencia a falsos y legítimos orgullos basados en clareza de estirpe o en áureos brillos metálicos; no, a ninguna de esas clases de orgullo me refiero, sino a ese otro sólido y puro como el cristal de roca y que la imaginación del maestro Díaz-Rodríguez hace caber en el alma del seráfico amante de Santa Clara: Francisco de Asís (no vayáis a suponer que malediscentemente evoco al buen hermano del lobo y de las flores y que pretenda deciros con Gabriele D'Annunzio que "*no podréis imaginar a la Diamanita sino a los pies de Francisco*" o según la fantasía de un católico pintor florentino depositando un beso sobre los fríos labios del seráfico, no es tal mi pobre intención, aunque haya aquí almas de candor infantil que perfilarían una pura sonrisa al pensar en el idilio religioso sucedido bajo la fresca penumbra de los bosques de Umbría y espíritus de un nivel más alto que el nivel general de las mayores gentes los cuales pudieran admirar en los coloquios misteriosos del ermitaño de la Porciúncula y la fundadora de la Regla de las Clarisas, un acto de supremo amor espiritual, transfigurado en comunión de labios merced al motivo pantelsta de la creación, y consecuente con el mandamiento del Gran Taumaturgo: *amaos los unos a los otros*).

Ese orgullo que os dije, sólido y puro como el cristal de roca, es el que pretendo analizar ya que cuento con la bondad de vuestra atención y de mi análisis todos vosotros podéis ser jueces conscientes ya que en los actos de cada individuo se manifiesta la señal imperiosa de ese elemento, indispensable en toda entidad psicológica. "*El orgullo es la resultante del completo y preciso juicio que de nosotros nos formemos*", muy distinto de la vanidad, él nos señala el justo sitio que ocupamos en el orden inalterable del Cosmos: ya arriba, ya abajo, ora en dolorosa llanura, ora en empinadas cumbres, y si posible fuese hasta las cosas subvivientes podrían tener su orgullo: el diamante lo basaría en ser legítimo rival del sol, la esmeralda en copiar la glauca color del mar y la amatista en ofrecer tinte al sufrimiento, en el lacerante cardenal del golpe o en la pálida ojera de los que sufren profundas tristezas incurables.

Teniendo todos su orgullo, lógico es que yo también tenga el mío: él me indica sentenciosamente el sitio que me corresponde en el organismo de esta sociedad y me dice hasta dónde pueden alcanzar mis energías y preocupaciones y de los éxitos y fracasos que pueda

obtener. Sí, yo tengo mi orgullo, sé lo que alcanza a satisfacerlo, conozco aquello que mejor cumpliría las promesas de sus deseos, y sé también que este momento es uno de los que háyale proporcionado más legítimo regocijo. ¿Y cómo no ha de ser así? Ante un selecto auditorio como el que tiene la bondad de escuchar mis oscuras palabras, prestigiado por honorables matronas, adornado por las más frescas rosas de este bello jardín de milagro y con la presencia de cultos caballeros que demuestran las energías de sus aptitudes en los diferentes ramos de la vida, ya política, intelectual o económica, ante tan selecto auditorio digo parece arrojo temerario, y esa temeridad es lo que satisface mi orgullo, al atreverme yo, anónimo trabajador en profundas cosas de pensamiento, a establecer teorías y conceptos en persecución de fin a una tesis artística, en esta bella fiesta de filantropía y cultura, en que será ofrecida a la justicia -esculpida en puro metal votivo- la imagen del Ilustre Canónigo Uzcátegui, perfecta flor de selección que supo unir a la clareza de su prestigio intelectual la virtud austera del ferviente patriota y la fragancia mística de sus sentimientos morales.

Señores:

Fijar la orientación de toda tendencia mental es labor ardua y poco accesible, obran en su contra la simpatía individual y la maladversión al parecer de los antagonistas, de suerte que muchos esfuerzos piérdense sin dar fruto por lo pesado de esta preliminar tarea de acotamiento.

Nuestro insigne tratadista Esteban Gil Borges, quien en la actualidad ocupa el vértice del pensamiento patrio, en un luminoso trabajo nos dice con precisión que no es en el relativismo de la escuela histórica ni en el transcendentalismo de la escuela metafísica donde puede hallarse la norma directriz para juzgar la vida del Derecho, sino que ella sólo puede encontrarse en la serena armonía que surja del estudiar la ciencia jurídica como un producto de la razón espiritual sujeto a las contingencias evolutivas de la historia, mejor dicho: considerándolo como cosa humana en perfecta dependencia de la doble naturaleza espiritual y material del hombre.

Asimismo en toda investigación artística y al querer hacer serena crítica, debemos situarnos mas allá de nuestras propias conviccio-

nes. En Arte varía a maravilla el modo de expresión: en unas obras la influencia hiperestésica obra de manera inconcebible, en otras el influjo espiritualista se hace sentir a cabalidad. ¿Puede decirse al juzgar las primeras que el Arte es un producto del temperamento nervioso y con respecto a la segunda que es en un resultado formal del espíritu? No, nunca, quien lo hiciera así pecaría contra las leyes generales del conocimiento; debemos subir hasta más allá de nuestro modo de sentir, y observar la emotividad de los demás, para orientarnos; debemos armonizar el antagonismo aparente y no dejarnos llevar por ligerezas momentáneas. Aquí la primera situación del crítico.

Y ha sido plenamente convencidos de esta ley general de orientación como nos atrevimos a lanzar el pensamiento en persecución de respuesta a esta pregunta: ¿cómo y cuándo hizo su primera manifestación sensible la virtud artística del hombre?

De ese momento ni la historia ni la paleografía dicen nada preciso, envuélvelo como un manto sagrado de misterio el polvo remoto de los siglos, y si existen por ahí doctrinas que parecen tener sólido basamento científico, no son ellas sino ideologías especulativas con carácter de tales. Remontándonos a las primeras épocas históricas de la vida de las sociedades humanas, en las cuales el primitivismo de la raza hállase en un estado inicial de desarrollo, hallamos las primeras manifestaciones del impulso artístico confundido en un vago aspecto religioso, encontrando las primeras huellas del arte en las nudas ritualidades de cultos poliformes, cultos donde el temor de los hombres ignorantes se exterioriza con claridad ejemplar; y es la danza la primera que se manifiesta, bárbara como la época en que se produce e inconsciente como los cultos de que es liturgia. Las danzas lúbricas del alto Egipto, de Asiria y de la India cuyo desarrollo rítmico lo rige la majestad de sus creencias, las danzas bárbaras de los escitas y mongoles, la triunfal de los griegos, y la casi desconocida de los aztecas, son las primeras manifestaciones de un impulso inconsciente hacia el arte, de que nos da razón la historia, y estudiando su transformación paulatina podemos establecer un cuadro parcial de desarrollo artístico.

Todos los fenómenos sociales, políticos, religiosos y artísticos varían en su fisonomía exterior conforme al momento histórico en que se manifiestan y a la constitución del grupo étnico en que florecen. La

historia guarda por eso los grandes misterios de la vida humana, cada fenómeno tiene mas allá del simple relato la razón de sí mismo, cada momento es el molde de una idea, cada idea es el nidal de un rasgo evolutivo, cada evolución marca época en el suceder continuo de los tiempos. A más de este relativismo que se desprende de la historia, la critica da suma importancia a las leyes que surgen al considerar un fenómeno en sus relaciones con diferentes grupos étnicos. No investigaremos aquí el origen de las razas, que cosas estas son para trabajos a que no abordaríamos, pero como necesariamente tenemos que estudiar el momento inicial del arte refiriéndolo a una agrupación definida, escogerémosla de entre los diferentes factores étnicos que llegaron en la antigüedad a alcanzar la meta de una civilización característica.

"*La humanidad empezó a civilizarse en varios centros diferentes y en épocas distintas. No ha habido un solo foco de civilización, ni una sola línea de evolución progresiva. Ha habido varias lineaciones, varias series paralelas, que a veces se han juntado y que tan sólo en la época presente influyen de un modo general las unas en las otras. No obstante han existido grandes focos de civilización convergentes, o mejor dicho, producidos por convergencias; tales han sido Babilonia, el Egipto, el imperio Greco-Alejandrino, Roma, la Córdoba de los Omeiadas i el Renacimiento*"; por ello cuando hacemos una apreciación de cultura correspondiente a algún pueblo o raza, no debemos aplicarla de ninguna manera al estudiar semejante fenoménica en otro, a pesar del consejo que sobre tal punto nos dé Tarde, quien llama "*diferencias ficticias establecidas por la filosofía de la historia*" a esta serie de desemejanzas que caracterizan con precisión el "genio" de una raza y que hacen, según Le Bon , que la vida de un pueblo, sus instituciones, sus creencias y sus artes no sean sino la trama visible de su alma invisible. Verdad que en la humanidad hay un contenido continuo e igual para todos los grupos sociales, pero este contenido universal afecta, gracias a precisas leyes evolutivas, diferentes aspectos: su plasticidad se amolda fácilmente a la hora que pasa y al agrupamiento en que vive. Las civilizaciones se corresponden, no se igualan, como las literaturas ellas tienen algo peculiar; el alma que anima una época de cultura se halla en los remotos secretos de la raza: la musicalidad de un estilo obedece a precisas leyes de formación que rigieron la infancia de un lenguaje. Así en nuestra labor actual debemos preferir un grupo aislado, un pueblo, donde observar aun-

que ligeramente el nacimiento de las artes, sin ir a aplicar con rigorismo las leyes que deduzcamos de nuestro ensayo, al realizar igual examen en otro grupo diferente, es necesario no olvidar que ley es deducción de fenómenos y que fenómeno implica algo que se manifiesta, que evoluciona, siendo la evolución concordante con la esencia remota de la substancia o grupo que se altera.

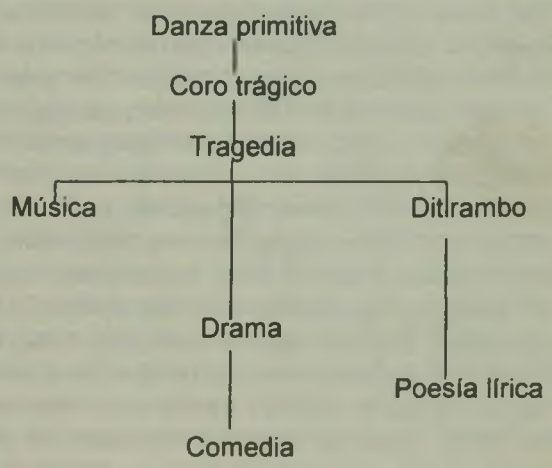
Dejemos a un lado la vieja cultura Acadiana-Sumeria, la semítica propiamente dicha, la de los Ario Indos y de los Iranios, para observar los puntos culminantes de la evolución del Arte dentro del grupo ariano mas importante, en la línea superior de la familia: los helenos. Grecia que nos dio la más grande cultura que nunca fue, "*Grecia más cercana del sol y del ideal, Grecia que quiso ser la patria de lo bello y se enamoró de todas las armonías y cantó al amor cual lo cantaría una virgen recién nacida a la pubertad*", es el escenario más propicio para contemplar el surgimiento lento y pausado de estos fenómenos de profunda y recóndita razón vital. Para ello tomemos como base la danza griega.

El espíritu religioso de los primitivos griegos hacíalos reunir bajo la fresca sombra de los olmos a celebrar la feliz vendimia, daban gracias a un Dios ignoto, que más tarde llamarían Dyonysos, por la fecundidad de las cosechas, sorbiendo jugo de vid invadíalos furioso júbilo y entregábanse a los placeres de la danza. En un principio ésta fue acompañada sólo por gritos salvajes de regocijo en alabanza al Dios protector, y fue en sí nacimiento del coro trágico cuyo origen ha preocupado a todos los helenistas. Perfeccionando un poco el sentido estético fue acompañado el movimiento danzarín por suave música de desconocidos instrumentos; se establecieron movimientos más delicados en el desarrollo del baile y este llegó a ser escuela de cultura física para los jóvenes y mancebos atenienses. Nacido el sentimiento poético se le buscó a la vez ritmo a frase oblatoria y se le dio origen así al verso ditirámbico que en sus principios sólo fue una loa a Baco. Separáronse después, de la danza la música y la poesía, que se abrieron caminos aparte, y en aquella primera poesía que fue esencialmente dionisíaca apareció el elemento apolíneo y nacieron a su vez los líricos: "*el arte manifestado sensiblemente en el movimiento rítmico de la danza, no concretándose a ser silencioso, buscó voz en la música, omnipotente sobre la sensibilidad y a la cual el pensamiento dio expresión en la palabra poética*". Sin embargo el coro trágico subsistía y su perfeccionamiento fue mayor, ya no se concretó

a puros gritos de júbilo sino que ayudado por la fuerza del pensamiento reconstruyó escenas de su mitología nacional, se representaba la niñez de Dyonysos, sus viajes por la India, su vida salvaje y aún con más impulso reconstruyó otras escenas ora es Prometeo martirizado, o Edipo ciego, Antígona, Casandra, Agamenón o Electra. Ya el rudimentario coro de los vendimiadores ha sentado sus reales en soberbios edificios y dado nacimiento a la gran tragedia griega, aparecen los maestros supremos Eskilo, Sophokles, Eurípides, su triunfo fue completo, era el siglo de Pericles, aparecían también los altos filósofos, e introducidos éstos en los misterios del arte magno, diéronle leyes metafísicas, destruyeron el elemento trágico y echaron las bases del drama inmortal.

A medida que se realizan estos progresos en la danza, la música y la poesía, surgieron bajo distintos aspectos nuevas tendencias artísticas, de las cuales no exponemos su origen, basado en el poder sexual, por evitar extendernos demasiado, y que fueron desarrollándose de acuerdo con la cultura de la época, hasta cristalizarse en la belleza sugestiva del lienzo y en la serena majestad del mármol; y de igual modo que en el Archipiélago, sólo con las variantes del tiempo y del elemento étnico, surgieron y desarrolláronse las artes de los distintos pueblos primitivos, siempre empezando por la danza que fue lo mismo en Europa, Asia o América, rudo impulso hiperfílico vestido con las más ingenuas rosas del temor religioso.

Hecho este ligero recuento podemos formar un cuadro de desarrollo artístico, en la siguiente forma:



Al lado de estas manifestaciones, y en una línea uniforme de desarrollo podemos formar el esquema evolutivo de las artes plásticas: Pintura - Escultura - Estatuaria - Cerámica - Ornamentación - Arquitectura.

¿Por qué entre las primeras vemos aparecer la danza como inicial, considerada ésta como la suprema fusión de las artes? Siendo ella hoy la síntesis de las demás ¿por qué es la primera que se manifiesta en las edades semi-bárbaras? La razón en su fondo es muy sencilla, pues siendo en sí el producto de una excesiva fuerza nerviosa que causa una exaltada e intensa sensación en el hombre irreflexivo, es justo que en el primitivismo de la raza sea la primera que haga manifestación sensible, y es en este punto donde nos dice Letourneau que lejos de buscar en la Sociología y en las especulaciones filosóficas la razón directriz de nuestro estudio, profundicemos las leyes biológicas, únicas capaces de guiarnos en semejantes investigaciones, correspondiendo por eso a quienes bucean en la remota complejidad del organismo humano, la precisa solución de la presente tesis.

El hombre es un suceso histórico: el tiempo en su vertiginoso correr ha ido plasmando en su vital substancialidad las leyes de su evolución, y son ellas quienes han presidido en el amplio campo de la Historia las mil vicisitudes porque ha tenido que aventurarse en busca de un fin ideal de vida. Fatal o providencialmente tenía que manifestar el ser humano una razón artística que vivía recóndita en sí mismo, y para investigar su génesis debemos por ley lógica aislarnos de este hombre moderno que según Bourget resume tantas herencias contradictorias, demostración para él de la teoría psicológica que considera nuestro "yo" como un producto de fenómenos que continuamente se hacen y deshacen, y estudiarlo en el primitivo ser, irreflexivo, ignaro y principiante. Del individuo semi-bárbaro de la época prehistórica al hombre actual, van tantos siglos; de una civilización negativa como aquella a la presente, hay una línea de progreso imposible de abarcarse en un concepto: los medios son muy distintos y los motivos demasiado diferentes. Ajeno el espíritu de aquella edad remota a buscar motivos de belleza que estuviesen más lejos del placer sensitivo, explotaron como era justo aquellas manifestaciones que causaran un rudimentario júbilo y que estuviesen de acuerdo con la misma formación individual. El arte primitivo fue en sí un motivo de placer, y aquí

triunfa Stendhal sobre el transcendentalismo de Emmanuel Kant, éste al establecer en un postulado de su **Crítica del Juicio** que es de necesidad el desinterés de lo bello, juzga en partes la vida del Arte: para una conformación superior rige precisamente la ley kantiana, cuando en la curva de evolución ha llegado un espíritu a la cumbre de la alta perfección, donde ni las pasiones ni el egoísmo baten sus alas, búscase la belleza artística en los planos del más alto desinterés posible, en la contemplación y en el Ideal. ¿Pero es posible esta frase en aquella oscura época prehistórica? Se necesita la aparición de la Filosofía para que dé leyes generales a lo bello, para que considere la inmutabilidad ideal de la perfección, y para que esto sucediese tuvo que haber ascendido en el tiempo y en el espacio el pensamiento humano, alejándose del momento remoto en que se manifestase sensitivamente la razón artística del hombre, la cual, como hemos dicho, contestando a nuestra pregunta inicial, tuvo que lograr de una causa en acorde con la época para poder manifestarse, y buscando la ley física que puso soberano delecte en los senos y los labios, exteriorisose como un simple motivo de placer.

Y fue la ley biológica que rige la complexa organización animal quien hizo vibrar de angustia y de deseo la sensibilidad del hombre primigenio y la atracción sensitiva quien puso frente a frente los sexos excitados, resolviéndose el ímpetu brutal en ardientes movimientos como de afinidades electivas; encontrando allí el único placer de que era capaz por su desarrollo la humanidad naciente, coronose a sus ojos de belleza sublime y como era un misterio en sí la ley de los sexos, invocaron un dios remoto para su protección, y entonces el bello manto de la ficción religiosa, traducida en símbolo de temor y de holocausto, cubrió la desnudez ruda de la naturaleza, como el manto de Isis cubrió los misterios de la Filosofía antigua, y tras ese manto, y tras ese velo de urdimbre mítica duerme el secreto pensamiento de aquella raza inculta y olvidada ¿Evocarla acaso Stendhal la sombra incierta de ese remoto momento físico-psicológico para asentar como canon imperativo que el placer es la finalidad consciente de todo impulso artístico? Posible será este acierto, pues el profundo investigador francés juzga más generalmente la razón del Arte -deduciendo un principio congruente con la constitución emotiva de los más, quienes sólo buscan en lo bello la causa efectiva o ficticia de un placer momentáneo- que el transcendentalismo kantiano, situado mas allá de

los límites metafísicos, y posible sólo a espíritus de elevada selección mental.

Señores:

Es este pues el primer momento en la órbita de la evolución del Arte, observándola en su desarrollo más amplio veremos cómo aquella manifestación inconsciente, traducida en un impulso sexual, rudo como la época en que germinara, elévase paulatinamente hasta transformarse en un producto de belleza espiritual tan alto que hace dudar de su primera aparición, hasta obtener el más bello alaje de suprema idealidad, invadiendo, así las regiones metafísicas, las regiones situadas más allá del placer sensitivo, donde el desinterés conforme al concepto kantiano, es la condición primordial de toda obra de arte; y en esa curva ascendente de evolución asistiremos al más bello proceso de metamorfosis de que nos da razón la Historia. El pensamiento humano y todos sus productos más elevados han tenido que sufrir horrendas crisis para alcanzar su perfectibilidad ideal: la bondad misericorde del cristianismo hubo por lógica que recibir su bautismo de sangre en el Calvario para poder después germinar en bellas rosas espirituales en el corazón de la humanidad; el Derecho Romano pasando del exclusivismo patricio y sacerdotal a la tiranía decemvira de las XII Tablas, del hecho material a la fórmula simbólica y de ésta a la abstracción inmutable del principio codificado, tuvo que sufrir mil veces el estertor de las transformaciones en las armadas revueltas del pueblo y en las profundas voliciones de conciencia; la fe y la dulzura del ilusionado de Asís para llegar a cristalizarse y sublimarse en las "Florecillas", debió probar el pestilente contenido de la escudilla pordiosera y marearse más de una vez ante el espectáculo de la lepra maldita; siguiendo asimismo la marcha de ascensión del Arte veremosla pasar a través de vicisitudes incontables: arrojado de Grecia con sus dioses, él se ampara acaso con la catacumba cristiana para más tarde ser motivo de orgullo en la catedral gótica que señala el camino del cielo con el índice de su torre labrada, haciendo nacer la fe y el temor en la música del órgano solemne, pidiendo veneración en la esfigie reverenciable del mártir y convirtiéndose en fuente de dulzura en la cántiga que surge de los vírgenes labios de las silenciosas claustradas y cuando el monasterio y la catedral, síntesis solemne de lo mucho que dio la Edad Media, no son capaces de servir de refugio al desterrado de la Hélade, tiende alas hacia más amplios pa-

rajes de ensueño, adquiere su plasticidad pagana en el Renacimiento Italiano, se introduce en la corte de León X, lo cubre de magnificencia y sigue en su viaje de progreso: se une a los nuevos criterios de libertad e independencia, causa fiebre de delirio a más de un pálido romántico, y así de triunfo en triunfo, elévase, como milagrosa, parábola de luz, hasta la bóveda infinita donde se resuelve en sinfónica musicalidad y en milagrosa danza de rosas eternas; y al verlo en esa cumbre ideal, ni vosotros que me oís con atención benévola, ni yo mismo que abuso de vuestra atención en escucharme, podemos creer que en su origen él fue rudo e inconsciente, y que su primer movimiento de vida fue presidido por leyes biológicas y no por las ideales razones del espíritu.

EN ELOGIO DE MARIA Y DE TODAS LAS MUJERES [56]

La festividad que nos congrega cabe este recinto de misericordia es la evocación de una máxima apoteosis. María es en ella un bello símbolo en que se encarna admirablemente la misión de la mujer. Ved en vuestra memoria la sombra de las mujeres fuertes del Evangelio, cuyo desfile a través de las páginas solemnes del Gran Libro tiene una atracción sugerente; recordad el grito de dolor de las grandes pasionarias de la tragedia, desde Esquilo el griego, hasta el francés Racine; suponed la dulzura que brotara a los labios de aquellas mujeres dulces que perduran en los grandes poemas, y encontraréis que sobre todos esos corazones fuertes el corazón de la nazarena late con ritmo más puro. Ella, bella como Elena, supo de la virtud de las vírgenes prudentes, fue de diligencia igual a la de la segadora de la Biblia, sintió dolor más grande que Antígona y amó mejor que Francesca y Eloísa, porque sobre su corazón pesó el dolor del mundo y su pecho es amor para la humanidad sin nombre. En el vértice sereno de la gloria ella preside la marcha ascendente de la mujer, cada vez más alta, a cada paso conquistando un sitio superior en la Historia, y os dije por eso que está fiesta de hoy es el rumor de una apoteosis, apoteosis, sí, de la virtud inmaculada de las vírgenes y del sagrado misterio de las madres, porque ella fue madre siendo virgen, y es bajo la clámide que señalan esos dos nombres que se desarrolla la vida de la mujer.

---

[56] Fragmento del discurso escrito para ser pronunciado en el Hospital San Juan de Dios en Mérida el 8-12-1918.

Pensad en las Vírgenes de las Rocas, poema creado por el genio d'annunziano bajo la inspiración recordatriz del brujo de Vinci y transportados en alas de un sueño al paraje donde viven las Madres de Goethe y comprenderéis que hay ahí un símbolo, que perdura en ambos artífices el propósito de recabar en los dominios misteriosos del Arte el sitio que en él corresponde a la mujer. Y si escucháis conmigo la palabra de Maurice Maeterlinck habréis oído aun otra verdad: "*Acerquémonos con respeto -dice el Maestro- a las más altivas y a las más humildes, a las que son distraídas y a las que piensan, a las que aun ríen y a las que lloran, porque todas saben cosas que nosotros no sabemos y tienen una lámpara que nosotros perdimos. Habita al pie mismo de lo inevitable y conocen mejor que nosotros los misteriosos caminos que le conducen. Y he aquí que tienen certezas sorprendentes y gravedades admirables y se ve bien que en sus menores actos se sienten sostenidas por las manos seguras y fuertes de los grandes dioses*".

Hay por ello una profunda significación en los actos todos que realiza la mujer y la esfera de su actividad parece ser animada por un movimiento lleno de superiores motivos: hay tanta virtud recóndita en ella que cuando el "imaginífico" poeta hace decir a Massimilla "mis manos pueden sostener un alma": en la corola de aquellos labios vírgenes temblaba la voz de todas las mujeres.

OTROS TEXTOS

CARTA AL SEÑOR MANUEL V. NUCETE

Mérida, junio 19 de 1920.

Sr. Br.
Manuel V. Nucete.
Presente

Estimado Bachiller y amigo:

En el número 74 de **Los Andes**, del 10 del presente, leí la carta abierta que se ha servido dirigirme con motivo de una de las notas de mi trabajo, últimamente publicado, Elogio del Dr. Eloy Paredes nota en la cual como Ud. lo hace ver, erré yo al hacer alusión de su Libro del Centenario.

De cómo cometiese tal yerro, no es necesaria explicación alguna, mi honorable bachiller, y sólo cúmpleme pedirle excusas por él. Mas queda a mi favor la palabra consagrada de Renán, que acaso haya leído Ud., cuando dice el autor de la Vida de Jesús sólo no yerran Dios y los imbéciles, y si Ud. ha leído uno de los discursos de José Enrique Rodó en el Parlamento uruguayo, elogiando la memoria de un patricio de aquel lugar, encontraría también que el glorioso maestro americano, imitando tal vez a Renán, nos dice, sólo no yerran los que nada hacen... Tengo yo la firme convicción de no ser ni Dios, ni imbécil, ni de la anónima montonera de los que nada hacen y justo es en cambio que sea digno de errar, dijo digno, porque en el

concepto de ambos Maestros, caer en error indica superioridad sobre quienes no son capaces de él.

Réstame decirle que sólo me apena haber dudado de su veracidad por lo que le pido excusas de nuevo, mas tal error lo veo en mi trabajo como un pequeño lunar únicamente y los lunares en veces sirven de adorno. No es la primera vez que he sufrido una equivocación y soile franco: aspiro a continuar equivocándome y a encontrar siempre personas que como Ud. me indiquen mis faltas. El errar no sonroja, lo que debe sonrojar es la incapacidad de errar. Me dirá tal vez Ud. que digo un dislate, pero aquí mismo, en mi mesa de estudio, tengo la obra última de Carbonell, **Del Caos al Hombre** y en su carátula estoy leyendo las palabras de Cicerón: "No hay absurdo que no haya sido apoyado por algún filósofo". En la vida se venera mayor número de errores que verdades, pues en la mayoría de los casos estos errores llenan vacíos dolorosos y torturantes. Estamos.

Crea en la sinceridad de mi estima y quedo de Ud., mi honorable bachiller, su atto. amigo.

ALBERTO CARNEVALI

Estreché por última vez la mano amiga de Alberto Carnevali una noche de 1951, a la salida de la quinta donde en El Rosal convalecía Luis Troconis Guerrero. Una recia amistad me unía a Troconis Guerrero desde antes de la muerte del general Gómez. Hombre de lealtad berroqueña, Troconis Guerrero, cuando su partido fue gobierno y él dirigía desde **El País** la opinión pública, me probó su consecuencia en mil formas. Luis Troconis habla sufrido un infarto, cuando se le perseguía por sus actividades políticas, y las autoridades permitiéronle permanencia en el hogar; mas, cuando en parte se hubo recuperado, fuele anunciado su próximo traslado a la penitenciaria de San Juan de los Morros. En estas condiciones, Troconis Guerrero me pidió que visitase en su nombre a Germán Suárez Flamerich, Presidente de la Junta de Gobierno, a fin de pedirle que no se cumpliese la orden de traslado, o que en todo caso, se la trocase con expulsión del territorio nacional.

Luis Troconis Guerrero sabía que desde 1950 no mantenía yo buenas relaciones con el régimen imperante, empero sabia de mi amistad personal con Suárez Flamerich. *"Tengo amigos políticos que también lo son de Suárez; mas, quiero dar a éste la lección de lo que significa amistad personal sobre la propia discordia política*". Acepté con gusto y honra el encargo, y Suárez Flamerich hizo que se revocase la orden de trasladar a Luis a San Juan de los Morros. Un año más tarde, Luis moría en San José de Costa Rica, cuando la angina le repitió, al saber los vejámenes que la policía infligió a su venerable madre. Cuando llegué a San José de Costa Rica, a compartir el des-

tierro con los hombres que luchaban en el exterior por el recobramiento la dignidad nacional, una de mis obligadas visitas en tierra donde al cruzar cada esquina topaba con un amigo, fue a la tumba de Luis Troconis Guerrero.

Con Alberto Carnevali mantuve contacto a través de personas amigas durante los meses de intensa política de 1952. Al regresar a la monta nutricia, he visitado en el cementerio de El Espejo, la tumba que guarda los despojos del ilustre político. Mi nuevo apretón de manos con el malogrado dirigente ha sido a través de flores odorantes y dura tierra.

De mi amistad con Carnevali mantengo el recuerdo gratísimo de nuestro encuentro en Mendoza Fría, el año 1943, cuando fui al Estado Trujillo a explicar el programa del Partido Democrático Venezolano. Un poco antes de llegar a la ciudad del padre Rosario y de Antonio Nicolás Briceño -el Diablo hecho santo y el santo hecho Diablo- el coche en que viajaba se detuvo ante señas que hacíamos desde otro coche que transitaba en dirección contraria. En él viajaba Alberto Carnevali. Cruzados los saludos, Carnevali, con ancha sonrisa cordial, me advirtió: "Vas a perder tu tiempo en Mendoza, puesto que anoche instalé a Acción Democrática y sólo te dejé los empleados públicos". Yo sonreí ante el aviso y me mantuve un buen rato platicando con Carnevali acerca de la situación política del Estado, tan liberalmente gobernado por Numa Quevedo. Tema principal de nuestro diálogo fue comparar el clima de la hora con la aventura antigua, cuando el agresivo personalismo y las ayunas de civismo obligaban a los jefes políticos a transitar las vías públicas entre un cerco de espalderos. Nosotros en cambio, metidos en nuestros opuestos papeles de dirigentes, conversábamos acerca de nuestras respectivas agrupaciones, acompañados solamente del arma conjugante de la palabra y ciertos de que la dialéctica democrática necesita de la robustez de los diferentes grupos políticos.

Aquel tono antiguo de inteligencia y de amistad -por todos recordado como timbre honroso de la política de Isaías Medina Angarita- ha vuelto a aparecer como una realidad fecunda, tras la noche espantosa de la dictadura perezjimenista. En el haber escuálido de la política anterior, precisa abonar, así sea por contraria causa, el mérito de haber reconciliado a los luchadores democráticos, ayer metidos en

disputas vanas. El dolor hizo oficio de yunque y de martillo para acerar los ánimos, a tiempo que, obrando como poderoso colirio, abrió los ojos de los hombres hacia el panorama de una Venezuela, cargada de angustia y de esperanza, que clama como remedio eficaz la honrada conjunción de las voluntades de sus hijos.

A mí especialmente me ha sido grato meditar junto a la tumba del grande luchador caído, acerca del valor de la unidad y de la tregua que dan tono a la nueva política nacional. Si los vivos se juntan para luchar enérgicamente por la realidad de la República, propicias son, también, las sombras de quienes ayer dieron ejemplo de inteligencia convivente. En su papel de muertos que siguen viviendo con presencia ductora, Isaías Medina Angarita, Alberto Carnevali, Andrés Eloy Blanco, Leonardo Ruiz Pineda, tienen mucho que hacer aún en Venezuela. La eficacia de esa presencia la prueba el pueblo humilde que deja sobre la tumba de Alberto Carnevali ex votos, flores y luces, como expresión de fe en su extraordinario espíritu de luchador.

Mérida, mayo de 1958

TIERRA

Mi breve estada en Mérida ha coincidido con los festejos tradicionales de San Isidro. Recámaras, morteros y alegres repiques de campanas anunciaron desde alta madrugada el suceso festivo. Después de la misa solemne en la iglesia del Llano, San Isidro fue sacado en procesión, que conjugaba a los campesinos, a los bueyes y a los frutos de la tierra. Adornadas de vistosos banderines, las yuntas del diario trabajo labriego, fueron traídas a la ciudad para recibir la bendición reparadora. Con ellas vinieron los frutos y raíces opulentas que servían de adorno a las andas sobre las cuales era transportada la imagen del humilde santo.

Mérida es ciudad con las ventanas abiertas hacia el campo labrantío. Pese a su dignidad de metrópoli de la cultura de Occidente, Mérida es ciudad agrícola, a la cual, sin embargo, falta el sentido de gravedad de su destino, la Universidad, por caso, si bien tiene una facultad de Ingeniería Forestal, carece de una escuela de Ingeniería Rural. Así su gran fuerza radica en el campo, no hay en la ciudad la debida preocupación por los problemas de la tierra.

La procesión de San Isidro fue para mí un verdadero centro de interés para examinar el estado real de la agricultura regional. Con ella se festejaba tanto al santo como al propio hombre que a diario espera el milagro de ángeles que bajen a ayudarle en la noble tarea de hacer producir la tierra generosa. Yo amplié en la imaginación el cuadro de los labriegos reunidos en la plaza del Llano, y miré en ellos la re presentación auténtica del labrador venezolano. Vi las caras alegre y resignadas de los hombres sufridos del campo; observé su

atuendo humilde; miré sus pies recios, algunos desprovistos de alpargatas; contemplé su andar acompasado y medio torpe. En estos hombres sanos sencillos, sufridos, pacientes vi la representación del pueblo rural de Venezuela, si ayer menospreciado y preterido por una organización semifeudal, donde el engreído dueño de hacienda tuvo el apoyo irrestricto del gobernante interesado en la sumisión de la peonada, hoy todavía carente de estímulo, en razón del trueque de nuestra vieja economía agrícola en boyante economía minera. Lo que el campo puede producir, el hombre enriquecido por la mina lo importa de mercados extranjeros, hasta crear la paradoja estúpida de que las pulperías que antaño colmó el trabajo rústico, están llenas de enlatados y de frascos con productos que acá languidecen por falta de racional consumo. Al descuido general con que se mira nuestra producción nacional, se añade la situación degradada de un hombre rural desprovisto de instrumentos que lo levanten y hagan más digna su vida. Mientras se han hecho rascacielos y se han gastado millones en obras suntuarias, la nación no ha atacado el problema espantoso de la habitación rural.

Antier nomás el Presidente Eisenhower amenazó nuestra soberanía con un desembarco de marinos, destinados a proteger la persona del Vicepresidente Nixon. Imprudente amenaza que censuraron aun senadores y diputados del propio Congreso norteamericano. Terrible impresión ha debido ocasionar en el ánimo de los patriotas venezolanos la amenaza de la marinería estadounidense. Ver la patria invadida por fuerzas extrañas es terrible espectáculo; en cambio, hace más de siete años denuncié cómo Venezuela toda está invadida por la marinería yanqui. Los alegres marineritos de esta singular invasión están metidos en todas partes. Mientras alrededor de la plaza del Llano desfilaban San Isidro y sus bueyes, yo miraba en los armarios de los establecimientos comerciales los productos importados que hacen nulo el esfuerzo creador del hombre que trabaja la tierra. Frascos y enlatados son los marineritos pacíficos de la ocupación extranjera. Nuestra despensa, lejos de ser gobernada por nosotros mismos, es gobernada por los comerciantes internacionales.

Sin ligámenes directos con el campo productor, sin relación, tampoco, con la incipiente industria nacional, ayer tomé "la voz antigua de la tierra", para denunciar con palabras dolientes la tragedia de nuestra abandonada agricultura. Personalmente no me interesa la

hacienda de nadie ni la industria de los otros. Me interesa, en general, mi tierra, tierra venezolana y mi industria nacional como estribos firmes de riqueza colectiva y de independencia nacional.

Enanos morales, agigantados en el empeño de arruinar al país, me hicieron objeto de acerbas burlas, en razón del terco empeño por mí puesto para elevar el tono de la angustia ante la ruina de lo nuestro.

Esa vieja voz de la Venezuela llamada a perdurar contra todo viento y contra marea, siempre ha estado viva en mi garganta y ha tenido siempre en mi pluma tinta abundante para refrescar su sequedad. Esa vieja voz venezolana ha cobrado ahora fuerza nueva al ponerme frente a frente con el dolor de la tierra interiorana.

Pobre nuestra agricultura, nada le sirve de mejor documento como el San Isidro encimado sobre los humildes cambures y las piñas generosas, que fuéronle ofrecidos de pedestal para su fiesta. Cambures y piñas que no necesitan cuido para la opulencia de sus mieles. Piñas y cambures que representan la resistencia de un suelo al cual no han podido destruir la indiferencia y la ingratitud de nuestros propios hombres.

Independencia, libertad y autonomía son voces que gorgoritan en la garganta de nuestros políticos, sean ellos jóvenes o viejos. Mas esa autonomías esa libertad y esa independencia sólo serán realidad tangible cuando nuestra tierra readquiera su dignidad productora. Tierra y hombres del campo necesitan protección inmediata. Urge libertad para la tierra y para el hombre que la trabaja. ¡Cómo duele contemplar las vastas laderas erodadas, las dilatadas mesas resecas, los bosques talados por el hacha inclemente o por el fuego devastador! ¡Cómo duele ver a los hombres sin tierras, doblados como esclavos sobre tierras ajenas! ¡Cómo duele ver preteridos los frutos de nuestro suelo, en razón de convenios comerciales que permiten la competencia desleal de otros mercados, para nosotros fáciles a causa del dinero festivo y mal empleado de las minas! ¡Cómo duele saber que para la tierra no hay crédito barato y abundoso, ni facilidad de caminos que aligeren el tránsito de los productos y acerquen los beneficios de las máquinas!..

Sin embargo, contra mar y marea precisa luchar abiertamente en orden a salvar la tierra donde sosiegue el marinero su viaje tormentoso. Al grito de ¡Tierra!, ha de responder la abundante verdura y no el desierto inhóspito. Sobre la tierra, enriquecida por el trabajo de los hombres, tendrá su altar seguro la libertad de la República. Sin apoyo nuestra vieja tierra, libre y fecunda, el progreso es una entelequia convertible en sombras funerarias...

Mérida, 15 mayo de 1958

LA FALSA TRAICION DE JUDAS
(Capítulo de Ensayos Críticos)

A través de las páginas misteriosas, taciturnas y solemnes del Testamento Nuevo, la sombra incierta de Isch Keriot[57] pasa como un símbolo humano y doloroso, como una realidad irremediable y dolorosa. En la asamblea revolucionaria de Jesús él representa una objetividad: el positivismo moral, político y económico y bajo la clámide de esta su vocación social debemos juzgarlo en la Historia.

Veinte siglos de una crítica llena de pasión religiosa han hecho aparecer al hombre de Keriot como la personificación de los instintos avarientos y traidores, perteneciendo apenas a los maestros modernos de cristología el mérito de haber buscado serenamente autos en favor del apóstol rebelde, para justificar su actitud en medio de la razón de la humana sinrazón.

El examen retrospectivo de la crítica ha hallado en Jesús un conjunto de cualidades que le daban un dominio poderoso de sugestión; en Judas acaso encontraría el residuo de una debilidad humana, orgánica o ancestral, plena de temor, abundante en Judea. El hombre que a pesar de hallarse armado de todos sus instintos defensivos, de sus instintos naturales de maldad, desconfianza y astucia -porque hay que convenir que el bien como virtud es el resultado de una metodología educativa que anuncia un relajamiento animal- el hombre que en tales condiciones decimos, lleno de duda, se deja sorprender por la

---

[57] Nombre propio de Judas Iscariote en su lengua nacional. Binet-Sanglé. La Folie de Jesu. 1915. Tomo IV, pág. IV.

fuerza de una potencia psíquica que como la de Jesús le dice: "¿No he escogido yo a vosotros doce y uno de vosotros es diablo"?[58], debe por fuerza natural corresponder francamente a la voz que lo alerta y le ordena una acción.

Judea esperaba su Mesías, no como dios-hombre sino como redentor del culto y de la patria oprimidos, de suerte que la primera impresión causada por Jesús al pueblo fue la de "no redimirlo" con su evangelio, en cambio en la asamblea cristiana se resumían todas las aspiraciones judías, todas las aspiraciones de un pueblo socialmente bajo, y en el cual, por una herencia secular, disciplinas virtuales habían reemplazado los instintos orgánicos del animal hombre, creando las más ambiguas aspiraciones sociales, constitución de donde se deriva el postulado combatido por Chesterton de "que el cristianismo pudiera decirse que es una religión adecuada para cierta clase de hombres nacidos en Palestina"[59]. Pueblo débil, enfermo de religiosidad, de creencia, de esclavitud, vivía en su remota conciencia un odio inconsciente a todo 10 que representase un verdadero valor social, Roma, por ejemplo[60], a todo lo que encerrase una superioridad moral -el estoicismo acaso-. La lucha se emprende y Jesús y los cristianos, sin que el mismo pueblo lo acatase, tendía a esa destrucción de valores, a la nivelación moral y política de Roma y Judea[61]. La asamblea nazarena era un centro político donde estaban representados todos los valores negativos de la raza. Judas fue, magüer un residuo de superstición, la representación de un valor extraño: el positivismo económico, social y religioso, como dijimos antes. Acaso si conociéramos con precisión su verdadero carácter psicológico, comprenderíamos de una manera diáfana la recóndita lucha establecida en su conciencia. Judas temía a Cristo, dominado como estaba por la influencia poderosa del Mesías, mas no creyó en él, y el mismo Jesús lo sabía a ciencia cierta; aún más, nos atrevemos a creer que el hombre de Keriot sintiera odio por el de Nazaret y que fue ese odio quien lo llevara a ponerlo en manos de la justicia del Imperio[62].

---

[58] *Juan*. 6. 70.

[59] C. K. Chesterton. **Ortodoxia**. p. 172. Editorial Calleja, 1918. Madrid.

[60] F. Nietzsche. **La Genealogía de la Moral**. p. 115.

[61] **Ibidem**.

[62] La Biblioteca Schleicher Fréres, de París, publicó en 1911, bajo el rubro de **Ma Vie**, la autobiografía de Jesús de Nazaret, interpretada por M. Deahumbert. A la página 25

Judas fue un enfermo, la heterogeneidad de sus actos así lo acusa con claridad. ¿Cuál fue desde un principio su norma de conducta? Difícil es el fijarla. El, como todos los judíos, buscaba la liberación nacional, enfermedad que en el sentido de psiquiatras como Ingenieros, alcanzó caracteres endémicos cuya forma más exagerada fue el "mesianismo", y Rosadi comprueba históricamente que antes de la aparición de Jesús, ya muchos habíanse anunciado Mesías[63]. El profetismo, cuya morfología nos deja ver las tendencias políticas del mal, es el principio de la cadena de ilusionados que se suceden en Judea. Judas, inficionado como sus compatriotas por la extraña enfermedad, quiso unir sus esfuerzos a los propósitos del Nazareno, mas creyó, guiado por su intransigente sentido positivista, que no era la prédica cristiana la manera de redimir al pueblo judaico: el parabolismo de Jesús, su sublime idealización de las cosas, colocados como términos en la horrible ecuación por resolver, demostraban muy a las claras el desequilibrio con la soñada finalidad de los intereses judíos. Ellos imaginaban la lucha externa, destruir el valor social; la doctrina de Jesús no conducía a ese fin [Más tarde se vio que de la destrucción del valor moral se pasó a destruir el ente político].

La asamblea cristiana, como dijimos, estaba integrada por valores negativos. Jesús lo dijo: "*Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo*"[64]. ¿Acaso en esta negación de sí mismo no está la fórmula del ideal cristiano? ¿La negación del "*hombre*" no es

---

Jesús habla de sus discípulos, se refiere primero a Pedro y a Juan y en cuanto a Judas dice: "*...es el solo de mis discípulos verdaderamente inteligente y práctico. ¿Creerá o no Judas? No sé nada. El critica a menudo mis palabras y confieso que cuando predico su presencia me embarga, porque sé que después del sermón él me presentará una muchedumbre de objeciones. Nada de particular habría en esto cuando estamos solos, mas cuando estas críticas son entendidas por mis otros discípulos, yo siento que mi influencia sobre ellos disminuye momentáneamente. Judas no tiene la fe ciega que yo tanto aprecio y que es tan cómoda para los que predican*".
"*Para Judas lo que no sea práctico y lógico no vale nunca nada. A pesar de todo esto, yo le retengo cerca de mí y hablo a menudo con él. Experimento un verdadero placer en entretenerme con un hombre inteligente y de una cierta educación, tanto más cuanto que los que me rodean son de una ignorancia extraordinaria, por lo que con ellos no es posible conversación alguna. Mis otros discípulos son cualquier cosa*". Y a la página 48 dice de nuevo: "*De todos mis discípulos Judas es el único que me da buenos consejos. Los otros admiran y aprueban todo lo que digo y hago, mientras que él examina y juzga*".

[63] G. Rosadi, **El Proceso de Jesús**, p. 80.

[64] *Lucas*. 9. 23.

la base para la entronización metodológica de las más raras virtudes, esas que constituyen las más ambiguas aspiraciones de la época?[65].

Judas no "*se negó*", en medio de su morbosismo, él buscaba la afirmación de la vida y tenía en muy alto las virtudes humanas y fue acaso eso lo que hiciere su norma de conducta. La duda y el odio que se manifiestan en el Iscariote, son los resultados de esa su tendencia anticristiana de "*afirmarse*", mas su modo de manifestarse está a la vez viciado por oscilaciones continuas, hijas del mal irremediable que lo minara. Repetimos, en la asamblea cristiana Judas era algo extraño, con sus compañeros no tenía ningún punto de contacto y esta circunstancia permite creerlo honrado cuando ofrece entregar al Maestro.

La "*traición*" de Judas condenada por veinte siglos de crítica, tiene en esto profunda semejanza con la honrada "*apostasía*" de Juliano, no censurable desde el punto de vista de la serena filosofía crítica. Varios exégetas, entre ellos Renán[66], han querido explicar el "*crimen*" del Iscariote basándose en sus instintos avarientos -instintos comunes en el pueblo judío-[67] y han dado a este suceso un carácter enteramente lucrativo, que viene a hacerlo aún más odioso y censurable a primera vista. El argumento en que se basasen para ello, la oblación de nardo hecha a Jesús por una mujer de Bethania[68], no prueba nada a favor de dicha tesis. Desechado el decir de Juan, no conforme con el de los otros evangelistas e hijo de su enemistad con Judas[69], encontramos que Mateo dice: "*Entonces uno de los doce que se llamaba Judas Iscariote fue a los príncipes de los sacerdotes y les dijo: ¿Qué me queréis dar y os lo entregaré?*", pero anteriormente ha dicho, probando no ser Judas el único ENOJADO por el desperdicio de dinero hecho en la ofrenda de ungüento; "*Lo cual viendo sus discípulos se enojaron diciendo: ¿Por qué se pierde esto?*", lo que a su vez está robustecido por el dicho de Marcos, quien escribe: "*Y hubo algunos que se enojaron dentro de sí y dijeron:*

---

[65] Gabriel D' Annunzio. **El Triunfo de la Muerte**. Editorial Maucci. Barcelona. Tomo II. p. 120.

[66] Ernesto Renán. **Vida de Jesús**. Editorial Maucci. 1903. pág. 222.

[67] Voltaire. **Diccionario Enciclopédico**. Sampere Editores. Valencia. Tomo V, p. 84.

[68] *Mateo* 26. 7, 8, 9, 10, 11, 14. *Marcos* 14. 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11. *Juan* 12. 3, 4, 5, 6.

[69] Renán. **ob. cit.** pág. 223.

¿Por qué se ha hecho este desperdicio de ungüento?" Y el mismo Marcos agrega: "*Entonces Judas Iscariote, uno de los doce, fue a los príncipes de los sacerdotes para entregárselo y ellos oyéndolo se holgaron y prometieron que LE DARIAN dineros*". Existe flagrante contradicción entre los textos de Marcos y Mateo con relación al dinero que recibiera Judas, mas aunque la Iglesia da preferencia al segundo, existen motivos poderosos para aceptar en su lugar la fe del primero. Dice el Padre Didon[70]: "*El idioma original en el cual fue compuesto* [el evangelio de Mateo] *era apenas comprendido fuera de la Palestina y sin embargo la mesianidad de Jesús interesó no sólo a los judíos de Jerusalén, de Judea, de la Idumea y de la Galilea, sino a todos los de la dispersión. Como estos últimos hablaban el griego, fue necesario interpretarles el evangelio sirio caldeo* [de San Mateo]. *Una traducción griega de autor DESCONOCIDO*[71] *apareció después del original arameo... que eclipsó bien pronto el texto primitivo, el cual desapareció en la destrucción de Jerusalén*"[72]. En cambio de lo sospechoso que aparece el texto de Mateo, el de San Marcos nos parece digno de mejor fe. Escrito en Roma nueve años después de la muerte de Jesús, a presencia del original arameo de San Mateo, por el intérprete, o Secretario de San Pedro, según Papías y San Gerónimo[73], y aprobado por el apóstol director, ya en su original griego, este evangelio se hace merecedor de un puesto superior al de Mateo, del cual veremos otra contradicción con Los Actos. Dicho esto, fuerza es que nos atengamos a la letra de San Marcos, quien dice se le ofreció a Judas "dar" o gratificar y no "pagar", es decir "traspasar GRACIOSAMENTE algo" y no "satisfacer lo que se debe", como han querido probar los exégetas, empeñados en hacer aparecer al Iscariote como "el vendedor" de Jesús, como el simple realizador de un acto de comercio o de industria.

La circunstancia de que después de la unción haya hablado Judas con los príncipes de los sacerdotes, no indica que fue tal unción el móvil que guió al rebelde a consumar dicho acto, pues de haber sido ello suficiente para cambiar una adhesión existente con ante-

---

[70] R. P. Didón. **Jesu Crist**. París. 1891. Tomo I. pág. XII.

[71] San Jerónimo. **Autores Ilustres**. 3. Citado por Didón.

[72] Es inexplicable cómo la Iglesia, como lo asevera el Padre Didón, ha llegado a dar tal valor a una traducción de autor desconocido, inconfrontable con su original.

[73] Didón. **ob. cit**. p. XV.

rioridad bien hubiéranlo podido vender cualquiera de los otros apóstoles, ya que fueron todos los enojados. A Judas sólo lo movió en su traición externa, pero franqueza y consecuencia con su fuero interior, su naturaleza anticristiana, pues él no vio en el Nazareno, como dijimos, al Mesías esperado por los judíos, al de la liberación social del pueblo hebraico. Más que compañero de Jesús, él era judío y como tal creyó que la doctrina del Nazareno iba en perjuicio de los intereses nacionales, pues él encontraba ilógica la enseñanza del Mesías y sus prácticas contrarias a la razón. En su espíritu se entabló una lucha horrenda: traicionar a su patria y a sus propias convicciones, continuando en dar su apoyo a la propagación del cristianismo o poner en manos de la justicia social a un hombre en que no creía y que para él era un perjudicial a los intereses nacionales. La solución era de esperarse a favor de la Patria y de sí mismo. Entregar a Jesús, decirle a los príncipes que lo prendieran, y ofrecerse a decirles donde lo encontraría seguro, parecióle justo, acaso lo más justo en favor de su pueblo. Al hacerlo fue honrado, fue un hombre que obedecía dócilmente a sus convicciones. ¿Se le ofreció gratificar? Bien recibir una dádiva no es deshonroso, obrar bien y que por ello se sea galardonado, no lo ha censurado ninguna moral ni ninguna ley humana.

Queda algo por resolver: ¿Cómo Judas no creyendo en Cristo llegó a ahorcarse?

* * *

"*Este pues* [Judas] *adquirió un campo con el salario de su iniquidad y colgándose reventó por medio y todas sus entrañas se derramaron. Y esto fue notorio a todos los habitantes de Jerusalén, de tal manera que aquel campo sea llamado en su propia lengua Aceldama, esto es campo de sangre*"[74]. Difiere San Mateo de Los Actos en que él dice haber devuelto Judas el dinero y ser los príncipes de los sacerdotes quienes compraran el campo del Ollero con las treinta monedas, para sepultura de los extranjeros y ser por ello llamado HASTA EL DIA DE HOY campo de sangre[75]. Mucho antes del año 170 de nuestra era, de cuando data el fragmento de Muratori, prove-

---

[74] *Actos*. 1. 18,19.

[75] *Mateo*. 27. 3, 4, 5, 6, 7, 8.

niente de la Iglesia Romana o de la Norteafricana, tanto los Actos como los evangelios de Mateo, Lucas, Marcos y Juan eran aceptados como canónicos[76], de Mateo, la versión griega del autor desconocido que como dijimos nos hace dudar mucho de su veracidad y la cual dice refiriéndose a la muerte de Judas: HASTA EL DIA DE HOY, lo que nos mueve a creer que pasados muchos años del suceso, acaso el traductor hiciera por su cuenta esta advertencia, que aún nos obliga a apartarnos de tal texto para convenir en el dicho de Los Actos, de que Judas fue quien compró el campo.

Judas se ahorcó, en este punto tenemos que convenir en lo que nos dicen los textos santos y ahondar en sus causas, y conforme con nuestra pregunta anterior repetimos con el lector: ¿cómo Judas no creyendo en Cristo llegó a ahorcarse? A simple vista parece paradojal esta pregunta, mas no hay tal. La sucesión de hechos que mueven a Judas a guiar a los que debían de prender a Jesús, corresponden a voliciones de un orden interior; voliciones de carácter esencialmente mental; los sucesos que llevan al Iscariote al suicidio son de un orden a todas luces externo. Judas se creyó hasta lo último honrado y concurrió al juicio de Jesús. No se escondió pues que su conciencia no le anunciaba haber realizado ningún delito, mas cuando vio que los partidarios de Jesús lo señalaron como a su vendedor, su espíritu se vio humillado, su honor lo vio caer por el suelo. El pueblo, aún más los amigos del Cristo, eran incapaces de comprender lo que en él había sucedido para ello: la rehabilitación era imposible, su debilidad ancestral u orgánica lo dominó y en un acto de desesperación se quitó la vida, sin arrepentirse por orgullo, por su vanidad de hombre.

El manuscrito **Ma Vie** de Jesús de Nazaret, lo concluye uno de sus discípulos secretos, el mismo en cuya casa fue la última cena[77] y el cual se cree sea el mismo José de Arimatea. El hace justicia a Ju-

---

[76] El fragmento del canon hallado por Muratori en la Biblioteca Ambrosiana de Milán, en 1740, cita como libros sagrados el evangelio de Lucas, (**Tercio Evangelii librum secundum Lucam**), el de Juan (**Quarti Evangeliorum Johannes ex dissipuliis**) y los Actos (**Acta autem omnium Apostolorum sub uno libro scripta sunt**). Este canon, escrito acaso por Cayo durante el pontificado de Pío I, de 142 a 157, debió haberse referido en primer lugar a los textos de Marcos y Mateo, en la parte perdida, como refiérese después a las Epístolas.- Ch. M. Bacuez y F. Vigouroux. **Curso de Sagrada Escritura**. Valencia. 1905.- Tomo I, pp. 95, 96 y 97.

[77] M. Deahumbert. **ob. cit.** p. 74.

das, creyéndolo incapaz de "*vender*" a Jesús. Verdad. La pasión, el odio de los apóstoles al más inteligente, al más consciente, al más instruido de ellos los condujo a crear esa farsa simple y triste. Isch Keriot fue un hombre honrado y ello lo condujo a la horca. Y más que su orgullo resentido y su honor estropeado por el falso dicho sectario, Judas comprendió en esa manifestación de sus compañeros la imposibilidad de guiar la turba mesiánica, a lo que él lógicamente debió pretender, esperando sí, que sus once copartidarios, ignorasen por de pronto las circunstancias que lo llevaron a entregar al maestro en que no creyó. Judas era un enfermo de mesianismo, como todos los judíos y él como hemos visto, consideró ilógica la doctrina nazarena, sobre cuyos restos quiso o pretendió levantar la suya, más práctica y humana, y aparentemente de positiva eficacia. Comprueba esto el dicho del desconocido del manuscrito, acaso José de Arimatea como dijimos[78], quien escribe, refiriéndose a la muerte de Judas: "*aquel que sin duda hubiera podido dirigir mejor el pequeño rebaño, privado de su pastor, porque él era el más inteligente, el más instruido, el más práctico de todos sus discípulos*". Judas pretendió hacerse el Mesías y fue honrado en ello. La fatalidad acompañó al hombre de Keriot y le fue contraria a sus propósitos, si no quién sabe que sería del mundo hoy. Más que un discípulo, Judas era judío, repetimos, y un rival del Cristo. Hagámosle justicia.

Mérida (Venezuela) 1919.

---

[78] Ibidem.

LOS JUDIOS DE LA PUNTA

Claro que hube de extrañar los curiosos movimientos de formación militar que practicaban policías, paisanos y muchachos alrededor de la alegre placita de Santiago de la Punta, sobre todo cuando advertí que, en lugar de fusiles, usaban como armas rústicos palos. Hice detener el automóvil y pregunté al primer espectador acerca de la naturaleza de aquellos ejercicios; La suerte quiso ponerme frente al personaje central del caso. Yo había dado en interrogar a Natividad Rivas, el pacífico pesero del pueblo, así se mantenga en permanente contacto con la sangrienta carne de las reses ofrecidas como alimento al pueblo Natividad es el jefe de los "*judíos*" y de la "'*cívica*" de La Punta (Esta "*cívica*" nada tiene que hacer con elecciones) "-Venga el Jueves Santo, y usted verá lo demás", me dijo, después de haberme explicado que estaban entrenando la gente que tomaría parte en las funciones religiosas de la Semana Mayor.

Santiago de la Punta o, simplemente, La Punta, es pueblo rural situado en el declive occidental de la deliciosa mesa de Mérida, que dista por automóvil sólo diez o quince minutos de la universitaria y archiepiscopal metrópoli andina. Cuando el proceso de la fundación de Mérida parece que aquí se detuvo la ciudad de Rodríguez Suárez antes de asentar en su actual y placentera área. Rodean a La Punta ricas y tupidas haciendas de café y de caña, que han servido de afinco a la vieja oligarquía rural merideña, y, también, pequeños fundos, cuyos propietarios son los mismos labriegos. Hacia el Sur, desde el borde cataclismicamente cortado de la mesa, se mira en lo bajo el curso del lejano río Chama, que corre hacia las vegas bajas del Po-

niente, sin que se oiga el tremendo parloteo de las aguas, que Miguel Febres Cordero elevó a símbolo de la resistencia lugareña; por el Norte, bordea a La Punta el sonoroso Albarregas, más cercano a los niveles de la desfalleciente mesa. Primoroso burgo, donde los merideños de antes, y aún del presente, han buscado salutífero calor para sus reumas y romadizos, La Punta es intermedio entre la apacible vida de la hacienda y la agitada vida de la ciudad. Aunque esté casi pegada a la capital, es pueblo que retiene la valorización rústica de las lejanas aldeas. Para los ciudadanos, es boca del campo; para los campesinos, zaguán de la ciudad. En ella duermen valores primitivos, costumbres antiguas, hábitos placenteros, que llevan la memoria hacia un pasado lleno de color y sugerencia. Con las lindas quintas que la rodean, dura la casona antigua, olorosa a molienda y a café fermentado, donde se ve q la huella del dueño antiguo en las viejas sillas de suela, que ostentan las respetables iniciales del señor que la fundó o que prosiguió la recia labor de los mayores.

Yo conocía desde mis años de estudiante los "*locos*" de La Punta. Antiguamente en la época del negro Caparú, se les llamaba los "negros de la danza". Natividad Rivas, que es también su jefe me dice que su nombre actual es de "moros de la danza" (No gusta a estos danzarines modernos que se les diga negros). Hasta un fundo agrícola tiene esta curiosa Cofradía, que saca sus disfraces para celebrar el 2 de febrero la fiesta de Nuestra Señora de la Candelaria. Los "*locos*" corresponden a una costumbre medieval trasplantada a nuestra América, como supervivencia degenerativa de la "*Festum Fatuorum*" (Fiesta de los Locos), que en la alta Edad Media formó parte de la liturgia profana, adherida como residuo de las fiestas gentiles, a los ritos de la Navidad y de la Epifanía. En aquélla el subdiácono, para indicar la alegría por la venida de Cristo, se cubría con la luciente mitra del Obispo, y en ciertos lugares se llegaba a elegir un "*Papam Fatuorum*" (Papa de los Locos), reclutado entre los ministriles y los taberneros, para significar con ello que Cristo había venido a exaltar a los simples y a los desheredados. En Venezuela los "*locos*" tienen salida desde la época de Aguinaldos hasta la fiesta de la Purificación (Y que no me desautoricen Rafael Vegas y Ramos Calles, diciéndome que entre nosotros todo el año es de locos, pues yo apenas me refiero a los de tales). La Punta es el sitio del país donde la fiesta de "*locos*" acaso tenga mayor esplendor. La cofradía de los "*locos*" imprime carácter. El funeral de uno de sus miembros reviste una so-

lemnidad singular y pintoresca. Se le amortaja de "loco" y en el entierro son bailadas las danzas festivas como si se tratara de la mera fiesta de la Candelaria. (Cuéntase que un "*loco*" se apareció como espanto para comunicar a los deudos que estaba penando en el Purgatorio por haber sido enterrado sin que se hubiesen cumplidos los ritos de costumbre).

De los "*locos*" y de los "*judíos*" es a un mismo tiempo jefe y centro Natividad Rivas, hombre mayor de cincuenta años, alegre, trabajador y autoritario. Los "*locos*" tienen más solera y mayor ámbito. Los "judíos" apenas están organizados desde hace cosa de treinta o cuarenta años, cuando el Cura Porras dio algunas normas a la costumbre antigua. Tan arraigada en el ánimo popular está la farsa de los "*judíos*", que cuando algún Párroco ha intentado echarla de la Iglesia, quien ha tenido que abandonar a La Parroquia, ha sido el Cura (La Parroquia es nombre con que también se distingue el pueblecito de Santiago).

Durante la Misa de Jueves Santo los "*judíos*", encabezando a los "*cívicos*", montan guardia en dos alas, en la nave principal del templo. Los primeros visten trajes polícromos de soldados romanos y los "*cívicos*" liquiliqui blanco trenzado y abotonado de rojo, y tocados de cristina o pañuelos, también los "judíos" portan lanzas, los "cívicos" fusiles de madera. Por todos conté cuarenta participantes. A la cabeza de ambos, preside Natividad Rivas, con traje y casco de centurión, coloreado el rostro y empuñando vistosa bandera roja. A la hora de la procesión del Santísimo Sacramento hacen todos un gracioso movimiento a paso de contradanza, con que simulan ir a la prisión del Señor. Concluida la reserva, van con el sacerdote a la Sacristía y de allí lo acompañan en calidad de "*preso*" hasta su casa. El sacerdote de sobrepelliz y con la llave del Monumento sobre el pecho, sale entre la guardia con verdadera cara de víctima (La ceremonia sirve para evitar conflictos entre el cura y determinadas autoridades que pretenden, por serlo, el honor de la Llave, así sean concubinos o ladrones). Conducido el sacerdote a su prisión, los "*judíos*" se recogen a su casa y los "*cívicos*" se acuartelan en el Cuartel de Policía, de donde salen los relevos que cada hora sustituyen la guardia plantada en las dos puertas del templo y en la capilla del Monumento.

Valdría la pena un relato amplio y comentado de la participación de esta farsa en el orden de las ceremonias de la Semana Mayor. Apenas apuntaré para ganar espacio, las que hubieron de llamar más mi atención.

El Viernes Santo no participan ni "*cívicos*" ni "*judíos*" en la adoración de la Cruz, y concluida la Misa de Presantificados corren todos precipitadamente al altar del vacío Monumento, donde, después de extender una gran sábana, simulan que juegan a los dados, hasta que el Centurión, haciendo de Judas, llega con la bolsa en la mano y les dice: "*No quiero retener las monedas del precio de la sangre del Justo*". A una voz responden los otros: "*Pues nosotros sí las queremos*", y siguen corriendo los dados. En la noche del mismo Viernes se realiza el Oficio de Tinieblas. Las velas del tenebrario las va apagando, en medio de saltos y contorsiones una figura de Demonio, y cuando concluidos los *Laudes* con la antífona *Traditor*, se hace la obscuridad y se escuchan el ruido y los estrépitos, el Diablo abandona de carrera el templo. Al día siguiente, cuando entonan el canto de Gloria, los judíos se tiran al suelo y desamparan el templo, mientras los "*cívicos*" los persiguen con sus fingidos fusiles. En la calle hay profusión de recámaras y cohetes y de inmediato se quema a Judas, como en el común de los pueblos de Venezuela.

Pareciera al bulto que con esta dramática participación del pueblo en las ceremonias religiosas se realizase una profanación de los sagrados Misterios. Un examen detenido del caso lleva a la conclusión contraria. Quienes participan en ambas guardias lo hacen con la convicción de que cumplen un acto de religión y de fe. ¡Hay que ver cómo velan al Sepulcro y con qué respeto acompañan el Santo Entierro! No se trata de una fiesta pagana. Por lo contrario, se adivina en todo el proceso representativo, la convicción de que los personajes están en verdadero trance de homenaje a Cristo, dando mayor alcance interpretativo al drama del Calvario. De otra parte, esta costumbre mantiene la realidad de una sencilla conciencia religiosa popular, que si no alcanza las dimensiones artísticas de la Pasión de Oberammergau, da una encantadora tipicidad al modesto y alegre pueblo de La Punta.

Quizá un estímulo oportuno y eficaz de parte de las autoridades culturales de Mérida para los mantenedores de esta amable y pinto-

resca tradición, podría dar mayor esplendor a la curiosa representación, con posibilidad de que mañana se hiciese de la Semana Santa de Santiago de La Punta un motivo de atracción que llevase a Mérida visitantes deseosos de conocer estas expresiones de nuestro rico folklore.

YO

Cuando el culto Director de **Alquimia** me exigió escribiera algunos rasgos biográficos míos no supe qué decirle, pues inmediatamente pensé que se trataba de una simple broma suya, insistiendo tan culto señor en su propósito de verme autobiografiado, por complacerlo, héteme aquí perplejo ante unas inocentes y vírgenes cuartillas pensando qué decir al público de mí y a fuerza de pensar no pienso nada, qué cosa simple paréceme copiar mi acta de nacimiento, mi inscripción en un Colegio, anotar mis faltas, catalogar los cargos que he servido, enumerar mis futuros y nonatos libros, pues poca cosa ganaría con ello el público y ninguna Landaeta Rosales y don Tulio.

Hasta la fecha me ha tocado desempeñar papeles secundarios, de comedia, en el tinglado de la vida y no tiene ninguna lógica la frase creadora de mundos con que se me distingue en compañía de un culto galeno mi amigo, frase que no llegará nunca a desviarme hacia la megalomanía. Espero sí, que llegado sea su turno a lo trágico para ocuparme con detención de mí mismo, pues he revisado los dos tomos de "Mis Memorias" y lo que he hecho hasta el presente pudiéralo el ventero de la esquina, lo que me demuestra a la inversa que pudiera perfectamente estar yo a la vez vendiendo tras un mostrador cosas prosaicas de vida. Y en resumiendo cuentas con el público, con el Director de **Alquimia** y conmigo mismo, puedo decir que muy conforme como me hallo con el sentido de dos adjetivos con que quise calificar la vida: "*árida y estúpida*", me parece estúpida y árida esta labor de querer causar a un benévolo lector diciéndole cosas que él sabe, ha-

ciéndole ver simplezas, puras simplezas, con las cuales uno se propone vestir esta ilógica vida humana, igual en suma a la del alacrán o de la piedra. Vivir, porque sí o porque no; porque estamos vivos o porque no nos hemos muerto. Por ello en breves frases resumiré mi vida: nací y todavía vivo, lo que es lo mismo imitando a Don Quijote: *aún hay sol en las bardas...*

EL HOSPITAL DE NIÑOS

Cada día van adelantando un tanto más los trabajos de construcción del edificio para este Instituto que tanta falta hace a Mérida. Lo que en un principio fue considerado por espíritus sistemáticamente pesimistas, como un lirismo imposible en el Dr. Carbonell, ya hoy empieza a realizarse perdurablemente en la piedra monumental que mañana cobijará el desamparo de niños sin cuento que hoy sufren dolor de miseria; de esos niños que a diario vemos implorándonos misericordia que alivie sus males. No ha sido ideal concepción condenada al fracaso esta obra emprendida con tanto tesón y aliento por el joven y sabio Rector de nuestra Universidad, quien lleno de energías y entusiasmos apostólicos, procura siempre emprender labores útiles a la comunidad en que actúa.

Nada más bello que esta gran obra franciscana, nada más humano que este ejercicio de la caridad y de la misericordia, nada más útil que esta construcción para Mérida. Hasta ella, a sumarse al óbolo generoso recabado en recolectas públicas y donado por altos magistrados, ha ido llegando la caridad de caballeros y señoras, pudiéndose dar cuenta hoy de la generosa contribución de 500 ladrillos hecha por el toledano Mercedario de nuestra Catedral, Dr. Colmenares. Pero aún falta más: personas que mucho pueden hay en Mérida que aún permanecen indiferentes a la voz de Cristo que les habla por boca de tantos miserables niños enfermos, personas indiferentes que miran el dolor ajeno con impasibilidad de piedra, personas que llenan de oro sus arcas para apenas gozarse en la visión de las monedas, egoístas e inútiles, y que ven esta obra con desprecio, acaso. ¡Abrid vuestras manos alargándolas hacia esa misión ¡oh indiferentes! no esperéis

que la misericordias Y la caridad broten de vuestro corazón después que la justicia eterna toque con dolores a la puerta de vuestros hogares; no esperéis enfermaros ni que vuestros deudos dejen de existir, para entonces como una penitencia inútil, haceros largos! ¡Qué vuestra bondades oh, vosotros los que podéis poseerla fructuosamente! sea como agua clara y fresca que riegue y cure tantos dolores, tantos dolores que mañana, acaso, cuando terminen vuestros dineros, al través de una generación, pueden acosar a los hijos de vuestros hijos.

FUENTES

Aunque los textos incluidos en esta obra se tomaron de algunos de los volúmenes que integran las **Obras Completas**, se ofrece el dato de la publicación primigenia, otras inserciones y ediciones, y la indicación del volumen y páginas de donde se extrajo.

"La actuación del Dr. Carbonell en Mérida", **Ecos Andinos**. Mérida, 11-11-1920.

También en:
- **Obras completas**, v. 13, pp. 243-252.

"Adolfo Briceño Picón", **El Universal**. Caracas, 15-5-1952, p. 4.

También en:
- **Bibliotheca** (Mérida), 2:7 (1954), pp. 70-72.
- **Gente de ayer y de hoy (Ensayos biográficos)**. Caracas: Edics. Independencia, 1953 (160 p.) pp. 107-109.
- **Obras completas**, v. 2, pp. 437-439.

"Alberto Carnevali" (Bitácora), **El Nacional**. Caracas, 20-5-1958, p. 4.

También en:
- **Obras completas**. Caracas Edics. del Congreso de la República, 1988-. v. 19, pp. 225-227.

"A manera de prólogo", **Discursos**. T. I. 1924-1936. José Humberto Quintero. [Mérida]: Gobierno del Estado Mérida, 1950 (317 p.) pp. iv-xiv.

También en:
- **Obras completas**, v. 10, pp. 101-109.

Americanismo, no hispanismo. Mérida: Tip. El Posta Andino, 1919. 16 p.

También en:
- **Obras completas**, v. 7, pp. 3-14

"Apuntes para un retrato de Roberto Picón Lares", **El Universal**. Caracas, 28-3-1952, p. 4.

También en:
- **Obras escogidas**. Roberto Picón Lares. México: Edit. Cultura, 1950-52 (3 v.) v. 2.
- **Gente de ayer y de hoy**, pp. 145-156.
- **Obras completas**, v. 2, pp. 475-486.

Bello, maestro de civismo. Caracas: Tip. Americana, 1952. 18 p.

También en:
- **Discursos de la Semana Universitaria**. Mérida: Universidad de Los Andes, 1952 (46 p.,) pp. 27-40.
- **Discursos académicos y tribuna patria e historia**. Pról. selec. y notas de Rafael Ramón Castellanos. Caracas: Biblioteca de Temas y Autores Trujillanos, 10), 1983 (289 p.) pp. 261-272.
- **Obras completas**, v. 6, pp. 285-299.

"Bentham y el Padre Dubuc", **Obras completas**, v. 13, p. 222. Firmado con el seud. Luis de Austria.

"El Capitán conquistador Miguel de Trexo", **Cultura Venezolana** (Caracas), Nº 88 (1928), pp. 43-47.

También en:
- **Obras completas**, v. 17, pp. 227-230.

"[Caracciolo Parra Olmedo]", **Obras Completas**, v. 1, pp. 243-246.

"Caracciolo Parra Pérez. **Páginas de historia y de polémica**", **Bitácora** (Caracas), Nº 3 (1943), pp. 93-94.

También en:
- **Obras completas**, v. 17, pp. 447-448.

"Carta al Sr. Br. Manuel V. Nucete", **Ecos Andinos**. Mérida, [20]-6-1920.

También en:
- **Obras completas**, v. 19, pp. 365-366.

"[Doctor Caracciolo Parra León]", **La instrucción en Caracas: 1567-1725. Discurso de Incorporación**. Caracciolo Parra León. Caracas: Parra León Hnos. Editores, 1932. 99 p.

También en:
- **Discursos de incorporación**. 2ª ed. ampl. y aum. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1980 (6 v.) v. 2, pp. 373-376.
- **Anales de la Universidad Central de Venezuela** (Caracas), 20:1 (1932), pp. 94-100.
- **Obras completas**, v. 17, pp. 193-198.

["Doctor Diego Carbonell"], **Sobre la personalidad de los académicos Laureano Vallenilla Lanz y Esteban Gil Borges. Discurso de recepción**. Diego Carbonell. Caracas: Tip. Americana, 1943 (27 p.) pp. 21-27.

También en:
- **Discursos de incorporación**. 2ª ed. ampl. y aum. v. 2, pp. 91-93.
- **Obras completas**, v. 17, pp. 309-313.

Elogio del Dr. Eloy Paredes. Mérida: Tip. El Lápiz, 1920. 15 p.

También en:
- **Cultura Venezolana** (Caracas), Nº 17 (1920), pp. 132-146.
- **Horas**. Caracas: Tip. Mercantil: 1921 (194 p.) pp. 83-108.
- **Palabras de humanismo**. Pról. selec. y bibl. de R. R. Castellanos. Caracas: Biblioteca de Temas y Autores Trujillanos, 11, 1983 (394 p.) pp. 189-201.
- **Obras completas**, v. 14, pp. 61-76.

"En el homenaje del PEN Club al Canciller", **El Tiempo**. Caracas, 5-4-1945.

También en:
- **Obras completas**, v. 17, pp. 321-324.

"En elogio de María y de todas las mujeres", **La Semana**. Mérida, 28-12-1918.

También en:
- **La Venusina**. s.d.
- **Obras completas**, v. 13, pp. 293-294.

"[En el primer aniversario de Patria]", **Obras Completas**, v. 22 pp. 563-564.

"La falsa traición de Judas (Capítulo de ensayo crítico)", [**Horizontes**. Mérida, s.d.]-1919.

También en:
- **Mercurio**. Valera, [1918-19?]
- **Obras completas**, v. 13, pp. 234-242.

"El Hospital de Niños", **Proteo**. Mérida, [s.d.-1919].

También en:
- **Obras completas**, v. 13, pp. 228-229.

"J.A. Gonzalo Salas", **Veinte Años**. Mérida, [s.d.-1918-1919?].

También en:
- **Obras completas**, v. 13, pp. 217-218.

"Los judíos de La Punta", **El Nacional**. Caracas, 4-6-1952, p. 4.

También en:
- **Obras completas**, v. 19, pp. 67-71.

Los libros y el verdadero concepto modernista. Trujillo: Imp. del Estado, 1917. [12 p.].

También en:
- **Obras completas**, v. 13, pp. 3-9.

"Literatura Nacional (Una conferencia de Mariano Picón Salas)", **El Rehabilitador**. Trujillo, s.d.-1917.

También en:
- **Obras Completas**, v. 13, pp. 207-208.

"Mérida. La hermética", **Horizontes**. [Mérida?, 29-1-1919].

También en:
- **Obras completas**, v. 13, pp. 230-233.

"[Monseñor José Clemente Mejía]", **Obras Completas**, v. 1, pp. 333-334.

"Monseñor José Humberto Quintero" (Virutas), **El Universal**. Caracas, 13-3-1952, p. 4.

También en:
- **Gente de ayer y de hoy**, pp. 71-74.
- **Obras completas**, v. 2, pp. 401-404.

Notas sobre arqueología venezolana. Caracas: Edit. Suramérica, 1930. 13 p.

También en:
- **Anales de la Universidad Central de Venezuela** (Caracas), 14:4 (1930), pp. 557-567.
- **Obras completas**, v. 5, pp. 153-166.

"El olor de la tierruca", **Tic-Tac**. Mérida, [28]-5-1919. Firmado con el seud. Luis de Austria.

También en:
- **Obras completas**, v. 13, pp. 226-227.

Los orígenes del arte. Mérida: Revista Universitaria, 1918. [14 p.].

También en:
- **Obras completas**, v. 13, pp. 11-23.

Ornamentos fúnebres de los aborígenes del Occidente de Venezuela (Contribución al estudio de la arqueología precolombina de Venezuela). *Caracas: Tip. Vargas, 1928. 28* p.

También en:
- **Obras completas**, v. 5, pp. 11-39.

Primera lección para mis nietas desterradas. Zaragoza: Artes Gráficas "El Noticiero", 1956. 18 p.

También en:
- **Obras completas**, v. 1, pp. 139-145.

Procedencia y cultura de los Timoto-Cuycas. Caracas: Separata de los Anales de la Universidad Central de Venezuela, 1929. [17 p.]

También en:
- **Anales de la Universidad Central de Venezuela** (Caracas), 17:2 (1929), pp. 156-183.
- **Acta Venezolana** (Caracas), 2:1-4 (1946-47), pp. 1-23.
- **Obras completas**, v. 5, pp. 41- 76.

"Raúl Chuecos Picón" (Virutas), **El Universal**. Caracas, 5-1-1952, p. 4.

También en:

- **Gente de ayer y de hoy**, pp. 23-27.
- **Obras completas**, v. 2, pp. 353-357.

Los Riberas; historias de Venezuela. Caracas: Edics. Independencia, 1957. 499 p.

- 2ª ed. Pról. de Miguel Angel Burelli Rivas. Caracas: Fundación "Mario Briceño Iragorry", 1983. 499 p.

También en:
- **Obras Completas**, v. 12 pp. 7-576.

"Sistema monetario de los Timoto-Cuycas", **Anales de la Universidad Central de Venezuela** (Caracas), v. 16 Nº 3 (1928), pp. 187-191.

También en:
- **Obras completas**, v. 17, pp. 39-43.

"Las soluciones del Obispo Silva. Un recuerdo al Seminario emeritense", **Obras completas**, v. 18, pp. 385-387.

"Tierra" (Aviso a los navegantes), **La Esfera**. Caracas, 21-5-1958, p. 4.

También en:
- **Obras completas**, v. 19, pp. 229-232.

Trayectoria y tránsito de Caracciolo Parra (1901-1939). San José, Costa Rica: Imp. Lehmann, 1940. 45 p.

- 2ª ed. San José, Costa Rica: Imp. Lehmann, 1940. 45 p.
- 3ª ed. San José, Costa Rica: Imp. Borrase Hnos., 1940. 16 p.

También en:
- **Obras selectas**. Caracas: Edics. Edime, 1954 (1.103 p.) pp. 971-987.
- **Obras completas**, v. 2, pp. 15-43.

"Tulio Gonzalo Salas", **Alquimia**. Mérida, 1-4-1919.

También en:
- **Obras Completas**, v. 13, p. 84.

"Un silencioso", **El Universal**. Caracas, 26-4-1921, p. 1.

También en:
- **Horas**, pp. 73-82.
- **Páginas olvidadas**. Julio Sardi. Mérida: Universidad de Los Andes, 1962. 215 p. Nota preliminar.
- **Obras completas**, v. 14, p. 53-59.

"Yo", **Alquimia**, Mérida, 1-5-1919.

También en:
- **Obras completas**, v. 13, pp. 148-149.

INDICES

INDICE ONOMASTICO Y TOPONIMICO

Los aborígenes del Occidente de Venezuela de A. Jahn: 29, 30, 77.
Abreu y Lima, José Ignacio: 126.
Academia Nacional de la Historia: 21, 66, 152, 155, 175, 179.
Academia Venezolana de la Lengua: 169.
Acción Católica: 154.
Acción Democrática: 380.
Acosta, Cecilio: 141, 148, 221, 224.
«La actuación del Dr. Carbonell en Mérida» de MBI: 113-21.
Actualidades (Revista. Caracas): 117.
«Adolfo Briceño Picón» de MBI: 127-9.
Agamenón: 367.
Agua Clara (Trujillo): 329.
El agua de D. Carbonell: 118.
Aguado, Fray Pedro de: 29, 47, 75, 89, 163, 169.
Agua Linda (Mirimire, Falcón): 31.
Aguirre, Lope de: 108, 109.
Ajaguas / Achaguas (aborígenes): 32, 83, 89.
Alarcón, Florencia: 129.
Albear, Brígida Díaz de: 110.
«Alberto Carnevali» de MBI: 379-81.
Alegretti, Diácono: 352.
Alejandro VI (Papa): 137.
Alemán, Mateo: 222.
Alemania: 22, 26, 335.
Alfinger, Ambrosio: 109.
Alhambra (Granada): 354, 356, 358.
Alma Latina (Revista. Caracas): 117.
Alma lírica de J.A. Gonzalo Salas: 182.

Al margen de un libro de S. D. Maldonado: 31.
Almarza, José Rafael: 75, 214.
Alonzo de Rosales, Luisa: 108.
Alonzo de Rosales, Sebastián: 108.
Alquimia (Periódico. Mérida): 401.
Altamira de Cáceres (Barinas): 108.
Alvarado, Lisandro: 22, 24, 25, 26, 33, 34, 46, 77, 87, 125.
Alvarez Quintero, Joaquín: 285.
Alvarez Quintero, Serafín: 285.
«A manera de prólogo» de MBI: 203-9.
Amazonas: 53, 128.
Ambrosetti, Juan B.: 75.
Ambrosio Alfinger de A. Briceño Picón: 128.
Ameghino, Florentino: 54, 75.
América: 24, 32, 54, 55, 56, 60, 78, 79, 98, 125, 153, 159. 161, 170, 178, 215, 224, 297, 342, 345, 349, 353, 354, 357, 358, 359, 367.
América Central: 24, 27, 56, 57, 58, 59, 61, 63, 73.
América del Norte: 54, 80.
América del Sur: 79.
Americanismo, no hispanismo de MBI: 301-9.
«Amores y amoríos» de Joaquín y Serafín Alvarez Quintero: 285.
Amor filial de A. Briceño Picón: 128.
Anales de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala: 76.
Anales de la Universidad Central del Ecuador (Quito): 59, 76.
Anales de la Universidad de Chile: 93.
Análisis etnológico de G. Marcano: 33.
El Anauco (Quebrada. Caracas): 343, 349.
Andrade, Ignacio: 289.
Andueza Palacio, Raimundo: 322.
Angulo, Manuela: 139.
Aníbal: 299.
Antígona: 367, 373.
La antigüedad del hombre en El Plata de A. Ameghino: 75.
Antímano (Distrito Federal): 31, 324.
Antropología general y de Venezuela precolombina de Toro: 32, 76.
Anuario de la Universidad de Los Andes (Mérida): 140, 141,
Apartaderos (Mérida): 300, 303.
A propósito de la moral práctica de D. Carbonell: 117, 118.
«Apuntes para un retrato de Roberto Picón Lares» de MBI: 217-27.
Apuntes sobre arqueología venezolana de Luis R. Oramas: 34.
Aragua: 78, 82, 348.

Araguas (aborígenes): 83.
Aranguren de Parra, Josefina: 151.
Aranguren, Juan Ignacio: 117, 120, 339.
Araujo, Juan Bautista: 322.
Arcaya, Pedro Manuel: 21, 25, 33, 51, 75, 158.
Archaelogical field work on Notheastern Arizona de Houhg: 75.
Archaeology of Mississipi de Brown: 75.
Archivo Nacional: 65.
Archivo Parroquial de Trujillo: 62.
«Archivos de la ciudad de Trujillo» de MBI: 32, 50.
Archivos Universitarios de Caracas: 179.
Argentina: 60.
Arias, Buenaventura: 165, 205, 222.
Arias, Estevan: 139, 140.
«Arias sentimentales» de A. Mata: 285.
Aricagua (Mérida): 30.
Arístides Rojas (Revista. Mérida): 117.
Arizona: 73.
Arlington (Virginia): 205, 206.
«Arqueología guatemalteca» de Villacorta: 76.
Arreaza Calatrava, José Tadeo: 211.
Arroyo, Julián Avelino: 145.
Aruaca (Lengua): 79.
Aruno (Cacique): 109.
Arvelo Larriva, Alfredo: 211, 212,
Asia: 55, 367.
Asiria: 364.
Asturias (España): 353.
Austria, Luis de (seud. de MBI): 104, 235.
Avila, Juan de: 218.
Ayamán: 51.
Aymará (Lengua. Perú): 50.
Azorín (seud. de José Martínez Ruiz): 354.
Aztecas: 69, 70.
Azuay (Ecuador): 72.

Babilonia: 365.
Bacuez, Ch.M.: 393.
Bailadores: 143.
Balbi, ?: 56.

Baptista, Eusebio: 238, 348.
Baptista, Leopoldo: 322, 323, 329
Baptista, Víctor: 329.
Baralt, Rafael María: 342.
Barquisimeto: 43, 87, 146, 200.
Barrancas (Caracas): 31.
Barrigas, ?: 138.
Barrio Latino (París): 230.
Barrios Mora, José Ramón: 203, 204.
Baudelaire, Charles: 230, 334.
Beccaria, Césare: 235.
Becerra, Ricardo: 58.
Belarmino, Roberto: 157.
Belén (Mérida): 291.
Bello, Andrés: 205, 223, 224, 239, 341, 342, 343, 344, 345, 346, 347, 349.
«Bello, maestro de civismo» de MBI: 339-50.
Bello Monte (Caracas): 344.
Bentham, Jeremy: 235.
«Bentham y el Padre Dubuc» de MBI: 235.
Berceo, Gonzalo de: 196.
Berdugos, ?: 138
Bernal, Gonzalo: 290, 340.
Berti Anselmi de Paredes, María: 140.
Betancourt, Rómulo: 220.
Bethania: 390.
Betijoque: 21, 317.
Betoy: 79.
Biblioteca Ambrosiana (Milán): 393.
Biblioteca Nacional: 169.
Binet-Sanglé, ?: 387.
Bismarck, Otón :335.
Bjornson, Björnsjerne : 334.
Blanco, Andrés Eloy: 381.
Blandín (Caracas): 344.
Bochica: 72.
Boconó: 21, 29, 44, 237.
Bogotá: 131, 203, 204, 223, 224, 225.
Boletín de la Academia Nacional de la Historia (Caracas): 178.
Bolívar, Simón: 131, 132, 134, 172, 205, 221, 297, 299, 303, 326, 342, 342, 349, 356.

Bolonia: 192.
Bomboy: 47.
Bonaparte, Napoleón: 299, 356.
Borges, Carlos: 207.
Bosset, Juan Hilario: 165, 222.
Boston (Massachusetts): 84.
Botánica y zoología de D. Carbonell: 117.
Boule, Pierre Marcelin: 54, 61, 75.
Bourget, Paul: 368.
Bourgoing, Pierre Henry George: 118.
Bravo de Molina, ?: 108.
Briceño, Angel María: 140.
Briceño, Antonio Nicolás: 327, 380.
Briceño, Avelino: 147, 347.
Briceño de Graterol, Sancho: 108, 223.
Briceño Perozo, Ramón: 103.
Briceño Picón, Adolfo: 127, 128.
Briceño Picón, Antonio Nicolás: 129.
Briceño Picón, Gabriel José: 129.
Briceño, Ramón: 191.
Briceño Valero, Américo: 22, 29, 31, 32, 47, 48, 49, 56, 75, 90, 91.
Brioso y Candiani, M: 177.
British Museum: 22.
Brown, ?:75.
Bruselas: 251.
Buenos Aires: 172.
Bujay (Trujillo): 44, 45, 56.
Burelli Briceño, María Adela: 97, 98.
Burelli Briceño, María Guadalupe: 97, 98.
Burelli Rivas, Miguel Angel: 203.

Cabrera Malo, Rafael: 219, 226.
Cáceres (Valle de La Grita): 108.
Cacique Castán: 49.
«El cadáver de melancolía» de J.A. Gonzalo Salas: 182.
Caldera, Rafael: 154, 220, 347.
Calderón de la Barca, Pedro: 170.
Camacho, Francisco: 66.
Camaxtli: 72.
Camburito (Dto. Girardot, Aragua): 31.

«Los caminos» de J. Sardi: 188.
Campo (Periódico. Trujillo): 62.
«La canción de la neurosis», de J.A. Gonzalo Salas: 182.
«Canto a Nueva York» de R. Chuecos Picón: 213.
Caparú (Negro): 396.
«El Capitán Conquistador Miguel de Trexo» de MBI: 50, 107.
Caputti, Padre: 237, 264, 268.
Caquetíos: 56.
Carabobo: 52, 78.
Caracas: 32, 48, 50, 75, 83, 154, 161, 163, 173, 177, 191, 203, 204, 214, 217, 223, 224, 227, 231, 241, 249, 250, 253, 256, 265, 259, 261, 266, 288, 299, 300, 305, 307, 320, 323, 324, 341, 343, 344, 349.
«Caracciolo Parra Olmedo» de MBI: 191-4.
«Caracciolo Parra Pérez. **Páginas de historia...**» de MBI: 131-2.
Carache (Trujillo): 21, 23, 24, 25, 44, 319.
Carachy (Cacique): 109.
Carbonell, Diego: 103, 113, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 123, 124, 125, 181, 200, 290, 339, 352, 357, 361, 378, 403.
Cardona, General: 322.
Cardozo, Dámaso: 103.
Caribe (Lengua): 79.
Caribes (aborígenes): 32, 68, 89.
Carlos IV (de España): 357.
Carlos V (de España): 160, 178.
Carmona, Diego de: 65.
Carnegie (Institución): 24.
Carnevali, Alberto: 379, 380, 381.
Carnevali, Camilo: 129.
Caro, Miguel Antonio: 169.
Carrillo, Alfonso: 172.
Carrillo, Etanislao: 104, 306.
«Carta al Sr. Br. Manuel V. Nucete» de MBI: 377-8.
Cartagena (Colombia): 203, 204.
Carujo, Pedro: 126, 171.
Casa de Misericordia (Mérida): 115.
Casandra: 367.
Cassaus y Torres, Obispo: 161.
Castellanos, Juan de: 47, 69, 72, 75, 90, 91, 163, 168, 179.
Castilla (España): 353.
Castril de la Reina (Valera): 47.

Castro, Cipriano: 289, 322, 323.
Castro, Juan Bautista: 305.
Castro, Julián: 148.
El Catuche (Quebrada. Caracas): 343.
Caulín, Fray Antonio: 163, 169.
Celis, Francisco Antonio: 347.
Celis, Pablo M.: 143.
Celis Paredes, Juan de Dios: 211.
Cementerio de El Espejo (Mérida): 380.
Centro América. Véase: América Central.
«La cerámica Cuycas» de A. Fonseca: 75.
Cerro de Hojas (Manabí, Ecuador): 85.
Cervantes y Saavedra, Miguel de: 137, 139, 224.
César: 299.
Cesarismo democrático de L. Vallenilla Lanz: 125.
Cicerón: 378.
El Cid. Véase: Díaz de Vivar, Ruy.
Ciencias (Revista. Caracas): 29, 76.
Cisneros, Joseph Luis de: 63, 89.
Ciudad Bolívar. 33.
Ciudad de los Caballeros. Véase: Mérida.
Ciudad Rodrigo: 110.
Civilización Proto-Panzólea II: 58, 72.
Club Liberal (Mérida): 145.
Codazzi, Agustín: 32, 56, 75, 78.
Codez Chimalpopoca: 59.
Coimbra: 193.
Colección Alvarado: 23, 26, 44, 46.
Colección Briceño Iragorry: 23, 26, 44, 71.
Colección Rojas: 23, 26, 43, 46,
Colegio de Abogados de Caracas: 152.
Colegio del Corazón de Jesús (Mérida): 197.
Colegio de San Buenaventura (Mérida): 139.
Colegio Pío Latino (Roma): 208.
Colegio Santa Rosa de Lima: 169.
Colina, Alejandro: 87.
Colmenares, Canónigo: 103, 197, 403.
Colombia: 32, 53, 56, 57, 58, 59, 60, 79, 266.
Colón, Cristóbal: 54, 55.
Compañía Guipuzcoana: 160.

Comuneros de Castilla: 160.
Conferencia de Teherán: 224,
Conferencia de Yalta: 224.
Congreso Nacional: 147.
Con las alas abiertas de R. Picón Lares: 219.
Consalvi, Julio: 134, 213.
Contrato Social: 356.
Contreras, Aurelio: 222.
Contreras, Francisco: 334.
Contreras, José Asunción: 222, 238.
«Contribución al estudio de la lengua Yarura»: de L.R. Oramas: 76.
Convento de Santa Clara (Mérida): 253.
Cordillera de Mérida: 22.
Die Cordillera von Mérida nebst Bemerkungen über das karibische Gebrige de A. Sievers: 30.
Córdoba (España): 365.
Córdoba, Gonzalo de: 137.
Cornieles, ?: 138.
Coro: 90, 160.
Correa, Luis: 178, 347.
Costa Rica: 23, 24, 59, 60, 66, 77, 79, 172.
Coto Paúl. Véase: Paúl Terreros, Francisco Antonio.
Covarrubias, ?: 138.
Crespo, Joaquín: 280.
Cristo: 124, 155, 199, 208, 388, 392, 393, 394, 396, 403.
Crítica del juicio de E. Kant: 369.
Cruz, San Juan de la: 170, 218.
Cuadra Pasos, Carlos: 220.
«Las cuatro tiendas» (Mérida): 145.
Cuba: 54, 356.
Cuculea: 72.
Cúcuta: 60, 249.
Cuentos de color de Manuel Díaz Rodríguez: 275.
Cuervo Márquez, ?: 60, 75.
Cueva de los Muñecos (Trujillo): 21,
Cueva de los Tiestos (Betijoque): 31.
Cueva de Santo Domingo (Carache): 24,
Cultura Venezolana (Revista. Caracas): 50, 75, 117.
Cumarebo: 324.
Cumbes (aborígenes): 92.

Cuparí. Véase: *Mesa de Cuparo.*
Curso de Sagrada Escritura de Ch. M. Bacuez y F. Vigouroux: 393.
Cuycas: 29, 30, 31, 47, 49, 58, 89, 317.
Chaac Mool: 85.
Chacao: 349.
Chacón, Acacio: 103, 197, 200.
Chachopo (Mérida): 314.
Chama (Mérida): 287.
Chapas. Véase: *Chiapas.*
Chapultepec: 133.
Chesterton, Gilbert K.: 388.
Chiapas: 58.
Chibchas: 24, 34, 60, 69, 70.
Chicago (Illinois): 251.
Chichen-Itza (Yucatán): 24, 73.
Chile: 342.
Chinácotas (aborígenes): 60.
Chipía, Agustín: 148.
Chispita del Medio (Distrito Zamora, Miranda): 31.
Choconcha (Ecuador): 85.
Chocontá (Colombia): 287.
Chontal: 58.
Choroní: 87.
Chuecos, Blas Ignacio: 212.
Chuecos Miranda, Juan Pedro: 212.
Chuecos Picón, Raúl: 182, 211, 212, 213, 214.

D'Annunzio, Gabriele: 229, 335, 362, 390.
Darwin, Charles: 128.
Dávila B., Braulio: 119.
Dávila, José de Jesús: 348.
Da Vinci, Leonardo: 188, 205, 374.
Deahumbert, M.: 388, 393.
Décadas de la historia de Mérida de T. Febres Cordero: 23, 30, 75, 90.
Defensa de la Antropología general y de Venezuela de S.D. Maldonado: 32, 76.
De la Cueva, Beatriz: 160.
«De las horas que huyen» de J.A. Gonzalo Salas: 181.
Del caos al hombre de D. Carbonell: 117, 378.
De los nombres de Cristo de Fray L. de León: 170.

De profundis de O. Wilde: 185.
Descripción de la Provincia de Benezuela de J. L. Cisneros: 89.
Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano: 137.
La dicha de la vida de J. Lubbock: 335.
«Dialecto Cuycas» de A. Fonseca: 29, 48.
«Dialecto Cuicas» de A. Briceño Valero: 31, 75.
Díaz de Vivar, Ruy: 350, 353, 354, 358.
Díaz Rodríguez, Manuel: 275, 362.
Díaz Sánchez, Ramón: 248, 347.
Díaz Venero de Leiva, Andrés: 110.
Didón, Padre: 391.
La dignidad del obrero de D. Carbonell: 117, 118.
Dionysos: 229, 366, 367.
Dios Murciélago: 24, 27, 72, 78.
Dios Rana: 69.
Dirección de Antropología de México: 75.
«Discurso» de A. Fonseca: 32.
«Doctor Caracciolo Parra León» de MBI: 123-6.
«Doctor Diego Carbonell» de MBI: 123-6.
Domínguez, Padre: 103.
Domínguez, Rafael: 162.
Don Quijote: 226, 247, 402.
Don Quijote de la Mancha de M. de Cervantes: 137.
Las dos carátulas de P. de St. Víctor: 33.
Doyen, ?: 335.
Duarte Level, Lino: 161.
Dubuc, Enrique María: 103, 117, 197, 200, 235, 237, 239, 240, 290.
Dubuc, Héctor: 103.
Durán, Monseñor: 305.

Ecuador : 59, 60, 79, 172.
Edipo: 367.
Efesio: 335.
Egipto: 27, 334, 364, 365.
Eisenhower, Dwight: 384.
El Avila (Montaña. Caracas): 250, 349.
El Cucharito (Trujillo): 329.
Electra: 367.
Elegías de Varones Ilustres de Indias de J. de Castellanos: 75, 168.
Elogio del Dr. Eloy Paredes de MBI: 137-49.
El Tocuyo: 44, 89, 137, 138.

El Universal (Diario. Caracas): 117.
El Valle (Distrito Federal): 31, 324.
El Vallecito (Mérida): 287.
El Yagual (Batalla): 161.
Emerson, Ralph Waldo: 335.
Emparan y Orbe, Vicente de: 146, 169.
«En el homenaje del PEN Club al Canciller» de MBI: 133-6.
«En elogio de María y de todas las mujeres» de MBI: 373-4.
«En el primer aniversario de **Patria**» de MBI: 231-2.
En el sur. Dialectos indígenas de Venezuela de B. Tavera Acosta: 33, 76.
Enock, ?: 84.
Epicteto: 185, 188.
La epilepsia del Libertador de D. Carbonell: 117, 200.
Ernst, Adolf: 26, 30, 56, 60, 77, 78.
Escagüey (Mérida): 297.
Escuela de Enfermeras (ULA); 115.
Esculpi, Padre: 305.
Escuque: 21, 69.
El Esfuerzo Médico (Revista. Caracas): 117.
España: 124, 159, 160, 169, 170, 172, 303, 352, 353, 354, 355, 356, 357, 358.
España. José María: 349.
Esparta: 146.
Espinoza, Padre: 103
Esquilo: 207, 367.
Esquilo de P. de St. Victor: 33.
Estado Los Andes: 288, 322.
Estados Unidos: 214, 225, 342.
Estella, Diego de: 218.
L'Estethique de E. Veron: 33.
Estrada Monsalve, Jesús: 131.
Estrecho de Magallanes: 87.
Estudios arqueológicos y etnográficos americanos de Cuervo Márquez: 75.
Ethnographie du Vénézuéla Precolombine de G. Marcano: 76.
«Etnografía del Estado Mérida» de J.I. Lares: 29, 76.
Etnografía venezolana de L.R. Oramas: 29.
Eurípides: 207, 367.
Europa: 125, 156, 253, 266, 303, 330, 356, 367.
«Exposición de la tesis histórica del Dr. Parra León»... de J. Padrón: 151.

Facultad de Agrimensura (ULA): 114.
Facultad Agronómica: 347.
Facultad de Ciencias Eclesiásticas (ULA): 114.
Facultad de Derecho (ULA): 114
Facultad de Farmacia (ULA): 114.
Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Venezuela: 342.
Facultad de Ingeniería Forestal: 347, 383.
Falcón (Estado): 32, 52, 56, 78.
Falcón, Juan Crisóstomo: 145.
«La falsa traición de Judas» de MBI: 387-94.
Fantoches (Semanario. Caracas): 153.
«Fe» de R. Chuecos Picón: 212.
Febres Cordero, Gabriel: 114.
Febres Cordero, Miguel: 396.
Febres Cordero, Tulio: 22, 23, 25, 27, 29, 30, 32, 48, 49, 50, 56, 58, 70, 75, 77, 90, 107, 108, 117, 143, 162, 196, 205, 223, 249, 333.
La feria en la plaza de R. Rolland: 230.
Fernández, Antonio: 288.
Fernández de León, Antonio: 134.
Fernández, Garci: 356.
Fernández Guardia, ?: 23.
Fernández Peña, Gerónimo: 139.
Fernández Peña, Josefa: 139.
Fernández Peña, Juan Antonio: 139, 140.
Fernando V (de España): 137.
Fernando VII: 160, 353.
Filosofía universitaria venezolana 1785-1811 de C. Parra León: 158.
Flaubert, Gustave: 229.
Florencia: 72.
Las flores del mal de Ch. Baudelaire: 230.
Flores de Ocariz, ?: 169.
La Floresta (Caracas): 344.
La Folie de Jesu de Binet Sanglé: 387.
Fonseca, Amílcar: 22, 29, 30, 32, 33, 47, 48, 49, 56, 59, 61, 62, 65, 75, 90.
Fonseca, José Félix: 213.
Francia: 251.
Franco, Juan Pablo: 119.
Franklin, Benjamín: 207.

Gabaldón, José Rafael: 348.
Gaceta Universitaria (Mérida): 115, 117.
Galicia (España): 353.
Galilea: 391.
Gallegos, Rómulo: 248.
García Chuecos, Héctor: 162.
García de Paredes, Diego: 137, 139.
García, Víctor: 26.
Gautier, Teophile: 229.
Gaviria, ?: 107.
Gayón: 51.
La genealogía de la moral de F. Nietzsche: 388.
Génesis (Revista. Ejido): 124, 134, 182, 185.
«The genesis of the American Indian» de Hrdlicka: 55, 75.
Geografía de la República del Ecuador de ? Villavicencio: 84.
Geografía del Estado Trujillo de Américo Briceño Valero: 29, 75.
Georgia (EE.UU.): 205.
«Gestos» de Julio Sardi: 186.
Gettysburgh (Pennsylvania): 206.
Gibraltar (Mérida): 107.
Giglioli, Enrico H.: 22, 23, 24, 25, 26, 30, 60, 72, 78.
Gil Borges, Esteban: 123, 125, 126, 157, 172, 221, 363.
Gil Fortoul, José: 134, 148, 161.
Ginebra: 55.
Giros (aborígenes): 48, 50.
Godoy, Pedro José: 134, 182, 213.
Goethe, Johan Wolfgang: 185, 374.
Gómez, Alí: 305.
Gómez, Eustoquio: 324.
Gómez, Juan Vicente: 83, 114, 165, 166, 224, 260, 280, 299, 305, 320, 379.
González, Catalina: 66.
González de Acuña, Antonio: 177.
González de Silva, Garci: 201.
González, Eloy Guillermo: 219.
González, Fernán: 353.
González Guinán, Francisco: 148.
González, Juan Vicente: 343.
González Pacheco, Rafael: 323.
González, Rubén: 166.
González Suárez, ?: 84

Gonzalo Salas, Juan Antonio: 103, 134, 181, 185, 213, 235.
Gonzalo Salas, Tulio: 183, 185, 221, 340.
Gornes MacPherson, Martín: 82.
Grammont, Pedro: 138.
Granada, Fray Luis de: 170.
Gran Bretaña: 193.
Grecia: 366, 370.
Guaicaipuro: 353.
Guajiros: 23.
Guatemala: 62, 152, 161, 172.
Guayana: 51, 193.
Guevara Rojas, Felipe: 114, 200.
Guevara y Lira, Silvestre: 165, 201, 222.
Guía de pecadores de Fray L. de Granada: 170.
Gutiérrez Arellano, Julio: 211.

Hamburgo: 252.
Hato Viejo: 44.
«La hechicera de Mérida» de T. Febres Cordero: 196.
Heráclito de Efeso: 205, 229.
La hermana del agua de A. Nervo: 187.
Hernández Bello, José Domingo: 347.
Hernández, José Gregorio: 163, 191.
Hernández Milanés, Santiago: 240.
Hernández, Padre: 307.
Herodes: 199.
Hiroshima: 225.
Historia de la Primera República de C. Parra Pérez: 131.
Historia del Estado Falcón de P.M. Arcaya: 75.
Historia de los Andes de T. Febres Cordero: 29, 30.
Historia de Venezuela de Fray P. de Aguado: 75.
Homero: 349.
«L'Homme fossil cubaine»: 76.
Les Hommes Fossiles de Boule: 33, 75.
Horacio: 343.
Horizontes (Revista. San Cristóbal): 117.
Hospital Canónigo Uzcátegui: 115, 120.
«El Hospital de Niños» de MBI: 403-4.
Hostos, Eugenio María de: 217.
Hough, ?: 75.

Hrdlicka, Alex: 55, 75.
Huitzilpochtli: 85.
Humocaro Bajo: 46.
Humo de R. Chuecos Picón: 211.
Hurtado de Mendoza, Cristóbal: 47, 144, 327.

Ibsen, Henrik: 334.
Icaque (diosa): 72.
Iglesia Catedral (Mérida): 296.
Iglesia del Llano (Mérida): 383.
Iglesia La Tercera (Mérida): 296.
«Influencias mayas en el Alto Ecuador» de M. Uhle: 76.
Ingenieros, José: 181.
Instituto Dramático (Mérida): 129.
Instituto Tihuanaco de Antropología, Etnología y Prehistoria de Bolivia: 55.
La instrucción en Caracas 1567-1725 de C. Parra León: 158.
Isch Keriot. Véase: Judas Iscariote.
Isla de Margarita: 129, 148.
Isla de Providencia (Maracaibo): 291.
Italia: 137.

J.I.L. Véase: Lares, José Ignacio.
«J.A. Gonzalo Salas» de MBI: 181-2.
Jahn, Alfredo: 22, 24, 25, 27, 29, 29, 30, 46, 48, 49, 75, 77, 90.
Jají (Mérida): 49.
Jají (Municipio Escuque, Trujillo): 49.
Jajó (Dto. Urdaneta, Trujillo): 26, 44.
Jáuregui Moreno, José Manuel: 191, 305.
Jefferson, Thomas: 206, 207.
Jerusalén: 199, 391.
«Los Jesuitas» de A. Fonseca: 65.
Jijón y Caamaño, Jacinto: 76, 79, 84.
Jipijapa (Ecuador): 85.
Jiraharas (aborígenes): 31, 32, 50, 51, 89, 109.
José de Arimatea: 393, 394.
Joseph, H. Claude: 93.
Joyce, T. Athol: 22, 25, 27, 30, 77, 83, 84.
Juan (Apóstol): 390.
Juan Cristóbal (Revista. Trujillo): 188, 213.
Juan Vicente González de D. Carbonell: 117.

Judas Iscariote: 124, 387, 388, 389, 390, 391, 392, 393, 394, 398.
Judea: 387, 388.
«Los judíos de La Punta» de MBI: 395-402.
Jugo, Padre: 103.
Junta de Fomento Agrícola de Mérida: 192.
Junta de Gobierno: 379.
Júpiter Olímpico: 229.
«Justicia negra»: 129.

Kant, Emmanuel: 335, 361, 369.
Key Ayala, Santiago: 347.
Kien, Toung-De: 54, 76.
Krickberg, W: 59.

La Bastida Briceño, Domingo de: 108.
La Bastida, Francisco de: 50, 109, 327.
Labastida, Ricardo: 143.
La Bastilla (París): 356.
La Columna (Mérida): 297.
La Cuarta (Dto. Girardot, Aragua): 31.
La Emilia (Municipio Tácata, Dto. Guaicaipuro, Miranda): 31.
Lago de Maracaibo: 23, 53, 109, 110.
Lago de Valencia: 24, 34, 52, 72, 78, 82, 83.
La Grita: 48, 108.
Laguna de Urao (Mérida): 143.
Lagunillas (Mérida): 69.
Laínez, Diego: 157.
La Isla (Finca. Mérida): 277, 278.
La Mata (Trujillo): 329.
La Mocotí (Trujillo): 31, 321.
Landaeta, Leopoldo: 128, 167.
La Otra Banda (Mérida): 250, 255, 287, 346.
La Parroquia (Mérida). Véase: La Punta.
La Puerta (Trujillo): 324, 325, 326
La Punta (Mérida): 287, 395, 396, 398, 399.
La Quebrada (Trujillo): 45, 46.
Lara (Estado): 24, 48, 65, 69, 78, 109, 191.
Lares, José Ignacio: 29, 32, 48, 49, 58, 69, 76, 90, 284.
Las Adjuntas (Macarao, Distrito Federal): 31.
Las Matas (Dto. Girardot, Aragua): 31.

Las Queseras (Batalla): 139.
Lasso de la Vega, Rafael: 161.
La Vega (Distrito Federal): 31.
La Venta (Mérida): 315.
La Victoria (Aragua): 289.
Le Bon, Gustavo: 355, 365.
Lecuna, Vicente: 152.
Ledesma, Alonso Andréa de: 349.
Lefevre, André: 25, 33.
Lehman, Walter Henry: 77
L'Enfant, Pierre: 207.
«La lenguas indígenas de Guatemala» de Recinos: 76.
Lengua Timote: 29.
León, Carlos: 191.
León X: 371,
León (España): 353.
León, Fray Luis de: 170, 218.
León, Juan Francisco de: 349
León, Ricardo: 354.
Leopardi, Giacomo: 335.
«Los libros y el verdadero concepto modernista» de MBI: 333-9.
Liceo Libertador (Mérida): 115, 127, 352.
Lima: 172, 197.
Lincoln, Abraham: 206, 207.
«Literatura Nacional (Una conferencia de Mariano Picón Salas)» de MBI: 229-30.
Lombroso, Césare: 181, 335.
Londres: 131, 225, 226, 252, 253, 345, 349.
Los Andes: 31, 32, 51, 53, 55, 56, 57, 60, 72, 77, 82, 139.
Los Andes (Periódico. Mérida): 117, 377.
Los Horcones (Batalla): 231.
Los Llanos: 50.
Lourdes (Mérida): 287.
Lovaina: 193.
Lubbock, John: 335.
Lucas: 393.
Lull, Raimond: 335.

Llanos de Monay: 50.

Mac Goodwin, Embajador: 214.
Madison, James: 207.

Madrid: 75, 101, 137, 223, 253.
Maeterlinck, Mauricio: 187, 335, 374.
Maldonado, Bartolomé: 108.
Maldonado, Gerónimo: 221.
Maldonado, Juan de: 49, 107,
Maldonado, Samuel Darío: 21, 30, 31, 32, 56, 76.
Manabí (Ecuador): 84, 85.
Manco Capac: 353354.
Mantua (Italia): 343.
Maracaibo: 32, 50, 75, 99, 110, 239, 249, 251, 264, 270, 271, 275, 291, 303, 314, 317, 318.
Maracay: 83, 87, 320.
Mar Atlántico: 162.
Marcano, Gaspar: 33, 76, 77, 78, 82, 83.
Mar Caribe: 99.
Marco Aurelio: 185, 188.
Mariño, Santiago: 132.
Mar Pacífico: 79.
Márquez Bustillos, Victorino: 306, 322, 361.
Marqués de Casa León. Véase: Fernández de León, Antonio.
Martí, Mariano: 47, 76, 163, 168, 179, 179.
Martín, Francisco: 23,
Martínez, Francisco: 65.
Mata, Andrés: 285.
Mateo (Apóstol): 390, 391.
Mateo Alemán y la vida del picaro Guzmán de Alfarache de R. Picón Lares: 219.
Materiales para el estudio de los dialectos Ayamón, Gayón, Jirahara y Ajagua de L.R. Oramas: 76.
Matheus, Gabriel: 191.
Matos, Manuel Antonio: 289.
Ma Vie de M. Deauhumbert: 388, 393.
Max Nordau de D. Carbonell: 117.
Mayas, 24, 34, 60, 83.
Maypure (Lengua): 79.
Medina Angarita, Isaías: 380, 381.
Mejía, José Clemente: 198, 237, 238.
Mejía, Miguel Antonio: 104, 199, 238.
Memorias y Revista de la Sociedad Científica «Antonio Alzate» (México): 59.

Menda, Américo: 134.
Méndez de la Barta, Ramón Ignacio: 161.
Méndez, Josefa María: 140.
Méndez, Ramón Ignacio: 165, 199, 205, 222.
Mendoza (Trujillo): 47, 48, 325, 326, 327, 328.
Mendoza Fría (Trujillo): 380.
Menéndez Pelayo, Marcelino: 155, 170.
Menotti Sposito, Emilio: 182, 213.
Meregotos (aborígenes): 83.
Mérida: 21, 22, 23, 26, 29, 30, 33, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 56, 57, 58, 60, 72, 73, 75, 77, 78, 80, 82, 90, 103, 108, 107, 109, 110, 113, 116, 117, 118, 119, 123, 124, 127, 128, 129, 139, 142, 143, 146, 147, 149, 151, 175, 181, 182, 185, 186, 188, 191, 195, 196, 198, 199, 202, 203, 205, 211, 213, 215, 217, 224, 232, 237, 250, 253, 254, 259, 260, 265, 266, 270, 271, 276, 277, 278, 279, 280, 285, 287, 295, 297, 301, 303, 305, 306, 315, 317, 318, 320, 321, 323, 325, 326, 340, 347, 350, 361, 373, 377, 381, 383, 386, 394, 398, 403.
Mérida de Maracaibo: 239.
«Mérida, la hermética» de MBI: 195-8.
Mesa de Cuparo / Cuparí: 110.
Mesa de Esnujaque (Trujillo): 29, 45, 47, 49.
Mesa de Santiago: 107.
México: 57, 58, 59, 61, 63, 72, 73, 76.
Michel, Luisa: 186.
Miguel Angel: 168.
Miguríes (Acequias, Mérida): 49.
Mijares, Augusto: 160.
Milán: 197.
Milla (Mérida): 254, 255, 287, 346.
Mi ofrenda de D. Carbonell: 117, 357.
«Mi puñal» de J.A. Gonzalo Salas: 182.
Miquimbú (Timotes): 319.
Miranda, Francisco de: 131, 134, 160, 349.
Mirripuyes (aborígenes, El Morro, Mérida): 49, 58, 90.
Mississipi (EE.UU.): 70, 73.
Moctezuma: 353, 358.
Mogollón, Padre?: 103.
Monagas (Estado): 191.
Monagas, José Tadeo: 147, 280.

Monasterios, Josefa de: 253.
«Monseñor José Clemente Mejía» de MBI: 237-8.
«Monseñor José Humberto Quintero» de MBI: 199-202.
Montané, ?: 76.
Monte Carmelo (Trujillo): 327.
Montes de Oca, Salvador: 165, 167.
Montilla, José Abel: 191.
Montmartre (París): 230.
Las Moradas de T. de Jesús: 170.
Morales Marcano, Jesús María: 224.
Morazán, Francisco: 161.
Moreno, Juan de Dios: 280.
Motatán: 249.
Mucas (Trujillo): 49.
Mucubachés (aborígenes): 49, 59, 90.
Mucuchaché (Mérida): 49, 58.
Mucuchíes: 21, 23, 49, 90, 301, 318.
Mucurubá: 147, 297, 301.
Mucus (Aborígenes): 48.
Mucutomón (Mérida): 49.
Musarios (aborígenes): 83.
Museo Diocesano (Mérida): 120.
Museo Nacional: 83.
Musos (aborígenes): 108.
Muyscas (aborígenes): 32, 56, 60.

Naciones Unidas: 224, 225.
Navarro, Nicolás Eugenio: 305.
Nazareth: 388, 393.
Nectario María, Hermano: 22,
Nervo, Amado: 187.
«New data on the Archaeology of Venezuela» de H.J. Spinden: 31.
Nicolai, Paolo: 125.
Nietzsche, Federico: 230, 334, 335,388.
Nimaleón: 202.
Niquitao (Trujillo): 43.
Nirgua: 87.
Nixon, Richard: 384.
La noche oscura del alma de San J. de la Cruz: 170.
Nomenclador del Estado Trujillo de J.R. Almarza: 75.

Notas sobre arqueología venezolana de L.R. Oramas: 76.
«Notas sobre arqueología venezolana» de MBI: 77.
Noticias historiales de Fray P. Simón: 76.
«Noticia sobre la Lengua de los Timotes»: 47.
Novalis, Friedrich: 335.
Nucete, José Vicente: 128, 148, 149.
Nucete, Manuel Vicente: 145, 377.
Nuestra Señora de la Candelaria: 396.
Nuestra Señora de la Paz de Trujillo. Véase: Trujillo.
Nueva España: 62.
Las nuevas corrientes del arte de M. Picón Salas: 229.
Nueva Segovia: 129,348.
Nueva York: 84, 203, 252.
El Nuevo Diario (Caracas): 117.
Nuevo Reino de Granada: 78, 107, 108, 323, 340.
Numancia: 356.
Núñez Ponte, José Manuel: 132, 347.

«Objetos prehistóricos de Venezuela» de A. Rojas: 30, 46.
Obras escogidas de A. Rojas: 76.
Obras escogidas de R. Picón Lares: 221.
«Oda a las orejas» de R. Chuecos Picón: 211.
«Ojos» de J. Sardi: 186.
O'Leary, Daniel Florencio : 126.
«El olor de la tierruca» de MBI:
Oramas, Luis Rafael: 22, 29, 31, 32, 34, 46, 48, 51, 52, 72, 76, 82.
«Origen de los habitantes precolombinos de T. de Kien: 76.
«Los orígenes del arte» de MBI: 361-72.
Orígenes de los habitantes precolombinos del Continente América de A. Briceño Valero: 32, 75.
«Orígenes trujillanos» de A. Fonseca: 29, 75.
Ornamentos fúnebres de los aborígenes del Occidente de Venezuela de MBI: 21, 52, 75.
Otero Silva, Miguel: 248.
Oviedo y Baños, José: 163,169.
Oxford: 192.

Pacheco, Alonso: 50, 109.
Pacheco Maldonado, Juan: 50, 107, 110.
Padilla, Juan de: 178.

Padrón, Julián: 151, 159, 162.
Páez, José Antonio: 139, 205, 280, 297, 299.
«Paganismo» de J. Sardi: 186.
Páginas de historia y de polémica de C. Parra Pérez: 131.
Palas (Grecia): 126.
Palestina: 388.
Panamá: 60, 79, 172, 173.
Panorama (Diario. Maracaibo): 117.
Pan Sembrar (Caracas): 344.
Panteón Nacional: 199.
Paoli, José Domingo: 134, 340.
Papías: 391.
Papiniano: 212, 340.
Páramo de Cerrada. Véase: Páramo de Mucuchíes.
Páramo de La Hechicera: 278.
Páramo de Mucuchíes: 47, 48.
Parca (Trujillo): 66.
Paredes, Antonio: 139,
Paredes, Ignacio: 139.
Paredes, José Antonio: 139.
Paredes, José de la Cruz: 139.
Paredes Berti, Clorinda: 140.
Paredes Berti, Elbano Italo: 140.
Paredes Berti, Elena: 140.
Paredes Berti, Elisa Matilde: 140.
Paredes Berti, Eloy: 140.
Paredes Berti, Josefa: 140.
Paredes Berti, Luis Buenaventura: 140,
Paredes Méndez, Ana María: 140.
Paredes Méndez, Antonio: 140.
Paredes Méndez, Eloy Antonio: 140.
Paredes Méndez, Josefa Antonia: 140.
Paredes Méndez, Juana: 140.
Paredes Méndez, Juan Evangelista: 140.
Paredes Méndez, Magdalena: 140.
Paredes Méndez, Manuela: 140.
Paredes Méndez, Pablo María: 140.
Paredes Méndez, Pablo: 140.
Paredes Méndez, Teolinda: 140.
Paredes y Angulo, Juan Antonio: 139, 222, 347.

Paredes y Fernández Peña, Eloy: 118, 137, 140, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 231, 347, 377.
Parianas: 33.
París: 22, 33, 75, 192, 253, 353.
Parra, Gonzalo García de: 110.
Parra León, Caracciolo: 76, 151-73, 175-9, 191, 200, 205, 211.
Parra, María de la: 110.
Parra Olmedo, Caracciolo: 118, 191, 192, 347.
Parra Pérez, Caracciolo: 131, 132, 133, 134. 135, 136, 182.
Parra Picón, Ramón: 115, 253.
Parra, Teresa de la: 176.
Parthenon: 121.
Partido Democrático Venezolano (PDV): 380.
Pascal, Blaise: 187, 218.
Patria (Diario. Mérida): 231, 232.
«La patria originaria de los indios maya» de Schuller: 76.
Paulo II: 355.
Paúl Terreros, Francisco Antonio: 221.
La Peineta (Trujillo): 329.
Pekín: 354.
Pellín, Jesús María: 152.
La penca de tuna (Periódico. Mérida): 214.
PEN Club de Venezuela: 133.
Penitenciaría de San Juan de los Morros: 379.
Peña Bohorquez, Francisco de la: 253.
Peña, Diego de la: 107
Peña Ledesma, Diego de: 65.
Peñalver, Padre: 305.
Pequeño anecdotario trujillano de MBI: 191, 237.
Pericles: 235.
Perú: 31, 50, 60, 63.
Petit, Natividad: 143, 144.
Picón Febres, Felina: 212.
Picón Febres, Gabriel (abuelo): 219, 223, 231, 348.
Picón Febres, Gabriel (1890-1969): 142, 144, 212.
Picón Febres, Gonzalo: 212, 219, 231.
Picón Gabaldón de Briceño Iragorry, Josefina: 245
Picón González, Gabriel: 231.
Picón Grillet, Juan de Dios: 142, 145, 146, 347.
Picón Lares, Eduardo: 182, 231.
Picón Lares, Roberto: 121, 182, 211, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 231, 290, 340, 347.

Picón Rivas, Ulises: 182, 213.
Picón Salas, Mariano: 117, 159, 182, 185, 229, 333, 347.
Pie del Llano (Mérida): 255.
Piedrahita, Lucas Fernández de: 47.
Las Piedras (Mérida): 21, 46.
Pimentel, Juan de: 69.
Pimentel Roth, Francisco: 191.
Pío XI: 154.
Pitard, ?: 55.
Pizarro, Francisco: 354.
«La platería Araucana» de H.C. Joseph: 93.
Platón: 167. 207.
Plaza del Llano (Mérida): 250, 383.
Plaza de Los Piscos (Mérida): 291.
Plaza de Milla (Mérida): 277.
Plaza, Domingo de la: 108.
Plotino: 335.
«La población autóctona de América Central» de Sapper: 76.
La población del Valle de Teotihuacán: 75.
Poe, Edgard Allan: 230, 334.
Poncio Pilatos: 124.
Porras, Sacerdote: 397.
Portugal: 353.
Posnansky, Arturo: 55, 76.
Prehistoric antiquities from the Antilles in the British Museum de T. A. Joyce: 30.
Prevost, Marcel: 230.
«Primera lección para mis nietas desterradas» de MBI: 97-100
Principios de sociología de Spencer: 34.
«Procedencia y cultura de los Timoto-Cuycas» de MBI: 47, 80.
Procedencia y lengua de los aborígenes de T. Febres Cordero: 29, 75.
El proceso de Judas de G. Rosadi: 389.
«Procesos coloniales, idolatría, brujería y superstición» de A. Fonseca: 61.
Prometeo: 367.
Prosas prosaicas de D. Carbonell, : 117.
Provincia de Mérida: 108, 323.
Psicopatología de Bolívar de D. Carbonell: 126.
Ptolomeo: 121.
Ptolomeos: 334, 336.
Puente Murillo (Valencia): 83.

Pukará (Tilkara (Argentina): 73.
Pulido, José Ignacio: 145.
Pulido Villafañe, Antonio:173.
«Puruha» de Jijón y Caamaño: 76.
Puruha (Ecuador): 58, 73.

Queniqueas (aborígenes): 60.
Quetzacoatl (Tollan): 72.
Quevedo, Numa: 153, 380.
Quevedo y Villegas, Francisco de: 170.
Quichúas: 34.
Quintero, José Humberto: 199-202, 203-9, 220, 240, 241.

Racine, Jean: 373.
Ramírez, Florencio: 340, 341.
Ramos Calles, Raúl: 396.
Ramos de Lora, Juan: 197, 239, 240, 340.
Rangel Garbiras, Carlos: 322.
Rangel, Rafael: 191.
Ratzel, ?: 30.
«Raúl Chuecos Picón» de MBI: 211-5.
Recherches philosophiques sur les Americaines... de Mr. de P...: 76.
«Los Riberas; noticias de Venezuela» de MBI: 261-330.
Ribera y Solaguren, Gregorio: 252.
Recinos: 76.
El régimen español en Venezuela de C. Parra Pérez: 135.
Relación de la Visita Pastoral a la Diócesis de Venezuela de M. Martí: 76.
La Religión de A. Lefevre: 33.
El Renacimiento (Periódico. Boconó): 29, 30, 75.
Renán, Ernest: 377, 390.
Renán Lelut de D. Carbonell: 117.
Requena, Rafael: 82.
Resumen de la geografía de Venezuela de A. Codazzi: 32, 75.
Revista de América (Bogotá): 225.
Revista de la Unión Panamericana (Washington, D.C.):31.
Revista Nacional de Cultura (Caracas): 158.
Revista Técnica del Ministerio de Obras Públicas (Caracas): 30.
Revolución Francesa: 131, 134, 161.
Revolución «Libertadora»: 289.
Rincón González, Felipe: 305, 306.

Río Albarregas: 97, 277, 396.
Río Arriba (Distrito Trujillo): 92.
Río Burate (Boconó): 91.
Río Caribe (Estado Sucre): 324.
Río Castán (Trujillo) : 49, 103.
Río Chama (Mérida): 99, 249, 250, 297, 309, 310. 395.
Río de Janeiro: 54.
Río Guaire: 250.
Río Manzanares (España): 250.
Río Milla (Mérida): 277.
Río Momboy (Trujillo): 328.
Río Motatán (Trujillo): 99, 109, 321.
Río Orinoco: 53, 99, 139.
Ritos de B. Sanín Cano: 334.
Rivas, Angel César: 125, 158, 176, 178.
Rivas, Natividad: 395, 396, 397.
Rízquez Alfonzo, Francisco Antonio: 127.
Rodó, José Enrique: 377.
Rodríguez Cabrita, Francisco: 65.
Rodríguez Picón, Antonio Ignacio: 205, 222, 231, 347.
Rodríguez Suárez, Juan: 107, 108, 123, 395.
Rojas, Arístides: 22, 24, 30, 47, 58.
Rojas, Cristóbal (Regidor): 110
Rojas, José María (Marqués): 22.
Rolland, Romain: 230.
Roma: 146, 178, 193, 197, 204, 238, 241, 334, 357, 365, 388, 391.
Los romances de hoy de F. Contreras: 334.
Román, Juan: 32, 50, 109.
Romero, Doctor: 103.
Roosevelt, Franklin D.: 224.
Rosadi, G.: 389.
Rosario, Francisco Antonio: 326, 380.
Rousseau, Jean Jacques: 157, 235, 356.
Rubén Darío: 186, 285, 335.
«Las ruinas de Cuasmal» de M. Uhle: 59, 76.
Ruiz, Juan (Arcipreste de Hita): 196, 358.
Ruiz Pineda, Leonardo: 381.
Ruiz Valero, Fermín: 347.
Ruiz Vallejo, Diego: 69.
Ruz, Padre: 307.

Sacrificios por la patria de A. Briceño Picón: 128.
St. Víctor, Paul de: 33.
Salamanca: 193.
Salas, Julio César: 22, 24, 25, 26, 27, 30, 31, 33, 48, 50, 52, 58, 70, 76, 90, 93, 185, 347.
Salas, Luis María: 348.
Salas Roo, Federico: 185, 347.
Salvador de León, M.: 140,
Salvá y Salvany, ?: 128.
San Agustín: 355.
San Benezet: 328.
Sánchez, Florencio: 212.
Sánchez, Zacarías Antonio: 340.
San Cristóbal (Táchira): 108, 143, 249, 305.
San Felipe (Caracas): 344.
Sanín Cano, Baldomero: 334.
San Isidro Labrador: 383, 384.
San Jacinto (Trujillo): 104.
San Jerónimo: 391.
San José (Costa Rica): 220, 379.
San Juan de Letrán (Roma): 197.
San Juan de Los Morros: 379.
San Lázaro (Trujillo): 83.
San Marcos (Apóstol): 390, 391, 393.
San Mateo (Apóstol): 391, 392, 393.
San Pedro: 391.
San Pedro Claver: 204.
San Rafael de Mucuchíes (Mérida): 300, 301.
San Salvador: 353.
Santa Ana (Trujillo): 33, 48, 49.
Santa Clara: 362.
Santa Fe de Bogotá: 65, 109.
San Francisco (California): 224.
San Francisco de Assis: 362, 370.
Santa Marta (Colombia): 356.
Santana Moller, Laura: 339.
Santa Rosalía de Palermo: 182.
Santa Teresa de Jesús: 170, 224.
Santiago de Chile: 224, 342.
Santiago de La Punta. Véase: La Punta.

Santiago de los Caballeros. Véase: *Mérida*.
Santo Domingo (Carache): 73.
Santo Domingo (Trujillo): 21, 45.
Santos, Eduardo: 225.
Santo Tomás: 187.
Santo Tomás de Aquino: 132, 157, 235.
Sanz, Baltazar: 65.
Sanz de Gaviria, Andrés: 89.
Sanz, Miguel José: 159.
Sapper, ?: 76.
Sardi, Atilio: 129.
Sardi, Julio: 103, 117, 132, 182, 185, 186, 187, 213.
Sardi, Lorenzo: 103.
Sargent, Charles Sprague: 84.
Sargent, John Winthrop: 83, 85, 87.
Saville, ?: 84.
Schuller, Rodolpho R.: 59, 76.
Schopenhauer, Arthur: 335.
Segundo Congreso de Americanistas: 82.
Segundo Congreso Científico Panamericano: 55.
La Semana (Semanario. Mérida): 181.
Seminario Conciliar de Mérida: 103, 117, 197, 200, 237, 239, 240, 241, 290.
Seminario de Santa Rosa de Santa María (Caracas): 241,
Sevilla: 197.
Sierra Nevada (Mérida): 296.
Sievers, Wilhelm: 22, 26, 30, 77.
«Signos mongoloides...» de A. Posnansky: 76.
Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida: 344, 346, 349.
Silva, Antonio Justo: 128, 191, 290, 306, 340.
Silva, Antonio Ramón: 117, 124, 134, 197, 200, 201, 205, 209, 222, 239, 240, 305.
Simmons, Fre A.A.:30.
Simón, Fray Pedro de: 29, 47, 76.
«Sistema monetario de los Timoto-cuycas», de MBI: 75, 89.
Smithsonian Institution (Washington, D.C.): 75.
Sociedad Agrícola de Los Andes: 348.
Sociedad «Unión Protectora»: 117, 118, 120.
Sócrates: 207.
Sófocles: 367.
«Las soluciones del Obispo Silva» de MBI: 239-41

«Sonatina» de R. Darío: 285.
Sones y canciones de A. Arvelo Larriva: 211.
Sóstrato: 121.
Spencer, ?: 27, 34.
Spinden, Herbert H.: 22, 31, 59, 60, 73, 77, 83.
Spinetti Dini, Antonio: 213.
Staver Comisión Científica: 83.
Stendhal, Henri: 361.
Suárez de Aponte, Alfonso: 65.
Suárez Flamerich, Germán: 379.
Sucre, Antonio de José de: 205.
Sucre, Luis Alberto: 176.

Tabay: 297.
Tacagua (Departamento Vargas, D.F.): 31.
Tacarigua: 78, 80, 82.
Tacariguas (aborígenes): 83.
Táchira: 48, 53, 58, 266, 303, 305, 324, 328.
Taine, Hipolito: 361.
Tavera Acosta, Bartolomé: 33, 51, 76.
Teatro Juárez (Barquisimeto): 129.
Tejera, Humberto: 134, 182.
Templo de los Guerreros (Yucatán): 24.
Tertuliano: 187.
Teta de Niquitao: 21, 23, 44, 45.
Texier, Gastón: 103.
«Tierra» de MBI: 383-6,
Tierra firme de J. C. Salas: 23, 30, 76, 90.
Tierra Llana (Mérida): 249, 299.
Los Tiestos (Betijoque): 21, 24, 72.
Tiguanucu Freize: 85.
Timotes: 21, 47, 48, 90, 301, 315, 317, 319, 320, 323, 330.
Timotíes: 29, 317.
Timoto-Cuycas: 21, 23, 24, 32, 33, 47, 50, 51, 52, 57, 59, 60, 61, 63, 65, 69, 72, 82, 317.
Tirandaes (aborígenes): 92.
El Tirano Aguirre de A. Briceño Picón: 128, 129.
Tobar Donoso, Tulio: 172.
Tolstoy, Alexei N.: 186, 229.
Toltecas: 24, 34, 60.

«Toltecas, Mayas y civilizaciones sudamericanas»: 78.
Tomón (Mendoza, Trujillo): 49.
Torreón de ilusiones de D. Carbonell: 117, 118.
Torres Bermejas: 356, 358.
Torrijos, Manuel Cándido: 192, 197.
Toro, Elías: 32, 76.
Toro, Fermín: 224.
Torquemada, Tomás: 237.
Tostós (Dto. Boconó, Trujillo): 49.
Tratado de la Trinidad de F. de Quevedo: 170.
«Trayectoria y tránsito de Caracciolo Parra», de MBI: 151-79.
Trejo, Domingo: 146, 147.
Trexo, Luis de: 108.
Trexo, Miguel de: 50, 107, 108, 109, 110.
Troconis Guerrero, Luis: 379, 380.
Trujillo: 24, 29, 30, 32, 32, 33, 47, 48, 49. 50, 51, 52, 53, 54, 56, 57, 58, 59, 60, 65, 72, 73, 77, 78, 80, 82, 83, 89, 90, 103, 108, 109, 138, 145, 212, 213, 214, 223, 224, 289, 317, 322, 323, 324, 327, 329, 333, 380.
Trujillo (Extremadura, España): 137.
Truxillo (Revista. Trujillo): 31, 75.
«Tulio Gonzalo Salas» de MBI: 183.
Tuñame: 21.
Tupí-Guaraní: 79.
Tzendules (Aborígenes. Chiapas): 58.

Uarao (Lengua): 91.
Uhle, Max: 24, 57, 59, 60, 76, 79, 84.
Umbría, Hernando Alonso de: 66.
«Una extraña luz negra» de J. Sardi: 186.
Unamuno, Miguel de: 118.
Universidad Central de Venezuela: 83, 140, 152, 157, 175, 192, 211.
Universidad de Caracas. Véase: Universidad Central de Venezuela.
Universidad de Harvard: 84.
Universidad de Los Andes: 114, 115, 119, 120, 137, 140, 141, 146, 149, 152, 175, 181, 191, 193, 200, 211, 217, 222, 223, 229, 240, 241, 253, 339, 341, 347, 351, 352, 383, 403.
Universidad de San Buenaventura. Véase: Universidad de Los Andes.
Universidad Gregoriana (Roma): 241.
Universidad Nacional de Chile: 223.

Universidad Santa Fe de Bogotá: 140, 340.
«Un silencioso: Julio Sardi» de MBI: 185-9.
Urbina, Lorenzo de: 62.
Urdaneta, Rafael: 194, 205, 299.
Urdaneta (Trujillo): 21.
Urrecheaga, Rafael María: 29.
Uslar Pietri, Arturo: 248.
Uzcátegui, Francisco Antonio (Canónigo): 118, 120, 205, 363.
Uzcátegui, Rafael Antonio: 198, 290, 340.

Valencia: 83, 84, 87.
Valenciennes: 344.
Valera (Trujillo): 47, 249, 301, 303, 317, 318, 319, 327, 329, 330.
Valeri, Francisco: 114.
Valero, Américo: 103, 198.
El Valle Arriba (Mérida): 264.
Valle de Barinas: 108.
Valle de Caus: 65.
Valle La Grita: 108.
Valle de La Pascua: 324.
Valle del Momboy (Trujillo): 329.
Valle de Pocó (Trujillo): 65.
Valle de Santiago: 108.
Vallenilla Lanz, Laureano: 123, 125, 126, 158.
Valles del Tuy: 348.
Varela, Juan Andrés: 108.
Vargas, José María: 126, 171, 205, 297, 342.
«Los vasos del pukará del tílcara...» de Ambrosetti: 75.
Vega, Lope de: 170.
Vegas, Rafael: 396.
Vendimia (Periódico): 117.
Venezuela: 22, 24, 33, 52, 58, 60, 64, 68, 78, 79, 82, 84, 85, 87, 101, 108, 110, 115, 138, 139, 147, 161, 173, 203, 205, 207, 224, 247, 323, 342, 343, 348, 349, 394, 396.
Veron, Eugen: 33.
Victoria (Reina): 193.
Vida de Fray Tomás de Villanueva de F. de Quevedo: 170.
Vignot, Jean: 345.
Vigouroux, F.:393.
Villacorta, [Antonio ?]: 76.

Villalba, Jóvito: 220.
Villasmil, Padre?: 103.
Villavicencio, ?: 84.
Virgen de Guadalupe: 98.
Vírgenes a medias de M. Prevost: 230.
Virgilio: 178, 343, 344.
Vitoria, Francisco de: 157.
Vivas, Ezequiel A.: 306.
Vivas, Presbítero: 197.
Vizcarrondo, Athilano: 288.
Voltaire, François Marie Arouet: 390.
Von Martius, ?: 79.
Vulcano: 342.

Wagner, Ricardo: 335.
Washington, D.C.: 34, 55, 75, 76, 203, 204, 205, 206, 215.
Washington, George: 207.
Watteau, Antoine: 344.
Westfalia: 251.
Wilde, Oscar: 185.
Wilson, Woodrow: 351.

Yaracuy: 348.
Yaruro (Lengua): 51.
«Yo» de MBI: 401-2.
Yucatán: 85.

Zamacois, Eduardo: 354.
Zamora, Alonso: 163.
Zamora (España): 353.
Zamora, Ezequiel: 280.
Zebedeo: 201, 222.
Zolá, Emil: 230.
Zulia (Estado): 109, 347.

INDICE DE MATERIAS

AMERICA
- **Etnología**
  - **Areas culturales**: 24-5, 47-52, 53-60, 61-4, 77-87, 109.

HISTORIA:
- **Períodos**
  - **Colonia**: 159-63, 176-8, 327, 357.
  - **Descubrimiento y Conquista**: 107-10, 137-8, 355.
  - **República**: 138, 142-8.
  - **Siglo XX**: 288-9, 322-4, 329-30.

MERIDA
- **Ambiente**
  - **Físico**: 97-8, 99, 103, 195-6, 254-5, 297-8, 301-2.
  - **Intelectual**: 103, 113-20, 123-5, 127-9, 134, 182, 185, 195-6, 200, 226, 253-4, 333-4, 347-8, 351-2.
  - **Religioso**: 118, 123-4, 128-9, 197-8, 200-1, 237-8, 239-41, 266-7, 277-8, 305-6, 309-12.
- **Arqueología**: 77-87.
- **Educación**
  - **Primaria**: 315.
  - **Universitaria**: 114-5, 119-20, 123-5, 141, 191-3, 340-1, 345-6.
- **Etnología**
  - **Timoto-Cuycas**
    - **Aculturación/Transculturación**: 21-7, 53-60, 61-4, 77-87.
    - **Agricultura- alimentación**: 65-6, 89.
    - **Cerámica**: 22-7, 61-3, 80.
    - **Clasificación**: 47-52, 78-87.

- **Costumbres funerarias**: 25-6, 61-2, 66-8, 82.
- **Lingüística**: 47-52, 53-60, 79-87.
- **Medicina**: 66.
- **Objetos mágico-religiosos**: 21-7, 61-2, 68-74, 80, 82.
- **Origen**: 56-60, 61-4, 77-87.
- **Religión**: 22-7, 66, 68-74.
- **Sistema monetario**: 89-93.

PENSAMIENTO

- **Culturológico**: 135-6, 361-71, 396-9
- **Económico**: 383-6.
- **Educativo**: 114-5, 177-8, 192-3.
- **Etnológico**: 23-7, 48-52, 53-60, 61-6, 131-2.
- **Historiográfico**: 125-6, 134-5, 158-63, 175-9, 351-9.
- **Religioso**: 154-6, 164-7, 387-94.

Doctor Diego Carbonell..... 123
Adolfo Briceño Picón..... 127
C. Parra Pérez. **Páginas de historia y de polémica**..... 131
En el homenaje del PEN Club al Canciller..... 133
Elogio del Dr. Eloy Paredes..... 137
Trayectoria y tránsito de Caracciolo Parra (1901-1939)..... 151
Doctor Caracciolo Parra León..... 175
J. A. Gonzalo Salas..... 181
Tulio Gonzalo Salas..... 183
Un silencioso: Julio Sardi..... 185
Caracciolo Parra Olmedo..... 191
Mérida. La hermética..... 195
Monseñor José Humberto Quintero..... 199
A manera de prólogo. José Humberto Quintero. **Discursos**..... 203
Raúl Chuecos Picón..... 211
Apuntes para un retrato de Roberto Picón Lares..... 217
Literatura nacional (Una conferencia de Mariano Picón Salas)..... 229
En el primer aniversario de **Patria**..... 231

MERIDA RELIGIOSA

Bentham y el Padre Dubuc..... 235
Monseñor José Clemente Mejía..... 237
Las soluciones del Obispo Silva. Un recuerdo al Seminario emeritense..... 239

MERIDA NOVELADA

Los Riberas; historias de Venezuela..... 247

CONFERENCIAS Y DISCURSOS

Los libros y el verdadero concepto modernista..... 333
Bello, maestro de civismo..... 339
Americanismo, no hispanismo..... 351
Los orígenes del arte..... 361
En elogio de María y de todas las mujeres..... 373

OTROS TEXTOS

Carta al Sr. Br. Manuel V. Nucete..... 377
Alberto Carnevali..... 379
Tierra..... 383
La falsa tración de Judas..... 387
Los judíos de La Punta..... 395
Yo..... 401
El Hospital de Niños..... 403

FUENTES UTILIZADAS 405

INDICES
ONOMASTICO..... 415
MATERIAS..... 447
GENERAL..... 449

La impresión de este libro se realizó en los talleres gráficos de la Nación, adscritos al Servicio Autónomo Imprenta Nacional y Gaceta Oficial de la República, en el mes de noviembre de 1997

Esta es una edición de la Gobernación del Estado Mérida a través del Instituto de Acción Cultural (IDAC) en homenaje a la memoria del ilustre venezolano Mario Briceño–Iragorry en el año centenario de su nacimiento.

Mérida la hermética, contiene escritos de carácter histórico, crítico, biográfico, anecdótico o ficcional concernientes a la región con la que tuvo vinculación muy directa y diversa el autor desde su primera venida a Mérida en 1918.

El Gobernador William Dávila Barrios estima que con esta entrega se rinde merecido tributo a un venezolano que honró a su país con su escritura y sus ejecutorias.

Mérida, noviembre de 1997.